



Contenidos

- Capítulo 1.....	3
- Capítulo 2.....	11
- Capítulo 3.....	20
- Capítulo 4.....	35
- Capítulo 5.....	42
- Capítulo 6.....	57
- Capítulo 7.....	69
- Capítulo 8.....	82
- Capítulo 9.....	87
- Capítulo 10.....	101
- Capítulo 11.....	123
- Capítulo 12.....	126
- Capítulo 13.....	130
- Capítulo 14.....	136
- Capítulo 15.....	143
- Capítulo 16.....	158
- Capítulo 17.....	166
- Capítulo 18.....	172
- Capítulo 19.....	181
- Capítulo 20.....	187

Capítulo 1



No me gustó Clyde Nunley cuando le conocí por primera vez cara a cara en el viejo cementerio. No había nada incorrecto con la parte externa de este hombre: vestía como haría una persona normal en mitad del frío viento del sur de Tennessee, especialmente considerando el trabajo que teníamos por delante. Llevaba vaqueros azules, botas de trabajo, un gorro, una camiseta de franela y su abrigo. Pero el Dr. Nunley tenía un aire extraño que me hacía pensar que en había traído aquí para ser un objeto de irrisión, dijo que siempre había creído que yo era un fraude.

Me estrechó la mano, estando de pie ante mí. Se lo estaba pasando bien, escaneando las caras de mi hermano y la mía, mientras esperábamos sus órdenes.

Bajo el mando del departamento de antropología de la universidad de Bingham, la clase del Dr. Clyde Nunley se llamaba ‘Una mente abierta. Experiencias al otro lado de la caja’. Noté la ironía.

- La semana pasada tuvimos una médium. –dijo.

- ¿Para comer? –pregunté, y frunció el ceño como respuesta.

Miré hacia Tolliver por el rabillo del ojo. Sus ojos estaban ligeramente entrecerrados, haciéndome saber que le hacía gracia pero avisándome al mismo tiempo de que me portara bien.

Si no hubiera sido por la presencia de este imbécil de profesor, hubiera estado deseosa de empezar. Respiré profundamente al pasar junto al Dr. Nunley hacia las tumbas, desgastadas y estropeadas por el tiempo. Este era mi lugar.

Para ser americano, el cementerio era viejo. Los árboles habían tenido casi dos siglos para crecer. Algunas de esas maderas nobles habían sido semillas cuando se estableció el cementerio de St. Margaret. Ahora eran altos, con espesas ramas; en verano, su sombra debía de ser una bendición. Ahora mismo, en noviembre, las ramas estaban desnudas, y la hierba se había secado y estaba llena de hojas muertas. El cielo era de un color grisáceo que hacía que se encogiera el corazón.

Hubiera estado tan deprimida como el resto de la gente reunida ahí si no fuera porque tenía un trabajo entre manos. Las tumbas que había ante mí eran desiguales, tanto en material como en color. Bajo ella, los muertos me esperaban.

Hacía una semana o así que no llovía, así que llevaba deportivas en vez de botas. Hubiera tenido un contacto mejor si me hubiera quitado las zapatillas, pero los estudiantes y el profesor hubieran interpretado eso como otra de mis excentricidades. Además, también hacía algo de frío como para ir descalza.

Los estudiantes de Nunley habían venido a ver mi ‘demostración’. Esa era la cosa. De los veinte del grupo, dos eran mayores; uno, una mujer, rondaba la cuarentena. Estaba dispuesta a apostar a que había llegado con la destartada mini-caravana que había aparcada entre los coches, separados entre ellos por postes y separados así del cementerio. Su cara era abierta y curiosa mientras me miraba.

El otro estudiante ‘no tradicional’ era un hombre. Alrededor de los treinta, quién llevaba pantalones de pana y un pesado jersey. El tipo era el dueño de la pick up Colorado. Clyde Nunley sería el dueño de la vieja Toyota. Los otros cuatro coches, desgastados y pequeños, eran los de los estudiantes tradicionales que se apiñaban para mirar. Aunque el St. Margaret estaba en el terreno del campus, la vieja iglesia estaba lejos de los edificios modernos de la universidad de Bingham, detrás del pequeño estadio, de la pista de tenis y del campo de fútbol – no era sorprendente que los estudiantes que habían podido, habían venido en coche hasta aquí bajo el frío. Los chicos eran los típicos de dieciocho-a-veintiuno, y con extraña alegría noté que eran solamente algo más jóvenes que yo. Llevaban su uniforme normal, pantalones vaqueros azules, deportivas y chaquetas acolchadas – más o menos igual que lo que Tolliver y yo llevábamos.

La chaqueta de Tolliver era de *Land’s End*, de color rojo chillón con una franja azul. El rojo se veía bien con su pelo negro, y la chaqueta era lo suficientemente cálida para la mayoría de las situaciones en el Sur. Yo llevaba mi abrigo de plumas azul, porque me hacía sentir segura y suave, y porque Tolliver me lo había regalado.

Había machas de color que destacaban sobre el gris general. Los árboles que rodeaban la vieja iglesia, su terreno y su cementerio, nos daban una cierta privacidad, como si estuviéramos aislados del campus de Bingham.

- Srta. Connelly, estamos ansiosos por ver su demostración. – Dijo el Dr. Nunley, casi riéndose en mi cara. Hizo un gesto elaborado con su brazo que abarcó las tumbas. Los estudiantes no parecían muy ansiosos. Parecían tener frío, estar aburridos o simplemente con algo de curiosidad. Me preguntaba quién habría sido la médium. No había muchas con un don de verdad.

Miré a Tolliver de nuevo. Que se fuera a la mierda, decían sus ojos, y sonreí.

Todos llevaban cuadernos, todos los estudiantes. Y todos los cuadernos tenían un esquema del viejo cementerio, con las tumbas nítidamente dibujadas y marcadas. Aunque esta información no estaba en sus cuadernos, sabía que había un registro

detallado de los que estaban enterrados aquí, un registro que contendría las causas de la muerte de casi todos los cuerpos. El cura había continuado el registro los años que había estado sirviendo en la iglesia de St. Margaret, siguiendo las costumbres de su antecesor. Pero el Dr. Nunley me había informado de que no se había enterrado a nadie allí en los últimos cincuenta años.

Los registros del Sr. Margaret habían sido descubiertos hace tres meses en un almacén de la biblioteca de la universidad. Así que no había forma de que yo supiera esa información de antemano. El Dr. Nunley, quién había iniciado las clases de estudios de ocultismo, había escuchado mi nombre de alguna manera. No podía decir exactamente como, pero eso no me sorprendía.

Hay páginas web que conectan con otras páginas que conectan con otras páginas; en un círculo muy subterráneo, incluso soy famosa.

Clyde Nunley pensaba que me estaba pagando para dejarme expuesta en su clase de “Una mente abierta.- Pensaba que yo creía ser una especie de psíquica, o quizás una Wiccan.

Por supuesto, eso no tenía sentido. Nada de lo que yo hacía tenía que ver con el ocultismo. No rezaba a ningún dios antes de poder ver a los muertos. Creo en Dios, pero no considero que mi pequeño talento sea un regalo suyo.

Lo obtuve al ser golpeada por un rayo. Así que si pensáis que Dios crea los desastres naturales, entonces supongo que Dios es responsable.

Cuando tenía quince años, me golpeó a través de una ventana abierta de la caravana en la que vivíamos. En aquel momento, mi madre estaba casada con el padre de Tolliver, Matt Lang, y tuvieron dos hijos, Gracie y Mariella. Apretados en la caravana (además de la típica familia con un solo hijo) estábamos los demás –yo, mi hermana Cameron, Tolliver y su hermano Mark. No recuerdo cuanto tiempo pasó Mark en ese lugar. Era varios años más mayor que Tolliver. De todas formas, Mark no estaba en la caravana esa noche.

Fue Tolliver quién me hizo la reanimación cardiopulmonar hasta que llegó la ambulancia.

Mi padrastro se enfadó con Cameron por haber llamado a una ambulancia. Era cara, y por supuesto, no teníamos seguro. Al médico que dijo que quería mantenerme en observación por la noche le echaron la bronca. Nunca le vi de nuevo, ni a ningún otro médico. Pero a través de las listas en las que estoy en Internet, una lista de supervivientes de rayos, aprendí que no me hubiera servido de mucho.

Me recuperé – más o menos. Tengo una extraña marca en forma de cicatriz en mi torso y en mi pierna derecha. Esa pierna tiene episodios de debilidad. A veces mi mano

derecha tiembla. Tengo dolores de cabeza. Tengo muchos miedos. Y puedo encontrar gente muerta. Si se conoce su localización, puedo diagnosticar la causa de la muerte.

Por eso el profesor estaba interesado en mí. Tenía el registro de la causa de muerte de casi cada persona de este cementerio, un registro al que no había tenido acceso. Esta era su idea del examen perfecto, un examen que demostraría que yo era un fraude. Con un aire desenfadado, llevó nuestra pequeña fiesta a través de las ruinosas verjas de hierro que guardaban el cementerio desde hace tantas décadas.

- ¿Dónde le gustaría empezar? – pregunté, con perfecta cortesía. Había sido criada bien, hasta que mis padres empezaron a tomar drogas.

Clyde Nunley sonrió hacia sus estudiantes. – Bueno, esta estaría bien. –dijo, haciendo un gesto hacia la tumba de su derecha. Por supuesto, no había túmulo, y seguramente no lo había desde hace más de ciento setenta años. La tumba era indescifrable, al menos para mis ojos. Si me inclinara con una linterna, quizás hubiera podido leerlo. Pero no les importaba esa parte; lo que querían era saber la causa de la muerte.

El leve zumbido, la vibración que había sentido desde que estuvimos cerca del cementerio, aumentó cuando pisé la tumba. Había sentido el murmullo en el aire antes de atravesar la puerta, y ahora aumentaba intensamente, vibrando justo debajo de la superficie de mi piel. Era como acercarse a un panal de abejas.

Cerré los ojos, porque era más fácil concentrarse así. Los huesos estaban justo debajo de mí, esperándome. Lancé mi sentido hacia el suelo bajo mis pies, y el conocimiento me inundó como un viejo amante.

- Le cayó encima un carro. –dije- Era un hombre, creo que en la treintena. ¿Ephraim? ¿Algo así? Su pierna fue aplastada, y se desangrado.

Hubo un largo silencio. Abrí los ojos. El profesor había dejado de sonreír. Los estudiantes estaban haciendo anotaciones en sus cuadernos. Una chica me miraba con los ojos como platos.

- Está bien. –dijo el Dr. Nunley, su voz de pronto mucho menos divertida. – Probemos con otro.

Te he pillado, pensé.

La siguiente tumba era la mujer de Ephraim. Los huesos no me dijeron eso; lo deduje por la similitud entre las tumbas y porque estaba junto a la suya. – Isabelle- dije con seguridad – Isabelle. Oh, murió en el parto. – Mi mano se puso sobre mi estómago. Isabelle debía de haber estado embarazada cuando su marido murió en ese accidente. Mala suerte. – Espera un minuto. –dije- Quise interpretar el débil zumbido que había

bajo el de Isabelle. Al demonio con ellos. Me quité las zapatillas, pero mantuve puestos mis calcetines para evitar un poco el frío. – El bebé está con ella. – les dije- Pobrecito. – añadí suavemente. No había dolor en la muerte del bebé.

Abrí los ojos.

El grupo había cambiado de posición. Ahora estaban juntos unos de otros, y lejos de mí.

- ¿Siguiente? – pregunté.

Clyde Nunley, con la boca transformada en una línea recta, hizo un gesto hacia una tumba vieja que se había caído y estaba partida. El mármol había sido blanco en su momento.

Mientras Tolliver y yo fuimos hacia el siguiente cuerpo, con su mano sobre mi espalda, uno de los estudiantes dijo – Debería estar en otro lugar. ¿Qué pasa si le está pasando la información?

Era el estudiante hombre más viejo, el tipo de la treintena. Era moreno, con algunos mechones grisáceos. Tenía una cara estrecha y los anchos hombros de un nadador. No sonaba como si sospechara de mí. Sonaba objetivo.

- Buena observación, Rick. Sr. Lang, ¿Le importaría alejarse de la Srta. Connelly?

Sentí una pequeña ola de ansiedad. Pero me obligué a asentir hacia Tolliver tranquilamente. Se fue a recostarse sobre nuestro coche, que estaba aparcado afuera de lo que quedaba de la verja. Mientras le miraba, otro coche apareció, y un joven hombre negro bajó con una cámara. Era un coche destartado, con arañados y golpes, pero limpio.

- Hey, hola a todos. –dijo el recién llegado, y varios de los jóvenes le devolvieron el saludo. – Siento llegar tarde.

El profesor dijo, - Srta. Connelly, este es Clark. Me olvidé decirle que vendría un estudiante del periódico para hacer unas fotos.

No pensaba que lo hubiera olvidado. Simplemente no le importaba mi opinión.

Lo consideré un momento. Realmente no me importaba. Estaba dispuesta a pelearme con Clyde Nunley, pero no por algo frívolo. Me encogió de hombros. – No me importa. – Dije. Pisé la tumba, cerca de la lápida, y centré mi atención en la tierra que había bajo mis pies. Esta era complicada de descifrar. Era vieja, y los huesos estaban esparcidos; el ataúd había sido desintegrado. Casi no tenía como temblaba mi mano, o como mi cabeza estaba ladeada. Mis músculos faciales bailaban bajo mi piel.

- Riñones. –dije finalmente- Algo de los riñones. – el dolor de mi espalda empezó a alcanzar niveles insoportables, y entonces desapareció. Abrí los ojos y respiré profundamente. Peleé contra el impulso de darme la vuelta y mirar a mi hermano.

Una de los estudiantes más jóvenes estaba blanca como el papel. La había asustado bien. Sonreí hacia ella, tratando de pacer amigable y tranquilizadora, no lo conseguí. Se alejó un paso más de mí. Suspiré y volví a poner mi atención en el trabajo.

Después, encontré una mujer que había muerto de neumonía; un niño que había muerto de apendicitis; un bebe que tenía una malformación en el corazón; un bebé con un problema de sangre – supuse que era el segundo hijo de una pareja con problemas de Rh – y una adolescente que había muerto de fiebre, escarlata, quizás. De vez en cuando escuchaba como el fotógrafo hacia una foto, pero no me importaba. No me importa mucho la apariencia física cuando estoy trabajando.

Después de treinta o cuarenta minutos, Nunley casi parecía derrotado. Señaló hacia la tumba que había en la esquina más alejada del cementerio y de la puerta. El lugar que indicó estaba justo al lado de la verja, que había casi desaparecido en esa zona. La lápida estaba parcialmente tapada por las ramas de un roble, y estaba empezando a cansarme. Al principio lo atribuí mis lecturas. Abrí los ojos, frunciendo el ceño.

- Es una chica. –dije.

- ¡Ha!- Nunley dijo triunfante. Había exagerado con su tono de voz, pero estaba feliz de demostrar que me equivocaba. - ¡Error! –dijo el Sr. Mente Abierta.

- No estoy equivocada. –dije, aunque realmente no estaba pensando en él, ni en los estudiantes, ni siquiera en Tolliver. Estaba pensando en el puzle que había bajo tierra. Estaba pensando en cómo resolverlo.

Me quité los calcetines. Mis pies se sentían frágiles bajo el frío aire. Pisé la hierba muerta que había en la lápida para tener una mejor visión. Por primera vez, noté que habían hecho un intento de mover la tumba – había señales de que la tierra estaba blanda – la tierra había sido removida hace poco.

Vaya, vaya, vaya. Me quedé quieta un momento, las implicaciones estaban haciéndose camino por mi cerebro. Tuve el sentimiento siniestro del tipo de cuando sabes algo que está fuera de tu rango de comprensión – cuando sabes que hay algo malo preparado para saltarte encima y gritarte a la cara.

Aunque los niños estaban murmurando entre ellos y los dos estudiantes mayores tenían una conversación en voz baja, me agaché para descifrar la lápida. Decía, JOSIAH POUNDSTONE, 1839-1858, DESCANSE EN PAZ QUERIDO HERMANO. No mencionaba una esposa, o un gemelo, o...

Vale, quizás el suelo se había movido un poco y el cuerpo que estaba enterrado a su lado se había acercado al suyo.

Retrocedí de la tumba, y miré. En la distancia, escuché el sonido de la cámara, pero no era relevante. Puse mi mano sobre la tierra removida. Era lo más conectada posible que estaba sin tumbarme sobre la tierra.

Miré a Tolliver. – Algo está mal.-dije, con voz suficientemente alta como para que me escuchara. Se acercó.

- ¿Un problema, Srta. Connelly? – Preguntó el Dr. Nunley, con desdén en su voz. Este era un hombre que adoraba tener razón.

- Sí. –me aparté de la tumba, me sacudí, y lo intenté de nuevo. Estando de pie sobre la tumba de Josiah Poundstone, lo intenté de nuevo.

El mismo resultado.

- Hay dos cuerpos aquí, no uno. –dije.

Nunley hizo un intento predecible de tratar de encontrar una explicación. – Un ataúd de una tumba cercana se ha debido romper. –dijo impaciente- O algo así.

- No, el cuerpo que está debajo tiene el ataúd intacto. –respiré profundamente- Y el cuerpo de encima no. Es mucho más nuevo. La tierra ha sido removida hace poco.

Finalmente interesados, los estudiantes se callaron. EL Dr. Nunley consultó sus papeles. - ¿Quién... a quién ve ahí dentro?

- El cuerpo de abajo, el más antiguo... - cerré los ojos, tratando de ignorar al cuerpo de encima. Nunca había hecho esto antes. – Es un joven hombre llamado Josiah, como dice la lápida. Por cierto, murió de choque anafiláctico, por un corte. – pude notar por la cara de Nunley que tenía razón. Fuera como fuera que el cura había descrito la muerte de Josiah, con los conocimientos actuales se podía reconocer la enfermedad. Lo que el cura quizás no sabía, era que el corte era por una puñalada, hecha durante una pelea. Podía sentir el cuchillo deslizándose en la carne del joven hombre, sentirla en el estómago. Pero la infección se lo había llevado.

- El cuerpo de arriba es más nuevo, es una chica.

Hubo un absoluto y repentino silencio. Pude escuchar el ruido del tráfico de las calles que estaban a muchos metros del cementerio.

- ¿Cómo de reciente es el cuerpo? – Tolliver preguntó.

- Dos años como mucho. –dije. Incliné mi cabeza hacia un lado, para tener una "lectura" más precisa. Por la edad de los huesos, y por la intensidad del zumbido. Nunca dije que fuera una científica. Pero tenía razón.

- Oh Dios mío. –susurró una de las estudiantes, finalmente comprendiendo lo que esto implicaba

- Es una víctima de asesinato. –dije- Su nombre era... Tabitha. – Mientras escuchaba lo que mi voz estaba diciendo, un horrible sentimiento de fatalidad me impactó. El hombre del saco saltó de detrás de la puerta y me gritó en la cara.

Mi hermano atravesó el terreno como un quarterback que había visto la línea de meta. Se detuvo justo antes de la tumba, pero estaba lo suficientemente cerca como para cogerme de la mano. Nuestras miradas se encontraron. Su consternación se reflejó en la mía.

- Dime que no lo es. –dijo Tolliver. Sus marrones ojos estaban fijos en los míos.

- Lo es. –dije- Finalmente hemos encontrado a Tabitha Morgenstern.

Después de un momento, durante el cual el grupo de jóvenes se giró para mirarse unos a otros interrogantes, Clyde Nunley dijo, - quiere decir... ¿La chica que fue raptada en Nashville?

- Sí. –dije- A esa misma me refiero.

Capítulo 2



Estaba de pie encima de dos víctimas de asesinato, una vieja (al menos para mí), y una nueva. Había diferencias entre las lecturas que obtenía de la vieja, añadidas a la sorpresa de haber encontrado a Tabitha. Dejé a Josiah Poundstone a un lado. A nadie del cementerio St. Margaret hoy le importaba este hombre.

- Tendrá que dar algunas explicaciones. –dijo el detective. Lo dijo directamente. Estábamos en Homicidios, y los despachos con separadores y moqueta, los teléfonos sonando y las marcas de las paredes hacían que pareciera más una modesta empresa con un negocio en expansión que una comisaría.

A veces me desmayo cuando encuentro un cuerpo que ha muerto de forma violenta. Hubiera sido bueno haberme desmayado esta vez. Pero no había pasado. Había sido muy consciente de las caras de incredulidad y de indignación de los policías, uniformados y con ropa de calle.

El escepticismo inicial y la rabia de los uniformados que habían aparecido en la escena era predecible y comprensible. No se imaginaban que nadie fuera a rebuscar en un cementerio de varios siglos de antigüedad para que una lunática mujer hiciera una demostración de su forma de vida.

Pero cuanto más les explicaba Clyde Nunley, más se veían incómodos. Después de muchas comparaciones con las superficies de otras tumbas, el policía negro más alto hizo una llamada de radio, diciendo que viniera un detective a la escena.

Habíamos repasado la secuencia de eventos otra vez. Eso llevó mucho tiempo. Tolliver y yo estábamos reclinados contra nuestro coche, enfriándonos y cansados, mientras las lentas preguntas repetitivas venían una y otra vez. Todo el mundo estaba molesto con nosotros. Todo el mundo pensaba que éramos un fraude. Clyde Nunley se puso más a la defensiva y gritó ante las reacciones incrédulas de los policías. Sí, tenía una clase en donde los alumnos “experimentaban” con gente que decía que podía comunicarse con los muertos: cazadores de fantasmas, médium, psíquicos, lectores de tarot, y otras prácticas paranormales. Sí, la gente enviaba a sus hijos a la universidad para que hicieran cosas así, y sí, pagaban mucho por eso. Sí, los papeles sobre el viejo cementerio habían sido puestos a salvo, y Harper Connelly no había tenido la oportunidad de mirarlos. Sí, la caja que contenía los papeles del registro había sido sellada cuando la bibliotecaria la descubrió. NO, ni Tolliver ni yo habíamos sido estudiantes en esta universidad. (Tuvimos que sonreír al escuchar aquello).

No nos pilló por sorpresa que nos “pidieran” que les acompañáramos a comisaría. Y ahí estábamos sentados, respondiendo una y otra vez a las mismas preguntas, hasta que nos dejaron vegetando en una de las salas de interrogatorios. La papelera estaba llena de envoltorios de bocadillos y vasos de plástico manchados de café, las paredes necesitaban una nueva mano de pintura. En el pasado, alguien había tirado la silla sobre la que estaba sentada. Lo podía notar, porque una de las patas estaba algo doblada. Al menos la habitación era cálida. Se me había metido el frío hasta los huesos en el cementerio.

- ¿Crees que se verá mal si me pongo a leer? – Tolliver preguntó. Tolliver ahora tiene veintiocho años, y le gusta dejarse el pelo crecer, llevarlo largo y tiempo, y luego cortarlo drásticamente. En este momento, era suficientemente largo como para hacerse una cleta. Llevaba bigote y las mejillas con viejas cicatrices causadas por el acné. Es un corredor, como yo. Pasamos mucho tiempo en el coche, y correr es una buena forma de compensarlo.

- Sí, creo que parecería insensible. – dije. Me miró mal. – Bueno, tú me has preguntado. –dije. Nos sentamos en silencio un minuto o dos.

- Me pregunto si tendremos que ver a los Morgenstern otra vez. –dije.

- Sabes que sí. –dijo- Supongo que ya les han llamado, y que ahora vienen desde Nashville hacia aquí.

Su teléfono móvil sonó.

Miró quién estaba llamando, se quedó lo más en blanco posible que puede verse un hombre, y contestó. – Hey. –dijo. – Sí, es cierto. Sí, estamos en Memphis. Iba a llamarte esta noche. Seguramente nos veremos. Sí. Sí. Está bien. Adiós.

No pareció muy feliz al cerrar el teléfono. Por supuesto quería saber quién había llamado, pero no dijo nada. Si algo podía hacer esto más sombrío, era tener que ver a Joel y Diane Morgenstern otra vez.

Cuando me di cuenta de a quién pertenecían los huesos, la consternación fue más abrumadora que mi sentimiento de triunfo. Les había fallado a los Morgenstern hace ocho meses, cuando intenté encontrar a su hija. Finalmente la había encontrado, pero el éxito me sabía amargo.

- ¿Cómo murió? – Preguntó Tolliver suavemente. Nunca sabes cuando estás siendo escuchado en una comisaría. Supongo que éramos del tipo de personas que siempre son sospechosas.

- Ahogada. –dije. Otro silencio. – Con una almohada azul. – Había visto tantas fotos de Tabitha viva: en los anuncios, en las paredes de su habitación, entre las manos de

sus padres, en los panfletos que nos habían dado. Era una chica de once años normal, excepto para sus padres. Tabitha tenía una gran mata de pelo rojiza-marrón que todavía no había conseguido controlar. Grandes ojos marrones, aparato, y todavía no se había empezado a desarrollar físicamente. Le gustaba la gimnasia, y las clases de arte, y odiaba hacer su cama y sacar la basura. Recordé todo esto de la conversación con sus padres; o más concretamente, al escuchar sus monólogos. Joel y Diane parecían creer que si hacían que Tabitha fuera real para mí, trabajaría más duro para encontrarla.

- ¿Crees que lleva ahí desde que desapareció? – Tolliver preguntó, finalmente.

Habíamos sido llamados en primavera del año pasado por la familia Morgenstern para ir a Nashville. Para entonces, Tabitha llevaba desaparecida un mes. La policía había terminado de buscar, ya que habían removido todo. El FBI se había marchado también. Los equipos que se encargaban de rastrear las llamadas telefónicas también se habían retirado, porque no habían pedido rescate. Para entonces, nadie esperaba ya que lo pidieran.

- No. –dije- La tierra estaba removida hace demasiado poco,. Pero creo que lleva muerta todo este tiempo. De verdad lo espero. – Lo único más horrible que ser una chica asesinada, es ser una achica que ha sufrido abusos sexuales y largas torturas.

- No había forma en que hubieras podido encontrarla –dijo Tolliver- En aquel momento.

- No. – le acordé. – No la había.

Pero no había sido por no intentarlo. Los Morgenstern me habían llamado cuando habían agotado las demás técnicas para buscar a su hija.

Sí, había fallado; pero lo había dado todo. Había estado en la casa, en el patio, en el vecindario, en el patio de todas las casas de la zona con habitantes que tenían antecedentes. No solo me arriesgué a que me detuvieran, sino calumnias. Un perro casi me había mordido la segunda noche.

Dimos una vuelta por los vertederos, lagos, parques, bosques y cementerios cercanos, en el proceso encontramos otra víctima en el maletero de un coche (una novedad para la policía de Nashville – les agradaba mucho poder añadir otro asesinado a su lista), y una muerte natural, un hombre sin techo en un parque. Pero no había encontrado ninguna niña de once años. Buscamos durante nueve días, hasta que les tuvimos que decir a Joel y a Diane Morgenstern que no había podido encontrar a su hija.

Tabitha había sido raptada del patio de su casa de suburbios de Nashville mientras regaba las flores que rodeaban la puerta principal de la casa una cálida mañana de las

vacaciones de primavera. Cuando Diane salió para hacer la compra, descubrió que Tabitha no estaba. Y que la manguera todavía funcionaba.

Hija de un contable con una firma que se ocupaba de muchos de los cantantes y discográficas de Nashville, Tabitha tuvo una infancia privilegiada. Aunque tenía un hermanastro porque Joel se había casado y divorciado antes, Tabitha disfrutaba de una vida normal que se centraba en mantenerla saludable y feliz, y también a Victor, su hermanastro.

Mi infancia, y la de Tolliver, no había sido así – al menos, no pasado un cierto punto. Ese era el punto cuando nuestros padres abogados empezaron a tomar drogas y beber con sus clientes. Después de un tiempo, los clientes habían dejado de ser clientes, y habían pasado a ser amigos. Esa cuesta abajo me había llevado a estar de pie en un baño de una caravana cuando el rayo me golpeó a través de la ventana abierta.

Los viajes al baúl de los recuerdos no son felices para mí.

Casi me alegré cuando el detective – Corbett Lacey era su nombre- vino con dos tazas de café para ambos. Trataba de hacerse el bueno. Antes o después (probablemente después) alguien más trataría de hacerse el duro con nosotros.

- Dime como llegaron aquí esta mañana. –sugirió Corbett Lacey. Era un fornido hombre con pelo rubio en retroceso, una gran tripa y ojos azules como el mármol.

- El Dr. Nunley nos invitó para venir al viejo cementerio. Debía mostrarles a los alumnos lo que hago.

- ¿Y qué es exactamente lo que hace? – parecía sincero, como si se fuera a creer cualquier respuesta que le diera.

- Encuentro muertos.

- ¿Busca personas?

- No, encuentro cadáveres. La gente me llama, y yo encuentro los cuerpos de los que han muerto. – Ese era mi eufemismo favorito. Tenía un repertorio lleno. – Si la localización del cuerpo es conocida, puedo decir la causa de la muerte. Eso era lo que estaba haciendo hoy en el cementerio.

- ¿Cuál es su tasa de éxito?

Vale, eso era inesperado. Al llegar a este punto suponía que estaría sonriendo sarcásticamente. – Si los familiares o la policía me dicen aproximadamente donde podría estar el cuerpo, lo puedo encontrar. –dije segura de mí misma- cuando encuentro el cuerpo, puedo ver la causa de la muerte. En el caso de Tabitha

Morgenstern, cuando la familia me llamó, no la pude encontrar. Había sido raptada de su patio y metido en un coche, supongo, y no pude sentir su cuerpo.

- ¿Cómo funciona?

Otra pregunta inesperada. – Los siento, como un zumbido en mi cabeza. –dije- Cuanto más me acerco, más intenso es ese sentimiento, la vibración. Cuando estoy encima de ellos, puedo rebuscar y ver cómo murieron. No soy una psíquica. No veo el futuro ni soy una telépata. No veo a quién les mató. Solo veo su muerte cuando estoy cerca de los huesos.

No se esperaba una respuesta tan clara y concreta. Me miró, inclinándose sobre le otro lado de la mesa. Su propia taza de café delante de él. - ¿Porqué nadie iba a creerse eso? – Lacey preguntó interrogante.

- Porque obtengo resultados. –dije.

- ¿No cree que es una coincidencia? ¿Qué la llamaran los Morgenstern cuando buscaban a su hija, y que ahora, meses después, en una ciudad diferente, diga que la ha encontrado? ¿Cómo cree que esa gente se sentirá cuando excaven la zona y no esté? Debería darle vergüenza. –El detective me miró con cara de disgusto.

- Eso no va a pasar. – me encogí de hombros- No me avergüenzo de nada. Está ahí. –Miré el reloj- Deberían haberlo encontrado a estas alturas.

El teléfono del Detective Lacey sonó. Respondió. - ¿Sí? – mientras escuchaba, su cara cambió. Se veía más viejo y más duro. Sus ojos se posaron en mí de la forma que había visto tantas veces – una mirada descompuesta, con miedo, y con incredulidad.

- Han encontrado huesos en una bolsa de basura. – dijo pesadamente- Demasiado pequeños para ser los de un adulto.

Traté de parecer neutral.

- Un metro debajo de las bolsas de basura, hay restos de madera. Probablemente un ataúd. Así que quizás haya otro conjunto de huesos. – respiró fuertemente- No hay rastro de ataúd alrededor de los primeros huesos.

Asentí. Tolliver me apretó la mano.

- Tendremos una identificación preliminar en un par de horas, si es la chica Morgenstern. Los registros dentales han sido enviados a Nashville. Por supuesto, la identificación definitiva tendrá que esperar hasta que examinen el cuerpo. Bueno, lo que queda de él. – el Detective Lacey apoyó su desgastada taza de café sobre la mesa con demasiada fuerza. – La policía de Nashville van a enviarnos los rayos-X, y el coche que lo trae debería llegar en un par de horas. La oficina local del FBI nos enviará a

alguien para que sea testigo de la autopsia. Nos ofrecen su laboratorio para examinar rastros en la sangre. No van a decirle nada a nadie hasta que hablemos con la familia.

Asentí de nuevo.

- Bien. –dijo Tolliver, solo para romper el silencio.

Corbett Lacey nos miró fijamente. – Tuvimos que llamar a sus padres, y si no es ella, no quiero ni pensar en lo que van a sentir. Si no hubiera dicho el nombre ante todo el grupo de estudiantes, podríamos haber mantenido esto en silencio hasta que tuviéramos pruebas sólidas. Ahora, tendremos que hablar con ellos porque parece que la maldita televisión sacará pronto la noticia.

- Siento eso. No estaba pensando claramente. –debería haber mantenido la boca cerrada. Ahí tenía razón.

- ¿Porque hace esto? – me dedicó una mirada de desconcierto, como si no pudiera comprenderme. No pensaba que fuera totalmente sincero, pero yo sí.

- Siempre es mejor saberlo. Por eso lo hago.

- Parece ganar bastante dinero también. –observó el Detective Lacey.

- Tengo que vivir de algo, como todo el mundo. –no iba a avergonzarme por ello, pero, de verdad, a veces deseaba trabajar en el Wal-mart o en Starbucks, y dejar la parte de muertos sin ganancias.

- Entonces, supongo que Joel y Diane habrán salido ya. –dijo Tolliver. Tenía razón, un cambio de tema era necesario. - ¿Cuánto tiempo les costará llegar?

El Detective Lacey pareció sorprendido.

- Los Morgenstern. ¿Cuándo hay en coche desde Nashville a Memphis? –dije.

Nos dedicó una mirada indescifrable. – Parece que no lo saben.

Vale, no entendía nada. - ¿Saber...? –miré a Tolliver. Se encogió de hombros, estaba igual que yo. Se me ocurrió una posibilidad. - ¡No me diga que están muertos! – dije- Me gustaban, y no solía sentir nada por mis clientes.

Ahora le tocaba a Lacey parecer inseguro. - ¿De verdad no lo saben?

- No sabemos de qué está hablando. –dijo Tolliver- Solo dígalos ya.

- Los Morgenstern se fueron de Nashville un año después de que desapareciera su hija. –dijo Lacey. Se pasó una mano por su rubio pelo. – Ahora viven en Memphis. Él se ocupa de la rama de Memphis de la empresa, y su mujer está embarazada de nuevo. Quizás no sabían que él y su primera mujer eran de Memphis, y como la familia de

Diane Morgenstern vive en el extranjero, aquí tenían el apoyo que necesitan durante el embarazo y el nacimiento.

Sospeché que mi boca estaba colgando abierta, pero por un momento no me importó. Tenía más ideas de las que podía procesar en mente. – Solo es cuestión de tiempo que vengan y llamen a la puerta.

Debería haber pensando en eso antes. – Esto va a generar mucha publicidad. –dije, y la ambivalencia estuvo clara en la cara de Tolliver, igual que en la mía.

- ¿Crees que tendremos que llamar a Art? – Art Barfiel era nuestro abogado, y la sede de su firma de abogados estaba en Atlanta.

- Quizás sea una buena idea. –dije- ¿Podrías hablar con él?

- Claro. –Tolliver sacó su teléfono móvil mientras yo iba al lavabo a lavarme la cara. Después de apagar el agua, le escuché hablar. Estaba peinándome el pelo con los dedos ante el espejo –mi pelo era casi tan oscuro como el de Tolliver - cuando colgó.

- Su secretaria dice que está con un cliente, pero que llamará lo antes posible. Por supuesto, nos cobrará un ojo de la cara si le pedimos que venga. Eso es, si puede marcharse.

- Vendrá, o nos recomendará a alguien de por aquí. Solo le hemos pedido esto una vez, y somos sus... clientes más morbosos. –dije de forma práctica – Si no viene, estamos jodidos.

Art nos llamó una hora más tarde. Por la parte final de la conversación de Tolliver, se podía notar que Art no estaba muy alegre de tener que marcharse – Art no era joven, y le gustaban las comodidades de su casa – pero cuando Tolliver le contó a Art que los periodistas estaban en la puerta de la comisaría, el abogado se permitió convencerse de subirse al primer avión.

- Corinne os llamará con la información de mi vuelo. – le dijo Art a Tolliver, pero pude escucharle claramente. Art tenía una de esas poderosas voces, cosa que es muy útil si eres abogado.

A Art le gusta la publicidad casi tanto como el mando de la televisión y la comida de su mujer. La probó desde que empezó a ser nuestro abogado, y su práctica ha aumentado exponencialmente. Su secretaria, la chica de mediana edad, Corinne, nos llamó a los pocos minutos para decirnos el número de vuelo y la hora de aterrizaje prevista.

- No creo que podamos ir a buscar a Art al aeropuerto. –le dije a Corinne. Vi como entraba otra furgoneta de periodistas en el aparcamiento. – Creo que tendremos que ir a un hotel, uno con más seguridad que este lugar.

- Entonces será mejor que lo hagan ahora, le reservaré al Sr. Barfield una habitación en el mismo lugar. – dijo Corinne de forma práctica- Le llamaré al móvil cuando aterrice. De hecho, haré un par de llamadas, encontraré un lugar adecuado, y reservaré habitaciones para todos. ¿Una o dos habitaciones para usted y el Sr. Lang?

El hotel iba a ser muy caro. Normalmente preferiría compartir una habitación con Tolliver, como hacíamos ahora. Pero si los periodistas estaban de por medio era mejor estar del lado políticamente correcto.

- Dos. –dije- Adyacentes. O si puede conseguir una suite, mejor.

- Haré una búsqueda rápida, y les llamaré. –dijo la eficiente Corinne.

Nos llamó para decirnos que teníamos una reserva en el Cleveland. Como temía, era demasiado caro para mi gusto, pero pagaría para tener privacidad. No me gustaba salir en la televisión. La publicidad era buena para el negocio, pero solo cierto tipo de publicidad.

Dejamos el motel, lo más disfrazados que pudimos sin vernos raros y fuimos hacia el coche, nos habíamos tapado hasta los dientes. Como nos veíamos tan humildes, Tolliver llevando la nevera portátil y yo llevando las maletas, conseguimos escapar de la atención de los periodistas que estaban en el aparcamiento. La mujer del telediario, cuyos labios eran tan brillantes que parecían de plástico, hizo un gesto y apareció justo al lado de la ventanilla del conductor. Tolliver no podía girar a la izquierda porque ella se lo impedía, así que estábamos atrapados más o menos. Bajó la ventanilla y puso una sonrisa agradable sobre su cara.

- Shellie Quail del Canal Trece. – dijo la brillante mujer. Era de color chocolate, y su pelo negro brillaba como si estuviera encerado. Era el típico corte en forma de casco. El maquillaje de Shellie Quail era igual, muchos colores brillantes y líneas definidas. Me preguntaba cuanto tiempo le llevaba prepararse en su casa por las mañanas. Llevaba un traje pantalón marrón con manchas naranjas. Las manchas hacían que su piel reluciera. – ¿Sr. Lang, es usted el manager de la Srta. Connelly? ¿Es cierto? – dijo la mujer.

- Sí, es cierto. –dijo Tolliver de forma agradable. Sabía que la cámara estaba grabando. Pero tenía confianza en mi hermano. Podía tener mucho encanto cuando hacía falta, especialmente si era en presencia de una mujer.

- ¿Puede comentarnos algo de los acontecimientos de esta mañana en el cementerio St. Margaret de la universidad de Bingham? – preguntó. El micrófono que llevaba estaba bajo la barbilla de Tolliver, lo que consideraba que era muy agresivo.

- Sí. –dijo. – Estamos esperando a que nos digan de quién es el cuerpo. – Admiré la forma en que mantuvo calmada y tranquila su voz –pero sería al mismo tiempo, y digna de ser tomada en serio.

- ¿Es cierto que la policía está considerando que el cuerpo pertenezca a Tabitha Morgenstern?

Bueno, no había tardado mucho en extenderse la noticia.

- Nuestros pensamientos y oraciones están con la familia Morgenstern. Por supuesto, como a todos, estamos ansiosos de que nos digan algo. – dijo Tolliver de manera neutral.

- Sr. Lang, ¿Es cierto que su hermana dice que el cuerpo que acaban de exhumar del cementerio es definitivamente el de la chica desaparecida?

No íbamos a llegar a ninguna parte con eso. – Creemos que podía ser cierto. –dijo, de forma indirecta.

- ¿Cómo explica esa coincidencia?

- ¿Qué coincidencia? – preguntó Tolliver, cosa que pensé que quizás era demasiado.

Hasta Shellie Quail se vio algo desconcertada. Pero siguió sus preguntas. – Que su hermana fuera contratada hace meses para encontrar a Tabitha Morgenstern en Nashville, y que la contrataran para mirar las tumbas del viejo cementerio de St. Margaret aquí en Memphis. Y que el cuerpo que parece ser el de Tabitha Morgenstern sea encontrado en él.

- No sabemos cómo ha pasado esto, y estamos esperando a escuchar las explicaciones. –dijo Tolliver severamente, como si se hubieran aprovechado de nosotros. Perpleja, Shellie Quail se detuvo para pensar en otra pregunta, y aprovechamos la oportunidad para girar la izquierda.

Capítulo 3



El hotel Cleveland era hermoso. El hotel Cleveland era discreto. No iba a querer ver la factura cuando llegara el mes siguiente.

Un mozo del hotel se hizo cargo de nuestro coche, y entramos al hall con las maletas y desesperación, ansiosos de alejarnos de los periodistas que nos habían seguido hasta el nuevo hotel. El personal era tan cortés como si nos hubiéramos quedado en ese hotel cuatro veces al año. Fuimos escaleras arriba alejándonos antes de que pudieran parpadear siquiera. Me alegré mucho de poder asimilar todo en privado y a salvo, podría haber llorado.

La suite tenía un salón central con una habitación a cada lado. Yendo directamente hacia la habitación de la derecha, me quité los zapatos, me tumbé en la gigante cama y me rodeé con las almohadas. Eso es algo que adoro de los hoteles buenos: la abundancia de almohadas.

Una vez estuve acomodada y caliente, cerré los ojos y dejé vagar mis pensamientos. Por supuesto, se fueron directos hacia la chica que había encontrado en el cementerio.

Asumí que Tabitha estaba muerta cuando leí la noticia de su rapto en los periódicos por primera vez, semanas antes de que los Morgenstern me pidieran que encontrara su cuerpo. Basándome en los periódicos y todavía más en mi experiencia, era una conclusión lógica. De hecho, estaba muy segura de que la chica estaba muerta escasas horas después de su desaparición.

Eso no quería decir que me alegrara saberlo. No soy insensible ante la muerte; al menos no lo creo. Pienso en mí más como... una persona práctica. Y había vivido la angustia de los Morgenstern de primera mano. Debido a mi lástima por ellos, había continuado la búsqueda más tiempo del que creía razonable, y seguramente lo suficiente como para influir en nuestro precio. Tolliver ni siquiera les cobró todo el precio; no me dijo nada, pero cuando revisé las cuentas del año lo noté.

Como Tabitha llevaba todo este tiempo muerta, pensé que sería mejor que Joel y Diane supieran lo que le había pasado a su hija.

Solo podía esperar que el sentimiento sincero que le había mostrado al detective fuera suficiente. Solo esperaba que saber seguro lo que le había pasado a Tabitha les proporcionara alivio a los Morgenstern. Al menos sabrían que no había estado en las manos de alguna madame, sufriendo.

Deseé haber pasado más tiempo con el cuerpo. Había estado tan asombrada ante la presencia de otra persona en la misma tumba, que no había pasado el suficiente tiempo examinando los últimos momentos de la chica. Solo había visto el cojín azul, un rápido vistazo de los largos segundos en los que Tabitha se había quedado inconsciente y había muerto – como si pasara de una imitación a una muerte de verdad.

No creía que la muerte y la vida fueran dos lados de la misma moneda. Creo que eso son tonterías. No voy a decir que Tabitha estará descansando junto a Dios, porque Dios no me ha dicho eso. Y había sentido algo extraño al conectar con el cuerpo; una sensación que nunca había experimentado antes. Traté de analizar la diferencia, pero no conseguí nada. Eso me molestaría hasta que lo comprendiera.

Había visto muchas muertes – muchas. Conozco la muerte igual que muchas personas conocen el sueño, o la comida. La muerte es una necesidad fundamental humana, un viaje solitario hacia lo desconocido. Pero Tabitha había hecho ese viaje hace dos años, al final de una aterradora y dolorosa experiencia. Me apenaba la forma en que había muerto. Y algo en ella la había marcado durante la transición, de una forma que todavía tenía que comprender. Lo aparté para pensar de nuevo en ello más tarde; quizás otro viaje al cementerio ayudaría. Era poco probable que volviera a tener contacto con el cuerpo.

Me giré hacia un lado y me puse una almohada bajo los hombros. Encaminé mi mente hacia otro tema tan familiar que tenía hasta baches y todo. El camino llevaba hasta mi hermana Cameron. Su cara ya era un recuerdo borroso, o era similar a su última foto de la escuela, que la llevaba en la cartera.

De alguna manera, descubrir el cuerpo de Tabitha de una forma tan inesperada e indirecta me daba esperanzas de que algún día pudiera encontrar los restos de Cameron.

Cameron llevaba seis años desaparecida. Igual que Tabitha, fue raptada en su juventud, dejando atrás su mochila como testigo de su partida. Cuando Cameron llegaba ya tarde ese día, empecé a buscarla. Desperté a mi madre lo suficiente como para que pudiera cuidar de Mariella y de Gracie al menos por un breve tiempo, y recorrí bajo el calor el camino que Cameron tomaba cuando iba a casa. Estaba empezando a oscurecer para entonces. Cameron se había quedado en la escuela hasta más tarde porque estaba ayudando a decorar para el baile; la promoción de los del último curso, creo.

Encontré su mochila, llena de sus libros, cuadernos, notas que le habían pasado en clase, lapiceros rotos, y algo de dinero. Y eso era todo lo que quedaba de Cameron. La policía se la había quedado durante un tiempo, pasando de departamento en

departamento, preguntándome por los contenidos de cada nota. Después pedimos que nos lo devolvieran. Hoy en día, llevábamos esa mochila en el maletero.

Cuando Tolliver vino, todavía estaba tumbada en mi cama. Me había movido de nuevo, para tumbarme cabeza arriba mientras miraba el techo, pensando en mi hermana.

- El coche del hotel va a ir a recoger a Art al aeropuerto. –dijo- Lo he arreglado.

- Gracias. –dije, moviéndome para dejarle espacio. Se tumbó en la otra mitad de la cama, sin zapatos. Le dejé quedarse con una almohada. Después le di otra.

- Volviendo al cementerio de esta mañana. –empezó, y me dio un momento para centrarme.

- Vale. –dije, para hacerle saber que estaba preparada para escuchar.

- ¿Notaste el hombre que estaba entre los chicos?

-Sí, ¿El tipo que parecía tener treinta y cinco o así?

- Con pelo moreno, metros setenta, complexión media.

- Cierto. Sí, por supuesto que me le vi. Destacaba.

- ¿Crees que había algo extraño en él?

- Había otra estudiante mayor. –dije, no negando la línea de pensamientos de Tolliver, pero probándole.

- Sí, pero era una persona normal. Había algo en este tipo, estaba allí por algo, no porque tuviera que estarlo. ¿Crees que es algún tipo de desmitificador profesional? ¿Que estaba allí para demostrar que éramos un fraude?

- Bueno, creo que ese era el objetivo de Clyde Nunley, ¿No crees? No era para estimular a os estudiantes para que pensarán realmente en lo espiritual y tomar en serio a la gente que lo practica, pero para probar que es todo mentira.

- Pero no tanto... No sé, este tipo parecía tener un esquema a seguir. Tenía determinación.

- Se lo que quieres decir. –dije.

- ¿Crees que ha sido una trampa?

- Sí, por supuesto. A no ser que esta sea la mayor coincidencia de la historia de las coincidencias.

- ¿Pero porqué? – Tolliver giró su cabeza hacia mí.

- ¿Y quién? – respondí.

Mi trabajo moriría sin el boca a boca. Pero tenía que ser un boca a boca suave. Si atraía a los periodistas y a la televisión, la mitad de la gente que usa mis servicios no querría que fuera. Había unos pocos que les gustaría incluso más, pero solo unos pocos. La mayoría de los clientes se avergonzaban de contratarme, porque no creen que sea tan fiable. Algunos solo están lo suficientemente desesperados. Pero solo unos pocos quieren que escarben unos desconocidos en sus asuntos.

Así que un poco de publicidad moderada, venía bien de vez en cuando. Una vez, un periodista realmente bueno escribió una historia nuestra para una revista de los policías, y todavía obtenía trabajos gracias a ese artículo. Muchos oficiales probaban; una vez había fallado todo lo demás, y contactaban conmigo a través de mi página web. Mis precios echaban para atrás a algunas personas que requerían mis servicios. No soy abogada, y nadie me pide que trabaje gratis.

Bueno, eso no es verdad. La gente lo hace. Pero me niego.

Aun así, nunca he dejado un cuerpo sin notificar. Si encuentro uno mientras hago un trabajo, lo notifico, y nunca pido dinero extra por ello.

Si saliera demasiado en las noticias, tendría que hacer trabajos gratis, solo para tener buena prensa. Y no quería tener que hacer eso.

- ¿Quién crees que podría contratar a ese tipo de persona? ¿Alguien que no ha quedado satisfecho? – Le pregunté al techo.

- Hemos encontrado a todos desde lo de Tabitha. –dijo Tolliver.

Sí, tenía una larga lista de éxitos; casos con suficiente información y con suficiente persistencia por mi parte. Cuerpos encontrados, causas de la muerte confirmadas. Dinero en el banco.

- ¿Quizás alguien conectado con la universidad quería ver a qué se enfrentaba la clase? – supuse.

- Podrá ser. O quizás alguien conectado con St. Margaret, quién sentía que el cementerio estaba siendo usado de forma inapropiada.

Ambos nos quedamos en silencio, asombrados e infelices por demasiadas cosas a la vez.

- Pero me alegro de haberla encontrado. –dije.- Sin importar las consecuencias.

Mi hermano, que seguía mi hilo de pensamientos como siempre, dijo – Sí.

- Buena gente. –dije.

- ¿Nunca creíste lo que sospechaba la policía...?

- No. –dije- Nunca creí que fuera Joel. Últimamente, todo el mundo mira primero al padre. ¿La acosaba? – puse un tono de periodista del corazón- ¿Había secretos oscuros en una casa que parecía tan normal? –sonreí. La gente adoraba cuando creía que había secretos oscuros, les gustaba saber que las familias normales no son nada más que apariencias. A decir verdad, la gente tiene muchos secretos, muchos más de los que quieren. Pero Joel y Diane Morgenstern me parecían padres devotos, y había visto suficientes tipos de padres que no lo eran como para poder reconocer a los que sí lo eran.

- Nunca lo creí.-repetí- pero... aquí estamos. En Memphis. –nos miramos mutuamente- ¿Cómo de probable es que el cuerpo aparezca en la misma ciudad en la que viven ahora sus padres? A no ser que haya una conexión.

Llamaron a la puerta.

- Las tropas han llegado. –dijo Tolliver.

- Bueno. La tropa.

A Art le faltaba mucho pelo. Lo que le quedaba de él era rizado y blanco. Era muy pesado, pero se veía muy bien.

Parecía un respetable ancianito dulce, lo que demuestra lo engañosas que pueden ser las apariencias.

- ¡Harper! –gritó, abriendo sus brazos. Avancé, le abracé ligeramente, y retrocedí cuando pude. Tolliver obtuvo una palmada en la espalda y un apretón de manos.

Le preguntamos por su mujer, y nos contó lo que Johanna estaba haciendo, pero no como se encontraba. Estaba tomando clases de arte, cuidando a los nietos, siendo activa en la iglesia y haciendo tareas de caridad.

No es que hubiéramos visto nunca a Johanna.

Miré como Art pensaba, tratando de pensar en alguien sobre quién preguntarnos. No podía preguntar sobre nuestros padres: mi madre había muerto hacía un año, en la cárcel, de SIDA. La madre de Tolliver había muerto hace años, de cáncer de pecho, antes de que conociéramos a Art. El padre de Tolliver, mi padrastro, estaba cumpliendo condena por venta de drogas. Mi padre todavía estaba en la cárcel, y le quedaban como cinco años más. Le había robado dinero a uno de sus clientes para financiar la adicción suya y la de mi madre. Nunca habíamos visto a nuestras hermanas pequeñas, Gracie y Mariella, porque mi tía Iona, la hermana de mi madre, se las había llevado. El hermano de Tolliver, Mark, tenía su propia vida, y no aprobaba mucho la nuestra, pero le llamábamos una vez al mes.

Y por supuesto, nunca había noticias de Cameron.

- Es genial ver que estáis tan sanos. –dijo Art con su mejor tono. – Ahora, vamos a pedir algo al servicio de habitaciones, y me lo contáis todo. – Art adoraba que comiéramos juntos. No solo porque así podía cargarnos la cuenta, sino porque así también veía que Tolliver y yo comíamos y que no éramos una especie de vampiros. Después de todo, comemos y bebemos como cualquier persona.

- Debería llegar en un minuto. –dijo Tolliver, y Art tuvo que continuar diciendo lo bien que se veía Tolliver.

A decir verdad, estaba impresionada.

Art tomó notas mientras le contábamos todo lo que recordábamos de nuestra búsqueda anterior de Tabitha Morgenstern. Mi hermano sacó su ordenador portátil y miró los registros para asegurarse de cuanto nos habían pagado por nuestra búsqueda sin resultado. Le aseguramos a Art que no teníamos la intención de cobrarles por encontrarla hoy – de hecho, esa idea me enfermaba. Art pareció aliviado cuando le dije eso.

- ¿No hay forma de marcharnos sin ver a los Morgenstern o sin hablar con la policía, Verdad? –pregunté, sonando ligeramente cobarde.

- De ninguna manera.-dijo Art. Por una vez, sonaba tan duro como lo era en realidad. – De hecho, cuanto antes habléis con ellos, mejor. Y tendréis que hacer un comunicado a la prensa.

- ¿Porqué? –preguntó Tolliver.

- El silencio es sospechoso. Tenéis que decir claramente que no sabíais que ibas a encontrar el cuerpo de Tabitha, que te sorprende y te entristece, y que estás rezando por los Morgenstern.

- Ya le hemos dicho eso al Canal Trece.

- Se lo tenéis que decir a todos.

- ¿Harás eso por nosotros?

- Sí. Tenemos que escribir la declaración. La leeré ante las cámaras por vosotros. Aceptaré algunas preguntas de la prensa, las suficientes para establecer quienes sois. Después de eso, creo las que las preguntas servirían para enturbiar las cosas, especialmente ya que no seré capaz de responderlas.

Miré a Art, quizás con un cierto escepticismo; me puso ojos dolidos. – Harper, sabes que no te pondría en peor posición de la que estás. Pero sabes que tenemos que dejar las cosas claras.

- ¿Crees que nos arrestarán?

- No necesariamente. No he dicho eso. Me refiero, que es altamente improbable. – Art estaba yendo de nuevo hacia terreno seguro. – Digo que esta es nuestra oportunidad de llegar al público, mientras podamos.

Tolliver miró a Art un minuto. – Está bien. –dijo, cuando llegó a su conclusión, - Art, quédate aquí mientras Harper y yo vamos a la otra habitación a preparar la declaración. Luego podrás mirarla.

Dejando a nuestro abogado sin más elección, fuimos a la habitación de Tolliver, su ordenador actuó como nuestro secretario.

Tolliver se instaló en la mesa, mientras yo me ponía sobre la cama. – El Dr. Nunley nunca te dijo nada, ¿Verdad? ¿Sobre Tabitha? ¿Cuándo te dijo de venir aquí? – pregunté.

- NI una palabra. Te lo hubiera dicho. –dijo Tolliver. - Él sólo habló sobre el antiguo cementerio, sobre cómo sería una verdadera prueba, ya que realmente no tenías ni idea de quién estaba enterrado allí y no había forma de que lo pudieras encontrar. Quería saber si estarías a gusto con eso. Por supuesto, pensé en darle algunas excusas en tu lugar, intentando negarme. Nunley se quedó realmente sorprendido cuando le contesté, le dije que vendríamos. Había venido antes Xylida Bernardo, la psíquica. Ella vive en esta zona, ¿Te acuerdas?

Había visto a Xylida una o dos veces, en el cumplimiento del deber. - ¿Cómo le fue?
- Pregunté, por pura curiosidad profesional. Xylida era una mujer de color en la cincuentena, le gustaba vestirse con la tradicional ropa de estilo gitano – grandes cantidades de joyería y bufandas, con desordenado pelo largo – todo eso hacía que las personas inmediatamente desconfiaran de ella. Pero Xylida tenía un verdadero don. Lamentablemente, al igual que la mayoría de los psíquicos, ella embellecía su talento con mucha teatralidad y florituras, pensaba que eso le daba a sus visiones credibilidad.

Los psíquicos – psíquicos de verdad – reciben una gran cantidad de información al tocar algo que pertenecía a la víctima. La parte mala es, que a menudo reciben información tan vaga que es casi inútil ("El cuerpo está enterrado en medio de un campo vacío"), a menos que tengas una buena idea de lo que estás buscando desde el principio. Incluso si hay algunos psíquicos que pueden ver una imagen clara de, por ejemplo, la casa donde un niño está como rehén, a menos que el psíquico también pueda ver la dirección, y la policía averigua que podría vivir un sospechoso en esa casa,

la apariencia del edificio es casi irrelevante. Hay incluso algunos psíquicos que pueden lograr todo eso, pero entonces tienen que hacer que la policía les crea... ya que nunca he conocido a un solo psíquico que también conociera las tácticas de la SWAT.

- Oh, según Nunley, Xylida hizo lo de siempre. - dijo Tolliver. – dijo cosas vagas que sonaban muy bien, como 'Su abuela dice que busque algo inesperado en el ático, ese algo le hará muy feliz' o 'Ten cuidado con el hombre oscuro que viene de pronto, no es digno de confianza' y eso es lo suficientemente flexible como para abarcar un montón de cosas. Los alumnos de la clase se quedaron muy asustados, ya que Xylida insistía en tocar a la gente que estaba leyendo. Los estudiantes no querían que Xylida les cogiera de las manos. Pero así es como se hace, para Xylida, el tacto lo es todo. ¿Crees que es de verdad?

- Creo que la mayoría de lo que Xylida les dice a sus clientes son tonterías. Pero también creo tiene algunos momentos en los que realmente sabe cosas.

De vez en cuando, me pregunto: si el rayo me hubiera golpeado un poco más fuerte, si hubiera tenido varios voltios más, ¿Hubiera sido capaz de ver quién había causado la muerte de la gente que encontraba? A veces pienso que eso sería maravilloso, un verdadero don. A veces parece que es mi peor pesadilla.

¿Qué hubiera pasado si el rayo hubiera entrado a través de mi pie, o de mi cabeza, en vez de ir desde el lavabo hasta la planta de pelo que tenían en mis manos...? ¿Qué habría sucedido entonces? Probablemente no estaría aquí para saberlo. Mi corazón se hubiera detenido para siempre, en lugar de solo durante unos segundos. La reanimación cardiopulmonar no habría funcionado.

Ahora, Tolliver podría estar casado con alguna buena chica a la que le gustara estar embarazada, el tipo de chica que goza de las fiestas de decoración caseras.

Seguir con esta línea de pensamientos era muy duro – si hubiera muerto ese día, quizás, de alguna manera, Cameron no hubiera estado en la carretera aquel día a esa hora, y no hubiera sido raptada.

Es estúpido e inútil, pensar así, por supuesto. Por lo tanto, no me lo permito muy a menudo. En este momento, me obligué a mí misma a dejar de lado esas ideas. En lugar de soñar despierta, me tenía que concentrar en ayudar a Tolliver para hacer el comunicado de prensa. Lo que él le había dicho a Shellie Quail era la esencia de nuestra política pública. Empezamos concretando eso. Era difícil imaginar que alguien nos fuera a creer, después de todo, ¿Cuáles son las probabilidades de que la misma gente que no había podido encontrar el cuerpo en Nashville lo encontrara en Memphis? Pero había que intentarlo.

Acabábamos de terminar de imprimir nuestra declaración cuando tuve que responder al teléfono. El gerente dijo, - Sra. Connelly, hay algunas personas aquí que quieren hablar con usted y con el Sr. Lang. ¿Recibe invitados?

- ¿Quiénes son ellos, por favor?

- Los Morgenstern. Y otra mujer

Diane y Joel. Mi corazón se hundió, pero esto tenía que hacerlo. - Sí, envíelos arriba, por favor.

Tolliver entró en la sala para contárselo a Art mientras yo imprimía la declaración. Art la leyó e hizo algunos cambios menores, mientras esperábamos. En dos o tres minutos una mano llamó a nuestra puerta.

Respiré profundamente y la abrí, y recibí otra sorpresa en un día que ya había estado lleno de ellas. El Detective Lacey nos había dicho que Diane esperaba otro bebé, pero no me había hecho una imagen mental de eso. Al verla ahora, no había duda de ello. Diane Morgenstern estaba muy, muy embarazada – Quizás de siete meses, por lo menos.

Ella todavía era hermosa. Su pelo de color chocolate amargo era corto y liso, y sus enormes ojos oscuros no llevaban nada de maquillaje. Diane tenía una boca y una nariz pequeñas. Ella parecía como un bonito lémur de algún tipo. Justo en aquel momento, sin embargo, su expresión estaba simplemente en blanco por el shock.

Su esposo, Joel, de metro sesenta, se veía imponente. Había sido un luchador en la universidad. Me acordé de los trofeos que había en su estudio de su casa de Nashville. Tenía el pelo rojo brillante, ojos azules, un cutis rojizo, y una cara cuadrada separada por una nariz afilada como la hoja de un cuchillo. ¿Cómo todo eso junto en un hombre podía atraer a las mujeres? No tenía la menor idea. Joel Morgenstern era el tipo de hombre que se centraba en la persona con quien estaba hablando, lo que quizás era parte del secreto magnetismo que derrochaba. Pero Joel no parecía ser consciente de ello, o tal vez lo tomaba tanto por sentado que ni siquiera pensaba en el efecto que tenía sobre las mujeres.

En Nashville, incluso bajo esas circunstancias había observado cómo las mujeres representantes de los medios de comunicación se agrupaban en torno a él. Tal vez pensaban que el padre siempre es un probable sospechoso, tal vez trataban de encontrar los vacíos de su historia, pero rondaban en torno a él como colibríes en una gran flor de color rojo. No era demasiado sorprendente, la policía había comprobado una y otra vez si Joel estaba teniendo una aventura amorosa. No habían encontrado rastro de tal cosa, de hecho, todo el mundo que conocía a Joel comentó lo dedicado

que estaba a Diane. Por lo demás, era de conocimiento popular bondadoso que había sido con su primera esposa durante su enfermedad terminal.

Quizás porque un rayo me había frito el cerebro, tal vez porque mis expectativas eran completamente diferentes, Joel simplemente no me afectaba a mí como al resto de las mujeres.

Felicia Hart, cuya hermana había sido la primera esposa de Joel, venía detrás de Diane y de Joel. Recordé a Felicia de mi primer encuentro con la familia. Ella había tratado de ser una buena tía para Victor, el hijo que había tenido en el primer matrimonio. Era consciente de que Victor era sospechoso de la desaparición de Tabitha, y había estado constantemente en la casa, tal vez imaginando que la pérdida de su hija significaba que Diane y Joel no estarían en condiciones de centrarse en las necesidades de Victor y en su situación jurídica.

- La encontré. - dijo Joel, tomando mi mano y sacudiéndola ferozmente. – Dios la bendiga, la encontré. El médico dice que hay un largo camino por recorrer antes de que tengamos una identificación oficial, pero el registro dental coincide. Tenemos que guardar esto para nosotros mismos, pero el Dr. Frierson ha tenido la amabilidad de hacérselo saber en persona. Gracias a Dios, podemos tener paz.

Esta era una reacción tan diferente de la que esperaba que fui incapaz de responder. Por suerte, Tolliver reaccionó mejor.

- Por favor, Diane, Joel, sentaos. - dijo. Tolliver es muy reverente hacia las mujeres embarazadas.

Diana siempre había parecido la parte débil de la pareja, incluso cuando ella no llevaba tan obviamente un niño dentro.

- Deja que te abrace primero. - dijo con su voz suave, y me envolvió con sus brazos. Sentí su distendido estómago presionando contra mi vientre plano, y sentí como algo se meneaba mientras ella estaba abrazándome. Después de un segundo, me di cuenta de que era el bebé, patadas contra su estómago. Algo muy dentro de mí se sobresaltó con una mezcla de horror y anhelo. Solté a Diane y retrocedí, tratando de sonreírle.

A Felicia Hart, por suerte para mí, no le gustaba dar abrazos. Ella me dio un firme apretón de manos, aunque sí puso sus brazos alrededor de Tolliver. De hecho, ella le murmuró algo al oído. Parpadeé ante eso. - Me alegro de verte. - dijo en voz un poco alta, dirigiéndose hacia algún lugar entre nosotros. Felicia era una mujer soltera. Diría que unos treinta. Tenía pelo marrón largo y brillante que le caía por encima, y su flequillo se quedaba justo donde debería. Como era una mujer sola que trabaja, podía gastarse todo su dinero en sí misma, y su ropa y maquillaje lo demostraban. Si me acordaba bien, Felicia era asesora financiero que trabajaba para una empresa nacional.

Aunque yo no había hablado con ella mucho, sabía que Felicia tendía que ser a la vez inteligente y audaz para tener un trabajo con tanta responsabilidad y llevarlo a cabo con éxito.

Cuando estábamos todos sentados, Joel y Diane en el sillón doble, Felicia sobre un brazo del mismo junto a Diane, y Tolliver y yo en sillas al otro lado de la mesa de café, con Art incómodamente sentado en una silla un poco apartado, me di cuenta de que tenía que entablar una conversación de alguna manera.

- Cuanto lo siento. - dije, por último, ya que era la verdad. - Siento haberla encontrado tan tarde, y siento que las circunstancias le hagan la vida más difícil. – Ya hacían que mi vida fuera mucho más difícil para nosotros, pero este no parecía el momento de quejarse de ello.

- Tienes razón, esto no se ve bien para nosotros. -dijo Joel. Tomó la mano de Diane. - Estamos ya bajo sospecha. Felicia no, por supuesto, pero Diane y yo, y Victor, y ahora que... - Él tenía problemas para continuar. - Ahora que su cuerpo ha sido encontrado aquí, de de todos los lugares de la tierra, creo que la policía va a pensar que fue uno de nosotros. Yo casi no les culpo. Simplemente se ve mal. Si no supiera cuanto queríamos a Tabitha... - Él suspiró fuertemente. - Quizás ellos piensan que conspiramos juntos para matar a nuestra hija. Les pagan para tener sospechas. No pueden saber que es la última cosa que haríamos en el mundo. Pero mientras estén centrados en nosotros, no buscarán al hijo de puta que en realidad se la llevó.

- Exactamente. -dijo Diane, y su mano se frotó el estómago con un movimiento circular. Aparté mi mirada.

- ¿Cuánto tiempo hace que la policía sospecha que ustedes? - Tolliver preguntó. Cuando había estado allí, Tabitha llevaba desaparecida varias semanas, y la policía no estaba ya por allí. Pero nos impresionó relación tan cordial que tenían los Morgenstern con el detective Haines, que era el único hombre encargado del caso ahora. Debería de haber supuesto que los demás policías solo buscarían sospechosos. Pero Haines había llegado a conocer a la Morgenstern mucho mejor que sus colaboradores.

- Desde siempre. - dijo Joel, con la voz resignada. - después de investigar a Vic por un tiempo, pensaron que Diane era la culpable.

Casi podía comprender por qué sospechaban de Joel, incluso de Victor. ¿Pero de Diane?

-¿Cómo puede ser? – dije cautelosamente, y se sonrojó. - Lo siento. -le dije al instante. - No estoy tratando de hacerle revivir malos recuerdos. Yo estaba segura, siempre, de que Joel y tú decíais la verdad.

- Tabitha y yo tuvimos una pelea esa mañana. -dijo Diane. Grandes lágrimas recorrían sus mejillas. - Yo estaba enfadada porque le acabábamos de regalar un teléfono móvil por su cumpleaños, y ya había superado su límite. Le quité el móvil y entonces le dije que se fuera a regar las plantas de la puerta delantera, para sacarla de la casa porque yo estaba muy enojada. Ella se enojó mucho, demasiado. Eran las vacaciones de primavera, y no tenía forma de comunicarse con sus trescientos mejores amigos. Estaba en la etapa ¡ma-DRE!. -dijo dejando los ojos en blanco. Diane se limpió la cara con el pañuelo de Joel. - No pensaba que fuéramos a llegar a esa etapa hasta que ella tuviera quince, y ahí estaba, con once años, en todo su esplendor. Ella sonrió de una forma borrosa. - Yo odié contarle a la policía esa conversación trivial, pero uno de mis vecinos dijo que nos escuchó peleando cuando vino a preguntar si habíamos terminado con la segadora. Entonces tuve que decírselo todo a la policía, y se volvieron rápidamente hostiles, como si yo les hubiera estado ocultando pruebas importantes.

Por supuesto, para la policía, esta era una prueba importante. El hecho de que Diane no pudiera verlo sólo demostraba lo que había sospechado sobre ella cuando la conocí: Diane Morgenstern no era muy espabilada. Yo estaba dispuesta a apostar que nunca leía novelas policíacas tampoco. Si lo hubiera hecho, hubiera sabido que este tipo de revelaciones la haría sospechosa ante la policía.

Todo el incidente realmente demostraba que Diane estaba alejada de la cultura popular, tanto en lectura y en televisión.

- ¿Cuándo se mudaron a Memphis? - Tolliver preguntó.

- Hace aproximadamente un año. -dijo Joel- No podíamos esperar allí, en esa casa, por más tiempo. - Se sentó algo más recto, y como si estuviera recitando un credo, dijo, - Hemos tenido que aceptar el hecho de que nuestra hija había desaparecido, y tuvimos que dejar la casa. No sería justo para la nueva familia, tener el bebé allí. De hecho, me crié en Memphis, por lo que se sentía para mí como volver a casa. Mis padres están aquí. Felicia también, junto con sus padres, mis suegros. Ella y Victor son muy cercanos, y pensamos que sería algo bueno para él. Lo ha pasado bastante mal.

Así que todo el mundo era feliz aquí, con la posible excepción de Diane. Para ella no había sido como volver a casa. Había sido una mudanza a una extraña ciudad que contenía muchos recuerdos para su marido, los recuerdos de su primera esposa.

- Tuvimos que asistir a mucha terapia, la familia entera.- dijo Diane suavemente.

- Todos fuimos, Diane, yo y Victor. -dijo Joel- Incluso Felicia condujo desde Memphis a Nashville para ir a algunas sesiones.

Yo también había ido a terapia.

El consejero de la escuela se había horrorizado cuando la desaparición de Cameron dejó expuestas las condiciones en las que habíamos vivido. - ¿Por qué no acudiste a mí? - me había pedido, más de una vez. Y una vez había sacudido la cabeza diciendo: - Lo debería haber notado. - Yo no la culpaba por no percatarse de ello, después de todo, habíamos hecho un gran esfuerzo para ocultar nuestra vida casera, para poder estar juntos. Tal vez una parte de mí tenía la esperanza de que nuestros padres se irían y nos dejarían buenos padres, en su lugar; pero eso no ocurrió.

- ¿Cuándo nacerá el bebé? - Art preguntó con la voz alegre que usaban los padres cuando no iban a tener ellos mismos más hijos.

- En cinco semanas. - dijo Diane, una sonrisa involuntaria curvó sus labios, incluso bajo esas circunstancias. - Un niño sano, dijo el médico.

- Eso es genial. - dijimos Tolliver y yo, más o menos al unísono. Yo miré a Felicia Hart, que se había levantado para ponerse de pie detrás del asiento doble. Felicia se veía menos entusiasmada, tal vez incluso impaciente. Quizás pensaba que el nuevo bebé significaría menos atención para Victor. También era posible que como Felicia no tenía hijos, estuviera más asqueada de lo que yo estaba.

- Hoy, tenemos que hacer frente a Tabitha. - dijo Diane, para devolvernos a la cruda realidad del cuerpo en el cementerio. - ... ¿Sabes cómo murió?

- Fue asfixiada. - dije, sin saber cómo decirlo de otra forma. ¿Privación grave de aire? ¿Falta de oxígeno fatal? Yo no estaba tratando de contarme chistes a mí misma, pero no hay sólo una forma de describir la causa de la muerte de una persona, especialmente de una niña, y sobre todo a su madre.

La pareja hizo todo lo posible para tomarse bien las noticias, pero Diana no pudo reprimir un gemido de horror. Felicia apartó la mirada, su cara tenía una máscara que ocultaba una profunda emoción.

Había muchas más maneras de morir, pero sabía que eso no sería un consuelo. La asfixia era bastante mala. - Se terminaría en cuestión de segundos. -le dije, lo más suavemente que pude. - Ella estaría inconsciente, después de un rato. - Se trataba de una exageración, pero pensaba que el estado de Diane requería la máxima amortiguación posible. Yo estaba aterrado de que ella rompiera aguas justo en frente de nosotros.

Art tenía una cara extraña mientras me miraba. Era como si nunca me hubiera visto antes; como si mi realidad, lo que hacía, acabara de golpearle en su gordo vientre que llevaba por delante como un anuncio de su propia importancia.

- Debemos llamar a Vic. - dijo Joel, con su cálida voz. - Perdonadme un momento. - Él se frotó los ojos y sacó de su bolsillo de su teléfono. Vic, el hijo del primer

matrimonio de Joel, era un chico de quince años en el momento del secuestro de Tabitha. Yo había visto como trataba de ser duro y contenerse ante la abrumadora situación.

Diane, que parecía muy encariñada con el niño y que de hecho le había criado, se casó con Joel cuando Victor era muy joven, dijo, - Si necesita hablar conmigo, estoy bien. - Mientras Joel caminaba a unos pocos pasos de distancia, de espaldas a la sala, para marcar el número.

¿Cómo le va en Memphis a Victor? – Le pregunté a Felicia, sólo para decir algo. Victor y yo habíamos compartido un extraño momento mientras yo trataba de encontrar a su medio-hermana. El niño había entrado en la sala de la casa Morgenstern y había comenzado a maldecir en voz alta, evidentemente pensando que estaba solo. Cuando me moví, se agarró a mí, llorando sobre mi hombro, teniendo que inclinarme un poco para ello. Las personas no solían tocarme y me asusté. Pero yo conocía el dolor, y conocía la liberación, y lo sostuve hasta que terminó. Cuando terminó de llorar, mi blusa estaba hecha un lío, Victor había retrocedido de nuevo, horrorizado ante su derrumbe. Dijera lo que dijera hubiera estado mal, así que solo asentí. Él hizo lo mismo, y se fue.

Felicia me estaba mirando sorprendida. Yo suponía que estaba sorprendido de que me acordara de Victor. – Él va... a medias. –dijo- Diana y Joel le han enviado a una escuela privada. Les ayudé un poco. Es un niño frágil, en una balanza. A esa edad, pueden ir en ambos sentidos, sabe, en cualquier momento. Y con este nuevo bebé de camino... - Su voz se apagó, como si ella no pudiera imaginar cómo terminar la frase, sin criticar a Joel y a Diane por su inoportuna fertilidad.

Joel regresó y se sentó junto a su esposa, fruncía el ceño. - Victor no lo lleva muy bien. – nos dijo en general. La cara de Diane simplemente se veía agotada, como si no tuviera energías de sobra para consolar a alguien, cuando ella estaba tan llena de miseria. - Él llegó a casa de la escuela temprano, después de que llamáramos. No queríamos que nadie lo viera en las noticias del mediodía y que se lo dijera al volver a la escuela. -explicó.

Todos asentimos con prudencia, pero mi mente estaba pensando en algo totalmente diferente.

- No sabíamos que os habíais mudado. -le dije, queriendo que quedara absolutamente claro. - Por lo que me sorprendí cuando la policía dijo que estaban en contacto con vosotros. No tenéis nada que ver con la universidad de Bingham, ¿verdad? ¿No eres una alumna, Diane?

- No, fui a la Vanderbilt, y Joel también. -dijo ella, desconcertada. - Felicia, ¿No vas a Bingham? ¿Con David?

Felicia dijo. – Hace más años de los que recuerdo. Sí, David estaba en mi clase. No creo que le conociera en Nashville, Harper. Es el hermano de Joel.

- Los padres de Felicia está también aquí en Memphis. - dijo Diane. - Ambos fueron a Bingham. Igual que los de Joel. Fue un escándalo cuando él decidió ir a Vanderbilt. ¿Por qué lo preguntas?

- Sólo trato de pensar en alguna conexión entre vosotros y la universidad. Alguien puso el cuerpo... a Tabitha allí, y alguien se aseguró de que fuéramos contratados para este trabajo.

La pareja se sentó y me miró con los ojos muy abiertos. Tuve el pensamiento poco caritativo de que ese aumento hacía que Diana se pareciera más a un lémur. A pesar de que la embarazada mujer parecía como si estuviera a punto de desbocarse, Joel estaba alerta e intenso. El hombre tenía un exceso de energía, y hervía a su alrededor, incluso en estas circunstancias. Detrás de ellos, Felicia estaba mirándome con un rostro incrédulo.

- Seguramente es sólo una coincidencia. -dijo Felicia por último, mirándome como si yo estuviera delirando. - No creo... no puedo imaginar que alguien creara un complot tan elaborado ¿Cómo podría alguien poner allí a Tabitha, encontrarla a usted y después asegurarse de que encontrara a Tabitha? Eso es simplemente imposible.

Todos pasamos un segundo o dos mirándonos unos a otros. Art miraba a Felicia y a mí, como si jugáramos al Ping-Pong.

- Estoy de acuerdo. -le dije- Pero no se me ocurre otro escenario. En realidad, ese tampoco tiene mucho sentido.

- Tenemos que decirle algo a la prensa. –dijo Art, cuando se dio cuenta de la conversación que había llegado a un punto muerto. - Tiene que ser una declaración que hile muy fino. No podemos descartar nada, como acaba de hacer Diane. No podemos hacer ninguna especulación, al igual que Harper hizo. Tenemos que lamentar todo y no admitir nada sobre nuestros sentimientos personales sobre lo que podría haber pasado.

Tolliver fue el único que asintió positivamente.

- Sabe, nuestro abogado está abajo. –Murmuró Diane.

En ese mismo momento Joel estalló. - ¡No! –dijo- ¡No! ¡Hay que condenar a quien fuera quién le hizo esto a nuestra hija en los términos más enérgicos posibles! - Diane y Felicia asintieron.

- Oh, por supuesto. –Dijo Art- Naturalmente, eso también.

Capítulo 4



Encendimos la televisión del salón de la suite para ver como Art se ponía ante las cámaras. Había tres canales en Memphis, y los tres habían enviado representantes a la conferencia de prensa, que se celebraba en la acera ante el Cleveland. En ese momento, la abogada de la familia Morgenstern, una elegante mujer llamada Blythe Benson, había hecho aparición. Joel y Diane nos habían dicho que Benson había insistido en que la familia Morgenstern hiciera una declaración separada-pero-igual. La abogada local y Art hacían un dúo impresionante. Art tenía ese aspecto hombre viejo y serio, y Blythe era fría, rubia, y además ‘blanca, anglo-sajona y protestante’ a la enésima potencia.

Blythe había hablado con los Morgenstern en su casa sobre lo que iba a decir en su nombre, nos dijo Diane. Felicia me dedicó una mirada mientras Diane decía esto, y me pregunté qué era lo que se me venía encima. Felicia Hart, como he dicho, parecía mucho más inteligente que Diane. Esto me hizo preguntarme qué como la hermana de Felicia, la primera mujer de Joel, había sido.

Escaleras abajo y afuera, Blythe Benson estaba preparada para hacer la primera declaración. La familia es más importante, todos estábamos de acuerdo.

- Diane Morgenstern y Joel están desolados por la noticia de que el cuerpo de su hija, Tabitha, se haya encontrado en el cementerio de St. Margaret. Aunque el cierre del caso es algo que llevaban deseando desde hace meses, Diane y Joel Morgenstern tenían la esperanza de que el cierre del caso viniera acompañado con su hija viva. En lugar de ello, se ha recuperado lo que bien podría ser su cuerpo. - La rubia abogada se detuvo para hacer más efecto. Los periodistas estaban bastante deseosos de hacer preguntas, pero entonces Blythe siguió. – A la familia Morgenstern le gustaría instar a todos los que puedan tener conocimiento sobre la desaparición de Tabitha a que se presentaran en este momento. A pesar de la recompensa por el descubrimiento de su cuerpo está ya fuera de lugar, aún sigue en pie una recompensa por aportar datos sobre el secuestro Tabitha.

Yo no estaba segura de lo que eso significaba. Yo no sabía que había una recompensa, ya que no había mantenido contacto con los Morgenstern (naturalmente) después de nuestra incapacidad para encontrar a su hija en Nashville.

Pensando que ese era el final de la declaración, me giré para mirar a Tolliver para observar su reacción cuando escuché que la voz precisa de Blythe Benson continuaba. Miré de nuevo hacia la pantalla.

- En cuanto a lo que la policía ha denominado una 'asombrosa coincidencia', que la psíquica que Diane y Joel Morgenstern contrataron para encontrar el cuerpo de Tabitha, realmente lo encontrara, aunque en un lugar diferente...

Ella está perdiendo el control de esa frase, pensé.

- El hecho es que hay coincidencias en la vida, y este es una de ellos. Diane y Joel Morgenstern no contrataron a Harper Connelly para que viniera a Memphis. No la han visto a ella ni a su manager desde que la Srta. Connelly llegó a Memphis. No sabían que la Srta. Connelly tenía programado hacer una demostración en el antiguo cementerio de St. Margaret esta mañana. Ninguno de los Morgenstern asistió tampoco a la universidad de Bingham. NI están relacionados con el departamento de la universidad que organizó la visita de Harper Connelly al cementerio de St. Margaret. De hecho, ningún miembro de la familia Morgenstern se ha puesto en contacto con Harper Connelly o su hermano y manager, Tolliver Lang, desde su fallido intento de encontrar a Tabitha desde hace dieciocho meses. Gracias.

Aunque Arto no se había movido físicamente, las cámaras le pillaron mirando a Blythe Benson como si le hubieran salido cuernos, y yo no le culpaba por ello.

Sólo para empezar, Benson había hecho hincapié en "psíquica" y "hacer una demostración" como si se trataran de eufemismos para algo mucho más feo y desacreditado. Luego había cortado lazos entre sus clientes y nosotros de todas las formas posibles. Por lo que había dicho parecíamos estar implicados de alguna manera en la muerte de la niña.

Nos habían puesto una trampa.

Como uno solo, Tolliver y yo nos giramos para mirar a la pareja de nuestro sofá. Los Morgenstern parecían ignorantes de las consecuencias del comunicado que Blythe Benson acaba de leer. Estaban mirando la televisión, esperando el discurso de Art, con una especie de silencio adormecido. Detrás de ellos, Felicia nos dedicaba una mirada que parecía decir '¡Ja! ¡Os lo dije!'. Intercambié una mirada con Tolliver, una mirada de incredulidad. Él tenía la boca medio abierta, y me acerqué para tocarle el brazo. – No ahora. –dije, tranquilamente.

No estaba segura de por qué elegí quedarme en silencio, en lugar de enfrentarnos a Joel y a Diane. Dios lo sabe, ni siquiera Diane era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que nos habían dejado expuestos, mientras estaba sentado en nuestra (temporalmente) sala de estar. Habían dicho, de hecho, - No somos responsables de lo que estas personas afirman. Nosotros no les conocemos, no les hemos visto nunca y nunca hemos colaborado con ellos, y fallaron la primera vez que trataron de encontrar a nuestra hija.

Art se puso ante los micrófonos. Era extraño ver a alguien que conoces en la televisión, no es una experiencia que haya tenido a menudo. El hecho de que la persona que estaba antes en la habitación contigo se encontrara ahora ante las cámaras, por el momento callado, era extraño e inquietante. Es como si la pantalla le transformada en otra persona – en alguien con menos debilidades y más brillante, incluso más inteligente.

Art tenía nuestra declaración, la que Tolliver y yo había escrito, pero la estaba reescribiendo en su mente en este mismo instante, uno muy público. Lo pude ver en su gran concentración antes de que comenzara a hablar.

- Mi cliente, Harper Connelly, está sorprendida y apenada por los acontecimientos de este día. En este momento la Sra. Connelly está con los padres de Tabitha, que han venido aquí a darle las gracias a Harper, de corazón, por haber descubierto el cuerpo de su hija de desaparecidos.

¡Ja! ¡La pelota está ahora en tu tejado, Blythe!

- La Sra. Connelly está profundamente entristecida por el trágico fin de su búsqueda de Tabitha Morgenstern. A pesar de que no mantuvieron ningún tipo de contacto con la familia durante los meses transcurridos desde su empleo original, y aunque no tenía conocimiento de que la familia Morgenstern se había trasladado a Memphis, la Sra. Connelly se alegra de que al fin los Morgenstern hayan encontrado a su hija que tanto tiempo llevaban estado buscando. Tal vez, gracias a mi cliente, el largo tiempo de incertidumbre de los Morgenstern ha llegado a su fin.

- ¿Cuándo se reunirá Harper Connelly con nosotros? - dijo un periodista, con una voz que no era muy fuerte, pero sí muy penetrante.

Art le dedicó al periodista una mirada maravillosa; combinaba la resignación con la reprobación. - La Sra. Connelly no habla con los periodistas. - dijo, como si fuera un hecho bien conocido. - La Sra. Connelly tiene una vida muy privada.

- ¿Es cierto...? - comenzó una voz familiar, y la cámara se movió para enfocar a la brillante Shellie Quail.

- Por el amor de Dios. –dije- Ella está en todas partes.

Tolliver sonrió. Él pensaba que la obstinación de la periodista era un poco graciosa, tal vez, incluso admirable.

-¿...que la Srta. Connelly cobra por encontrar cuerpos?

- La Sra. Connelly es una mujer con un don inusual. –dijo Art – A ella no le gusta ser el centro de atención de los medios, es algo que nunca ha querido.

Era suficientemente cierto, pensé. Evasivo, pero cierto.

- ¿Es cierto que su cliente reclama la recompensa por encontrar el cuerpo de Tabitha? - preguntó Shellie Quail, la sonrisa de Tolliver desapareció al parpadear.

- Eso no es un tema del que hayamos discutido. -concluyó Art- No tengo nada más que decir en este momento. Gracias por venir.- Y se giró hacia la puerta principal del Cleveland. La abogada de los Morgenstern no se veía por ninguna parte. Blythe Benson había desaparecido en un suspiro.

Yo esperaba que no tuviera pensado subir a la suite.

El programa cortó las cámaras y al poco rato Art entró en la habitación, en el mundo real. Una vez más, sentí esa sacudida de curiosidad.

- Ha salido bien. -dijo Joel sin un toque de ironía. Tolliver y yo tuvimos que tratar de mantener neutrales nuestras caras. - Y, por supuesto, les daremos la recompensa. - Joel se levantó, miró su reloj. - Diane, tenemos que ir a casa. Tenemos que hacer unas llamadas. Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que puedan estar seguros de que son los restos de Tabitha... Cuando podremos tenerlos.

Felicia cogió su bolso y el de Diane, lista para ayudar a la mujer embarazada para regresar a su coche.

Con un tirón, Diane se puso de pie. Se frotó ausentemente su estómago, como para mantener su contenido relajado. Me acordé de los embarazos de mi madre, de Mariella y Gracie. También no podía evitar recordar el bebé de Rosemary, Tolliver y yo lo habíamos visto la semana pasada en un viejo canal de películas.

- Gracias, Felicia. - dijo Diane.

- Contadnos cómo le va a Victor. - Tolliver dijo fuera de la nada.

- ¿Qué? - Felicia se giró, y sus ojos clavaron a Tolliver en la pared. – Claro, por supuesto. - Había algo de su voz que yo simplemente no entendía. La miré a ella y a Tolliver, pero no obtuve explicación alguna.

- Esto ha sido tan difícil para Victor como para los demás. -dijo Joel- Los niños pueden ser tan crueles.

- ¿Victor tiene ahora...? ¿Dieciséis? - Le pregunté alegremente, tratando de aliviar la tensión del aire. No sé por qué lo hice. Debería haberme quedado en silencio absoluto hasta se marcharan.

- Él acaba de cumplir diecisiete. -dijo Diane. De repente, su rostro perdió su dulzura. Ella me había parecido, incluso cuando la conocí por primera vez después del secuestro, como una mujer enfadada con su hijastro por su caprichoso comportamiento de adolescente, y ahora su mandíbula mostraba una tensión que hacía que las palabras fueran reales. - Me encanta ese chico, pero todo lo que dicen acerca de los adolescentes es cierto, pero en lo que se refiere a Vic: lleva siendo reservado y taciturno y respondiendo mal desde hace tres años. Cuando Tabitha empezó a mostrar señales de que estaba entrando en la misma fase, yo no estaba preparada para ella. Reaccioné mal.

Victor había sido un irregular, pero atlético y atractivo, muchacho hace dieciocho meses. Me acordé de que él siempre estaba molesto a un lado de un grupo de adultos en la casa Morgenstern, con su rostro tenso, ¿ira reprimida? ¿Miedo? Yo esperaba por el bien del niño, que su actitud hubiera cambiado ahora. Yo estaba dispuesta a creer que Victor tenía pensamientos y sentimientos que eran complicados de lidiar, pero solo porque trataba de pensar eso de todas las personas.

- ¿Cómo puedes decir eso, Diane? - Felicia preguntó, pero sin mucha indignación. - Él ha sido tuyo desde que era un bebé. Tienes que amarlo, al igual que yo.

- A mí me gusta él. -dijo Diane, sonando tan sorprendida como podía soñar una mujer embarazada agotada emocionalmente. - Le he criado como si fuera mi hijo. Tú, de entre todas las personas, deberías saberlo. Incluso aunque fuera mi propio hijo biológico, lo pasaría mal estando con él ahora mismo. No es él, es una etapa de la vida.

- No le gusta mucho la escuela de aquí. -dijo Joel. Sonaba igual de cansado que su esposa, como si se ocuparse de Victor le desgastara. - Pero él es un gran jugador del equipo de tenis.

- Pobre Victor. - dijo mi hermano, para mi sorpresa.

- Sí, todo ha sido muy duro para él también. -dijo Joel- Por supuesto, él estaba seguro de que iba a ser arrestado y ejecutado de inmediato, es la manera drástica que tienen de pensar los adolescentes, cuando la policía le preguntó de forma... muy persistente.

- Ellos pensaban que quizás estuviera celoso de su hermanita, ya que obtenía la atención al ser fruto del segundo matrimonio. - Después Diane se quedó totalmente callada y tuve un momento de pánico, pensando que estaba pasando algo con el bebé. Pero fue sólo uno de los momentos de angustia que bajaban como un águila desde el aire, rasgando con sus garras crueles.

- Oh, Tabitha. -dijo Diane, en una voz baja que contenía un profundo dolor. - Oh, mi niña. - Grandes lágrimas comenzaron a salir de sus hermosos ojos oscuros.

Su esposo pasó su brazo alrededor de ella y se giraron para regresar a su nuevo hogar. Felicia iba detrás de ellos, rezagada, con una gran infelicidad.

Miré la puerta cerrada varios minutos después de que se fueran. Me preguntaba si la habitación del bebé estaría lista ya. Me preguntaba lo que habrían hecho con todas las cosas Tabitha.

Su partida, alivió la tensión de la habitación. Art, Tolliver, y yo nos miramos con cierto alivio.

- Eso es una gran noticia, lo de la recompensa. Lo último que escuché, fue que era de veinticinco mil dólares. Sin descontar los impuestos, por supuesto. – Art estaba repasando la tarde mentalmente, podía notarlo por la forma en que sus dedos golpeaban la mesa ocasionalmente. - Me alegro de haber ido en segundo lugar, después de todo. – dijo Art después. - Había oído hablar de Blythe Benson. Ella dijo algunas cosas de las que tuve que ocuparme.

- Sí, nos dimos cuenta. – Tolliver sacó un crucigrama de la funda de su portátil y comenzó a buscar en sus bolsillos su lápiz.

Art parecía irritado. - Si crees que podría haberlo manejado de otra manera por favor, Tolliver, dilo."

Tolliver levantó la vista, al parecer sorprendido. - No, Art, no hay problema. ¿Y tú, Harper?

-Noté que no dijiste que Tolliver también era tu cliente, Art. - le dije.

Art puso su mejor cara de sorpresa, aunque pensaba que lo único que le sorprendía era que hubiéramos notado su ligera omisión. – El nombre de Tolliver no había salido a colación hasta ese momento, estaba tratando de mantenerlo así. -dijo. - ¿Quieres que llame a todos los periodistas para que lo corrijan?

- No, Art, está bien. – dije- Pero apúntatelo para el futuro para incluir ese detalle.

- Mensaje recibido. -dijo brillantemente Art. -Ha sido un largo día para un anciano, niños. Me voy a mi habitación, llamar a la oficina, para ponerme al día con mi trabajo."

- Claro, Art. - dijo Tolliver, su atención sobre el rompecabezas que había abierto ante él. - Si no te vas mañana en avión de vuelta a Atlanta hasta mañana, tendrás que cenar con nosotros.

- Gracias, ya veré cuánto trabajo tengo que hacer esta noche. Quizás tenga que conformarme con el servicio de habitaciones. Pero avisadme cuando estéis listo para salir.

- Nos vemos más tarde. -le dije.

Cuando se marchó, dije:- ¿Qué crees que ha escuchado?

Estaba tratando de averiguarlo. Tal vez la policía piensa que yo tuve el cuerpo de Tabitha todo este tiempo y que lo trasladé al cementerio para demostrar que tenías un verdadero don.

Le miré luego se rió. Era demasiado ridículo.

Tolliver dejó su lápiz y se centró en mí. - Sí, claro. No sé dónde se supone que guardé el cuerpo de niña durante dieciocho meses, o lo que sea.

- En el maletero. - dije, y después de un segundo me sonrió. Era una verdadera sonrisa, algo que no hacía con frecuencia, y me gustaba verlo. Tolliver no había sido alcanzado por un rayo, y su madre no había tratado de venderle para uso sexual a uno de sus amigos a cambio de de drogas, es cierto, pero Tolliver tenía sus propias cicatrices, y él no era más aficionado a hablar de ellas que yo.

- Tabitha estuvo en algún lugar dieciocho meses. -Señaló Tolliver- Es decir, su cuerpo estuvo en esa tumba, o en algún otro lugar escondido.

- ¿Estuvo allí todo el tiempo? - Le pregunté, pero yo solo estaba pensando en voz alta. - No lo creo. La tierra estaba removida. El resto del terreno en el cementerio era constante, pero en esa zona había algo desigual, y no había hierba sobre la tumba.

- Bueno, sabemos que fue enterrada en algún lugar durante los últimos dieciocho meses. - señaló Tolliver razonable.

- No, ella podría haber estado con vida una parte de ese tiempo. O podría haber estado muerta dentro de un congelador, o de un armario para carne, o en un depósito de cadáveres. O enterrada en otro lugar, como tú dices. - Pensé acerca de las posibilidades que había planteado. - Pero yo no lo creo. Sigo pensando que lleva muerto desde que fue secuestrada, o al menos casi todo ese tiempo. Pero ella no ha estado en St. Margaret todo ese tiempo. Lo que no entiendo es por qué la pusieron allí, y para que fuera yo quién la encontrara. Es muy extraño.

- De hecho, es casi increíble... - dijo Tolliver, con voz tranquila y reflexiva.

Capítulo 5



La mañana no empezó precisamente bien. Encendí la televisión en la CNN mientras me bebía mi café mañanero, con el periódico complementario abierto por la página en la que salía una foto de Tabitha, una foto reciente de los Morgenstern, y una foto de mí tomada mientras estaba en la escena de un crimen de hace dos años.

La cobertura televisiva era tan sorprendente como el artículo de prensa. El FBI había aparecido inicialmente en el secuestro de Tabitha. Ahora, habían puesto sus conocimientos al servicio de la policía de Memphis, incluyendo los recursos de su laboratorio.

- Confiamos en la capacidad de la policía de Memphis para llevar a cabo esta investigación. - dijo un agente que parecía que comía uñas para desayunar. - Enviaremos a un agente al lugar para que participe en la investigación del secuestro de Tabitha, y él pondrá a disposición de los oficiales locales todos los servicios que puedan necesitar. Solo queremos que se haga justicia para esta niña y su familia

Me preguntaba si nos permitirían volver hacia nuestro apartamento en St. Louis, aunque sería mejor aún si pudiéramos escaparnos a un lugar desconocido, para que fuera más difícil rastrearnos. No íbamos muy a menudo a nuestro apartamento, eso es cierto, pero era nuestra dirección oficial, y los medios de comunicación sin duda nos encontrarían allí.

Yo no recordaba cual era nuestro siguiente trabajo, o incluso si teníamos uno. Tolliver era el que gestionaba esa parte de nuestras vidas. Yo ya estaba inquieta y aburrida, me había terminado el libro que había subido de nuestro coche. Normalmente, saldría a correr.

No tenía sentido alguno tratar de hacerlo en el día de hoy. Aunque todavía me sentía un poco inestable por el descubrimiento de ayer, estaba definitivamente con ánimo para correr un par de kilómetros, o más. Pero si corría hoy, me iban a seguir, y eso no era divertido.

Tolliver llamó a la puerta, y le dije que entrara. Tenía una toalla envolviendo su pelo mojado.

- Fui a correr a la cinta rodante del gimnasio. - dijo, en respuesta a mi pregunta. - Es mejor que nada.

Odio correr en cintas. Simplemente me hace sentir estúpida. No llegas realmente a ninguna parte. Pero esta mañana estaba dispuesta a hacerlo, ya que de verdad necesitaba la actividad. Mientras se preparaba su propia taza de café, yo entré al ascensor con mis zapatillas de correr, pantalón corto y camiseta.

Había varias cintas. Una de ellas ya estaba ocupada por un hombre que rondaba probablemente los cuarenta, con cabello oscuro tornándose a gris en los bordes. Iba moviéndose, con su cara compuesta. Asintió de forma ausente hacia mí, gesto que apenas devolví.

Estudié el panel de control y las instrucciones, ya que no podía imaginarme algo que me hiciera sentir más estúpida que salir volando de una cinta. Cuando estuve segura de haber entendido lo que tenía que hacer, empecé lentamente, acostumbrándome a la sensación del caucho bajo mis pies. No pensé en nada, sólo en el sentimiento de mis zapatos golpeando la cinta, y luego apreté el control para aumentar la velocidad. Pronto iba a un buen ritmo - y aunque yo estaba en un recinto cerrado, no iba a ninguna parte y el maldito escenario nunca cambiaba, estaba contenta. Comencé a sudar, y poco a poco comencé a sentir que el agotamiento que te indica que has llegado casi a tu límite. Ralentiqué un poco el ritmo y, a continuación, disminuí de nuevo y, finalmente, caminé durante unos cinco minutos.

Era vagamente consciente de que el Sr. Silvertip aún se encontraba en la habitación, pasando de maquina en maquina de pesas, llevaba una de las toallas del hotel alrededor de su cuello. Me dirigí hacia el montón que había sobre una mesa junto a la puerta cuando terminé, y mientras yo estaba secándome la cara, una voz dijo: - Es bueno correr por la mañana, ¿No? Te ayuda a comenzar bien el día.

Bajé la toalla para evaluar al orador.

- ¿Del FBI? - pregunté.

No pudo evitar mostrar su sorpresa. – Eres realmente una psíquica. - dijo después de un agradable momento.

- No, no lo soy. – dije- O sólo de forma muy limitada. ¿Estaba aquí cuando Tolliver estuvo corriendo?

Tenía los ojos de color azul oscuro, y me examinó con mucho cuidado con ellos. Yo estaba exasperada. Había tenido mucho tiempo para mirarme mientras estaba corriendo. Esto no era para decidir si era una presa. Era algo más.

- Decidí que eras más accesible. -dijo. - Y eres la más interesante de los dos.

- Ahí se equivoca. –dije.

Miró hacia abajo hacia mi pierna derecha. La parte superior de la pierna tenía una marca en forma de tela de araña rojiza. Mis pantalones cortos me llegaban hasta medio muslo, y la marca era claramente visible sobre mi pierna. Esa es la pierna que de vez en cuando me falla. Esa es otra razón por la que necesito correr, para mantener la pierna fuerte.

- ¿Qué te pasó? - preguntó. - Nunca he visto una marca como esa. - Él era muy clínico.

- Fui alcanzada por un rayo. -dije.

Hizo un movimiento impaciente, como si lo acabara de él y lo acabara de recordar. O tal vez simplemente no me creía. - ¿Cómo sucedió? - preguntó.

Le expliqué las circunstancias. - Yo estaba secándome el pelo. Tenía una cita. - le dije, recordando cada detalle. - Por supuesto, nunca salí con ese chico. El impacto hizo que mis zapatillas salieran volando y que se me parara el corazón.

- ¿Quién te salvó?

- Mi hermano, Tolliver. Me hizo la reanimación cardiopulmonar.

- Nunca he conocido a nadie que fuera alcanzado por un rayo y saliera vivo para contarlo.

- Hay muchos. -le dije, y me fui hacia la puerta de vidrio, con la toalla todavía arrugada en mi mano.

- Espera. - dijo detrás de mí. - Me gustaría hablar contigo, si me lo permites.

Me volví para hacerle frente. Una mujer pasó junto a nosotros, lista para su propio entrenamiento. Ella llevaba pantalones cortos y una vieja camiseta. Ella nos miró curiosamente. Me encantó de tener un testigo.

- ¿Sobre qué?

- Yo estuve allí, en Nashville, por un tiempo. Por eso me han asignado este caso.

Esperé.

- Realmente quiero saber cómo sabías de antemano que el cuerpo de Tabitha estaba en el cementerio.

- No lo sabía.

- Pero lo encontraste.

- Si no estás a cargo de la investigación, no tengo que hablar contigo, ¿Verdad? Y no puedo pensar en ninguna razón para hacerlo.

- Soy el agente Seth Koenig.- Dijo que como si debería haber escuchado ese nombre antes.

- No me importa. - Y me metí en el ascensor antes de que él pudiera entrar, presioné el botón de cerrador de puertas, y sonreí mientras avanzaba sorprendido hacia mí, notando que me estaba marchando.

Después de la ducha, llamé a la puerta de la habitación de Tolliver y le dije lo que había sucedido.

- Ese bastardo. Eso fue una emboscada. -dijo Tolliver.

- Eso es un poco exagerado. Fue más como un acercamiento estratégico. -dije

Tolliver reconoció mi descripción de Seth Koenig. El agente había estado en el gimnasio al mismo tiempo que él, por supuesto. - Él pensaba que ibas a reconocer su nombre, ¿Eh?

Tolliver dijo pensativo. - Bueno, vamos a ver. - Tolliver enchufó el portátil y buscó en Google su nombre, obtuvo varios resultados. Seth Koenig había participado en algunas búsquedas de asesinos en serie. Seth Koenig era un buen fichaje.

- Pero todo eso fue en el pasado. - dije, mirando las fechas. - Nada en los últimos cuatro años, más o menos.

- Eso es verdad. -dijo Tolliver- Me pregunto qué le sucedió a su carrera.

- Y yo me pregunto por qué está aquí. Yo no he escuchado nada acerca de que secuestro y la muerte de Tabitha fuera el modus operandi de un asesino en serie. Y creo que me acodaría si otra chica hubiera sido enterrada en un cementerio, a kilómetros de distancia del lugar del secuestro y enterrada encima de otra persona, ¿Verdad? - Pensé en eso - En realidad, a parte de su entierro, no hay nada distintivo en el caso de Tabitha. Eso de por sí ya es bastante terrible, cuando lo piensas

Tolliver no estaba con estado de ánimo para discutir la degeneración de la sociedad norteamericana como lo demostraba la frecuente aparición de asesinos en series. Él sólo asintió.

- Él es diferente. - dije- Seth Koenig.

- Define eso.

Sacudió la cabeza. - Él es muy intenso, muy profundo. No es el típico trabajador de la ley.

- ¿Te gusta?

Yo me reí. - No. Él es demasiado viejo para mí.

¿Qué edad tiene?

- Probablemente, cuarenta recién cumplidos.

- Pero has dicho que está en buena forma.

Hay momentos en los que no acabo de apreciar las burlas de Tolliver. - No estoy hablando de su cuerpo. Estoy hablando de la cabeza.

- ¿Puedes concretar eso un poco?

- Creo que... -Dudé durante un largo momento, insegura de cómo explicarlo con palabras. - Creo que está interesado más que profesionalmente. Tal vez sea una obsesión.

- Contigo. -dijo Tolliver, muy neutralmente.

- No, con Tabitha. No personalmente. - Me esforcé para expresar lo que sentía. - Está obsesionado con el rompecabezas. Ya sabes, igual que algunas personas desperdiciaron una gran parte de sus vidas con es caso de Lizzie Borden. Lo inútil que es, porque todas las personas involucradas están muertas y bien muertas. Pero todavía publican libros sobre lo mismo. Creo que Seth Koenig es así con Tabitha Morgenstern. Mira su registro de trabajo. No ha hecho nada relevante desde que trabajó en este caso. Y aquí está, sobre el terreno, cuando la encuentran. No ve a Tabitha como una persona, o debido a Joel y Diane, sino por el misterio en sí mismo. Al igual que algunas de los oficiales de Colorado están con el caso de la niña que fue asesinada en su propia casa.

- La pequeña reina de belleza. ¿Crees que Seth está tan fascinado con Tabitha como algunas personas lo están con ella?

- Sí, creo que es posible. Y pienso que es peligroso. -le dije.

Me senté a su lado en el extremo de su cama y miré la foto que había enmarcado, una foto que llevaba con él en la carretera. Era una foto de Cameron, Mark, Tolliver, y yo. Estábamos todos sonrientes, pero no realmente. Mark miraba hacia abajo un poco, su robusta complexión y su cara redonda le distinguían del resto de nosotros. Cameron estaba a mi izquierda, de perfil, mirando en la lejanía. Su pelo sujeto en una cola de caballo. Tolliver y yo estábamos en el centro, su brazo alrededor de mis hombros. A primera vista, se podía suponer que Tolliver y yo éramos hermanos; ambos teníamos el pelo oscuro, éramos pálidos y delgados. Pero si pasaras tiempo con nosotros, notarías que mi cara es más larga y más estrecha que la de Tolliver, que es

prácticamente cuadrada. Y sus ojos son de un rico color marrón oscuro. Los míos, aunque también son oscuro y se confunden a menudo con marrón (ya que la gente ve lo que quiere ver), son en realidad de color gris. La boca de Tolliver tiene labios finos; mis labios son carnosos. Tolliver tuvo acné siendo un adolescente que no fue tratado, y tiene cicatrices en sus mejillas como consecuencia de ello. Mi piel es suave y fina. Tolliver tiene mucho atractivo para el sexo opuesto, y yo no me parezco tener mucho de eso.

- Solo les asustas. - dijo Tolliver tranquilamente.

- ¿Estaba hablando en voz alta?

- No, pero he podido seguir tu línea de pensamientos. –dijo- Eres la única psíquica de esta familia. -Puso su brazo alrededor de mí y me dio un abrazo.

- Sabes que no me gusta que me llamen psíquica. - le dije, pero yo no estaba realmente enfadada.

- Lo sé, pero ¿Cómo lo llamarías?

Habíamos tenido esta discusión antes.- Soy una busca-cadáveres. - le dije, con aires de grandeza. – Soy un Geiger¹ de humanos.

- Necesitas un traje de superhéroe. Te verías bien en gris y rojo. - dijo Tolliver. - Mallas y una capa, algo rojo, tal vez guantes rojos, botas altas de color rojo... - Sonreí ante la imagen. - Después de que todo esto con los medios de comunicación se termine, podremos volver al apartamento una semana. -dijo Tolliver- Podremos ponernos al día con las lavadoras y con nuestro sueño.

El apartamento de St. Louis no era muy genial, pero era mejor que la vida en un hotel, sin importar lo caro que fuera. Podíamos abrir nuestro correo (el poco que tenemos), lavar la ropa, cocinar un poco.

Los constantes viajes se hacían cada vez más molestos. Llevábamos así casi cinco años, al principio no hacíamos casi nada; de hecho, nos habíamos endeudado. Pero los últimos tres años, según se había extendido la palabra, el trabajo se había vuelto regular, e incluso habíamos rechazado uno o dos trabajos. Habíamos pagado lo que debíamos, y habíamos ahorrado mucho.

Algún día, queríamos comprar una casa, tal vez en Texas, por lo que no estaría demasiado lejos de nuestras pequeñas hermanas, aunque eran escasas las posibilidades que las visitaríamos mucho, gracias a mi tía Iona y a su esposo. Pero

¹ Aparato que mide la radiación y emite un pitido o zumbido si hay

estaríamos a mano cuando nos necesitaran y, tal vez, vernos de vez en cuando les crearía mejores recuerdos a Mariella y a Gracie.

Cuando tuviéramos una casa, compraríamos una cortadora de césped, y lo cortaría todas las semanas. Me gustaría tener una maceta grande, una de esas que parece un barril cortado, y me gustaría llenarlo con flores. Las mariposas se posarían en ellas, y las abejas revolotearían por encima. Yo quería uno de esos grandes buzones también. Se podía comprar en el Wal-Mart.

- ¿Harper?

- ¿Qué?

- Te has vuelto a ir a las nubes. ¿Qué sucede?

- Estaba pensando en una casa. -admití.

- Bueno, tal vez el próximo año. -dijo Tolliver.

- ¿En serio?

- Sí, nuestra cuenta bancaria es saludable. Si no tenemos catástrofes...

Volví a la realidad inmediatamente. Por supuesto, el seguro de salud era difícil de obtener para las personas como nosotros, ya que no tenemos lo que se pueda llamar un empleo constante, y el rayo siempre se clasifica como una condición pre-existente. Eso significaba que no podía reclamar cobertura sobre cualquier cosa que un agente de seguros pudiera clasificar como un derivado del rayo. Tuvimos que pagar una cantidad escandalosa para obtener el seguro más elemental. Me enfadaba cada vez que pensaba en ello. Hacía todo lo posible para mantenerme saludable.

- Bueno, no vamos a destrozarnos el coche ni a rompernos un hueso o ser denunciados. - dije. Hicimos aprendizaje a curar los esguinces y cortes cotidianos, y nos pasamos una semana en un motel en Montana cuando Tolliver tuvo la gripe. Pero la única cuestión persistente de salud a la que nos enfrentábamos eran mis continuos problemas por el golpe del rayo.

Uno pensaría que después de recuperarse de los efectos iniciales, eso sería todo. La mayoría de los médicos creen eso también. Pero eso no es la verdad. Hablé con otros supervivientes del foro de Internet. Pérdidas de memoria, dolores de cabeza severos, depresión, sensación de quemazón en los pies, zumbidos en los oídos, pérdida de la movilidad, y una serie de otros efectos podían manifestarse en los años venideros. Si eso es resultado de la neurosis de las víctimas - que eso es lo que dicen la mayoría de los médicos - o si el resultado de la misteriosa reacción del cuerpo a una sacudida de la electricidad... bueno, las opiniones varían.

Tengo mi propio conjunto de problemas, y por suerte para mí son bastante coherentes.

Por lo que sé, no hay otra superviviente que pueda encontrar gente muerta.

Tuve mucho tiempo para ducharme y vestirme, y preguntarme qué íbamos a hacer el resto del día, cuando el problema estuviera solucionado. La policía vino de nuevo, para hacer más preguntas.

El detective Lacey tenía un chaperón este momento, otra detective llamada Brittany Young. La detective Young rondaba la treintena, y era una mujer de cara estrecha con el cabello corto marrón y con gafas. Tenía un enorme bolso y zapatos cómodos, ropa que no eran de la más alta gama de Sears, y una pulsera de oro en su mano izquierda. Ella miró a su alrededor con curiosidad la habitación del hotel, y luego me examinó con más curiosidad todavía.

- ¿Siempre viajan con estos lujos? - preguntó, mientras el detective Lacey estaba hablando con Tolliver. Sentí que tenían un plan. Por qué, ¿Qué podría ser?

- Casi nunca. -dije- Somos más del Holiday Inn o del Motel 6. Pero necesitamos tener seguridad.

Ella asintió, como si realmente entendiera eso y no creyera que éramos unos pretenciosos. La Detective Brittany Young estaba estableciendo una relación conmigo... Ella me sonreía. Yo le sonreía de vuelta. Había hecho esto con otros anteriormente.

- Realmente necesitamos toda la información que nos pueda dar. - dijo sinceramente, todavía sonriendo. - Es muy importante para nuestra investigación para poder averiguar cómo llegó el cuerpo ahí y cómo lo encontró.

No podía ser. Intenté no parecer como si pensara que ella era una idiota. Le dije: - Bueno, yo con mucho gusto le diré todo lo que sé. Pero creo que dije todo ayer. -Añadí más sinceramente. -Estoy realmente apenada por los Morgenstern.

- ¿Diría, por ejemplo, que usted y su hermano son religiosos?

Ahora ella me sorprendió realmente. - Esa es una pregunta muy personal, y una que no puedo responder por mi hermano. - dije.

- ¿Pero se describirían como cristianos?

- Nos criaron como cristianos. - Cameron y yo, al menos, yo no sabía qué tipo de educación habían tenido en el hogar Lang. Ciertamente, cuando el padre de Tolliver se había casado con mi madre, la formación religiosa de sus hijos no había sido una de las prioridades. De hecho, hacia el final de nuestra vida como una familia, mi madre

apenas sabía cuando era domingo. Mientras pensábamos si llevar a Gracie y a Mariella a catequesis, a pesar de que eran muy jóvenes – lo que pensarían las mujeres de la iglesia acerca de nuestra vida hogareña nos lo había impedido.

Intentábamos duramente permanecer juntos. Todo había sido para nada.

- ¿Sus padres tenían algo en contra de los Judíos?

- ¿Qué? - ¿De dónde venía eso?

- A algunos cristianos no les gustan los judíos. - dijo Brittany Young como si eso fuera una novedad para mí. Pero ella estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener su voz neutra. Ella no quería que me asustara de darle mi verdadera opinión, por si acaso yo era una antisemita.

- Soy consciente de eso. - dije, lo más suavemente como pude. - Pero a mí realmente no me importa lo que sea la gente. - Entonces todo cuadró. - ¿Entonces, los Morgenstern son judíos? - Dije, realmente sorprendido. Nunca había pensado en ello, pero ahora recordé haber visto uno de esos candelabros en su casa de Nashville. Podría no haber visto los símbolos y signos. No sé mucho sobre el judaísmo. Los pocos niños judíos que había conocido en la escuela secundaria no habían explicado sus diferencias en cuanto a la Biblia.

La detective Young me dedicó una mirada que estaba tan llena de escepticismo que casi podía andar por sí misma.

- Sí. - dijo, como si estuviera jugando con ella. - Como ustedes saben, los Morgenstern son judíos.

Creo que estaba demasiado ocupada buscando a su hija para pensar en su religión. - dije. - Probablemente tendría que revisar mis prioridades.

Bueno, quizás había exagerado con el sarcasmo, o quizás estaba quedando como una pretenciosa. La detective Young me miró con ojos de desprecio. O, esa era la pose que adoptaba, para ver si me sacaba algo.

Miré a mi alrededor buscando a Tolliver, y me di cuenta de que el detective Lacey le había arrinconado al otro lado de la habitación.

- Oye, Tolliver. -dije- ¡La detective Young dice que los Morgenstern son judíos! ¿Lo sabías?

- Supuse que lo eran.- dijo, mirándonos. -Uno de los hombres que conocí en su casa de Nashville, no estoy seguro de que tu hablaras con él, estabas con Joel, creo que su nombre era Feldman... de todas formas, Feldmand se presentó como el rabino de los Morgenstern. Así que yo supuse que debían de ser judíos.

- No me acuerdo de él. - Realmente no me acordaba. Seguía sin comprender la relevancia de la fe de los Morgenstern. A continuación, una bombilla se encendió en mi cerebro. – Oh – dije- ¿Eso lo hace peor? ¿Qué fuera enterrada en un cementerio cristiano? El cementerio de St. Margaret es católico o lo fue, ¿Verdad? -Todo lo que sabía acerca de las costumbres de los entierros judíos era que tenían que ser enterrados más rápido que los cristianos. No sabía por qué.

Ambos oficiales me miraron asustados, como si su investigación principal hubiera sido totalmente malinterpretada.

- Yo creo -dijo Tolliver- que el hecho de que realmente fuera Tabitha sobrepasaría la religión, pero quizás no. - Él se encogió de hombros. - Eso es más importante para algunas personas que para otras. ¿Los Morgenstern son muy religiosos? Porque tengo que decir, que nunca nos mencionaron nada sobre el judaísmo. ¿Verdad, Harper? ¿Te dijeron algo a ti?

- No. Todo lo que me dijeron fue, 'Por favor, encuentre a mi hija.' Nunca dijeron: 'Por favor, encuentre a mi hija judía.'

Tolliver se sentó a mi lado en el sillón doble, y nos mostramos unidos ante Young y Lacey.

- Nuestro abogado está justo al lado. –comenté- ¿Crees que deberíamos llamar a Art, Tolliver?

- ¿Siente que necesita protección? – Preguntó el Detective Lacey rápidamente. - ¿Han recibido usted alguna llamada telefónica inusual o mensajes? ¿Se sienten amenazados?

Levanté mis cejas, miré a mi hermano. - ¿Tienes miedo, Tolliver?

- No creo que lo esté. -dijo, como si estuviera sorprendido por el descubrimiento. - En serio. – le dijo al detective Young, como si hubiéramos estado jugando hasta entonces. -¿Ha habido algún tipo de manifestación antisemita en contra de la Morgenstern? Pensaba que la sociedad había superado eso. Me encanta el Sur, no me malinterpreten, pero no ha evolucionado socialmente. Estoy seguro de que podría estar equivocado. - Esperamos su respuesta, pero ella sólo nos miró, con una expresión demasiado familiar de profundo escepticismo sobre su estrecha cara. Lacey parecía disgustado más que cualquier otra cosa.

Detectives -dije, cansada del tira y afloja- permitidme señalar algunas cosas. - Estábamos en el sillón doble que los Morgenstern habían ocupado ayer, y los dos detectives ocupaban las sillas. Aunque Brittany Young era al menos diez años más joven que Lacey, y una mujer, en aquel momento su expresión era idéntica a la suya. Respiré profundamente. – Los Morgenstern me contrataron después de que su hija

hubiera desaparecido desde hace varias semanas. Aunque yo había leído el periódico historias sobre Tabitha, nunca había conocido a Diane ni a Joel ni a cualquier otro miembro de su familia. No tenía ni idea de que me iban a llamar para que trabajara para ellos. No pude tener nada que ver con su desaparición, lógicamente.

Pensé que la atmósfera se había aliviado un poco.

El detective Lacey tomó la iniciativa. - ¿Quién, en concreto, la llamó? ¿Felicia Hart, el hermano de Joel Morgenstern, David? ¿O quizás el padre de Joel? Ninguno de ellos dice haberlo hecho.

La pregunta directa me detuvo en seco.

- ¿Tolliver? – Nunca hablaba directamente con los clientes hasta que llegábamos al sitio. Tolliver pensaba que eso me añadía un aire místico. Yo pensaba que me hacía parecer ansiosa.

- Fue hace tiempo. -dijo Tolliver. Fue a su habitación, regresó con una carpeta llena de páginas impresas a ordenador. Había estado utilizando más el ordenador por las noches y había diseñado algunos formularios de nuestro pequeño negocio, Recuperaciones Connelly y Lang. Había retrocedido en el pasado y convertido todos nuestros últimos "casos" al nuevo formato. Este cuaderno se llamaba "Archivos 2004" y la primera página de cada archivo (una página verde) se titulaba "Primer Contacto".

Él revisó la página, refrescándose la memoria. - Muy bien. El padre del Sr. Morgenstern nos llamó, a petición de su esposa, Hannah Morgenstern. El Sr. Morgenstern... - Tolliver leyó la página durante un par de minutos, y luego miró a los policías para decir que el abuelo Morgenstern le había contado a Tolliver que su nieta había desaparecido, y le había preguntado a Tolliver si pensaba que su hermana pudiera ayudar.

- Le expliqué lo que hace Harper, y él tipo se enfadó y colgó. - dijo Tolliver. - Entonces, al día siguiente, la cuñada llamó.

- ¿Está diciendo que Felicia Hart les llamó?

Tolliver verificó el nombre de la página, algo bastante innecesario. – Sí, ella fue quién nos llamó. – Se veía blanco – deliberadamente blanco. - Ella dijo que nadie más quería enfrentarse a la verdad, pero estaba segura de que su sobrina había muerto y quería que Harper encontrara el cuerpo de Tabitha para que la familia pudiera tener al fin paz.

- ¿Y qué pensó de eso?

- Pensé que probablemente tenía razón.

- En su experiencia, ¿Las familias están dispuestas a admitir que piensan que sus seres queridos desaparecidos están muertos? – Esto iba dirigido a mi persona. La Detective Young parece tener simplemente curiosidad.

- Esto puede que la sorprenda, pero sí. En el momento en que me llaman, bastantes de ellos lo están. Tienen que ser realistas en algún punto, para pensar en llamarme; porque eso es lo que hago, encuentro personas muertas. No tiene sentido decirme que venga si piensa que su ser querido aún está vivo. Llamarían a los perros para seguir un rastro o a los detectives privados, pero no a mí. - Levanté mis hombros. - Eso es de sentido común.

No puedo decir los detectives se vieran horrorizados. Se necesitaba mucho más que eso para espantar a un detective de homicidios, me gustaría pensar. Pero sus miradas sí se veían un poco más duras.

- Por supuesto – interrumpió Tolliver – cuando los seres queridos desaparecen, en la mayoría de los casos la familia no se deja llevar exactamente por el sentido común.

- Por supuesto - dije, en vista de que Tolliver estaba tratando de diluir el mal sabor de boca.

- ¿No le importa? – soltó la detective Young. Se inclinó hacia adelante, sus manos juntas, con los codos sobre las rodillas, su cara tensa.

Esa era una pregunta difícil. – Me siento de muchas formas al encontrar un cuerpo. - dije, tratando de ser veraz- Siempre me alegro de encontrar uno que he estado buscando, porque eso quiere decir que he hecho mi trabajo si lo localizo.

- Y entonces le pagan. -dijo el detective Lacey, con su voz afilada.

- Me gusta cobrar. – dije- No me avergüenzo de ello. Ofrezco un servicio a cambio de dinero. Y alivio a los muertos.- Los dos detectives parecieron blanco. - Ellos quieren ser encontrados, saben.

Parecía algo evidente para mí. Pero a juzgar por sus expresiones, no parecía tan evidente para Lacey y Young.

- Usted parece tan normal y de repente, suelta algo que es una locura. - murmuró Young, su compañero le dedicó una mirada que la dejó clavada en el sitio.

- Disculpeme. - dijo formalmente. - Este es un tema que no creo haber hablando nunca con nadie, y... me parece peculiar, supongo.

- No es la primera vez que he oído eso, detective. - dije normalmente.

- No, supongo que no.

- Nos vamos a ir ahora. -dijo el detective Lacey, pasándose la mano por su pelo corto, un gesto ausente, como si estuviera puliendo su ornamento favorito. - Oh, espere, tengo una pregunta más.

Tolliver y yo nos miramos. Tolliver puso su mano sobre mi hombro y ejerció una ligera presión. Pero no era necesario, sabía que ésa era la pregunta fundamental.

- ¿Han hablado con ningún miembro de la familia desde que fueron a Nashville para buscar a la chica Morgenstern? ¿Conversaciones telefónicas?

Ni siquiera tuve que pensar en ello. - Yo no. -dije, y me giré para mirar a Tolliver, esperando que repitiera mis palabras.

- Sí, hablé con Felicia Hart un par de veces. -dijo, y yo tuve que usar todo mi auto-control para mantener mi cara y el cuerpo inmóviles.

- Así que, usted tuvo conversaciones con Felicia Hart, además de la primera, cuando le llamó para decirle que fuera a Nashville para buscar a su sobrina.

- Sí, lo hice.

Iba a matarlo.

- ¿Cuál era la naturaleza de estas conversaciones?

- Personal. - dijo Tolliver con calma.

- ¿Es cierto que usted y Felicia Hart mantuvieron una relación?

- No. -dijo Tolliver.

- Entonces, ¿Para qué eran las llamadas de teléfono?

- Tuvimos relaciones sexuales. – dijo- Ella llamó un par de veces después de eso, mientras mi hermana y yo estábamos en la carretera.

Podía sentir mis dedos cerrándose en forma de puños, y me obligué a estirarlos, mantuve mi cara en calma. Estaba también fija y rígida, bueno, no podía evitarlo. Lo estaba haciendo lo mejor posible.

Tolliver tenía mucho atractivo, y aunque nunca lo habíamos hablado, obviamente disfrutaba del sexo, a juzgar por la forma en que aprovechaba todas las oportunidades para hacerlo. Yo también lo hacía, pero era más exigente que Tolliver para escoger un compañero. Tolliver veía el sexo, por lo que yo podía decir, como un deporte que se le daba bien, fuera quien fuera la persona de su equipo. Yo pensaba en el sexo un poco más personalmente. Revelas mucho de ti mismo durante el sexo. Yo no estaba dispuesta a permitir que muchas personas vieran tanto de mí, literal y figuradamente.

Quizás esta era la típica diferencia de actitud frente al sexo de hombres y mujeres.

- Entonces, ¿De qué quería hablar? – Preguntó la Detective Young. Había una mirada en sus ojos que no me gustaba, como si ella sintiera que había desvelado un secreto de Tolliver.

- Ella quería aclarar la situación familiar, sobre la desaparición por tanto tiempo de Tabitha, acerca de cómo el estrés afectaba a Victor. - dijo Tolliver, y pensé, está mintiendo. Miré hacia abajo para que mi rostro no fuera tan fácil de leer.

Pensé en actuar de forma extraña para hacer que los detectives se pusieran tan nerviosos que se marcharan, pero estaba muy enojada con Tolliver. Tendría que salir del lío en el que se había metido él solo.

- ¿Qué dijo en esas conversaciones?

Él se encogió de hombros. - No me acuerdo de los detalles. Después de todo, han pasado meses, y no es que fuera memorable. - Consciente de que sonaba muy poco galán, Tolliver lo arregló diciendo -No sabía que tendría que decirle a nadie lo que ella me dijo. Ella estaba preocupada, por supuesto, y no sólo por Victor. Ella estaba preocupada por Diane y Joel, y por sus propios padres. Después de todo, eran los abuelos de Victor, incluso si ya no son los suegros de Joel. Y veamos, dijo que niños de la escuela de Victor le acusaban de haber tenido algo que ver con la desaparición de Tabitha, porque había dicho un par de veces a sus amigos que su padre prefería más a Tabitha porque era la hija de Diane, y él no era el hijo de Diane.

-- ¿Cuál fue su respuesta?

- Yo no tenía mucho que decirle. - dijo Tolliver- Yo no estaba allí, y yo no sabía quiénes eran las personas involucradas así. Pensé que ella quería principalmente contárselo a alguien que no estuviera involucrado, y resultó que yo pasé por allí en el momento adecuado

- ¿Ella quería que usted regresara a Nashville?

- No podíamos. -dijo Tolliver- Teníamos una agenda que seguir, y si tenemos tiempo libre nos gusta pasarlo en nuestro apartamento de St. Louis. Estamos en la carretera casi todo el año.

- ¿Tienen tanto trabajo? – dijo la detective Young. Parecía asustada.

Yo asentí. - Estamos siempre muy ocupados. - dije. Me di cuenta de que Tolliver había evitado responder a la pregunta original, pero yo no iba a decir eso. Estaba lista para ellos se marcharan.

Lacey y Young se dedicaron una mirada, y parecieron hablar en silencio entre ellos. El hombre de mediana edad y la mujer joven hacían buena pareja de trabajo, de alguna manera. Habían tenido una conjunción de mentes en algún momento de su historia profesional, y habían empezado a trabajar juntos. Hasta este momento, yo pensaba que Tolliver y yo habíamos hecho lo mismo.

- Quizás tengamos que hacerles algunas preguntas más. -dijo el detective Lacey, haciendo un esfuerzo para sonar agradable y como si las demás preguntas fueran ser intrascendente, no hay problema, sin sudar, no te preocupes, se feliz.

- ¿Entonces, se van a quedar aquí? – Young preguntó, señalando el suelo para indicar que quería decir el hotel, no irse de la ciudad.

- Sí, supongo que sí. - dije.

- Por supuesto, querrán ir al funeral. -dijo Young, como si algo que debería haber sabido acabara de aparecer en su cabeza.

- No. - dije.

Ella amartilló su cabeza como si no me han escuchado correctamente. "¿Qué dijiste?"

- Yo no voy a los funerales. -dije.

- ¿Nunca?

- No, nunca.

- ¿Ni al de su madre? Escuchamos que murió el año pasado.

Habían hecho varias llamadas telefónicas. - No fui. –No quería volver a sentir su presencia, nunca más, ni siquiera desde la tumba. – Adiós. - dije, me puse de pie y les sonreí. Estaban definitivamente desconcertados ahora, e intercambiaron una de sus miradas de nuevo, sin mucha seguridad.

- Así que permanecerán en la ciudad hasta que nos comuniquemos con ustedes de nuevo. -dijo el detective Young, poniéndose el pelo detrás de la oreja con un gesto extraño que recordaba al de su compañero.

- Creo que hemos establecido eso ya. Dije, mantenimiento de mi voz dulce y tranquila.

- Por supuesto que sí. - dijo Tolliver, sin rastro de ironía.

Capítulo 6



Después de que se fuera la policía, el silencio que hubo era el silencio más ruidoso que había escuchado nunca. Yo ni siquiera quería mirar a mi hermano, y mucho menos discutir sobre lo que acaba de ocurrir. No nos movimos. Por último, levanté mis manos en el aire, hice un sonido que pareció un "Arrrr", y yendo hacia mi dormitorio, di un portazo detrás de mí. Se abrió de inmediato, y Tolliver entró.

- Muy bien, ¿Qué querías que dijera? –dijo- ¿Querías que mintiera?

Me tiré encima de mi cama, y Tolliver se cernió sobre mí, con sus manos sobre sus caderas.

- Yo no quiero que digas nada. dije, con la voz más neutral que pude encontrar. Pero después me volví a poner de pie mirándole fijamente. - No quería que dijeras nada hoy. Lo que me hubiera gustado, si fuera posible, era que mostraras un poco de discreción, un poco de sentido común, meses atrás, ¿En qué estabas pensando? ¿Tu cerebro de arriba estuvo siquiera implicado en ese proceso?

- Simplemente... ¿No puedes darme algo de cuartelillo?

- ¡No! ¡No! Una camarera aquí o allí, bueno, qué asco, ¡pero vale! ¡Conoces a alguien en un bar, bueno, vale! Todos tenemos necesidades. Sin embargo, tener una relación con un cliente, alguien involucrado en un caso... venga ya, Tolliver. ¡Deberías mantener puestos los pantalones! ¿No acaso no puedes?

Como Tolliver estaba metido hasta el cuello, se enfadó todavía más. - Ella era solo una mujer. Ella ni siquiera es un miembro de la familia, al menos, no directamente.

- Sólo una mujer. Bueno, ahora lo veo claro. Sólo era un agujero en el que podías meterte, ¿Es eso lo que estás diciendo? Tanto sobre ser selectivos. Tanto pensar que cada vez que tienes relaciones, '¿Esta es la mujer que escogería para tener un hijo mío?' ¡Porque eso es lo que significa, Tolliver!

- ¿Es eso lo que estabas pensando cuando te lo hiciste con el poli de Sarne? ¿En que querías tener su bebé?"

Hubo otro silencio, este cargado con otras tensiones.

- Oye. – dijo- Siento haber icho eso.- La cólera se evaporó.

- No sé si yo lo siento o no. – dije- Sabes que hiciste algo mal. ¿Por qué no puedes decirlo sin más? ¿Tienes que justificarlo?

- ¿Tienes que pedirme que lo haga?

- Sí, creo que sí. Debido a que esto no es sólo personal, se trataba de negocios también. Nunca habías hecho esto antes. - Bueno, al menos yo creía que no.

- Felicia no nos pagaba. Ella no era realmente un miembro de la familia.

- Pero aun así.

- Sí, sí. -dijo, por fin desmoronándose. - Tienes razón. Era demasiado cercana al caso. No debería haberlo hecho. - Él sonrió, esa rara y radiante sonrisa que casi me hizo devolverle una sonrisa. Casi. - Pero ella flirteó conmigo, y fui demasiado débil para rechazarla. Ella se me estaba ofreciendo, era bonita, y no pude pensar en una razón para no hacerlo.

Traté de pensar en algo que decir, pero no pude. En realidad, ¿por qué no? Justamente por esta razón, porque esta vez la vida sexual de Tolliver nos había explotado en la cara. Pensaba que teníamos más problemas incluso que antes, y eso no era una tontería.

Tolliver me abrazó. - Lo siento. -dijo, y su voz era tranquila y sincera. Me abrazó de nuevo, inhalé su familiar olor, posando mi mejilla sobre su duro pecho. Estuvimos así durante un largo minuto, con las motas de polvo que flotaban en el sol a través de la ventana del hotel. Después dejó de hacer fuerza y yo retrocedí.

- Esto es lo que los detectives deberían haber preguntado: ¿Quién nos llamó para ir al cementerio? - Le pregunté.

- El Dr. Nunley. Y como defensa del detective Lacey, diré que me hizo esa pregunta en la comisaría.

- ¿Nunley dijo quién le había dicho que llamara? ¿O tuviste la impresión de que fuera idea suya? – Volví a sala de área para coger una bebida. Tolliver fue detrás de mí, perdido en sus pensamientos.

- Pensé que alguien le había hablado de ti, porque hizo un montón de preguntas. Si hubiera sido el que tuvo la idea de invitarte, habría sabido más acerca de ti. Esa es mi opinión.

- Muy bien. Así que tenemos que hablar con él. – Yo simpatiqué con Tolliver cuando puso una mueca. - Sí, yo también. El es un idiota, vale. - Tolliver sacó su teléfono del bolsillo y rebuscó un número que tenía un pedazo de papel doblado. Tolliver siempre tenía trozos de papel en sus bolsillos, y si no hacía su propia colada siempre tenía que

rebuscar en sus bolsillos. Finalmente encontró el pedazo de papel y el número y lo marcó. Desde mi posición, pude ver que escuchaba como sonaba el teléfono en el otro extremo. Finalmente, saltó el contestador, y cuando sonó el bip, Tolliver dejó un mensaje. – Dr. Nunley, soy Tolliver Lang. –dijo bruscamente- Harper y yo tenemos que hablar con usted. Quedan cosas sin resolver del inesperado descubrimiento de ayer. Tiene mi número.

- Ahora creará que queremos nuestro dinero.

Tolliver consideró eso. – Sí, y nos devolverá la llamada. –dijo finalmente. – Ahora que lo pienso, si no nos paga, no sacaremos nada de este asunto. No puedo evitar alegrarme del dinero de la recompensa de los Morgenstern.

- No es que nos la hayamos ganado, ¿Sabes? – Me dio una palmada en el hombro; sabía exactamente lo que decía. Por supuesto, también sabía que lo aceptaríamos. Nos lo merecíamos. – No puedo evitar sentir que nos han puesto una trampa. Solo espero que no hayamos pasado debajo de una escalera abierta ni nada más que nos de mala suerte. Tengo miedo de que terminemos siendo culpados de lo que hizo otra persona.

- No si puedo evitarlo. –dijo Tolliver. – Se que la he fastidiado, pero puedes estar segura de que haré todo lo posible para asegurarme de que nadie nos pueda conectar con los asuntos de los Morgenstern. De hecho, ¿En qué fecha fue? – Miramos en internet. Tolliver revisó nuestra agenda del año pasado. Dios bendiga los ordenadores. – Estábamos en Schenectady ese día. –dijo, con alivio en su voz, y yo me reí.

- Está suficientemente lejos. –dije- Me alegro de que lleves un registro tan detallado. ¿Supongo que tendremos facturas para respaldarlo?

- Sí, en el expediente del caso. –dijo.

- No eres solo una cara bonita. –dije, y puse mi mano sobre su barbilla para sujetarle mientras le daba un beso en la mejilla. Mi momento de felicidad solo duro unos posos segundos. – Tolliver, ¿Quién podría haber hecho esto? ¿Matado a la chica y ponerla ahí? ¿Podría ser una increíble coincidencia?

Negó con la cabeza. – No creo que sea ni siquiera posible.

- Tú y yo sabemos que las coincidencias no suelen ser tal cosa. Pero no me puedo imaginar una conspiración tan elaborada.

- Yo tampoco. –dijo.

Extrañamente, la siguiente persona que contactó con nosotros fue Xylda Bernardo.

Acabábamos de terminar de comer. Fue una incómoda comida. Art había venido con nosotros, y ya que comía algo totalmente distinto a nosotros (comía a lo grande,

mientras que nosotros comíamos ligero) y le gustaba hablar de trabajo al comer, no puedo decir que lo disfrutáramos mucho. Art estaba a punto de tomar el vuelo que iba a Atlanta, ya que no podía pensar en nada más que hacer en Memphis. La policía no iba a presentar cargos contra nosotros, y había hecho muchas, muchas llamadas a todas las personas que conocía en Memphis para asegurarse de ello. Le habíamos pagado mucho para que Art volara hasta aquí en primera clase, quedarse en un caro hotel, hacer muchas llamadas, y dar una conferencia de prensa, pero sabíamos que era una apuesta segura.

Nuestro abogado estaba inmerso en una enorme ensalada, con pan de ajo, y raviolis de carne, mientras que Tolliver y yo nos tomábamos una sopa y una ensalada mucho más pequeña. Estaba mirando como Art masticaba un trozo de pan tratando de recordar mis clases de reanimación cardiopulmonar. Art estaba explicando lo que deberíamos esperar que pasara ahora.

- Probablemente tendréis que entregar un registro de vuestros viajes desde que conocisteis a los Morgenstern.

Miré a Tolliver y asintió. Teníamos esa parte cubierta. Durante los años que llevábamos viajando, Tolliver y yo habíamos aprendido a guardar todas las facturas, hasta la más mínima, cada trozo de papel que se ponía en nuestro camino. El año pasado, habíamos sido especialmente cuidadosos. Teníamos un archivador que siempre estaba en el asiento trasero del coche, y el ordenador; manteníamos todo apuntado. Le enviábamos paquetes con regularidad a nuestro contable, Sandy Dierdoff, que tenía la sede en St. Louis. Era una mujer con muchas curvas de unos cuarenta años. – Maldición. – dije. Ella solo había levantando una ceja y se había reído cuando le explicamos lo que hacíamos para ganarnos la vida. Parecía disfrutar nuestro inusual modo de vida. De hecho, nos había dado un buen consejo al presentarnos a Art. Sandy ya nos había enviado un correo para nuestra cita anual; el otoño estaba dando paso al invierno.

Estaba pensando en Sandy, y por lo tanto en nuestro apartamento de St. Louis, cuando le dije adiós a Art. Le vimos marcharse con sentimiento de alivio por ambas partes. Art estaba orgulloso de tenernos como clientes, como si fuéramos gente del espectáculo; pero al mismo tiempo, no estaba muy relajado a nuestro alrededor.

Después de que se fuera, y de que el personal quitara las cosas de la comida, le pregunté a Tolliver si podíamos salir a dar un paseo. Todavía no había olvidado su enorme error, pero estaba dispuesta a dejarlo a un lado hasta que me calmara. Un buen paseo podría hacer que nuestra relación volviera a la normalidad.

Tolliver negó con la cabeza antes de que pudiera terminar de decir la frase. – Estuvimos corriendo esta mañana en el gimnasio. – me recordó- Sé que no quieres

quedarte encerrada en el hotel, pero si vamos a alguna parte, alguien nos verá y nos seguirán para que hagamos alguna declaración.

Llamé a recepción para preguntar si todavía había periodistas esperando fuera del hotel. El recepcionista me dijo que no estaba seguro, pero que sospechaba que algunas de las personas que estaban en la cafetería del bar de la acera de enfrente eran periodistas. Colgué.

- Escucha, ponte las gafas de sol y un gorra, y nos iremos al cine. –dijo. Buscó el periódico que nos habían traído esta mañana y miró la cartelera. Me quedé mirando a la foto mía de primera página de la sección. Ahí estaba yo: delgada, con el pelo oscuro, con grandes ojos y erguida, con los brazos cruzados sobre mi pecho. Pensaba que la foto me hacía parecer mayor de veinticuatro, y eso me hizo estremecerme. Tolliver, justo a mi lado en la foto, era alto, más oscuro y más ancho.

Ambos parecíamos muy molestos. Parecíamos como refugiados europeos, que habían salido huyendo de una persecución, dejando atrás todo lo que valoraban.

¿Quieres leerlo? - Tolliver preguntó, extendiéndome el periódico. Él sabía que no me gustaba leer las pocas historias que salían sobre nosotros en la prensa, pero como había mirado la imagen, me lo había ofrecido.

Levanté la mano haciendo un gesto negativo.

En vez de eso, me pasó la sección de cine, y comencé a mirar los anuncios. Nos gustaban las películas espaciales y las de acción. Nos gustaban las películas en las que salían familias felices. Si les amenazaba el peligro, nos gustaba que les sacaran de ellos, más o menos intactos, tal vez con un par de disparos en el proceso. No como las películas sobre la gente miserable que se vuelve más miserable, no importaba lo brillantes que fueran. No nos gustaban las películas para chicas. Ni las extranjeras. Yo no quería ir al cine para aprender algo sobre la naturaleza humana o sobre el estado del mundo. Yo sabía todo lo que quería saber sobre ambas cosas.

Había una película que se ajustaba a nuestro perfil, cosa que no era demasiado sorprendente, supongo.

Me puse una gorra de punto, mi chaqueta, mis gafas oscuras, y hasta Tolliver trató de camuflarse. Le dijimos al portero que llamara a un taxi en vez de ir con nuestro coche. Conseguimos un taxista que se quedó en silencio todo el camino, mi tipo favorito. Podía conducir bien, también, y nos llevó hasta el centro comercial a tiempo de comprar nuestros billetes y entrar directamente.

Me encanta ir a los multicines. Me encanta el anonimato, y todas las posibilidades que eso ofrece. Me encantaban los adolescentes que lo mantenían limpio, con brillantes camisas y tontos sombreros. Tolliver había tenido un trabajo nocturno en un

lugar así en Texarkana, y solía colarme en la oscura sala de vez en cuando, para olvidarme de lo que nos esperaba en nuestra casa.

Cuando comenzaron los avances de películas, estaba lo más contenta que podía estar. Nos sentamos juntos en la oscuridad, pasándonos las palomitas (sin mantequilla, con poca sal) el uno al otro.

Vimos la película de una hermosa-patóloga-en-peligro alegremente, a sabiendas de que todo iba a estar bien al final (más o menos). Nos dimos golpes mutuamente en las costillas cuando la protagonista tuvo un montón de problemas para determinar la causa de la muerte de un chico muy guapo. – Podrías haberlo hecho en un segundo. – dijo Tolliver, en un susurro que solo alguien que estuviera tan cerca como yo podría descifrarlo. La sala no estaba vacía, pero había mucho espacio un día entre semana por la tarde. Nadie estaba hablando en voz alta, y ningún niño estaba llorando, por lo que fue una buena experiencia.

Cuando la película terminó, el malo murió de varias maneras diferentes después de que pensáramos que estaba muerto al principio, salimos fuera, hablando sobre los efectos especiales y el probable futuro de los personajes principales. Ese era nuestro juego favorito. ¿Qué sucedería con ellos después de que la acción de la película se terminara?

- Ella volverá a trabajar, incluso si ella dijo que no lo haría.- le dije a Tolliver. - Quedarse en casa sería demasiado aburrido después de todos los disparos y persecuciones. Después de todo, ella golpeó a ese tipo en la cabeza con su plancha.

- No, creo que ella se casará con la policía, se quedará en casa, y se dedicará a su familia y hará la cena cada noche. -dijo Tolliver- Ella nunca volverá a pedir comida china para llevar. ¿Recuerdas que arrancó el menú que estaba junto al teléfono?

- Ella probablemente pedirá pizza en su lugar.

Él se rió y sacó el recibo del viaje en coche de su bolsillo para poder llamar a toro que nos llevara de vuelta al hotel.

De repente, mi brazo izquierdo fue agarrado fuertemente. Decir que me asusté sería un gran eufemismo. Me giré para mirar a la mujer que me sujetaba. Ella llevaba un voluminoso abrigo con un llamativo estampado. Tenía el pelo teñido de color rojo que le caía en forma de cascada rizada por la cara. Su lápiz de labios no delineaba exactamente sus labios reales, y sus pendientes eran enormes candelabros con piedras brillantes que reflejaban la luz de la tarde.

Tolliver la había girado y con su mano libre le estaba sujetando la garganta. - Sólo quiero hablar con ustedes. - dijo, de una forma rápida y abstracta.

- Hola, Xylida. -dije, tratando de recuperar la calmada voz que se usa cuando estás hablando con alguien que conoces y que sabes que está al borde de un abismo.

- Xylida. -dijo Tolliver, casi en un gruñido. Estaba preparado para la acción, y ahora tenía que ser tolerante. Con más fuerza de la necesaria, volvió a meter de nuevo el teléfono en su bolsillo. - ¿Qué podemos hacer por ti hoy? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

- Estáis en peligro. -dijo. – En un terrible peligro. Sentía que tenía que avisaros. Eres tan joven, querida. No sabes lo terrible que puede ser este mundo.

En realidad, yo pensaba que tenía una idea muy clara. - Tolliver y yo no carecemos de experiencia, Xylida. -dije, tratando de mantener mi voz suave. - Mira, hay un restaurante allí. ¿Podemos ir a tomar una taza de chocolate caliente o un café? ¿Tal vez un té?

- Eso sería bueno, muy bueno. -dijo. Xylida era tan diferente de mí: era bajita, voluminosa, y por lo menos tenía treinta años de edad. Llevaba en el negocio psíquico desde que había dejado la prostitución, que había sido su primera profesión. El marido de Xylida, Robert, había sido su chulo, y su muerte el año pasado había arrojado a Xylida hacia un nuevo mundo. Yo no sabía cómo iba a sobrevivir a menos que alguien se la llevara de la mano. Ella no se veía ni se comportaba como alguien a quien me gustaría contratar si estuviera en el mercado de los psíquicos. Por otra parte, tal vez estaba sobreestimando al público. Algunos clientes de Xylida realmente creían que su extraña forma de vestir reforzaba el hecho de que ella era una verdadera psíquica.

No estaba de acuerdo. Yo sabía que un montón de psíquicos, tanto reales como falsas, eran emocionalmente inestables o enfermos mentales. Si naces psíquico, tienes que pagar un precio, uno alto. Es un terrible don.

Sólo dos de los psíquicos que había conocido habían conseguido vivir como la gente común, pero eran dos excepciones. Y ninguno de ellos era Xylida, por supuesto.

Viéndose triste pero resignado, Tolliver llevó a Xylida hacia el café y la ayudó a quitarse su horrible abrigo. Se fue a pedir nuestras bebidas, mientras que yo me instalaba con Xylida en una mesa lo más alejada posible del resto de los clientes, pero la cafetería no era muy grande. Respiré profundamente y traté de poner una sonrisa comprensiva en mi cara.

Xylida me estrechó la mano, y tuve que morderme el labio inferior para no apartarla. No me gusta el roce casual, y ya me había tocado dos veces, pero me recordé a mí mismo que Xylida debía tener una razón para aquel contacto deliberado. Como sabía por lo que me había dicho en una sesión anterior, Xylida estaba siendo bombardeada con imágenes de mí. Me lo había explicado una vez, cuando estaba teniendo un buen

día, cuando Robert seguía vivo. - Es como ver una presentación de diapositivas muy rápida. - había dicho- Veo imágenes, imágenes de la vida de la persona a la que estoy tocando, algunas del pasado y algunas del futuro y algunas...- Se había quedado en silencio sacudiendo la cabeza.

- ¿Todas se vuelven realidad? -pregunté.

- No tengo forma de saberlo. Sé que se podrían cumplirse.- Xylda me miró ahora, y sus ojos azules realmente me veían. - En el momento de hielo, serás muy feliz. -dijo.

- Vale. - dije, aunque no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Pero así es como funcionaban las conversaciones con Xylda, si se podía llamar a eso una conversación.

- No puedes seguir mintiendo. - dijo Xylda suavemente. – Tienes que dejar de hacer eso. No le hará daño a nadie.

- Creo que soy muy sincera. - le dije, sorprendida. Se me podía acusar de muchas cosas, y tendrían razón. Pero no de esto.

- Oh, dices la verdad en las cosas que no importan.

- ¿Has venido con alguien a Memphis, Xylda?

- Sí, con Manfred.

- ¿Dónde está Manfred? -Yo no estaba completamente segura de quien era Manfred, pero saber que alguien estaba a cargo de Xylda era un alivio.

- Está aparcando el coche. No había sitio.

- Ah, bueno. - dije, aliviada al oír esa explicación. Tolliver llegó a la mesa con nuestras bebidas. Xylda parecía encantada de coger el café, que era con olor a vainilla y con azúcar, y en ella le echó un poco azúcar moreno del recipiente de plástico. El mío era un café normal, y Tolliver había pedido chocolate caliente. - Tolliver, dice Xylda que Manfred está con ella.

Levantó las cejas interrogante, así que él tampoco sabía quién era. Yo me encogí de hombros. - Ella dice que está aparcando el coche.

Tolliver se levantó y miró por la ventana, después comenzó a saludar energicamente a alguien. - Creo que le veo. - dijo, hundiéndose de nuevo en su silla. – Ya viene. -Tolliver estaba sonriendo ampliamente.

- Es un buen chico. -dijo Xylda. Ella nos sonrió. - Escuchad, he oído que has encontrado la chica Morgenstern. - De repente, ella sonaba totalmente práctica y presente, mentalmente.

- Sí - dije.

- Sabes, me llamaron.

- ¿Si?

- No fue el niño. -dijo Xylida. - Hubo pasión involucrada. Pero no tuvieron relaciones sexuales con la niña.

- Muy bien. - dije. - Entonces, ¿por qué la mataron?

- No lo sé. -dijo Xylida. Ella miró hacia abajo hacia su taza de café.

¿Ven lo que quiero decir sobre que los psíquicos suelen ser de muy poca ayuda?

- Pero sé que lo vas a averiguar. -dijo Xylida, y ella me miró bruscamente. - No voy a estar allí para verlo, pero lo averiguarás.

- ¿Te vas a ir a una ciudad diferente? ¿Tiene otra reserva?

- Sí. - dijo muy claramente. - Yo tengo otra reserva. Ya sabes, yo soy de verdad, y la gente sabe es cuando se reúnen conmigo.

- Sí, así es. - dijo Tolliver y, a continuación, un delgado joven se acercó a nosotros, todo vestido de negro. Ese era Manfred, asumí.

- Vi que ella te sorprendió. - Manfred dijo alegremente. - Lo siento. ¿Es usted su amiga? Ella dijo que tenía que visitar a nos amigos aquí.

Increíble. Que la capacidad psíquica de Xylida la había llevado a reunirse con nosotros en un multi-cine. Manfred tenía los hombros estrechos, era joven, en su adolescencia o veinteañero. Tenía una cara estrecho y cabello teñido de negro, se con perilla, y al menos un tatuaje visible a un lado de su cuello. Tenía la cara decorada con muchos piercings y sus manos estaban cubiertas de anillos de plata.

Él y Xylida hacían buena pareja, en una especie de extraña manera.

- Soy Tolliver Lang y esta es Harper Connelly. -dijo Tolliver- ¿Estás relacionado con Xylida?

- Este es mi nieto. - dijo Xylida con orgullo.

Estaba dispuesto a apostar que pocas abuelas sería capaz de mirar a la extremada decorada cara de Manfred sin fruncir el ceño. Había mucho más sobre Manfred de lo que se veía a simple vista, y mucho que no - y su abuela era sin duda lo suficientemente psíquica como para el sentirlo.

Le dijimos al joven que estábamos encantados de conocerle y le explicamos que nos habíamos cruzado con Xylde de vez en cuando.

- Ella se sobresaltó esta mañana, junto a la mesa del desayuno. -dijo Manfred. - Ella dijo que tenía que ir a Memphis. Así que cogimos el coche, y aquí estamos. - Parecía orgulloso de haberse tomado tan en serio a su abuela, de haber llegado hasta aquí para llevarla a su auto-acordada cita.

- Sabes que el cuerpo fue encontrado. –le dije a Xylde, que se había terminado su café antes de que el resto de nosotros hubiéramos empezado a saborear el nuestro.

- Sí, y yo sabía que iba a ser encontrado en un cementerio. -dijo Xylde. – Pero no sabía en cual. Me alegro de que hayas encontrado a la chica. Lleva muerta desde hace mucho tiempo.

- ¿Desde el día en que desapareció? - pregunté.

- No, no exactamente. -dijo Xylde- Ella vivió un par de horas. No más que eso.

Yo estaba realmente aliviada de oír esto. - Eso es lo que pensé. Gracias por decírmelo. -le dije. Me preguntaba si debería retransmitir este pedacito de información a la policía o a la familia de Tabitha. Después de un momento de pensarlo, me di cuenta de que era una muy mala idea. Si era difícil que la policía me creyera, sería imposible que le dieran credibilidad alguna a Xylde. Si se podía decir que una persona que parecía una ex prostituta se había convertido en psíquica profesional, Xylde sería la imagen perfecta. La policía no estaría dispuesta a confiar en ella, y Xylde reforzaría esa desconfianza con cada frase que pronunciara.

- Yo lo Vi. -dijo Xylde. Pude escuchar las mayúsculas en su voz. Manfred sonrió a su abuela, orgulloso. Era evidente que a Manfred simplemente no le importaba que casi todos los clientes se hubieran tomado un momento o dos para mirar a nuestro pequeño grupo. Pensé que era extraordinario, sobre todo para un joven que rondaba apenas la adolescencia, si es que era así. Me di cuenta de que Manfred y Victor Morgenstern tendrían una edad parecida. Me preguntaba lo que harían los dos juntos, y pensé que la idea de que hablaran entre ellos era casi inimaginable.

- Xylde, ¿Pudiste ver quién se la llevó? - Tolliver preguntó. Habló muy tranquilamente, casi de forma inaudible, porque no cabía duda de que la gente estaba escuchando.

- Fue por amor. -dijo Xylde. - ¡Por amor! - Xylde dijo en voz alta.

Ella nos sonrió a cada uno de nosotros, con una mirada distintiva, y a continuación le dijo a Manfred que había llegado el momento de su siesta.

- Sí, abuela. -dijo. Se levantó de su silla y le apartó la silla. Hacía años que no veía a un hombre hacer eso. Mientras Xylde recogió su bolso y comenzó a ir hacia la puerta, la mirada fascinada de los demás clientes siguieron la trayectoria de su enorme abrigo, Manfred se inclinó para cogerme la mano. – Ha sido un placer. -dijo, y de repente sonó más mayor de lo que era. -Si alguna vez buscas alguien para salir Harper, cuenta conmigo.

La mirada en sus ojos me indicaba que no importaba la edad que tuviera Manfred cronológicamente, ya que biológicamente era un hombre completamente desarrollado. De repente me sentí muy cohibida y ridículamente halagada.

- Te he oído. - dije, y Manfred me besó la mano. Debido a los piercings, el efecto fue extraño. Sentí un poco la lengua, el pequeño cepillado suave de su perilla, y un roce metálico frío que seguramente era de una tachuela de su boca. No sabía si reír, o echarme a correr o jadear.

- Sólo piensa en los niños que tendríamos. -dijo Manfred, y opté por sonreír.

- Eso es ir demasiado lejos. –dije- Lo estabas haciendo bien, hasta que has dicho lo de los niño.

- Lo recordaré. - dijo, sonriendo de nuevo. - La próxima vez no cometeré el mismo error.

Cuando salieron, me giré hacia Tolliver para preguntarle qué había sacado de la conversación con Xylde. Tolliver estaba mirando hacia Manfred con cara de pocos amigos.

- Oh, se realista. - le dije. - ¡Tolliver! ¡Es vario años más joven que yo!

- Cierto, quizás tres. -dijo Tolliver, y me acordé de que Tolliver era tres años mayor que yo. - Él tiene las pelotas, le acuerdo eso.

- Probablemente con piercings. - dije, y Tolliver me dedicó una mirada asombrada y una risa tensa.

- ¿Qué dirías si me hago un tatuaje y me pongo una aro en la ceja? - dijo.

- Definitivamente me gustaría ver eso. – dije- Y sería interesante ver qué tipo de tatuaje elegirías. - Le miré por un momento, tratando de imaginarme a Tolliver con un aro de plata en su nariz o ceja, y sonreí. - Y donde te lo pondrías.

¡Oh, si alguna vez me hago uno, me gustaría ponerlo en la parte baja de la espalda. –dijo- Así lo podría tapar casi todo el tiempo.

- Ya habías pensando en esto antes.

- Si. Un poco.

- Hmm. ¿Y has elegido ya el tatuaje?

- Claro.

- ¿Qué sería?

- Un rayo.- dijo, y yo no pude distinguir si lo decía en serio o no.

Capítulo 7



Durante el viaje en taxi de vuelta del multicine hacia el hotel, tuve algo de tiempo para pensar. Xylida estaba loca, pero ella era una verdadera psíquica. Si ella decía que Tabitha había vivido durante unas horas después del secuestro, yo la creía. Debería haber hecho diferentes preguntas. Tenía que haberle preguntado a Xylida porqué el secuestrador de Tabitha la había mantenido con vida tanto tiempo. ¿Motivos sexuales? ¿Otros fines?

- ¿Te parecía que Xylida estaba más loca de lo habitual? - Tolliver preguntó, haciéndose eco de mis pensamientos a un grado inquietante.

- Sí. –dije- El tipo de locura que me hace preguntarme como de vieja es realmente.

- Ella no puede tener más de sesenta, ¿no?

- Yo hubiera dicho que era más joven, pero hoy...

- Ella se veía bien.

- Tan bien como se puede ver Xylida.

- Es cierto. Pero parecía andar bien, y moverse bien físicamente.

- Pero, mentalmente, era un poco más...vaga. 'En el momento de hielo, serás muy feliz'. ¿Qué diablos significa eso?

- Sí, eso era raro. Y la parte de ser sincera.

Asentí. - 'El momento de hielo'. Ella podría haber dicho cosas que hubieran sido mucho más útiles en el momento. ¿A lo mejor es la pérdida de Robert la que la ha dejado así? No es que ella nunca fuera Miss Estabilidad. Manfred Por lo menos parece estar cuidado bien de ella, y respeta su talento.

- ¿Piensas que deberíamos mencionarles a los Morgenstern el tipo que conocimos en San Francisco? ¿Crees que podrían estar abiertos a acudir a un clarividente?

- No. - dije al instante. - Tom se inventaría algo si no consigue una lectura de verdad.

- Igual que Xylida.

- Pero sólo cuando no importaba, Tolliver. - Él me miró como si él no pudiera notar la diferencia.

- Como si fuera un adolescente que fuera a verla por una apuesta, queriendo saber si iba a ser feliz en el futuro, Xylda podría inventarse algo para que el chico se fuera confiado y alegre. Ese tipo de cosas, no hacen daño. Pero si muchas cosas dependen de ella, si el cliente la tomara en serio, Xylda no diría nunca 'Oh sí, su hijo desaparecido está realmente' a menos que tuviera una verdadera visión. Tom diría algo en cualquier circunstancia, sepa o no algo. Se lo inventaría sin más.

- Entonces no le mencionaré. - dijo Tolliver, a pesar de que sonaba un poco malhumorado. - Estaba tratando de pensar en alguna manera para ayudarles a salir de esto, y creo que la única manera de que lo superen es encontrar a quién le hizo esto a Tabitha. Es decir, si realmente no es uno de ellos.

- Lo sé. -dije, sorprendida ante su irritación.

- ¿Qué obtuviste ayer de ella? ¿Cuándo estabas encima de la tumba?"

Yo era muy reacia a volver a ese momento. Pero luego pensé en los rostros de Diana y de Joel Morgenstern, en la nube de sospechas que había en torno a ellos, y supe que tendría que volver al último lugar donde había descansado Tabitha.

- ¿Crees que podríamos volver al lugar? – pregunté- Sé que no hay restos físicos, pero podría servir de algo.

Tolliver nunca cuestionaba mi juicio profesional. - Entonces iremos. –dijo- Pero creo que será mejor ir esta noche, para que nadie nos siga. Nosotros no queremos ir en taxi allí.

Estaba de acuerdo, sobre todo después de que nuestro actual conductor de taxi nos dedicara una mirada curiosa por el espejo retrovisor.

- ¿Nos podría dejar en Beale?- Tolliver preguntó. - ¿Tal vez podríamos ir a escuchar algo de música antes de la cena?

Miré mi reloj. Parecía improbable que estuviera tocando un buen grupo de blues a las cinco de la tarde. - ¿Por qué no te vas tú? – sugerí – Yo volveré al volver al hotel y me echaré una siesta.

Entonces Tolliver se bajó ante el famoso club de blues BB King de la calle Beale, y le recordó al taxista donde tenía que dejarme. El taxista puso una mueca y dijo, - Claro, hombre, eres algo sobre protector, eh.- dijo el hombre cuando yo le estaba pagando. – Tu hombre se preocupa demasiado.

- Sí. –dije- Es mi hermano.

- ¿Tu hermano? - El taxista me miró, medio sonriendo, seguro de que le estaba tomando el pelo.

Le dije que se quedara el cambio porque estaba algo sorprendida, y me bajé rápidamente del taxi yendo hacia el hotel sin mirar a mi alrededor, cosa que fue estúpida.

Por segunda vez en ese día, alguien me sujetó. Pero esta vez se trataba de un hombre, un hombre enojado. Él me agarró mientras entraba en el vestíbulo, y me llevó hasta una silla antes de que yo pudiera incluso estar segura de quién era.

El Dr. Clyde Nunley iba ligeramente mejor vestido que por la mañana. Esta tarde se veía como el típico profesor universitario con su chaqueta y pantalones oscuros. Sus zapatos brillantes.

- ¿Cómo lo hizo? - me preguntó, todavía sujetando mi brazo.

- ¿El qué?

- Usted me ha hecho quedar como un tonto. Yo estaba de pie allí. Los registros estaban sellados. Los miré por encima. Nadie más los había leído. ¿Cómo lo hizo? Me hizo quedar como un idiota delante de los estudiantes y, a continuación, su maldito proxeneta me llamó para preguntarme por el dinero.

Estaba disgustada, y me di cuenta de que el Dr. Nunley había estado bebiendo.

Intenté tirar de mi brazo para soltarme. Me daba miedo, así que estaba proporcionalmente más cabreada.

- Suelte mi brazo y aléjese de mí. -dije, y lo dije en voz alta y bruscamente.

Por el rabillo del ojo, vi que los tres (muy jóvenes) miembros del personal del mostrador se movían alrededor nerviosamente, inseguros de qué hacer. Me alegré tanto cuando apareció y puso una mano sobre el hombro del Dr. Nunley.

- Suelte a la dama. - dijo el hombre que había estado en la clase el día anterior. Hablaba tranquilamente: - Yo sé lo que estoy haciendo y nadie se mete conmigo.

- ¿Qué? - Clyde Nunley estaba muy confuso por la interrupción de sus sesiones de intimidación. No aflojó su agarre. Tuve un impulso natural de agarrarle el brazo al Sr. Alumno, para que todos estuviéramos unidos. Nos veríamos ridículos.

- Dr. Nunley, suélteme o le voy a romper cada maldito dedo. - le dije, y eso funcionó a las mil maravillas. Se veía asustado, como si me hubiera convertido en una persona real para él. El Sr. Estudiante sujeto al borracho profesor, y su boca se movió lentamente formando una pequeña sonrisa.

En aquel momento, uno de los miembros del personal había rodeado la mesa y se dirigía a zancadas hacia nosotros, tratando de darse prisa sin que se viera que la tenía. Era un hombre de cara agradable en la veintena que nos había dado una habitación. - ¿Problemas, Sra. Connelly?

- No digas una palabra. -Siseó el Dr. Nunley, como si eso fuera a impedírmelo. Debía de estar acostumbrado a lidiar con chicos con buenos modales.

- Sí, hay un problema.- le dije al joven, y la cara de Clyde Nunley se llenó de sorpresa. Él simplemente no se creía que me estuviera quejando de él; no sabía por qué. - Este hombre me agarró cuando entré en el vestíbulo, y no me quiere soltar. Si este señor no hubiera aparecido, quizás me hubiera golpeado. - Por supuesto, no sabía eso, pero el Dr. Nunley definitivamente buscaba una confrontación, y si él pensaba que yo iba a olvidar que él había llamado a mi hermano proxeneta, estaba muy equivocado.

- ¿Lo conoce, Sra. Connelly?

- No le conozco. -dije con firmeza. En un sentido existencial, esto era verdad. ¿Realmente nos conocemos entre nosotros? Estaba segura de que el personal me respaldaría sin problemas si pensaban que el Dr. Nunley era un desconocido de la calle, que me hostigaba. En cuando dijera las palabras ‘Doctor’ o ‘Universidad Bingham’ yo perdería mi credibilidad como mujer agredida.

Mi nuevo ayudante, el Sr. de Estudiante, dijo: - En ese caso, señor, creo que debería irse. Y, en vista del hecho de que parece estar borracho, yo llamaría un taxi si fuera usted.

El portero hizo un gesto de cortesía hacia la puerta, como si fuera el Dr. Nunley fuera un honrado huésped. - Uno de nuestros botones estará encantado de llamar a un taxi para usted. -dijo el empleado con una soleada voz. – venga por aquí.

Y antes de que el Dr. Nunley pudiera recomponerse, estaba en la acera y bajo la atenta mirada de los dos botones que estaban esperando a que aparecieran los coches.

- Gracias. - le dije al Sr. Estudiante. – No me quedé ayer con su nombre.

- Rick Goldman.

- Harper Connelly. -dije, con un pequeño asentimiento. Le estrechó la mano, aunque mi pulso no era muy estable. ¿Cómo es que estaba en el sitio correcto en el momento adecuado, Sr. Goldman?

- Rick, por favor. 'Sr. Goldman' me hace sentir incluso mayor de lo que soy. ¿Le importaría sentarse y hablar un minuto? - Había dos sillas anchas que formaban un cómodo ángulo para tener una conversación.

Dudé, tentada. Yo no estaba tan tranquila y calmada como me veía. De hecho, yo todavía estaba temblando. Me habían tomado por sorpresa, y de mala manera. – Solo un minuto. -le dije con cuidado, y me senté lo más grácilmente que pude. Yo no quería que Rick Goldman supiera exactamente cómo de inestable era yo.

Se sentó enfrente a mí, con su cara cuadrada cuidadosamente en blanco. - Soy un alumno de Bingham. - dijo.

Eso no me decía absolutamente nada. – Igual que otras muchas personas, pero no los veo aquí ahora. – dije- ¿A dónde quiere llegar con eso?

- Yo fui policía en Memphis durante años. Ahora soy un investigador privado.

- Bien. – Me gustaría que dejara de dar vueltas y fuera al grano de una vez.

- El consejo de administración está bastante dividido ahora. - dijo Rick Goldman. Bueno, me estaba aburriendo. Levanté mis cejas y asentí de forma alentadora.

- Hay una mayoría liberal y una minoría conservadora. La minoría está muy preocupada con la imagen pública de Bingham. Cuando la facción conservadora supo lo que Clyde estaba haciendo en su clase, me preguntaron si podría supervisar a sus oradores.

- Mantenerlos a la vista. –dije.

Él parecía muy serio. Tenía la sensación de que Rick Goldman era un tipo serio. - ¿Clyde no sospechaba de usted?

- Pagué para ir a clase.- dijo Rick Goldman. – No había nada que pudiera hacer al respecto.

- ¿La señora más mayor de la clase, también es una vigilante?

- No, a ella sólo le gusta tomar clases de antropología.

Pensé en esto por un segundo. - Así pues, ¿Estaba por casualidad en el vestíbulo esta noche?

- No, no exactamente.

- ¿Ibas detrás de Clyde?

- No. Es aburrido. Tú eres mucho más interesante.

Yo no estaba exactamente segura de qué quería decir con eso el detective privado.

- ¿Así que me has estado siguiendo y a mi hermano también?

- No. Pero he estado esperándola aquí. Quería hacerle algunas preguntas, después de verla en acción el día de ayer.

Yo le debía respuestas después de su oportuna intervención en el incidente con Clyde Nunley. – Escucharé. - dije, que era más de lo que habitualmente hacía.

- ¿Cómo lo hace? - Se inclinó hacia adelante, con sus ojos fijos en mi cara. Si las circunstancias hubiesen sido diferentes, podría haber sido un momento halagador. Pero me temía que yo sabía lo que quería decir, y eso no era halagador en absoluto.

Le miré de nuevo con la misma intensidad. - Sabes que no podría haberme aprendido todo eso de antemano. –dije- Lo sabes, ¿Verdad?

- ¿Estaba usted compinchada con Clyde? ¿Y ahora ha tenido una recaída?

- No, señor Goldman. No estoy compinchada con nadie. No creo que haya oído a nadie nunca decir esa frase en voz alta, de paso. – Rompí el contacto visual y suspiré. – Soy de verdad. Tal vez no quiera creerlo, pero al final tendrá que hacerlo. Gracias de nuevo. - Me levanté y caminé con mucha atención hacia los ascensores. Mi pierna aún no estaba firme, y sería muy embarazoso si me cayera

Golpeé el botón con una rápida puñalada de mi dedo. El ascensor se abrió, entré dentro, marcando el número del piso con un rápido movimiento de la mano. Me quedé de espaldas a la puerta para no tener que volver a mirarle.

Me daba vergüenza que hubiera necesitaba ayuda. Si fuera tan dura como yo quería serlo, podría haber arrojado a Clyde Nunley al suelo y patearle. Pero eso quizás hubiera sido una reacción exagerada. Me encontré sonriendo hacia la puerta del ascensor. Me imagino que soy el tipo de mujer que sonríe cuando piensa en patear a un hombre cuando está caído en el suelo, al menos, el hombre.

Me obligué a mí misma a enderezarme. Después de todo, lo había manejado bien. Yo no había gritado o llorado o perdido mi dignidad. Yo no soy una persona débil, me dije. A veces me rasguñaba un poco. Y luego estaban las marcas físico que había producido el rayo. Uno de los síntomas me golpeaba ahora, un dolor de cabeza tan vicioso que tuve problemas para meter la llave de plástico en la ranura y entrar en mi habitación.

Abrí mi bolsa de medicinas y me tomé un puñado de Advil, y después me quité los zapatos. Yo sabía por experiencia que la cama era cómoda, y sabía que en diez minutos me sentiría mejor. Me prometí a mí misma eso. En realidad, pasaron más de veinte

minutos antes de que el dolor disminuyera hasta un nivel soportable y, a continuación, miré al techo y pensé en el Dr. Nunley y en su carácter hasta que me dormí.

Tolliver me despertó un par de horas más tarde. – Oye -dijo suavemente- ¿Cómo estás? Me dijeron cuando llegué en que tuviste un problema con un hombre en el vestíbulo, y que un caballero había acudido a tu rescate.

- Sí. - Me llevó un minuto recobrar mis sentidos. Tolliver había encendido la luz de mi cuarto de baño, y era una silueta sentada al borde de mi colchón. - Nunley me esperaba, y estaba en plan ‘¿Cómo haces esto discípula de Satanás?’ y así sucesivamente. Bueno, no se centró tanto en la parte malvada. Solo pensé que estaba molesto porque pensaba que yo era un gran fraude, y estaba molesto porque le habías llamado, y no fue muy amable.

- ¿Te lastimó?

- No, me agarró del brazo, pero eso es todo. ¿Recuerdas aquel hombre más mayor de la clase, sobre el que nos preguntábamos? Estaba en el vestíbulo también, esperando a que volviéramos. Detuvo a Nunley, y el tipo de recepción le sacó fuera. Entonces él me dio una información interesante. Lo único es, que después me entró un gran dolor de cabeza, así que me tomé unos medicamentos y me caí redonda.

- ¿Cómo está tu pierna?

Uno de los problemas a menudo desencadenaba otro. Habíamos ido a quizás diez médicos, y todos ellos decían que mis problemas eran psicológicos, les dijéramos o no lo de encontrar cuerpos. - Los efectos del impacto de un rayo se terminan cuando te marchas del hospital. – Me había dicho un burro especialmente pomposo. - No hay nada documentados de que existan efectos a largo plazo. - Lamentablemente, los problemas que tenía con la comunidad médica eran comunes entre los supervivientes a un impacto de un rayo. Muy pocos médicos sabían qué hacer con nosotros. Para algunos de nosotros era mucho más difícil - los que no podía volver a trabajar y estaban tratando de conseguir ayudas o compensación por incapacidad, por ejemplo.

Al menos yo no escuchaba un zumbido continuo, cosa que le pasaba a muchos supervivientes, y por lo menos no había perdido mi sentido del gusto, otro problema común.

- La pierna está algo inestable. – admití, sintiendo la debilidad muscular al tratar de levantar las piernas. Sólo se elevó la pierna izquierda. La derecho solo temblaba ante el esfuerzo. Tolliver comenzó a hacerme un masaje, como solía hacer en los malos días

- Entonces, dime cual era la interesante información que obtuviste del hombre de la clase.

- Es un detective privado. -empecé, Tolliver dejó de mover las manos en ese mismo segundo.

- Eso no es bueno. –dijo- Al menos, según cuál sea su objetivo.

Traté de recordar todo lo que Rick Goldman me había dicho, y Tolliver escuchó todo con absoluta atención.

- No creo que realmente tenga algo que ver con nosotros. -dijo Tolliver- Él no se cree que tengas un verdadero talento, ¿Pero desde cuando eso importa? Muchas personas no lo creen. Es solo que todavía no te ha necesitado. En lo que respecta a la junta esa, o lo que sea, ya te han pagado un anticipo por lo de la universidad. No fue mucho, de todas formas. Esto es más por la publicidad que cualquier otra cosa.

- ¿Así que usted no piensa que Goldman puede dañarnos?

- No. ¿Por qué iba a hacerlo?

- Él no parecía realmente enojado o molesto. –Admití.- Pero creo que piensa que estamos engañando a la universidad.

- Entonces, ¿Qué crees que hará al respecto? Él no es el tipo que escribe los cheques. Fuimos contratados para hacer algo, y lo hicimos.

Pensé un poco mejor sobre Goldman Rick después de eso, y decidí no pensar en Clyde Nunley nunca más, aunque sabía que Tolliver tenía la procesión por dentro porque el profesor había sido brusco conmigo. Tal vez no nos cruzaríamos con él de nuevo. Para cambiar el tema, le pregunté a Tolliver como había ido su excursión a la calle Beale.

Mientras sus dedos se trabajaban los músculos de mi pierna, me contó cómo le había ido y la conversación que había tenido con un camarero sobre la gente famosa que iba al bar a escuchar blues. Me sentía más relajada por momentos, y yo estaba riendo cuando llamaron a la puerta. Tolliver me miró, sorprendido, y se encogió de hombros. Yo no esperaba nada ni a nadie.

Un botones estaba allí, con un jarrón de flores. – Ha llegado esto para usted, Sra. Connelly. -dijo.

¿A quién no le gusta que le regalen flores? – Póngalas sobre la mesa, por favor. - dije, y miré a Tolliver para ver si tenía dinero suelto. Sacó su billetera, sintió y le entregué al botones algunas monedas. Las flores eran bocas de dragón, creía que nunca nadie me había enviado flores, sin contar a un par de chicos con los que había estado en la escuela secundaria. Se lo dije a Tolliver. Sacó la pequeña nota que había en el sobre y me lo entregó, con ninguna expresión sobre su cara.

La tarjeta decía: - Usted nos ha dado paz - y estaba firmado - de parte de Joel y Diane Morgenstern.

- Son muy bonitas. – dije. Toqué una flor.

- Muy amable por parte de Diane. –dijo Tolliver.

- No, esta fue idea de Joel.

- ¿Por qué dices eso?

- Él es el tipo de hombre que piensa en las flores. -dije positivamente. - Y ella es el tipo de mujer que no lo hace.

Tolliver pensaba que era tontería.

- De verdad, Tolliver, tienes que créeme. – dije- Joel es el tipo de hombre que piensa en la mujeres.

- Yo pienso en las mujeres. Pienso en ellas todo el tiempo.

- No, eso no es lo que quiero decir. - Traté de pensar en la manera de explicarlo. - No sólo piensa en follarse a las mujeres, cuando las mira. No estoy diciendo que sea gay, -añadí apresuradamente, ya que Tolliver me miraba incrédulo. - Estoy diciendo que él piensa acerca de lo que les gusta a las mujeres. -Todavía no era eso, pero se acercaba bastante. - Le gusta complacer a las mujeres. -dije, pero eso no era exactamente cierto tampoco.

El teléfono sonó y Tolliver lo cogió. – Sí.- dijo- Hola, Diane. Harper acaba de recibir las flores, ella dice que le encantan. No deberías haberlo hecho. ¿Ah, sí? Bueno, dale las gracias a él, entonces. - Tolliver me puso una mueca y yo sonreí. Escuchó por unos instantes.- "¿Mañana? No, gracias, nos sentiríamos como intrusos... - Tolliver parecía muy incómodo. - Eso es demasiado. –dijo después. Su tono era cuidadosamente paciente. Escuchó. - Entonces, está bien. - dijo a regañadientes. – Iremos.

Él colgó y puso una cara. - Los Morgenstern quieren que vayamos a su casa para almorzar mañana. –dijo- Mucha gente les ha llevado comida, y no se pueden comer todo, y se sienten culpables de que estemos atascados en Memphis, por ellos. Habrá otras personas allí. -él me aseguró cuando vio mi cara. – Nos estaremos en el centro.

- Bien, vale. Eso hubiera sido pasarse de la raya, después de las flores. No hay que exagerar con la gratitud. Después de todo, fue un accidente. Y vamos a recibir la recompensa. Joel dijo eso. Deberías haberme preguntado antes de decir que sí. No me apetece hacer eso.

- Pero ves que tendremos que hacerlo.

- Sí, ya veo que sí. - dije, tratando de no sonar resentida. Pensaba que mi hermano quería ver de nuevo a Felicia Hart.

Tolliver asintió, un fuerte gesto para cerrar el tema. Yo no estaba muy segura de haber terminado de quejarme, pero tenía razón. No tenía sentido discutirlo por más tiempo. - ¿Estás listo para volver al cementerio?- preguntó.

- Sí. ¿Hace mucho frío? - Me levanté, tratando de estirar la pierna. Mejor.

- La temperatura está bajando.

Cuando estuvimos preparados, llamé abajo para que prepararan nuestro coche. Unos minutos más tarde, estábamos de camino al St. Margaret. El tráfico por la noche entre semana en el centro de Memphis no era muy denso. No había nada en la Pirámide, y el Auditorio Ellis parecía estar a oscuras también. Condujimos a través de zonas deprimidas, zonas comerciales, zonas residenciales antiguas, hasta que llegamos a la calle que rodeaba la universidad Bingham. Las pocas personas que iban andando parecían momias urbanas por la cantidad de ropa que llevaban encima.

Empecé a reconocer algunos lugares de la mañana anterior. Esta vez no cogimos la carretera principal que atravesaba la universidad, como habíamos hecho anteriormente. Tolliver rodeó la universidad hasta llegar a una pequeña carretera en la parte trasera. Tenía ese tipo de barreras que hay que levantar para entrar, y ayer había notado que estaban bajadas pero sin cerrojo.

Lo mismo ocurría esta noche. Rick Goldman, detective privado, debería decirle a la seguridad de Bingham que tenían algunos agujeros.

Pasamos entre las barreras abiertas. El crujido de la gravilla bajo nuestros neumáticos sonaba especialmente alto. Después de un corto tramo de césped alrededor de nosotros, llegamos a la esquina arbolada del campus. A pesar de que toda la ciudad nos rodeaba, se sentía como si estuviéramos a kilómetros de la civilización. Pasamos lentamente a través de los árboles que rodeaban el viejo sitio, nuestros faros alumbrando las ramas y troncos a medida que pasábamos. Nadase movió en la fría quietud. Llegamos al claro que daba a la iglesia y a su patio. En el pequeño estacionamiento de grava, llegamos hasta el poste que impedía que los coches aparcaran sobre la hierba. Había una luz de seguridad en una alta farola en la parte trasera de la iglesia, y otra el otro lado. Emitían la suficiente luz para que la sombra de la verja oscureciera el cementerio.

- Si se tratara de una película de miedo, uno de nosotros estaría muerto. - le comenté.

Tolliver no respondió, pero no se le veía demasiado feliz. - Pensé que la iluminación sería mejor que esto. - dijo. Nos aseguramos de que teníamos los abrigos abrochados,

los guantes puestos, linternas preparadas. Tolliver se metió unas pilas extra en sus bolsillos, y yo lo hice también.

No había ni siquiera dentro de la antigua iglesia.

Cuando cerramos la puerta del coche, el golpe sonó tan fuerte como un disparo. Tolliver mostró con su linterna el cable para que yo pudiera pasar sobre él, y le devolví el favor. Entonces abrimos la puerta, que crujía estruendosamente como en las películas de miedo.

- Simplemente genial. -Murmuró Tolliver. Me encontré sonriendo.

El suelo, que parecía bastante nivelado bajo la luz del día, era complicado de atravesar de noche. Al menos, lo era para mí. Me moví lentamente, preocupada por mi vacilante pierna derecha. Pero yo no le pedí ayuda a Tolliver. Yo podría hacerlo.

Desde la puerta de entrada, teníamos que ir hacia el sureste para llegar a la esquina aislada donde había encontrado a Tabitha y a Josiah Poundstone en la tumba. Por supuesto, ese era el lugar más oscuro de todo el cementerio.

-- Parece más grande por la noche. - dijo Tolliver. Su voz fue estaba a un paso de ser un susurro. Yo casi le pregunté por qué. Entonces me di cuenta de que no quería hablar en voz alta, vale. A medida que nos acercamos a la tumba abierta, me preguntaba si habrían desenterrado al pobre Josiah también, y si era así, lo que habrían hecho con él. Las conocidas vibraciones de los muertos comenzaron a sonar más y más fuerte en mi cabeza.

- ¿Alguna vez hemos estado en un cementerio por la noche? -Pregunté, tratando de sacudir la incómoda sensación de picazón que viajaba por mis hombros. No había ninguna razón para que me sintiera ansioso. De hecho, generalmente me sentía viva, alerta y feliz en los cementerios.

Ciertamente, no había nadie más a nuestro alrededor. El cementerio estaba rodeado a ambos lados por espesas masas de árboles, en el tercer lado estaba el aparcamiento (donde había más árboles), y el cuarto daba a la antigua iglesia. No estaba demasiado lejos de las agitadas y modernas calles, pero yo había notado en nuestra visita previa lo aislado que parecía estar el cementerio. Insectos y aves tenían suficiente sentido común como para mantenerse en silencio.

- Me acuerdo de una pareja de Wisconsin que quería hacer una lectura a la medianoche en la tumba de su hijo. - dijo Tolliver en mi oreja. Había pasado tanto tiempo desde que había hablado, que tuve que recordar la pregunta que había hecho.

Lo sentí de inmediato al recordar a los de Wisconsin. Estaba tratando de olvidarlo, meter esa noche en el armario donde guardaba los horrores. Para añadir más rareza a

la petición de la pareja, había solicitado que fuera la noche de Halloween. Además, habían invitado a una treintena de sus mejores amigos. Supongo que habían pensado que ya que nos iban a pagar tanto dinero, podrían aprovecharlo. Se habían equivocado sobre lo que podía hacer, pero nunca les traté de engañar. Justo allí, delante de todos sus amigos, solté lo que realmente le había pasado al chico. Me estremecí al recordarlo. Después me obligué a apartar ese pensamiento de mi mente. Céntrate en esta noche, en esta chica muerta, en esta tumba, me dije a mi misma. Respiré profundamente, y lo solté. Después otra vez

- Sé que el cuerpo no está. -dije, casi en un susurro. - El cuerpo siempre ha sido mi conexión, pero voy a tratar de recrear lo que obtuve de ella ayer.

- Estamos en un cementerio aislado en la oscuridad. -murmuró Tolliver- Al menos no llevas un camión largo y blanco, y al menos estamos juntos. Y créeme, la batería de mi teléfono está completamente cargada.

Casi sonreí. Por lo general, me sentía más cómoda en un cementerio, pero no esta vez, no esta noche. Tropecé de nuevo. Es difícil andar por un cementerio, especialmente por los más antiguos. Por eso muchos de los nuevos tenían las lápidas planas. Sin embargo, en los más antiguos, había lápidas rotas en el césped, que a menudo era irregular y con malezas. Los más aislados, los vivos solían dejar basura encima de los muertos, botellas de licor rotas y latas aplastadas, condones, envoltorios de comida, todo tipo de cosas. No puedo contar la cantidad de veces que he encontrado ropa interior de ambos sexos, y una vez me encontré con un sombrero de copa en posición vertical sobre una piedra.

El cementerio de St. Margaret no tenía desechos de ese tipo. Habían recortado el césped al final del verano, por lo que la hierba estaba bastante bajo. Nuestras linternas iluminaban la oscuridad como luciérnagas juguetonas, a veces se cruzaban y luego se iban flotando lejos.

El aire era frío, un frío que poco a poco atravesó mis guantes y me hizo temblar. Llevaba una gorra de lana y una bufanda de punto, pero mi nariz se sentía especialmente fría. Tolliver, a algunos pasos por delante de mí y a mi izquierda, hizo que el haz de su linterna bailara mientras frotaba las manos.

La noche tenía algo espeso que hacía que se me erizara el pelo de la nuca. Traté de identificar el sonido del tráfico de la carretera que había detrás de los árboles, pero había un silencio absoluto. Sentí un pinchazo de la alarma. Seguramente, por la noche, yo debería ser capaz de ver las luces de los automóviles, incluso a través de los árboles, ¿Verdad? Ralentiqué, de repente sintiéndome desorientado. La luz de la linterna parecía tenue. Yo estaba muy cerca del punto correcto, pero de alguna manera no podía notarlo. El zumbido de los cuerpos a mi alrededor parecía extraordinariamente claro y fuerte para cadáveres de esa edad. Empecé a decir el nombre de mi hermano, pero no

podía hablar. De repente, Tolliver me sujetó del brazo con ambas manos, fuertemente, deteniéndome por completo. – Mira donde pisas. - dijo con una voz muy extraña. Dirigí la luz directamente hacia abajo.

Con un paso más me hubiera caído en una tumba abierta.

- Ohdiosmio. Eso estuvo cerca. Gracias. ¿Oyes algo? - Susurré. Pasó una mano por la mía, la apreté, y la solté. Había algo extraño en su mano huesuda.

Y después noté que la linterna de Tolliver me apuntaba desde el otro lado de la tumba, y Tolliver sujetaba la linterna.

Mi corazón palpitó tan rápidamente que pensé que me iba a romper las costillas. Me arrodillé sobre la tierra removida.

- ¿Ves? –dijo una voz, aunque no pude decir de dónde venía. Con un sentimiento creciente de pánico, dirigí mi linterna hacia la tumba.

Había otro cuerpo dentro.

Capítulo 8



Tolliver no parecía ser capaz de apartarse del lado de la tumba abierta, y ambos dirigimos nuestras linternas hacia el cuerpo.

- Por lo menos no me caído dentro. - me las arreglé para decir, y mi voz sonó ronca y extraña ante mis propios oídos.

- Él te detuvo. - dijo Tolliver.

- ¿Lo has visto? ¿Claramente?

- Sólo la silueta. -dijo, e incluso la voz de Tolliver sonaba tensa y sin aliento. - Un hombre pequeño. Con barba.

Esta era la primera vez que tal cosa nos sucedía. Era como ser un contable durante cinco años, y de repente tener un conjunto de números alienígenas que tenías que resolver en cinco minutos.

Tolliver rodeó la tumba para arrodillarse junto a mí, poniendo sus brazos a mi alrededor, y nos abrazamos fuertemente. Estábamos temblando, temblando intensamente, no por el frío, sino por la cercanía de lo desconocido. Hice un ruido que se pareció horriblemente a un gemido. Tolliver dijo. -No tengas miedo. - y giré mi cabeza un poco para decirle que yo no tenía más miedo que él; cosa que, no era decir mucho. Me besó, y me alegró su calidez.

Le dije: - Este es un lugar estrecho.

- ¿Qué es eso?

- Un lugar donde el otro mundo está muy cerca de este mundo, separados sólo por una delgada membrana.

- Ya has estado leyendo libros de Stephen King otra vez.

- Me sentí extraña desde el momento en que llegamos aquí esta noche.

- ¿Has sentido algo diferente de cuando estuvimos aquí la primera vez? ¿Ayer?

- Los viejos siempre son un poco diferentes de los nuevos. Tal vez vi a los muertos con más claridad, con más detalle. -Le sujeté más fuertemente. Ahora que me había recuperado de mi asustado reacción ante el fantasma, tenía otros muchos miedos a los

que hacer frente. Teníamos algo entre manos. - ¿Qué vamos a hacer con el cuerpo, Tolliver? No deberíamos llamar a la policía, ¿No? Ya sospechan suficiente de nosotros.

Mis sentimientos acerca de la ley eran, en el mejor caso, ambiguos. No podía culpar a los policías de Texarkana por no saber lo que estaba pasando en nuestra familia cuando yo era un adolescente. Después de todo, había luchado mucho para ocultarlo. No era culpa de ellos no haber encontrado a Cameron, yo, de entre todas las personas, sabía lo difícil que era encontrar a una persona muerta. Pero ahora que había crecido, la cosa que más valoraba era la capacidad para manejar mi vida como yo quería. La ley me podía quitar eso en un minuto.

- Nadie sabe que hemos venido aquí. -dijo Tolliver, como si estuviera pensando en voz alta. – Nadie ha venido desde que hemos llegado. Apuesto a que podemos salir y no quedar atrapados. Pero alguien tiene que sacar este cuerpo de la tumba. No podemos dejarlo ahí.

Me estaba empezando a sentirse más tranquila. - ¿Quién es? - Le pregunté, y mi voz era firme. Después de todo, los cuerpos eran mi especialización. Yo no estaba en absoluto preocupada por estar cerca de un cadáver. Yo estaba preocupada por que la policía sospecha que yo le hubiera convertido en cadáver.

- No estoy seguro.- Tolliver sonaba un poco sorprendido, como si debiera de haber sabido quién estaba en el agujero por el breve vistazo.

- Vamos a mirar de nuevo. -dije. Me sentía un poco más yo misma.

Estábamos separados, y lo apuntamos con nuestras linternas.

Si mi corazón se pudiera hundir todavía más, lo hizo. Dado que el cuerpo estaba sobre su estómago, no se podía identificar su rostro, pero las ropas me resultaban familiares.

- Mierda. Es el Dr. Nunley. –dije- Él todavía lleva la misma ropa que tenía cuando me agarró en el hotel. – Apreté el botón de mi reloj, y se iluminó la pantalla. Parecía como si un hada estuviera colgada de mi muñeca. – Han pasado tres horas desde que ocurrió. Sólo tres horas. El personal del vestíbulo tuvo que hablar con el Dr. Nunley para sacarle fuera, y se acordarán de él. Esto no podría ser peor.

- No para él, de todos modos. -mi hermano dijo, con la voz seca. Pero había una ligera sonrisa en su rostro. Pude ver sólo el borde de su boca bajo la escasa luz. Tuve ganas de darle un puñetazo en el brazo, pero yo no estaba segura de tener suficiente control muscular para hacerlo. - Y no es tan bueno para nosotros, tienes razón. - admitió Tolliver.

- ¿Hemos dejado huellas? ¿Ha llovido desde que vinimos ayer?

- No, pero aquí la tierra de alrededor de la tumba ha sido removida, y estoy seguro de que hemos dejado alguna huella en alguna parte. Por otro lado, muchas personas han pasado por el cementerio desde que encontraste a Tabitha... y ambos llevamos el mismo calzado que llevábamos ayer.

- Pero esta tierra no estaba suelta entonces. No sé cómo podría explicar que hemos salido esta noche. Oh, siento haberte metido en esto.

- tonterías. - dijo rápidamente. - Estábamos haciendo lo que teníamos que hacer. Querías ver si podías obtener un poco más de información de la tumba. Bueno, ahora sabemos más de lo que queríamos saber, ¿no? Pero no es tu culpa. - Él vaciló. - ¿Quieres probar a hablar con él? ¿Con el fantasma? ¿O tratar de obtener una lectura del cuerpo?

La sugerencia de Tolliver fue tan brusca como las bofetadas que les dan los detectives a las mujeres en las películas cuando se ponen histéricas. – Sí. - dije– Claro. - Por supuesto, debería haber pensado en eso. Tuve que calmarme en primer lugar. No fue demasiado fácil, puesto que ya estaba enloquecida por estar tan cerca de un cuerpo reciente.

Lo más cerca que podía estar del cadáver de Clyde Nunley sin bajar a la tumba, cosa que podría haber destruido o dañado las pruebas, era colgarme en el borde con la mano extendida hacia él. Me acosté en el suelo y me estiré. Tolliver sujetaba mis piernas. El agujero no era tan profundo, y pude tocar la camisa en la espalda Dr. Nunley.

Su muerte era tan reciente que era como un continuo zumbido en mi cabeza, casi ahogándome, y tuve que esperar a que se calmara antes de leer la causa de su fallecimiento. - Golpe en la cabeza. - murmuré, atrapada en el enorme asombro que había sentido. - En la parte trasera de la cabeza. Tan sorprendido.- la sorpresa todavía le rodeaba. Él no se esperaba en absoluto el ataque.

- ¿Aquí?

- Sí. - dije, tratando de extraer las últimas imágenes del final de su vida. Él era tan fresco, había sido tan recientemente convertido en este trozo de carne que no podía actuar ni pensar. Vi la oscuridad en torno a él, las lápidas, todo como estaba ahora: el frío, el áspero terreno, la tierra. - ¡Ay, me duele! ¡Ay, me duele! ¡Mi cabeza! - Y el agujero viniendo hacia mí, no podía extender mis manos para detener la caída, oscuridad.

Yo estaba cerca de la oscuridad cuando noté que Tolliver tiraba de mí hasta que estuve contra él.

- Toma, abre la boca. - dijo, y luego lo repitió. – Abre.

Separé mis labios, y metió un caramelo de menta en mi boca.

- Vamos, tienes que tomar un poco de azúcar. -dijo, y su voz era fuerte.

Tenía razón. Habíamos averiguado eso, a base de probar. Me obligué a chupar el caramelo, y en pocos minutos me sentí mejor. Luego me tomé una barra de chocolate.

- Nunca había sido tan malo. -dije, con la voz débil. - Supongo que es porque es muy reciente. - Me preocupaba que no pudiera regresar por el camino hacia el coche, sin mucha ayuda de Tolliver.

- Está muerto del todo, ¿Verdad? Lo que te detuvo... no era él, ¿No? Creo que vi una barba.

De vez en cuando, nos encontrábamos con un alma conectada a un cuerpo. Eso era raro, y hasta esta noche yo había pensado que era lo más espeluznante que podíamos encontrarnos. Ahora sabía que había más.

- El alma de Clyde Nunley ya no está. - dije, no estaba dispuesta a comprometerme más allá. - Y nosotros deberíamos irnos también. – traté de intentarlo.

- Sí. -dijo Tolliver. - Tenemos que salir de aquí.

Me detuve, a medio camino de estar de pie. – Pero vamos a dejarle solo.

- Él lleva solo un centenar de años. - dijo Tolliver, sin fingir no entender. - Él tendrá que estar solo un poco más de tiempo. Por lo que sabemos, tal vez que tenga compañía.

- ¿Esto califica como la conversación más extraña que hemos tenido?

- Creo que sí.

- Yo no podría estar aquí con nadie más, nadie lo entendería. –dije- Estoy tan contenta de que tu también lo vieras.

- Y eso nunca ha pasado antes, ¿Verdad? Nunca habías mencionado nada de eso.

- Nunca. Sé cuando las almas todavía están atadas al cuerpo, y me he preguntado si esos serían fantasmas si no se iban. Siempre me he preguntado si vería un fantasma alguna vez. Siempre me ha sentido un poco decepcionada al no verlos, en cierto modo. Oh, Dios mío, Tolliver. Él me salvó de caerme en la tumba justo encima del cuerpo. Es la primera vez que veo un fantasma, y él me salva.

- ¿Estabas asustada?

- No es que pudiera hacerme daño. Pero yo tenía miedo porque era espantoso y no sabía qué hacer por él. No sé por qué él no podía irse, no sé porque no puede

marcharse, no sé como nota el paso del tiempo, ni su propósito. Y ahora todos los suyos han muerto, supongo. Nadie puede visitarle... – me callé, por miedo de sonar sensiblera.

Todos ellos quieren ser encontrados, sabes. Eso es todo lo que desean. No la venganza, o el perdón. Ellos quieren ser encontrados. Al menos, eso era lo que yo siempre había pensado.

Pero Josiah Poundstone - yo estaba segura de que él era el fantasma – llevaba ahí desde el momento de su muerte. Alguien había puesto la lápida de "amado hermano". Y alguien le había asesinado, si era consciente de ello. Cuando yo estuve en su tumba a la luz del día, sólo sentí un leve zumbido, por lo abrumada que estaba por el sonido del reciente cadáver. Suponía que Josiah Poundstone se había ido para siempre. Al parecer, estaba equivocada.

Capítulo 9



Volvimos hacia el coche, tomándonos nuestro tiempo. Tuve que apoyarme en Tolliver aquí y allá, y no creo que él estuviera molesto por tener que ayudarme. Quitamos el polvo de mi chaqueta, y sacudimos nuestros pies para quitarnos trozos de tierra.

- Si hubiera una sala de emergencia para crisis, podríamos ir allí. -dijo, desbloqueando el coche.

- Nunca había dejado un cuerpo sin notificar. -dije, recordando cómo había estado orgullosa el día anterior de hacer eso. - Nunca. - Me estremecí. - Me gustaría poder poner mi cerebro en un baño caliente y perfumad. -dije- Y darle a mi sistema nervioso algo de aroma-terapia.

- Esa imagen mental es simplemente repugnante. -dijo Tolliver.

Tenía razón, pero eso no me evitaba querer aliviar mis emociones. Respiré profundamente y traté de apartar los frívolos pensamientos a un segundo plano.

Todavía había decisiones que tomar, y no iban a ser fáciles.

- ¿Conseguiste algo del... conseguiste algo? - Tolliver preguntó.

- Sí. -dije- Sí, el Dr. Nunley fue realmente tomado por sorpresa. No sé por qué él estaba aquí, pero no se esperaba que la persona que estaba con él tuviera malas intenciones.

- ¿Acaso la gente normal espera ser atacada alguna vez? - Tolliver preguntó razonablemente.

Le dediqué una mirada de asco. -No, no lo esperan, sabelotodo, y eso no es lo que quise decir. Lo que quiero decir es que no estaba con un extraño. Estaba con alguien que conocía, y no tenía ni idea de que el otro tipo le deseara mal alguno.

- ¿Acabas de usar 'tipo' para hacerlo más fácil?

- Así es.

- No podemos decírselo a la policía.

- Claro que podemos, pero no nos creerían. No sé qué otra cosa podemos hacer. Y no creo que debamos decirles que nos encontrábamos en el cementerio de nuevo.

Estuvimos discutiéndolo todo el camino hasta el hotel y para tener algo de discreción delante del personal del hotel, volvimos a retomar la discusión al entrar al ascensor.

Cuando salimos, nos sorprendió de ver que el Agente Seth Koenig espera fuera de nuestra habitación.

Si el personal nos había dedicado miradas de aviso en recepción, habíamos estado demasiado absortos en nuestros propios problemas para notarlo. Ciertamente no era una psíquica, pensé tristemente. Nunca había dicho serlo. Fuimos completamente tomados por sorpresa. Como uno solo, nos detuvimos en seco y le miramos.

No éramos los únicos que mirábamos. Él nos miraba también.

- ¿Qué han estado haciendo? - preguntó.

- No creo que tengamos que hablar con usted. -dijo Tolliver- Mí hermana me ha dicho que usted es un agente del FBI, y no sabemos nada de sus intereses.

- ¿Dónde han estado? - Koenig preguntó, como si tuviéramos la obligación de decírselo.

- Fuimos al cine. -dije.

- Ahora. -dijo- ¿Dónde estaban ustedes hace un momento?

Tolliver tomó mi mano y me llevó pasado el agente, que era sin duda persistente.

Repetí lo que Tolliver había dicho. - No tenemos que hablar con usted.

- Si tiene algo que ver con Tabitha Morgenstern, necesito saberlo.- Su voz era áspera y dura.

- Que le den. -dije. Tolliver me dedicó una mirada asustada. Ese no era mi estilo habitual. Pero yo quería alejarme de este tipo. Tolliver desbloqueó la puerta y me metí dentro con la máxima velocidad. Cerramos la puerta de golpe detrás de nosotros.

- Está obsesionado con su fracaso. -dije, mientras empezaba a deshacerme de toda mi ropa. Me di cuenta de que mis zapatos manchados con tierra del cementerio, a pesar de mis esfuerzos por quitarla. Me recordé a mí misma que los tendría que limpiar más tarde. Por el momento, no podía reunir la energía suficiente. Me sentía terrible: agotada, débil, molesta. - Tengo que darme una ducha e irme a la cama. Siento no poder ser de más ayuda.

- No digas eso. -dijo Tolliver. Él odiaba cuando pedía disculpas.

A menudo lo pensaba, y a veces, le decía a Tolliver que sería mejor si no hubiera tomado el papel de respaldarme. Pero cuando trataba de imaginarme sola en la carretera, sentía un enorme agujero dentro de mí que se negaba a rellenarse con nada. Traté de mantenerme compuesta y hacía todo lo que podía para estar sana, pero a veces los problemas físicos me sobrepasaban. Y el trabajo me agotaba, aunque lo adoraba.

Lo que sacaba Tolliver por acompañarme, no era capaz de saberlo. Pero sí parecía querer hacerlo, y me acusó de tener autocompasión cuando traté de hacer que él hiciera algo que le fuera más satisfactorio.

Mientras tanto, compartíamos todo: el dinero era nuestro dinero, y el coche era nuestro coche, y la planificación y ejecución del itinerario era cosa nuestra.

- Venga. -dijo Tolliver, poniendo un brazo a mi alrededor para ayudarme a ir a mi habitación. – Levanta los brazos. - Como un niño, alcé mis brazos y él tiró de mi suéter. - Siéntate en la cama. - Lo hice, y me quitó los zapatos y calcetines. Me incorporé, y empezó a quitarme los vaqueros.

- Estoy bien. –dije- Puedo seguir desde aquí.

- ¿Seguro? ¿Necesitas caramelos? ¿Algo de beber?

- No, sólo una ducha y una cama. Estaré bien después de dormir un poco.

Tolliver dijo:- Llámame si me necesitas. - y volvió a la sala de estar. Escuché como encendía la televisión. No podía siquiera recordar que día era hoy, así que no sabía qué echaban en la televisión. No podíamos contar con ver los episodios de una serie, habíamos hablado de poner televisión por cable en nuestro apartamento. Me pareció haber escuchado a Tolliver hablar por teléfono mientras yo estaba en la bañera, pero simplemente no me importaba de quién fuera la llamada. Me metí en la caliente, y perfumada bañera, y después me froté hasta estar roja. Después de secarme y ponerme el pijama, me molestó darme cuenta de que no tenía suficiente sueño todavía. Encendí mi propio televisor para tener ruido de fondo mientras me pintaba las uñas. Decidí pintarlas de un bonito color rojo oscuro, que parecía otoñal y tuve media hora pacífica para mí sola. No se pueden tener problemas si tus uñas son el centro de tu universo, y así me pude liberar un poco.

No pude conseguir ponerme a leer después de terminar con eso, aunque Tolliver había traído un puñado de novelas. Las cogíamos de por aquí y por allí, y se las dejábamos a otra gente cuando las terminábamos de leer. Nos encantan las librerías de segunda mano, y podemos alejarnos varios kilómetros de nuestra ruta si hemos oído hablar de que hay una buena en la zona. Me estaba leyendo una biografía de Catalina la Grande, que podía haber llegado a convertirse en una emperatriz, si no hubiera

tenido una vida tan complicada. Tal vez todas las emperatrices la tenían así. No podía concentrarme en ella esta noche, y yo estaba todavía demasiado despierta y alerta para meterme en la cama. Fui a la sala común para ver lo que hacía Tolliver.

Estaba echando humo, no había otra palabra para definirlo.

- La pantalla de la tele se romperá si la sigues mirando así. –dije- ¿Qué sucede? - Tolliver nunca solía estar reflexionando, por lo que no me lo pensé dos veces antes de preguntar.

- Personal. - soltó Tolliver.

Me sorprendió por un minuto y, a continuación, me di a mi misma un consejo. Tratar esto de forma casual, y no de forma lagrimosa y dolida.

- Muy bien. -dije con calma- ¿Cómo va el juego? - Tolliver estaba viendo un partido de fútbol, cosa que no me podía importar menos, pero la pregunta le hizo salir de su trance y reubicar su irritación. Empezó a quejarse por el fracaso de su equipo favorito, los Delfines de Miami. Como se lo mismo sobre fútbol que sobre la física cuántica, traté de parecer compasiva, manteniendo la boca cerrada. Dormir estaba fuera de lugar hasta que esto estuviera resuelto, de una forma o de otra.

- Podríamos pedir algo de comida. -dije y llamé al servicio de habitaciones. Pedí una hamburguesa para Tolliver, y un sándwich de pollo asado para mí.

En cuanto hice eso, Tolliver se había calmado y tenía su habitual expresión de buen humor. – La llamada era de Felicia Hart. -dijo.

Traté de mantener mi cara quieta y receptiva. Intenté duramente no estremecerme.

- Ya te he dicho que lo sentía... por haber empezado algo con ella. – dijo- No lo volveré a decir.

- Yo no te he pedido eso. -señalé.

- Cierto.- Sacudió la cabeza. - Culpabilidad residual. -dijo, a modo de explicación. - Ella quiere volver a verme. Le dije que no era un buen momento.

- Ella te vio hoy, y recordó lo bueno que estabas. -dije, tratando de sonreír mientras lo hacía. - Apuesto a que quiere empezar de nuevo.

Negó con la cabeza. - Eso realmente es poco probable.

- Me pregunto si ella estará en el almuerzo de mañana. -dije, tratando de sonar inocente. – Podría entrometerme si me necesitas. Ella probablemente tratará de arrinconarte.

- No lo creo.-dijo.

- Ella es muy protectora con Victor. -dijo después de una larga pausa. Me preguntaba si había visto alguna de las jugadas de la televisión. - ¿Te acuerdas de la coartada de Victor cuando Tabitha fue secuestrada?

- Bueno, eran las vacaciones de primavera, por lo que no estaría en la escuela. –dije- No, no lo recuerdo. ¿Por qué no lo miramos?

Tolliver instaló su computadora portátil y se conectó al servicio de internet del hotel. Empezamos a hacer un poco de investigación sobre el crimen que nos había llevado a estar en esta habitación de hotel en este momento.

Me senté junto a Tolliver, con mi brazo alrededor de sus hombros, mientras rebuscaba la conocida historia y las imágenes de hace dieciocho meses. Me había olvidado algunos de los detalles, y ahora que conocía a toda la gente que estuvo implicada, las imágenes tenían mucho más impacto.

Lo que noté, en primer lugar, fue la cantidad de imágenes en las que aparecía el Agente Seth Koenig. Estaba en el fondo de la mayoría de las fotos que habían aparecido en relación con la desaparición. En todas las imágenes, estuviera en primer plano o hablando con alguien en el fondo, su rostro estaba absolutamente serio. Era un hombre absorto en su misión.

Era chocante ver cómo habían envejecido los Morgenstern desde el secuestro de Tabitha. Incluso Victor parecía ahora más adulto - aunque a su edad, quizás era lo que cabía esperar. En las imágenes, Diane parecía más de cinco años más joven, y Joel se veía... más alegre. Todavía era carismático y guapo, pero caminaba más pesadamente, como si estuviera llevando una carga sobre sus hombros. Odiaba sonar tan cursi pero era verdad.

Estamos rebuscando entre las piedras, refrescando la memoria.

En esa cálida mañana de primavera en Nashville, sólo Diane estaba en casa con Tabitha. Joel había ido a trabajar dos horas antes. La primavera era siempre una época agitada para los contables, y Joel se iba a trabajar la mayoría de los sábados hasta después de la fecha límite para entregar la declaración de impuestos. Ese sábado, había llegado a trabajar tan temprano que nadie le había visto llegar. Joel le dijo a la policía que varios otros contables habían entrado en la oficina después de él llevara allí una hora. Aunque no había estado en vigilancia permanente desde que llegaron los demás trabajadores hasta que Tabitha fue secuestrada, después había sido vigilado bastante frecuentemente. En aquel espacio de tiempo no parecía probable que hubiera tenido la oportunidad de cometer el crimen, pero había una posibilidad.

En cuanto a Diane, nos dijo lo que había estado haciendo – pelear con su hija, hablar por teléfono, prepararse para ir a la tienda. Había estado sola la mayoría de ese tiempo.

Eso era por parte de sus padres.

Victor, el hermanastro de Tabitha, también se había levantado pronto esa mañana. Victor había ido a su club de tenis a las 8:00 am para una clase, que duraba una hora. Después, dijo Victor, se había quedado en la pista para golpear unas cuantas pelotas contra la pared y hablar con sus amigos. Los amigos, al parecer, recordaban haber visto a Victor, pero no estaban seguros de cuando había sido. Después de eso, dijo Victor, se había parado en una gasolinera para llenar el depósito de coche y comprar un *Gatorade*. El cajero de la gasolinera había verificado ese hecho. Victor había llegado a casa alrededor de las 11:00 am justo a tiempo para el inicio del pánico. Una vez más, no había manera de obtener más precisión. Si Victor lo había planeado de antemano, podía haber secuestrado a su medio-hermana.

Según uno de sus amigos, Victor no se había encariñado especialmente con Tabitha. Pero este "amigo" no pudo pensar en nada concreto que Victor hubiera dicho acerca de Tabitha, sólo que Victor pensaba que era una mocosa mimada.

Eso parecía como una cosa perfectamente normal que un hermano mayor diría acerca de su hermana, fuera su hermana o su medio-hermana. Por otro lado, Victor estaba en una edad complicada.

¿Había otros sospechosos? Claro. Los artículos que leímos sobre el hecho de que Joel trabajaba como CPA para 'Huff Taichert Killough', una empresa que manejaba las cuentas de la industria de la música de muchas personas. Este hecho abría la puerta a vagas alusiones sobre la contabilidad de la empresa, como si Joel pudiera estar mezclado en algunas operaciones financieras dudosas que le hubieran podido crear algunos enemigos. Pero no había hechos que respaldaran esa intrigante posibilidad. Y, de hecho, Joel seguía trabajando para la misma empresa. Ahora trabajaba para la sucursal de Memphis en lugar de la sucursal de Nashville, pero por supuesto la prensa no especificaba si el cambio de localización incluía un cambio de su trabajo o no. Si habían investigado la posibilidad del blanqueo de dinero, estaba segura de que los periodistas lo hubieran dicho, ya que estaban muy centrados en el secuestro.

Estudié las imágenes que había en los artículos: Victor, se veía hosco y perdió; Diane, con la mirada perdida; Joel, con la cara blanca. Después Felicia, se veía enojada y feroz, con el brazo alrededor de Victor, y al lado Seth Koenig, el agente del FBI que había estado esperándonos en recepción esta noche. Hmm. Él estaba diciéndole algo a ella en la imagen, capturado para siempre en medio de una frase, su rostro serio detrás de un par de gafas oscuras. El título decía 'Felicia Hart, tía de la niña desaparecida, reconforta a su sobrino, Victor Morgenstern, mientras habla del caso

con un agente del FBI. El FBI ha ofrecido sus instalaciones y cualquier tipo de asistencia que pueda necesitar la policía local.'

- Mira. -dijo Tolliver, sonaba divertido. La siguiente imagen era de nosotros. Ambos teníamos también gafas oscuras puestas y yo tenía la cabeza girada. Era una costumbre mía cuando veía las cámaras. No me importa que me hagan fotografías, pero eso no quiere decir que me guste.

También estaba un hermano de Joel, casi un clon, solo era un poco más viejo, llamado David. Yo no recordaba haberlo visto en la casa de los Morgenstern, pero quizás para cuando nos llamaron, había vuelto a su trabajo y a su vida. La gente había comenzado a volver a la normalidad en aquel momento, cuando parecía que el problema no iba a ser resuelto rápidamente.

- No creo que sepamos nada más. -me quejé.

- No, probablemente, no. -dijo Tolliver- Tampoco hemos llamado a la policía.

- Si lo hacemos sabrán que somos nosotros quienes llamamos. -dije- Entonces le encontrarán. Pronto le echarán de menos. No creo que podamos correr ese riesgo.- Vale, eso podría parecer insensible de mi parte, y creedme, no me hacía muy feliz. Era muy consciente de que Clyde Nunley yacía muerto allí en la oscuridad y bajo el frío. Pero sabes, los muertos no sienten nada. Solo están esperando.

Si él no era encontrado al día siguiente, tal vez yo podría "encontrarlo" una segunda vez. Nadie se sorprenderá si fuera al antiguo cementerio al día siguiente, pensé. Era nuestra elección de haber ido allí en mitad de la noche lo que parecería sospechoso; y ahora que lo pensaba, había sido algo extraordinario. Y tonto también.

Pero ahora estábamos atascados, y tendríamos que asumir las consecuencias si nuestra presencia era descubierta.

Mientras me metí mi cama esa noche, estaba más confundida acerca de lo que le había sucedido a Tabitha Morgenstern antes de que yo encontrara los huesos. Y la presencia del fantasma en el cementerio me estaba obligando a pensar de nuevo en todas mis suposiciones acerca de los muertos. Tenía mucho de lo que preocuparme, pero mi cuerpo estaba agotado, y antes de que me diera cuenta me dormí.

Yo no sueño mucho, pero esa noche soñé que sujetaba una mano huesuda. Yo no estaba asustada en mi sueño. Pero sabía que no era correcto

A la mañana siguiente, llamaron a la puerta mientras Tolliver y me estábamos sentados tomando el desayuno, leyendo el periódico. Tolliver estaba haciendo un crucigrama. Yo releía todo lo que pudimos encontrar sobre el secuestro de Tabitha, y había llegado cronológicamente hasta los nuevos artículos sobre la recuperación de un

cuerpo que podría ser el suyo. Llegué hasta artículos que contaban retorcidas historias sobre el descubrimiento del cuerpo. Esto incluía un artículo sobre el tema principal - la identificación positiva provisional basada en el registro dental, además de un refrito del secuestro, de los planes de la familia para hacer una misa la semana siguiente, citas de los abuelos, una historia sobre los 'cementorios ocultos' de Memphis, y un artículo sobre el secuestro de niños en general, con estadísticas sobre el número de niños encontrados vivos, el número de los encontrados muertos, y el número de los que nunca son encontrados. Cameron tendría mucha compañía.

No hay ninguna idea mucho más aterradora que la desaparición definitiva de un niño. Pensé en mi hermana, y me estremecí. Mariella y Gracie eran bastante buenas niñas cuando yo vivía con ellas en la caravana. Yo no sabía que eran ahora, ya que mi tía y su marido nos decían que las niñas no querían vernos. Eso podía ser cierto o no, pero era así, Iona y Hank les habían contado una gran cantidad de mentiras sobre nosotros y no podríamos cambiar eso. Las chicas quizás no nos quisieran, pero yo a ellas sí.

Mi mente había vagado de nuevo, pero de golpe volví al presente.

Nos miramos mutuamente. Tolliver se levantó. Miró a través de la mirilla.

- Es otra vez el tipo del FBI. -dijo.

- Maldición. -dije. Yo llevaba puesto el albornoz del hotel y nada más, puesto que me había duchado de nuevo esta mañana después de pasar un tiempo en la cinta rodante del hotel.

- Será mejor que me dejen entrar, tengo noticias para ustedes. -Dijo la voz al otro lado de la puerta.

Tolliver me miró de nuevo.

Lo consideramos.

- Muy bien. -dije- Mejor será saber lo que quiere.

Tolliver abrió la puerta, y Seth Koenig entró de inmediato y cerró la puerta. Sus ojos se fijaron en mis piernas, y luego apartó la vista. - Grabé las noticias de esta mañana, ya que pensé que tal vez no las habían visto. -dijo. Él esperó para que pudiéramos responder, y ambos negamos con la cabeza. No encendíamos la televisión normalmente. Por la expresión en su rostro, me sentía muy mal por lo que se nos venía encima.

Él se fue hacia nuestra televisión y metió la cinta en el reproductor del hotel. Utilizó el mando a distancia para encenderlo. Después de un momento de ver los resultados deportivos, Shellie Quail apareció ante la cámara. Ella se veía resplandeciente con un

traje otoñal y con su habitual maquillaje brillante. Shellie tenía el rostro sobrio de los periodistas de noticias. Evidentemente, iba a dar malas noticias.

- Un jardinero de la Universidad de Bingham hizo un sorprendente descubrimiento esta mañana temprano. Dennis Cuthbert fue enviado a la antigua iglesia del cementerio del St. Margaret para que se asegurara de que se habían llevado la basura después del descubrimiento, de hace dos días, de los restos enterrados de Tabitha Morgenstern en una antigua tumba. Lo que encontró Cuthbert fue muy chocante. Dentro de esa misma tumba, encontró otro cuerpo.

Realmente les gustaba la palabra "chocante".

La cámara pasó a mostrar un hombre negro fornido que llevaba un uniforme azul oscuro. Dennis Cuthbert se veía muy apenado. - Yo llegué aquí, y vi un coche aparcado en el estacionamiento. -dijo- Nadie debería estar aquí, así que empecé a mirar un poco por la zona.

- ¿Usted pensó en ese momento que algo iba mal? - Shellie preguntó, su rostro formando una máscara sobria.

- Sí, me lo pregunté. - dijo Dennis Cuthbert. - De todos modos, empecé a caminar por ahí, y pronto me di cuenta que la tumba se veía un poco diferente.

- ¿Cómo?

- El borde estaba algo derrumbado. Por lo tanto, fui más allá y miré hacia abajo, y allí estaba.

Perfecto. Había caminado sobre la zona en la que me había puesto para tocar el cadáver.

La cámara se centró de nuevo en Shellie, quien dijo: - Dentro de esa tumba, Cuthbert encontró el cuerpo de un hombre, identificado provisionalmente como el profesor Dr. Clyde Nunley de la universidad de Bingham. El Dr. Nunley estaba muerto.

Pasando a una toma exterior de una casa que dataría probablemente de la década de 1940, el tipo de casa que los yuppies habían comprado y restaurado. - La esposa del Dr. Nunley, Anne, le dijo a la policía que su marido había dejado su casa por segunda vez entre las seis y siete de la noche para comprobar algo. Él no dio más detalles. Cuando no volvió a casa, se fue a la cama. Cuando despertó esta mañana y seguía sin haber vuelto, llamó la policía.

Evidentemente, Anne Nunley se había negado a ser entrevistada, porque no aparecía en pantalla. Mujer inteligente.

Un primer plano de la brillante Shellie. - La policía no dijo cómo murió el Dr. Nunley. Sin embargo, una fuente cercana a la investigación dijo que su muerte pudo haber sido un accidente, o que pudo haber sido asesinato. Al parecer, el suicidio ha sido descartado. Eso es todo, Chip.

La imagen se convirtió en gris después de eso.

No me atreví a mirar Tolliver. No quería mirar a Seth Koenig tampoco. Avanzó hacia adelante para apagar la máquina y, a continuación, se puso delante de mí.- ¿Qué piensa de eso, Srta. Connelly?

- Creo que es muy extraño, agente Koenig.

- Por favor, llámame Seth. - Esperó un tiempo para ver si le devolvía la cortesía, pero no lo hice. Me preguntaba qué podíamos hacer ahora. Yo quería que el agente se fuera con una ferviente desesperación, porque tenía que hablar con Tolliver de los acontecimientos.

- El jardinero notó que había un coche en el aparcamiento. -dijo Seth Koenig. Él esperó para que pudiéramos responder.

- Eso es lo que dijo la periodista. -dijo Tolliver. Él sonaba frío como el hielo. Envidiaba a mi hermano por su compostura y deseaba poder ser así.

Por supuesto, no había ningún coche cuando aparcamos nosotros. El Dr. Nunley no se había suicidado, y él no había muerto por accidente. Había sido asesinado. Sabíamos eso sin lugar a dudas.

- Había piedras en la tumba. - dijo Seth Koenig.

Miré hacia arriba entonces, y nuestras miradas se encontraron. - ¿Qué tipo de rocas? -dije.

- Grandes. Iban dirigidas a su cabeza.

- Pero... - Mi voz se esfumó mientras pensaba. Por supuesto, no había luz solar ni había tenido mucho tiempo para inclinarme y observar el interior de la tumba. Pero estaba segura de que no había grandes piedras dentro. Esto podría ser un torpe intento de hacer ver que la muerte había sido accidental, el escenario sería que el Dr. Nunley resbaló y se cayó de alguna manera en la tumba abierta, golpeándose la cabeza contra las rocas que había en la parte inferior. El asesino quería que la policía creyera que fue un accidente, o una versión alternativa, era que el Dr. Nunley había sido asesinado, pero en el cementerio, por alguien que se le había hecho bajar a la tumba y que luego le había tirado grandes rocas hasta que murió. Oh, eso sonaba probable.

Seth Koenig se sentó en la mesa delante de mí. Sus ojos fijos en los míos. Los suyos eran de un marrón turbio, con un ligero tono dorado. Toda su cara era escarpada y atractiva, y justo en ese momento, estaba centrada en mí.

- No sé qué clase de persona eres. –dijo- Pero sé que tiene un don. En este momento, quiero que lo use. Quiero que vaya a ver el cuerpo de Clyde Nunley a la morgue, y quiero que me diga qué le pasó. Algo me dice que me lo dirás.

Esa era una pregunta difícil. ¿Qué podría decir?

- ¿Por qué está aquí? - Dijo Tolliver. Se puso detrás de mí, inclinándose para que sus codos estuvieran sobre la parte trasera de mi cabeza en el sillón. - ¿Cómo de involucrado está en este caso? Sé que el FBI ya no participa activamente. Pero usted está ofreciéndoles a la policía sus instalaciones, ¿verdad?

- Cierto. -dijo Koenig. Sus ojos se habían vuelto hacia Tolliver, lo que era un alivio para mí. - Pero yo también estoy aquí para prestarles ayuda y todo el apoyo que necesiten, y me quedará hasta que... - Él no pudo terminar la frase.

- Le llamaron al principio. - dije, con mi voz suave. – Usted estuvo en Nashville.

Respiró profundamente. - Sí, lo estuve. Nuestros caminos nunca se cruzaron, pero me enviaron allí fue cuando Tabitha desapareció. Hablé con la madre, el padre, el hermano, la tía, el tío, los abuelos. Hablé con el guardia de tráfico que avisó a Tabitha de que cruzara por los pasos de peatones, hablé con el profesor que la amenazó con enviarle una nota a sus padres acerca de que hablaba en clase, y hablé con el hombre que era amigo de su padre que dijo que cuando Tabitha creciera iba a ser muy hermosa. –Volvió a respirar profundamente. - Fui con la policía para hablar con las madres que llevaban a las chicas a la piscina, hablé con Victor y con sus amigos, hablé con la ex-novia de Víctor que había jurado que se vengaría de él, hablé con el hombre que dijo que Tabitha odiaba recoger su habitación. - Se sentó en silencio durante un largo momento. – Nunca descubrí nada de ellos. Nunca descubrí una sola razón por la que nadie quisiera quitarse a la chica de en medio. Ella no era perfecta. Incluso la gente que la amaba había tenido algún problema con ella de vez en cuando. Por lo tanto, Tabitha no era todo dulzura. Ningún niño lo es, sobre todo los que tienen esa edad. Pero hasta donde yo puedo decir, su madre y padre la amaban, sin importar lo que hiciera o dijera. Por lo que puedo decir, se esforzaban para ser buenos padres. Por lo que puedo decir, no se merecían lo que les sucedió debido a la desaparición de Tabitha.

- ¿Por qué Tabitha? ¿Por qué está tan involucrado en esto? Usted debe de haber participado en otras investigaciones de desapariciones. –dijo- Algunos de ellos niños, estoy segura.

Él se frotó la cara con ambas manos, duramente, como si quisiera borrar algunas de las líneas de su piel. - Muchas veces he llevado casos de sietes. –dijo- Demasiadas.

Tolliver y yo nos miramos mutuamente. No comprendíamos la referencia.

- ¿Sietes? - Traté de mantener mi voz muy tranquila. Este hombre pasaba por un mal momento y no quería desequilibrarlo en nuestra contra.

- El secuestro. Ese es el número que designa los secuestros. - dijo Koenig.

- Nunca hubo una petición de rescate para Tabitha. -dijo Tolliver. Se inclinó hacia adelante, con sus codos sobre las rodillas. - ¿El FBI puede actuar incluso cuando no hay cruces de líneas estatales? ¿Cuándo no hay demanda de rescate?

El agente asintió.

- En cualquier desaparición sospechosa de un menor de once. –dijo- Hemos ofrecido todas nuestras instalaciones a la policía de Nashville y a la de Memphis. Tenemos a unos expertos forenses examinando el cuerpo. Nuestros muchachos ya han estado en el cementerio. Gracias a Dios, quien mató a Nunley no lo tiró antes de que nuestro equipo se fuera. Y ese mismo equipo lleva todo el día en el cementerio desde que el cuerpo fue encontrado.

Cerré mis ojos y me incliné de nuevo en mi silla.

- Por supuesto, Nunley estuvo aquí por la noche y la agarró del brazo, Sra. Connelly. Sin embargo, sabemos que se marchó después de eso. Él no dejó que el personal del hotel le llamara a un taxi. le vieron llegar en su coche y marcharse. ¿Volvió a contactar anoche con usted?

- No. –dije- No lo hizo.

- ¿Por qué estaba tan enojado?

- Pensaba que había alguna trampa. Él estaba teniendo problemas para aceptar mi capacidad como algo real. Él estaba tratando de encontrar una explicación racional de algo que es simplemente inexplicable. – Me preguntaba si tendríamos que llamar Art Barfield.

Seth Koenig se veía pensativo, como si él estuviera haciendo una nota mental muy grande.

- ¿Y dónde estaba usted, señor Lang? - Koenig preguntó.

- Estaba en la calle Beale, tratando de encontrar un buen lugar para escuchar blues. Hacer algo de turismo.

- ¿A qué hora volvió al hotel?

- Alrededor de siete, creo. Harper se había dormido.

- Yo estaba molesta después de la escena con el Dr. Nunley. –expliqué- Tenía un terrible dolor de cabeza. Me tomé algunos medicamentos y me tumbé.

- ¿Alguien la vio durante ese tiempo?

- No llamé al servicio de habitaciones, y nadie me llamó. - Maldita sea.

- ¿Y usted, señor Lang?

- Es posible que alguien se acuerde de mí en algunos de los lugares de Beale en los que estuve. - Tolliver enumeró los lugares que había visitado, y le dijo al Agente Koenig que se había tomado una cerveza en un bar. - También es posible que nadie me recuerde. La calle no estaba repleta de gente, pero había bastante.

- ¿Fue a pie?

- Sí, tomamos un taxi para el cine.

- ¿Qué película vieron?

Tuvimos que repasar toda nuestra tarde, incluyendo nuestra cita con Xylda Bernardo y su nieto Manfred.

- Conozco a la Sra. Bernardo. -dijo Koenig, con una ligera sonrisa en sus labios. Era la primera vez que veía su sonrisa, y se veía bien en él.

Se quedó una hora más, haciéndonos repasar nuestra tarde una y otra vez. Justo cuando yo estaba empezando a pensar que íbamos a salir bien parados, Koenig dijo - Y ahora llegamos a un punto interesante. ¿Quién era el hombre que había en el vestíbulo la otra noche, el que apartó al Dr. Nunley de su camino?

Me preguntaba cuándo iba a hablar con Rick Goldman. - Su nombre es Rick Goldman. Él es un detective privado, eso me dijo. -dije cuidadosamente- Estaba en la clase en el cementerio, por lo que estuvo allí hace dos días. Según él, se apuntó a esa asignatura porque, bueno, una parte de la junta directiva, como se llame, estaba algo incómoda por las clases del Dr. Nunley. Según él, le habían pedido que fuera a su clase, para ver lo que pasaba y les hiciera un informe.

- ¿Tiene su tarjeta?

- Nosotros no llegamos a esos términos.

Koenig se rió. Había tomado un par de notas. Puso su pequeño cuaderno de nuevo en su bolsillo. Estaba un poco sorprendida de que no utilizara algo más avanzado tecnológicamente, como una BlackBerry por ejemplo.

- Una pregunta más. -dijo, queriendo que me relajara para poder aflojarme. Me negué a aceptar su invitación para respirar mejor. - Cuando salieron ayer por la noche, ¿Por qué volvieron al cementerio de St. Margaret?

Capítulo 10



Estaba esperando, como un personaje de dibujos animado, con un piano colgando sobre la cabeza, esperando el gran momento de colapso de la conversación, y ahí estaba.

Tolliver y yo nos miramos. Teníamos que tomar una decisión. ¿Koenig sabía que habíamos estado allí porque había pruebas de nuestra presencia? ¿O era una simple conjetura, tanteando para ver si decíamos algo? ¿O sólo sabía que habíamos cogido nuestro coche?

Tolliver inclinó la cabeza ligeramente. Depende de ti, eso me estaba diciendo.

- Fuimos a dar una vuelta. Empezábamos a sentir claustrofobia. –dije- Dimos una vuelta por Memphis. Nunca hemos estado aquí antes. Sin embargo, teníamos que evitar los lugares donde nos pudieran reconocer. No queremos llamar más la atención de los medios. Queremos irnos de aquí, y fuera de la vista del público.

- Eres una de las pocas personas que puede decir eso sin que me entren ganas de reírme en tu cara. -dijo Koenig. Se pasó una mano sobre su cabello oscuro. - Y no puedo decirte la suerte que tienes de que sea yo quién esté investigando esto, en lugar de...

- ¿Uno de sus colegas que no creen que pueda hacer lo que puedo hacer?- dije.

Cerró la boca de golpe. Después de un segundo, él asintió.

- Nadie lo sabe, ¿Verdad? ¿Donde trabajas? Que eres un creyente.

Él asintió de nuevo.

- ¿Cuánto tiempo hace que notado que existen otras cosas este mundo?

- Mi abuela podía ver los espíritus. - dijo.

- Tiene una gran ventaja sobre las personas cuyas mentes están cerradas. - dijo Tolliver.

La mayoría de los días no lo creo. - admitió el agente- La mayoría de los días, me encantaría ser como los demás con los que trabajo. Entonces yo podría deshacerme de las personas como vosotros. Pero creo que tienes habilidades excepcionales. Dicho esto, no creo que me estés diciendo la verdad. De hecho, creo que estás mintiendo. - Koenig nos miró con una especie de profunda decepción. Casi me sentí culpable.

- Nosotros no le matamos. - dije. Eso era lo importante. - No sabemos quién lo mató, ni por qué.

- ¿Creéis que los Morgenstern mataron a Clyde Nunley? ¿Creéis que él mató a su hija?

- No sé. -dije- Espero por Dios que no lo hicieran. - No me había fijado en lo mucho que esperaba que los Morgenstern fueran inocentes de la muerte de su hija. Y si no habían matado a Tabitha, no podía imaginar por qué iban a matar a Clyde Nunley. Yo estaba asumiendo que la misma persona o personas que habían matado a ambas víctimas.

Esa suposición podía no ser cierta.- Tolliver y yo estamos invitados a almorzar en su casa hoy. - dije, sólo para cambiar de tema. - Veremos a más parte de la familia, entonces, supongo.

- ¿Quieres ver lo que puedes obtener del cuerpo? - Koenig preguntó a la ligera como si fuera una experta en fibras o una patóloga experta. - Es decir, si puedo conseguir eso.

Esto era emocionante, ser tomados en serio por un profesional de la ley.

- Miraré a Nunley si consigo acceso a Tabitha. - dije.

Se veía realmente sorprendido. - Pero ya has, uh 'visto' a Tabitha.

En realidad yo no deseaba ver a Nunley. Había estado allí, ya había hecho eso. Pero lo haría si así podía tener otra oportunidad de ver a la niña. - Ese día, yo estaba muy molesta y sorprendida cuando me di cuenta de que realmente había dos conjuntos de huesos en la tumba. Tal vez podría conseguir más.

- Es posible que lleve algún tiempo, pero voy a ver qué puedo hacer. - dijo Koenig. No pude evitar notar como sus ojos se posaban sobre mis piernas que estaban al descubierto de nuevo. Bueno, él era un hombre, después de todo. No pensaba Koenig se mostrara especialmente interesada en la persona que era dueña de esas piernas.

- Le desgasta tocar un cuerpo. - dijo Tolliver, tratando de demostrarle al Agente Koenig que yo estaba haciendo una generosa oferta.

- Interesante. - dijo, y ese fue su único comentario. - Avisadme cuando regreséis de la casa de los Morgenstern, ¿Vale? Tal vez usted podréis escuchar algo allí.

- Oye, una vez más, no soy psíquica. La única vez que puedo notar impresiones es cuando toco un cadáver, y no creo en que haya uno en la casa de los Morgenstern. De hecho, en cuanto este caso esté resuelto espero no tener que localizar otro cuerpo hasta nuestro próximo trabajo.

- Suponiendo que puedas irte. - dijo Koenig agradablemente.

Hubo una pausa significativa, mientras Tolliver y yo absorbíamos la amenaza.

- Si llega el caso, una vez le hicimos un favor al gobernador. - dije, muy tranquilamente. Yo estaba muy dispuesto a aprovechar eso.

Me encantó la expresión que apareció en el rostro de Koenig. Realmente le había sorprendido, y eso era un verdadero placer. Infantil, lo sé, pero yo nunca dije que fuera adulta completamente. Nunca revelo quienes han sido mis clientes, pero en este caso, sentí que tenía que decir algo.

- ¿Quieres decir que podrías llamar al gobernador de este estado, quizás hacerle ir tras de mí o de la policía de Memphis, para que le permitiera salir de Memphis?

No dije nada. Dejé que pensara lo que quisiera.

- Eso es una amenaza inesperada. - dijo Koenig. Su rostro se había vuelto frío y difícil. - Por supuesto, cualquier amenaza de vuestra parte es inesperado. Yo pensaba que no ibais a crear problema algo.

Nos miramos mutuamente. - Te sorprendería lo que somos capaces de hacer. - dije. Tolliver asintió.

Koenig nos dedicó su mejor mirada de tipo duro.

- ¿De quién era el coche? - Tolliver preguntó.

Le llevó a Koenig un segundo cambiar sus engranajes mentales.

- ¿El coche de quién? ¿Quieres decir, el coche que dejaron en St. Margaret?

Tolliver asintió.

- ¿Por qué debería decírtelo?

- Después de todo lo que hemos compartido, ¿No vas a decírnoslo?- Mi tono pudo haber sonado un poquito burlón.

- Creo que podemos considerar que el coche era del Dr. Nunley. - dijo Tolliver. – Sólo es una suposición de mi parte.

- Sí.- admitió Koenig. – Era el coche de Nunley. No estaba allí a las nueve de la noche, pero apareció allí temprano esta mañana.

Intentamos parecer no demasiado asustados. Habíamos estado allí; el cuerpo había estado en la tumba, pero el coche no había estado allí, seguro.

- ¿Cómo sabes eso?- Le pregunté, y me sentí orgullosa de sonar tan indiferente.

- La policía del campus hace una ronda todas las noches alrededor de nueve, y nadie estaba estacionada en el aparcamiento del St. Margaret. Ya que son policías del campus, solo pasean por el recinto. Ni siquiera salen del coche, y mucho menos verifican el interior de cada tumba. Lo más extraño es que, probablemente, Nunley ya estuviera en la tumba abierta. La hora de la muerte fue anterior a eso. No pudo haber muerto después de nueve. La temperatura del cuerpo indica que murió como tarde a las siete, y el contenido gástrico tendrá que confirmarlo. Por supuesto, los resultados del laboratorio no han llegado aún, y queda mucho más por saber del cuerpo.

Tolliver y yo intercambiamos una mirada. Me llevó todo mi auto-control para evitar taparme los ojos con mis manos. No sabíamos la suerte que teníamos. Si el coche de policía del campus nos hubiera visto allí con el cadáver, ni en el infierno nos hubieran creído inocentes.

- Así que, agente Koenig, ¿Por qué cree usted que el asesino se llevó el coche y lo volvió a llevar allí? - Le pregunté. - Deje que me ponga mi gorra de pensar. - Pude un dedo sobre mi mejilla fingiendo concentración.

En realidad, yo ya tenía una muy clara idea. O, mejor dicho, tres ideas. Uno, el asesino quería limpiar el coche para borrar cualquier rastro forense. Dos, el asesino tenía que ir a buscar algo y llevarlo al cementerio para completar el cuadro que él estaba tratando de pintar. Tres, el asesino nos escuchó llegar y quiso quitar el coche mientras nos acercábamos, para que no pudiéramos ver quién conducía.

Seth Koenig me miró a mí y luego a Tolliver con una cara pétrea, no le hacía gracia. Dijo. - Ese hombre está muerto. Si no puedes tomártelo en serio, es que no eres humana.

- Jugando la carta de no-humanos. - le dije a Tolliver.

- Como si no hubiéramos escuchado eso antes. - dijo.

- Yo sé lo que estáis haciendo. - dijo el agente. - Y sois bueno en ello, os acuerdo esto. ¿Estaban las piedras en la tumba cuando vieron el cuerpo?

- Nosotros no vimos el cuerpo. - le dije secamente

- Eran grandes rocas. Lo suficientemente grandes como para romper un cráneo. - dijo Koenig. - Creo que esa es la razón por la que el asesino tuvo que ir y venir. Tenía que ir a buscar un par de grandes rocas. Las tiró en la tumba encima de la cabeza de Nunley, quizás le llevó un par de intentos. El asesino quería que la escena pareciera como si Nunley hubiera tropezado y caído en la tumba abierta. Pero estamos bastante seguros de que no fue así. El Dr. Nunley fue asesinado casi con total seguridad.

- Dum-dum-dum. - le dije.

- Sé que no os estáis riendo de esto. - dijo Koenig. - Yo sé que quieres que me vaya para que podáis hablar de eso. Os estoy diciendo que estoy disponible para seguir la conversación. Y si te acuerdas de algo, eres lo suficientemente inteligente como para darte cuenta de que necesitamos saberlo.- Se levantó, con un movimiento sencillo que me dio envidia.

- Lo entendemos. - dijo Tolliver, levantándose al mismo tiempo. Él se situó entre Koenig y yo. - Hablaremos con usted.- Él vaciló. - Soy consciente de que lo está haciendo lo mejor posible con este caso. Harper también está muy interesada, demasiado- . Me miró, y asentí. A pesar de que estábamos listos, más que listos, para dejar salir a Koenig, esta había sido una entrevista mucho más amistosa de las que había tenido con alguien que llevaba una insignia.

Cuando la puerta se cerró detrás de Koenig, Tolliver no se movió por un largo momento. Luego se dirigió a mí con cejas levantadas.

- Eso ha sido diferente. – Estaba de acuerdo.

- Lo malo de que sea tan bueno es que casi no me gusta tener que mentirle. - dijo mi hermano. - Lo bueno es que él nos dio un montón de información útil.- Su cara se oscureció. - Como el momento de la muerte.

Yo asentí. - Eso es bastante aterrador, ¿eh? Que llegáramos en el momento justo para no encontrarnos con el asesino.

- Me pregunto si fue suerte. Me pregunto si el asesino no estaría estacionado en algún lugar, observando a ver si encontrábamos el cuerpo y llamábamos a la policía. Si no lo hacíamos, él tendría que hacer algo diferente, ya que no tendría sentido poner el coche de nuevo si hubiera oficiales por allí diciendo '¿Qué estás haciendo con el coche del fallecido?

Me estremecí, imagino que alguien nos había acechado en la oscuridad y en el frío y viejo cementerio viejo, alguien mirándonos y esperando a ver qué hacíamos con el descubrimiento. Yo no sirvo para detectar la presencia de personas vivas. Pero la terrible imagen desapareció después de un rato. Eso no cuadraba.

- No, no había nadie allí. -dije- Porque alguien llevó las rocas, para encubrir el asesinato. Por lo tanto, es lógico que el asesino no supiera que habíamos encontrado el cuerpo en ese momento, que podíamos declarar que en la tumba solo estaba el cadáver, cuando lo vimos.

Tolliver lo pensó largamente, luego asintió. Tenía sentido. - Suponiendo que se lo fuéramos a decir a alguien. Suponiendo que la gente nos creyera. - murmuró.

- Sí, siempre suponiendo eso.- Me levanté y me estiré. Debido a mi pierna mala, no me pude levantar tan bien como el agente del FBI, quien era mucho mayor. Intenté que no me molestara eso. Me moví con cuidado, estirando los músculos. - Y nos escapamos por un pelo de la patrulla de la policía del campus. ¡Y pensamos que estaba abandonado! Deberían poner un semáforo.- Había mucho más en que pensar sobre lo que Seth Koenig nos había dicho, pero teníamos un compromiso social al que acudir. - Voy a prepararme para el almuerzo. Creo que tendremos que ir.

Tolliver dejó escapar un suspiro profundo. Era igual de reacio que yo a ir, y tenía la complicación añadida de la probable presencia de Felicia Hart. - Creo que los Morgenstern se sienten culpables de que no podamos marcharnos de Memphis. - dijo. - Ellos se sienten algo así como que nuestros anfitriones.

- Pero su hija está muerta, y deberían estar libres para pensar en eso, concentrarse en eso.

- Harper, quizás ellos no quieren. Tal vez somos una distracción.

Yo me encogí de hombros. - Entonces, al menos, estamos haciendo algo útil al fin. - Pero yo no podía sentirse bien acerca de eso. - Creo que esto es una mala idea.

- Yo tampoco lo deseo exactamente. Pero tenemos que hacerlo.

Levanté mi mano, porque su tono de voz era definitivamente irritado. - Lo comprendo. Y dejaré de quejarme en un minuto. Bien, vete a la ducha. Yo voy a vestirme.- Miró mi reloj. - Tenemos una hora y media. ¿Tenemos la dirección?

- Sí, Joel me la dio por teléfono. Estoy seguro de que Felicia va a estar allí. - Me dedicó una severa mirada. - ¿Tengo que pedirte que te portes bien?

- Por supuesto que me portaré bien.- Puse una sonrisa suficiente para que dejara de preocuparse. Nosotros no hablamos mucho durante el largo viaje a través de la ciudad. Yo, conduje, Tolliver nos guiaba.

La casa de Memphis de la familia Morgenstern no se diferenciaba mucho de su casa de Nashville, a pesar de que estaba situada en un barrio un poco más modesto. A Diane y Joel les gustaban los suburbios de lujo, no los vecindarios de la parte antigua de la ciudad. Les gustaba la clase de lugares donde los árboles son sólo han crecido parcialmente y todo está lleno de césped, por donde la gente correr a la primera hora de la mañana y por la noche y donde siempre hay un servicio de camiones que se pasea por las calles como rémoras buscando un tiburón al que pegarse.

La casa de los Morgenstern era de color ladrillo pálido, con persianas y puertas de color rojo oscuro, un patio que se vería hermoso en primavera, y un camino que daba a la casa que estaba ocupado por algunos brillantes coches, incluido un nacarado

Lexus, un Buick de color rojo oscuro, un Navigator verde, y un Mustang rojo manzana. Aparcamos y salimos. No sabía sobre Tolliver, pero yo sentía como si estuviera en suelo extranjero. Había decoración de Acción de Gracias en algunas casas, y Diane había puesto un par de paquetes de heno en el patio delantero, decorándolos con calabazas, mazorcas de maíz y otra parafernalia.

Tal vez, cuando tuviéramos una casa, yo haría lo mismo, pensé, y supe de inmediato que era una completa tontería. Me acababa de decir a mí misma que podría vivir en un lugar tan bonito como los Morgenstern y no sentirme extraña y fuera de lugar.

Tolliver me sonrió por encima del coche. - ¿Estás lista?- preguntó. - Te ves muy bien hoy, sabes.

Yo llevaba jersey de color oxidado de manga larga y un pantalón de pana marrón, con botas de cuero de tacón alto. Tenía puesto encima una chaqueta de color marrón oscuro. En el último momento, pensé en la joyería y añadí una simple cadena de oro. Yo rara vez usaba joyería, pero parecía un buen momento para añadirme un poco de brillo. Tolliver se había puesto una camiseta y caquis. Me preguntaba si había vestido para Felicia Hart. Decía que no quería llamar su atención, que no la comprendía...pero yo tenía dudas.

Fui hasta la acera, levantando mis pies con gran esfuerzo. Parecía más como si los estuviera arrastrando. Cuando sonó el timbre de la puerta, me di cuenta que había una especie de placa decorada colgando de la parte derecha de la puerta, de bronce y turquesa con piedras brillantes de colores, que combinaban de una forma muy interesante, con símbolos grabados de palomas y estrellas de David. Pensé que parecía una puerta, y la profundidad de la caja indicaba que podría haber algo dentro. Levanté mis cejas hacia Tolliver, quien se encogió de hombros. Tampoco sabía lo que era.

Diane abrió la puerta. Ella no se veía bien, pero eso era de esperar. Su embarazo estaba resultado duro, formando grandes ojeras bajo sus ojos, y había perdido toda la gracia, se desplazan muy pesadamente. Pero había puesto una sonrisa de azafata en su cara, y dijo que estaba contenta de que hubiéramos venido. Joel apareció a continuación, y estrechó nuestras manos. Me miró a los ojos y me dijo lo alegre que estaba de verme.

Incluso una no fan de Joel como yo podía sentir una punzada ante eso. Y, sin embargo, no pensaba que hubiera algo detrás de su saludo personalizado; no me imaginaba que él quisiera tener una aventura conmigo. Era su manera de saludar.

- Estamos en el salón. - dijo Diane, con su voz débil. - Ha sido una mañana muy tranquila, con el teléfono y el ordenador apagados. Nadie ha visto ni la televisión.- Su rostro se arrugó un momento, y luego volvió a poner una sonrisa social. - Venid a saludar a todos.

‘Todos’ resultó ser Felicia y su padre, los padres de Joel, Víctor, y el hermano de Joel, David. También había algunos amigos de Diane de Nashville, que habían venido a pasar el día. Las dos mujeres se llamaban Samantha y Esther, tenían una edad parecida a la de Diane y estaban muy bien conservadas, lo que me hizo sentir lástima de Diane. Había poca conversación, en voz baja y poco variada. Joel agitó una mano para captar la atención de todos.

- Para aquellos que no la conozcan, esta es la mujer que encontró a Tabitha.- dijo Joel, y todas las caras se quedaron en blanco.

Esta fue una reacción muy extraña, una que yo no había previsto. Yo nunca había sido anunciada de este modo. La introducción fue bastante extraña, sobre todo teniendo en cuenta que era el padre de la víctima de asesinato quién estaba haciendo la presentación. Y era como si les hubiera hecho un gran favor, en vez de haberme pagado por un servicio que (por lo que a mí respectaba) había dado sus frutos con meses de retraso. Naturalmente, cuando yo trabajé para ellos en Nashville, los Morgenstern me habían pagado por mí tiempo. Tuve una idea repentina: quizás debería rechazar la recompensa de dinero, o donar a la caridad, puesto que había aceptado antes su dinero y no había encontrado la ubicación de su hija. Dejé eso para pensarlo más tarde, pero mi primera reacción fue - ¡Claro que no!- Nunca le había prometido a nadie encontrar nada, sólo que si lo hacía, la COD (causa de la muerte) sería más precisa. Había pasado mucho tiempo y gastado mucha energía buscando a Tabitha, pero ella no estaba cerca para que la encontrara.

Me di cuenta de otra cosa mientras yo era el centro de atención no deseado. Nadie de esta casa sabía nada sobre el otro cuerpo de la tumba del cementerio de St. Margaret, el cuerpo más reciente, quería decir. Llevaban incomunicados toda la mañana, por lo que me había dicho la propia Diane. Abrí la boca para compartir las noticias, y luego la cerré. Lo averiguarían pronto. Miré a Tolliver, y él asintió. Había llegado a la misma conclusión.

Los abuelos Morgenstern, que rondaban los mediados de los cincuenta, se pusieron de pie y lentamente se dirigieron hacia mí. La Sra. Morgenstern era la que necesitaba ayuda, tenía Parkinson, por lo que pude ver. El Sr. Morgenstern parecía tan fuerte como sus hijos, y tenía un apretón de manos firme. De hecho, si hubiera sido soltero y me hubiera pedido salir, me lo hubiera pensado, porque el Sr. Morgenstern era tan guapo como sus hijos. - Estamos tan agradecidos de que finalmente podamos ocuparnos de Tabitha. - dijo la Sra. Morgenstern. - Usted ha realizado un gran servicio para nuestra familia. Ahora que se saben seguro lo de su hija, tal vez Diane y Joel puedan acoger a la pequeña con una mente más clara. Mi nombre es Judy, y el nombre de mi marido es Ben.

- Este es mi hermano Tolliver,- dije, a mi vez, después de haber estrechado las manos con la pareja.

- Este es el padre de Felicia, el abuelo de Victor, Fred Hart. - dijo Ben. Fred Hart no parecía tan sano como Ben Morgenstern, pero otra vez, para ser un hombre de unos cincuenta, se veía bien: un poco ancho por la cintura y gris por arriba, pero era un hombre que se podía mirar. Tenía una copa en la mano. Yo estaba bastante segura de que no era soda ni té.

- Encantada de conocerle, Fred.- dije, y estreché mi mano sin hacer comentarios. La cara cuadrada de Fred Hart tenía puesta una expresión que parecía habitual. Era seria y sombría, su boca era una línea cerrada, que raramente se curvaba formando una sonrisa. Por supuesto, había perdido a su hija a causa del cáncer, y probablemente había pasado por otro mal momento cuando raptaron a su nieta. Tomó otro sorbo de la copa que tenía en la mano, y su mirada se volvió hacia su hija viva. Tal vez pensó que ella también podría desaparecer.

Los tres abuelos estaban de pie ante unas estanterías llenas de fotografías enmarcadas de la familia y de otros recuerdos.

- Mira, todavía tienen la menorah de Tabitha,- Judy dijo, apuntando a un candelabro. Reconocí ese símbolo del judaísmo. Había otro menorah a la derecha del de Tabitha, pero era radicalmente diferente.

- ¿Cada niño tiene uno?- Supuse.

- Algunas familias hacen eso.- Judy dijo con su suave voz. Señaló con una mano temblorosa. – Este es el de Victor. Por supuesto, tenía que ser diferente.- Ella me dedicó una sonrisa de conspiración que indicaba que los adolescentes eran difíciles. El menorah de Victor era como una pequeña plataforma con ocho pequeñas velas encima, detrás de la tela, había un espejo con un grabado muy elaborado sobre el latón. Si ambos menorahs no hubieran sido diseñados para soportar las velas, no hubiera pensando jamás que fueran el mismo tipo de objeto religioso.

Fred Hart se había acercado para señalar una imagen. Su dedo estaba temblando. - Mi hija. - dijo, y miré obedientemente la fotografía, que se veía feliz. Una muy atractiva mujer con el pelo corto, castaño y rojizo, con grandes ojos marrones, había sido fotografiada con una silla de hierro forjado pintada de blanco en un bonito jardín, probablemente en mayo, pensé. Ella tenía un bebé en su regazo, que debía de ser Victor, un niño con un traje de marinero. Su pelo era rojizo también - no era demasiado sorprendente, ya que ambos padres tenían ese color de pelo y sonreía ante la cámara. Me imaginé que tendría alrededor de dos años, aunque no soy buena en fijar las edades de los niños pequeños. El Sr. Hart tocó el marco de la foto con una

especie de ternura, y luego se alejó en silencio hasta situarse en la ventana, mirando afuera.

Judy y Ben me llevaron a conocer a su otro hijo, el hermano de Joel, David, una versión menos magnética de su hermano. Había visto fotografías de David, pero el hombre en carne y hueso causaba poca impresión. David tenía la misma coloración rojiza de pelo y ojos azules igual que Joel, pero era más delgado y sus ojos no tenían la atracción de los de Joel. David Morgenstern no parecía particularmente contento de conocerme. Por la manera en que me tocó la mano en vez de estrecharla, supuse que no podía entender por qué Tolliver y yo estábamos invitados en la casa de su hermano.

Me preguntaba lo mismo, así que no lo culpaba por su frialdad. Curiosamente, en nuestro trabajo anterior también habíamos sido invitados a la casa del cliente para almorzar. Pero eso rara vez era el procedimiento normal. Normalmente, nos marchábamos de la ciudad tan rápido como nos era posible. No me gustaba fraternizar con los clientes; eso parecía mostrar una mayor implicación en sus problemas, y eso significaba problemas. Me prometí a mi misma que nunca lo volvería a hacer.

Aunque Fred Hart permanecía al margen de la pequeña multitud, los abuelos Morgenstern habían decidido que yo estaba bajo su cargo. Como Ben y Judy me arrastraron persistentemente (y a Tolliver también) por la habitación de invitado a invitado, no hubo manera de que pudiera evitar a la siguiente persona del camino.

- Esta es la ex cuñada de nuestro hijo Joel, Felicia Hart. - dijo Judy, y su voz había adquirido un tono claramente fresco. - La hija de Fred.-

- la primera mujer de Joel, Whitney, era sólo un querida. - dijo Ben, que era una manera de decir que la hermana Whitney no lo era. Había sin duda algo de mala sangre allí. Me preguntaba qué podría haber ocurrido para que a los abuelos no les gustara Felicia Morgenstern tan evidentemente.

Dije: - Conocemos a Felicia. - en ese mismo momento Felicia dijo: - Por supuesto, vi a Tolliver y a Harper el otro día en su hotel. - y nos estrechó la mano, con perfecto aplomo. Pero sus ojos no eran tan neutrales como su forma de actuar. Yo no esperaba que le importara verme hoy, pero esperaba que tuviera una reacción más fuerte al ver a Tolliver. Esperaba que fuera una reacción placentera.

La clasificaría más como humeantes, o quizás volcánica.

No el tipo de "tómame en tus brazos y vamos a saltar dentro del volcán del amor" pero más bien "deja que te empuje sobre la lava fundida".

Comencé a arder lentamente. ¿Qué le pasaba? Quizás ella se imaginaba que Tolliver hablaría de su relación pasada delante de su padre, o quizás, como David, no creía que tuviéramos que estar en una reunión familiar (aunque seguramente no tenía mucho

que reclamar en la actual familia de Joel). Si ese era el caso, la culpa era de ella. Si Tolliver era lo suficientemente bueno como para estar en su cama, lo era también para compartir el pan con sus seres cercanos y queridos. Pero justo mientras yo buscaba algo afilado que decir, Tolliver apretó mi mano. Me relajé. Él me estaba enviando un mensaje claro de que Felicia era su propio problema.

Después de hablar durante un breve momento con las amigas de Diana, Esther y Samantha, traté de encontrar un lugar para refugiarme. No era solo que la emoción fuera demasiado sobrecogedora, sino que la pierna me dolía. Temblaba y estaba débil, como si estuviera a punto de ceder en cualquier momento.

Encontré una silla vacía que junto a otra persona que parecía tener la sensación de ser un extraño: Victor, el hijo del primero matrimonio de Joel. El niño, el joven, estaba encorvado en una silla en un rincón, desafiantemente separado del resto, y él me miró con aprensión mientras me acercaba y me sentaba en la silla junto a él. Victor me dedicó una breve mirada de reconocimiento, entonces fijó su mirada en sus manos.

Estaba segura de que Victor, como yo, estaba recordando nuestro encuentro en su salón, en Nashville, y en la forma en que había perdido la compostura y había llorado sobre mi hombro. Me había hecho sentir bien, en realidad, ser digna de tanta confianza.

Por lo que sabía, Victor estaba recordando su decaída con profundo pesar.

De lo que yo podría estar segura era que Victor pensaba que esta reunión apestaba. Estaba tratando de alejarse lo máximo posible de los adultos. Tenía la buena educación arraigada en su carácter, y había crecido y madurado en los últimos meses, pero todavía era un adolescente, un adolescente que ahora preferiría estar con sus amigos merodeando en vez de estar con su familia en esta triste ocasión.

Yo no le culpaba de ello.

Entonces la habitación estaba llena de gente que no nos quería allí en particular, algunos de ellos fingían estar contentos de vernos, otros no. Incluso nuestros anfitriones estaban actuando de forma obligada.

Podía comprender su punto de vista. Podía incluso compartirlo. Sin embargo, aquí estábamos, sin muchas maneras de salir de esta incómoda situación. La única salida posible era dar una excusa al azar, como una enfermedad repentina, una llamada telefónica que nos obligaba a marcharnos a otro lugar, o algo igualmente flojo. No podía pensar en la manera de organizar tal cosa, sin causar aún más infelicidad.

En silencio, Victor y yo mirábamos como Samantha le llevaba un vaso de té helado a Joel, vimos como lo aceptaba con un agradable guiño, vimos los ojos de la mujer mientras ella esperaba otro poco de atención por su parte.

Victor me miró y me reí. - Mi padre, el imán de las chicas. - dijo, incluyéndome en su tramo de edad para que fuera correcto para hablar conmigo. Victor no sonaba envidioso, cosa que pensaba que pasaría con la mayoría de los adolescentes. Sonaba como si las chicas fueron objetos de su desprecio, junto con su padre. Ahora que había superado su reticencia para hablar, parecía que habíamos renovado nuestro vínculo. Se inclinó más cerca. Victor dijo: - ¿No eres judía ¿verdad?

- No. - dije. Eso era fácil.

- ¡Victor, cariño!- Judy Morgenstern le llamó. – Ve al Buick y trae mi bastón, por favor.- El niño me miró intensamente. Me preguntaba si había algo en concreto que quisiera decirme. Él me dedicó una mirada oscura mientras él se levantaba de su silla y salió fuera a buscar el bastón. Pensé que podría tener un poco de tiempo de recuperación, pero no. Para mi sorpresa, Felicia tomó su lugar. Tengo que admitir, yo estaba curioso. No sólo me pregunto lo que ella quería hablar, después de su frío saludo antes, pero también quería descubrir por qué Tolliver había sido atraído por esta mujer.

En ese momento, mi hermano estaba hablando con David, y él me dedicó una mirada interrogativa, un poco preocupada, cuando Felicia se sentó junto a mí. Pero él estaba demasiado lejos como para escuchar nuestra conversación, por lo que podría decir lo que quisiera.

- ¿Usted vive también en Memphis?- Le pregunté educadamente. Me froté la pierna derecha, que me dolía, entonces obligué a mi mano a que se estuviera quieta.

- Sí, tengo un apartamento en el centro. - dijo. - Por supuesto, hace falta tener seguridad allí. Mi padre tenía una vaca cuando yo compré la casa. ‘Está en el centro, ¡te pueden atacar y asaltar!’ - Ella sonrió hacia mí de forma conspiradora, como si la preocupación de su padre fuera una tontería. - El aparcamiento está completamente cerrado, sólo se puede entrar si tienes una pegatina. Y no hay entradas para peatones; solo se puede entrar a través del edificio. Hay un guardia en la salida de coches, 24 horas al día, todos los días de la semana. Es caro, pero yo no podía vivir más con mi padre. Ya había pasado por mucho esa edad. - Su padre tenía una nueva copa en sus manos, le vi desaparecer en la cocina y volver con ella. Siguió mirando por la ventana. Felicia siguió mi mirada y se sonrojó.

- Eres muy cuidadosa con la seguridad. -dije, para cambiar su atención.

- Tienes que serlo, cuando vives por tu cuenta. - dijo. - Joel siempre trata de que me mude a alguna parte del este de Memphis.- Ella sacudió su cabeza con una sonrisa, invitándome a compartir su diversión en torno a la preocupación de Joel. La implicación era que ella y Joel eran íntimos; captado. - Y a mi padre le gustaría que volviera con él. Él vive en una enorme casa, solo.- Una vez más, mensaje recibido,

tenía un montón de dinero. - Pero según está la situación familiar, puede ser mucho más peligroso vivir en las afueras que en el centro, si se toman precauciones adecuadas.

- Por supuesto, pero entonces estaban en Nashville. -dije.

- La misma diferencia. Todo el mundo se siente demasiado seguro en los suburbios. Se toman la seguridad por sentado.

Diane, Samantha, y Esther abandonaron la habitación, y pensé que se dirigían a la cocina para preparar la comida. Me preguntaba si debería presentarme voluntaria, pero decidí que estaríamos todos más cómodos si yo no estaba allí. Me volví de nuevo hacia Felicia.

- Estoy segura de que ya no se toman la seguridad por sentada. - dije, muy tranquila, y una sombra cruzó el estrecho y elegante rostro de Felicia.

- No, ya no. Me temo que van a estar siempre mirando sobre sus hombros, con el nuevo bebé que viene. Victor tiene la edad suficiente para cuidar de sí mismo, al menos en cierta medida. Vic es un típico adolescente. - Ella sacudió la cabeza, sonriendo. Los típicos adolescentes, evidentemente, eran estúpidos. - Ellos piensan que son inmortales.

- Victor, de entre todos los adolescentes, debe saber que eso no es verdad.

Felicia parecía avergonzada. Pero siguió con su conversación. - Es extraño; Victor físicamente está saludable como un caballo, al igual que yo. Su madre, mi hermana, Whitney, ha sido una de las más enfermas de nuestra familia. Whitney tenía todas estas alergias cuando éramos niños. Mis padres tenían que sentarse con ella toda la noche, debido a los estornudos y la tos. - La cara de Felicia parecía sombría. Me preguntaba qué tipo de cuidados había tenido Felicia mientras las crisis de salud de Whitney eran el centro de atención de la casa. - Ella tuvo neumonía cuando estábamos en la secundaria, y mononucleosis, amigdalitis, y cuando ella estaba en la universidad tuvo una apendicitis, después de que ella hubiera empezado a salir con Joel. Nunca he estado en un hospital.- Miró hacia su ex cuñado. - Usted debería haber visto como Joel la cuidó. Apenas dejaba que nadie más entrara la sala durante las etapas finales de su enfermedad. El la quería para él solo. El siguiente en hacer eso fue mi padre..- Ella miró hacia el otro lado de la habitación, donde estaba Fred Hart, quien de repente había decidido empezar a hablar con Joel. No sabía de qué hablaban, pero Joel se veía educadamente aburrido.

- Supongo que Victor era demasiado joven para visitar mucho el hospital.

- Sí, no queríamos que recordara a Whitney tal y como se veía hacia el final. Me quedé en su casa y me hice cargo de Victor. Era tan pequeño, tan hermoso.

- Él es un apuesto joven. - dije educadamente.

- Yo todavía le vigilo por el bien de mi hermana. Ha sido genial, que vinieran a Memphis. Víctor permanece conmigo a veces si las cosas se ponen demasiado tensas en casa.

Ella se moría por que le preguntara qué tipo de cosas tensas de la casa. Seguramente, el secuestro y la desaparición de una niña, era razón suficiente. - Él tiene suerte de tener una tía como usted. - dije, seleccionando la respuesta con menos implicaciones.

- Estuve con tu hermano un par de veces. - dijo Felicia, de repente, como si quisiera tirar una piedra en un pantano para ver qué pasaba.

- Eso es lo que me dijo. - dije en una voz completamente neutral.

Ella pareció estancada cuando no dije nada más. Después de una pausa, Felicia dijo, - Creo que se lo tomó algo mal cuando le dije que sería mejor estar separados.

No tuve nada que responder a eso, pero yo estaba enojada, podéis apostar por ello. Esto no se parecía en nada a la historia que Tolliver me había dicho. Así que, por supuesto, ella estaba mintiendo.

- Debe de ser difícil encontrar a alguien con quien salir, con tu edad.- dije

Entrecerró los ojos.

- Quiero decir, -continué- los hombres ya están casados, o se están divorciando por primera vez, y pueden tener hijos y todo tipo de enredos.

- No creo que eso sea un problema. - dijo con los dientes apretados. - Pero supongo que viajando todo el tiempo, es muy difícil conocer hombres respetables

Auch, que dolor – no. Si pensaba que me iba a molestar que me recordara que pasaba todo el tiempo con Tolliver, estaba equivocada. Además, ¿Por qué debería pelearme con esta mujer? Tolliver era un adulto, y él podía ocuparse solo de las señales entremezcladas que destilaba esta mujer.

- ¿Conocía a Clyde Nunley?- dije, sin mirarle a la cara.

- Bueno, fuimos a Bingham juntos. - dijo, cosa que me sorprendió. Estaba tan segura de que me había dicho antes que no le conocía. - Él es un par de años mayor que yo, pero nos conocemos. Clyde y David eran hermanos de fraternidad.

Ella asintió hacia David. Pareció interrogante, y cuando ella le sonrió, él se nos acercó, aunque un poco a regañadientes. David Morgenstern no quería ser el

presidente de mi club de fans. Pero él estrechó mi mano civilmente, y luego Felicia dijo, - Harper está preguntando por Clyde Nunley.

David puso los ojos en blanco. - Es un idiota. - dijo. - Él era un hombre salvaje en la universidad, mucha diversión, pero él decidió que era la norma tan pronto como se convirtió en profesor. Más inteligente que los simples mortales, más frío que el hielo seco. No le veo socialmente, pero sí le he visto alguna vez en las reuniones de ex-alumnos.

Ya no más.

- Mira, Diane quiere que vayamos al comedor. - dijo Felicia, y me levanta para seguir a los demás. David se excusó y se fue por el pasillo hacia una puerta que supuse era el cuarto de baño. Tolliver estaba teniendo una conversación seria con los abuelos Morgenstern, pero por las pocas palabras que escuché, estaban hablando del gobierno de la ciudad de Memphis. Pensé que parecía un poco aliviado, tal vez alegre por no tener que estar hablando de Tabitha, sólo por unos minutos. Me fui hacia la dirección que Felicia me había indicado. Ambas nos alegrábamos de finalizar nuestro cara a cara, creo. No sabía por qué Felicia creía que tenía que decirme eso, pero me daba igual. - ¿Por qué ha preguntado por Clyde?- Felicia preguntó de repente.

- Vino a nuestro hotel ayer por la noche, algo enfadado. - dije, después de un momento.

Ella pareció sorprendida. - ¿Por qué?-

- No sé. - dije, no quería hablar de ello por más tiempo.

Diane había preparado simplemente un buffet con todos los alimentos que los vecinos le habían traído. Ella y sus dos amigas de Nashville habían organizado los platos en una larga mesa de la impecable cocina. Había una zona para comer al final de la habitación, y el cielo gris asomaba a través de las grandes ventanas rodeaban la mesa de una forma desagradable. Había también una barra con taburetes altos que formaban un ángulo recto en un extremo de la barra, y luego daba a un comedor más formal. Esta casa estaba diseñada para comer.

Algunos de los platos eran calientes, algunos fríos, y había un montón de cacerolas. Algunas de las flores y plantas que la familia habían recibido estaban puestas entre los alimentos y en las dos mesas, formal e informal. Esta atractiva presentación era un talento de Diana que no me esperaba. Me preguntaba si sus amigas habían hecho todo, y luego me reprimí por no darle suficiente confianza. Yo nunca había visto el lado no-estresado de esta mujer.

Mientras que los invitados se ponían alrededor de la comida, miré la habitación. La cocina era simplemente hermosa, como algo digno de ser fotografiado para una

revista. Armarios blancos, mesas de mármol oscuro, una isla central. Una vajilla hermosa apilada delante con una cubertería brillante. Los fregaderos y electrodomésticos eran acero inoxidable, no se veía una sola huella dactilar. Si los Morgenstern tenían una sirvienta, era invisible. Quizás Diane era el tipo de mujer que limpiaba cuando se enojaba.

Ante la petición de Diane, los padres de Joel se pusieron en primer lugar, Diane sujetó el plato de la Sra. Morgenstern mientras la vieja mujer seleccionaba lo que quería comer. Diane les instaló en la mesa del comedor y nos dijo al resto de nosotros que escogiéramos. Me puse en la fila detrás de Felicia y de David.

Mientras esperaba, vi como Fred Hart negó con la cabeza cuando Diane le instó a ponerse en la línea. Felicia observó el encuentro con una cara en blanco, curiosamente, como si ella no sintiera emoción alguna hacia su padre. Después de un largo momento, se fue hacia él y le dijo algo en voz baja. Él se apartó de ella y abandonó la sala. Mientras yo cogía un plato y cubiertos, me preguntaba si yo debería ir en la búsqueda de una familia feliz. Tal vez era mi trabajo lo que me ponía en el camino de familias tan infelices.

Esther llamó mi atención ondeando un poco la mano. Era mi turno para empezar a servirme, y me había quedado de pie inmóvil, entorpeciendo la fila. Me di una sacudida mental.

Algún alma generosa había traído un asado en finas rodajas, pero pasé de eso, y en su lugar cogí un poco de brócoli, una especie de carne con salsa de curry, un rollo de primavera, y una ensalada fría de frijoles. Había una mesa en el comedor, un conjunto de taburetes en el mostrador de la cocina, una mesa informal familiar, o podíamos volver al salón, nos dijo Diane. Cogí mis utensilios (enrollados en una servilleta brillante) y me senté en el mostrador de la cocina, ya que era suficientemente ágil como para subir al alto taburete. Cuando llevaba unos diez segundos instalada, Esther poner un vaso de té junto a mi plato, su sonrisa tan brillante y feroz como la de un tiburón.

- Sin azúcar. - dijo- ¿Está bien?- Su voz se insinuaba que era mejor que así fuera.

- Sí, gracias. - dije, y ella se fue nadando lejos.

Para mi sorpresa, Victor se sentó a mi lado. Supuse que había ido a coger el bastón de su abuela y que se lo había dado. Su plato era invisible debajo de una increíble variedad de alimentos, muy pocas verduras, noté. Tenía una lata de Coca Cola que se abrió con un silbido desafiante.

- Entonces, ¿Lo que haces es simplemente extraño, verdad?- fue su estrategia para comenzar una conversación.

- Sí, lo es.

Tal vez quería ofenderme. Si era así, mi clara respuesta le habría dejado sin nada más que decir. Me alegré de recibir una dosis de sinceridad.

- ¿Así que, viajas todo el tiempo?

- Sí.

- Guay.

- A veces. A veces desearía tener una linda casa como esta.

Él miró a su alrededor con desdén. Podía descartar el valor de una hermosa y cuidada casa, ya que nunca había carecido de ella. - Sí, está bien. Pero ninguna casa es buena si no estás contento.

Una interesante y cierta observación, aunque en mi experiencia, la comodidad nunca hacía daño estuvieras deprimido o alegre.

- Y tú no estás contento.

- No mucho.

Esta era una conversación muy intensa para tenerla con alguien a quien no conocía en absoluto.

- ¿A causa de la muerte de Tabitha?- Ya que estábamos yendo al grano.

- Sí, y porque nadie aquí es feliz.

- Ahora que ella ha sido encontrada y que podrá ser enterrada, ¿No crees que las cosas mejorarán?

Negó con la cabeza sin dudar. Él estaba comiendo al mismo tiempo que teníamos esta conversación increíblemente seria. Al menos cerraba la boca cuando masticaba. De repente me di cuenta de que era la persona de toda la casa que tenía una edad más similar a la suya, y supe que esa era la razón por la que estaba conmigo.

- Tal vez. - dijo a regañadientes. - Pero entonces tendremos que prepararnos para la llegada del, y llorará toda la noche. Tabitha lo hacía - añadió, casi inaudiblemente.

- Realmente estabas orgulloso de ella. - dije.

- Sí, ella estaba bien. Ella me molestaba a veces. Pero estaba bien.

- La policía te lo hizo pasar mal cuando la raptaron.

- Oh, sí. Fue intenso. Me interrogaron, mi padre tuvo que llamar a un abogado. – Estaba un poco orgulloso de ello. - Ellos no podían parecer pensar que yo no podría haberla llevado a ninguna parte. ¿Por qué la iba a raptar? ¿Dónde podría llevarla? Peleábamos, pero todos los hermanos se pelan. ¿Tú te peleas con tu hermano, verdad?

- Crecimos en la misma casa. - dije - pero él no es realmente mi hermano. Mi madre se casó con su padre.- Me sorprendí ante mis propias palabras. Las palabras simplemente salían de mi boca

- Eso debió de ser muy raro, vivir en la misma casa con alguien de tu edad con quién no estás relacionado. Especialmente si no son, ya sabes. Del mismo sexo.

- Nos llevó un tiempo acostumbrarnos. - Admití. No pasó mucho tiempo hasta que Cameron y yo, y Mike y Tolliver nos aliáramos contra el enemigo común. Respiré profundamente. - Nuestros padres se drogaban. - dije- Ellos tomaban mucha cocaína. Hierbas. Vicodina. Lo que pudieran comprar. Usaban el alcohol para rellenar las grietas. ¿Tus padres han tenido un problema como ese?

Su boca se cayó, literalmente. No era tan sofisticado como pensaba, eh Victor. - Caray. - dijo- Eso es horrible. Los niños toman drogas, no los padres.

Ese no era el comentario más ingenuo que había escuchado, pero se acercaba bastante. Pero era agradable, también, que todavía tuviera ilusiones así. Esperé una respuesta directa.

- No. - dijo, después de haberse recompuesto. – Mis padres nunca, nunca, jamás tomarían drogas. Quiero decir, casi ni beben.

- Eso es bueno. - le dije. - Ojalá todos los padres fueran así.

- Sí, papá y mamá están bien. - dijo, tratando de sonar duro y descuidados. Pero había sido sacudido. - Quiero decir, no se les pueden decir ciertas cosas. No saben nada. Pero están allí cuando los necesitas.

Incluso llamaba ‘mama’ a Diane, y eso me recordó lo joven que era Victor cuando Joel se había casado con Diane.

- Has pasado por mucho. - dijo Victor, pasándose una mano por su cabello castaño rojizo. – Has tenido una verdadera vida.

- He tenido más que de sobra de una vida real. - dije.

- Pero sabrías si...- Su voz se apagó, justo cuando el diálogo se estaba yendo por una interesante dirección.

No trate de forzar a Victor a retomar el hilo de la conversación. Yo había cubierto todas las bases posibles con este muchacho, sin entrar en el reino de preguntas demasiado extrañas. Yo no había iniciado esta conversación, pero yo había aprendido muchas cosas. Sabía, mientras miraba como Victor miraba los platos que quedaban en la barra de la cocina que todavía no había probado, que este muchacho tenía un secreto. Podría ser un gran secreto, tal vez uno pequeño, pero yo necesitaba saberlo.

Pensé que tal vez me lo diría en algún momento, aunque los adolescentes podían dar giros emocionales de ciento ochenta grados.

La cocina tenía uno de esos pequeños televisores, presumiblemente para que el cocinero pudiera ver Ellen u Oprah mientras hacía su trabajo. Aunque Diane había dicho que los teléfonos estaban apagados y la tele también, alguien había encendido esta, quizás para ver el informe del tiempo o los resultados deportivos.

Aunque el sonido estaba quitado por respeto a la ocasión, algo llamó la atención de Victor, y se paró delante de ella, con el plato todavía en la mano. La expresión de su rostro pasó por asustado, perplejo y alarmado, todo a la vez.

No fue difícil averiguar lo que estaba viendo.

Bueno, sabíamos que antes o después los Morgenstern se enterarían de las noticias, y el momento era ahora

- ¡Papá!- dijo Victor, en una voz que hizo que su padre apareciera a su lado rápidamente. - ¡Papá! ¡Ellos han encontrado al hombre de la universidad muerto, en la tumba de Tabitha!

Suspiré y miré hacia mi plato. No lo había pensado de esa manera. Después de todo, era la tumba de Josiah Poundstone desde hace más tiempo. Era una tumba muy solicitada.

Hubo bastante bullicio a continuación, con la televisión grande encendida en la sala de estar, y todos reunidos delante, con los platos todavía en la mano o descartados cuando fueron a sentarse al comedor. Miré a Tolliver en silencio. Miró a la comida con pesar, así que supongo que no había repetido comida mientras había podido. Asintió. Teníamos que irnos.

Para no ser irremediabilmente groseros, le agradecemos en silencio a Diane, quien apenas sabía que estábamos hablando con ella. Eso hecho, salimos de la casa. Me preguntaba si se habían dado cuenta de que nos habíamos ido.

- Si volvemos al hotel, alguien querrá venir a hablar con nosotros. - predijo Tolliver tristemente.

- Vamos al río.

No sé por qué el agua n movimiento es tranquilizante, pero lo es, incluso en un día frío de noviembre en Tennessee. Fuimos a un parque junto al río, y aunque yo llevaba mis botas de tacón alto, disfrutamos paseando por la zona casi vacía. El Mississippi fluía silenciosamente moviéndose por Memphis, como lo haría mucho después de que se terminara la ciudad, suponía, si el planeta entero no era destruido por completo. Tolliver pasó su brazo alrededor de mí, porque hacía frío, y no dijimos nada.

Era bueno estar en silencio. Era bueno estar lejos de la multitud de la casa de los Morgenstern, y sola con Tolliver. Descontando a los dos hombres de mediana edad sin hogar que se pasaban una botella entre ellos cuando pensaban que no mirábamos. Eran tan felices de evitarnos como nosotros de evitarles a ellos.

- Ha sido un rato extraño. - dijo Tolliver, con voz cuidada y precisa.

- Sí. Bonita casa. Me encantó la cocina. - dije.

- Tuve una charla con Fred. Dice que tiene una orden de arrendamiento sobre su Lexus. - Tolliver estaba buscando un coche nuevo. El nuestro solo tenía tres años, pero llevaba hechos un montón de kilómetros. – Vi que hablaste con Felicia. - continuó.

- Felicia sacó el tema de que habíais estado juntos. - dije, que era la mejor forma de decirlo. - Ella parecía pensar que habíais tenido una conversación sobre no veros.

- Interesante, ya que sigue llamándome. - dijo, después de un momento. - No puedo descifrarla. No tendremos una casa en un suburbio después de todo.

Aunque su voz era ligera e irónica, me di cuenta de que al menos se había sorprendido. Una mujer con la que había estado a la cama, una mujer que le había perseguido activamente, no había demostrado ningún deseo de hablar con él cuando estaba con su familia. Sí, eso haría que cualquiera se sintiera muy mal, si la relación fuera o no deseable. Mi odio hacia Felicia Hart empezó a convertirse en algo sólido. Cambié de tema.

- Victor tiene un secreto. - dije.

- Tal vez tiene revistas porno debajo de su cama. Tías con grandes tetas.

- Yo no creo que ese sea su secreto. Al menos, no el secreto que me interesa.

Caminamos en silencio un momento.

- Creo que él sabe algo sobre uno de los miembros de su familia, algo que está tratando de no conectar con los asesinatos.

- Vale, confuso.

- Él es un chico muy inocente, visto lo visto. - dije. Yo estaba tratando de no sonar demasiado impaciente. - Y ha pasado por malos momentos en su vida.

- Es duro no establecer una comparación.

- Ya lo sé. Pero la cosa es que, creo que Victor puede conectar a algún miembro de la familia a...

- ¿A qué, exactamente? ¿A la muerte de su medio-hermana? ¿A la de Clyde Nunley?

- Bueno, no sé. No exactamente. Solo digo, que sabe algo, y eso no es bueno para él.

- ¿Qué podemos hacer? No le permitirán quedarse con nosotros. Ellos no nos creen. Y si no habla... además, ¿Qué pasa si el secreto es sobre sus padres?

Otro silencio, este un poco molesto.

- Hablando de Joel. - dijo Tolliver, - ¿Cómo es que no estabas jadeando como todas las demás mujeres?

- ¿Todas las demás mujeres estaban?

- ¿No has notado que las mujeres prácticamente babeaban cuando él decía sus nombres?

- No. - dije, muy sorprendido.

- ¿No has visto las miradas que le dedica su mujer?

- Ah... no.

- Incluso Felicia se sienta y toma notas cuando él habla. Y su propia madre le mira como el doble de veces que mira a su otro hijo, David.

- Así que, entiendo que has estado observando a Joel muy de cerca. - dije con cautela.

- No tanto a Joel en sí mismo, si no a la forma en que la gente reacciona a su alrededor. Excepto tú.

- Veo que es un hombre al que a las mujeres les gusta tener cerca. -dije, a modo de reconocimiento. - Pero él realmente a mí no me importa. Las flores, sabía que fueron idea suya, y te dije que era el tipo de hombre que sabía cómo complacer a las mujeres. Pero yo no creo que realmente esté interesado en nadie que no sea Diane. No creo que realmente entienda su propio magnetismo, a decir verdad. O tal vez sólo lo acepta como parte de su mundo, como si tuviera los ojos verdes o una voz, o algo así.

- Entonces, es carismático con las mujeres con las que no sale. - dijo Tolliver.

- Más o menos.

- Y estás diciendo que no te afecta, como le pasa a otras mujeres. – El Sr. escéptico.

- Yo estoy diciendo... sí, eso es lo que estoy diciendo.

- Si no estuviera casado con Diane, si te pidiera salir, ¿No aprovecharías la oportunidad?

Pensé en ello más de lo necesario.

- No lo creo.

- ¿No te gusta?

- No es eso. Es que yo no confío en los hombres que no han tenido que trabajar para tener lo que tienen.

Tolliver se detuvo y me giró hacia él con una mano sobre mi brazo. - Eso es ridículo. - dijo. - ¿Quieres decir que un hombre debe trabajar para tener el amor de una mujer?

- Tal vez. -dije- Tal vez solo digo que Joel ha aceptado automáticamente su posición como rey como si fuera la normal. Sin tener que trabajar para conseguirlo.

- ¿No crees que él sea un hombre virtuoso?

- Creo que lo es. No creo que sea un ladrón, o un adicto secreto, o un tramposo

- ¿Por lo tanto, tu única objeción es que no tienen que trabajar para tener amor?

- Yo digo, que hay algo incorrecto en gastarte tanto para ti mismo sin hacer hecho nada para ganarlo.

Tolliver se encogió de hombros. - Todavía no estoy seguro de si lo he entendido. - dijo.

No podría explicarlo mejor. Yo no soy muy buena para explicar las cosas, sobre todo las cosas emocionales. Pero yo sabía lo que quería decir. Y yo no confiaba del todo en Joel Morgenstern.

Capítulo 11



Cuando regresamos al hotel, Rick Goldman nos estaba esperando, sentado en la misma silla de la recepción que había utilizando antes.

- Yo debería haberme supuesto que aparecería, teniendo en cuenta la escena de la otra noche. - le dije a Tolliver- Me pregunto si se lo ha dicho ya a la policía.

Le presenté a Tolliver a Rick lo más educadamente posible, como si Rick hubiera venido a pedirnos un té. Pero había un músculo que se temblaba en la mandíbula del detective, y todo su cuerpo estaba tenso.

- ¿Podemos hablar en algún lugar que sea un poco más privado?- me gruñó.

Tolliver dijo, - Eso sería mejor, creo. Venga con nosotros.

El viaje en el ascensor fue en silencio.

Las mujeres de la limpieza habían pasado, y la habitación parecía limpia y acogedora, me alegré de verlo. Había algo sórdido en dejar entrar a personas en la habitación de un hotel cuanto había pruebas de la estancia sembradas a tu alrededor en montones desordenados; carrito del servicio de habitaciones, periódicos arrugados, libros desechados, un zapato por aquí y otro por allá. Había disfrutado tener un salón en la habitación hotel, aunque no me olvidaba de que lo íbamos a pagar caro.

- No tenía que matar a Nunley.- dijo Rick Goldman. - Sé que era un borracho odioso, pero no le hizo daño. – Cambió su mirada para observar a Tolliver. - ¿O estaba usted tan enojado de que maltratara a su hermana que le siguió después de marcharme yo?

- Yo también podría sospechar de usted- , le repliqué, sin estar enojada. - Usted es quién le puso las manos encima. Puede marcharse ahora mismo si solo quiere acusarnos sin tener evidencias de que le volviéramos a ver.

Me quité mi chaqueta y caminé hacia la puerta de habitación, lanzándola dentro. Tolliver se quitó la suya más despacio. - Debo entender que ya le ha contado a la policía lo que sucedió en el vestíbulo. - dijo.

- Por supuesto. - dijo Rick - Clyde Nunley era un idiota, pero era un profesor de Bingham. Tenía una familia. Él merece que su asesinato sea resuelto.

- Vi que él estaba casado, en las noticias. - dije- Pero ahora que lo pienso, no llevaba anillo de casado.

- Muchos de los hombres no. - dijo Rick.

- No los que yo he conocido. - dije, sorprendida.

- Tenía una alergia al metal. - dijo Rick.

- Lo conocía un poco mejor de lo que pensaba.

- He leído su expediente personal. - admitió el detective privado.

- Estoy segura de que el contenido extraño de las clases de Clyde Nunley no era el único motivo por el que le estaba investigando. - dijo Tolliver - Estoy dispuesto a apostar que tuvo amantes, tal vez con una estudiante ¿O dos? Y el colegio decidió que lo mejor sería comprobarlo. ¿Tengo razón?

- Cuentan muchos chismes en la universidad.

- Su esposa no estaba tan sorprendida de que el no volviera a casa por la noche. - dije - Ella ni siquiera llamó a la policía hasta la mañana siguiente. - Me senté en el sofá y crucé las piernas, poniendo mis dedos sobre mi regazo. Tolliver estaba todavía andando alrededor de la sala, demasiado inquieto para sentarse. Nuestro invitado se había puesto en una de las sillas sin que le hubiéramos invitado a sentarse.

- Rick, ¿Todavía tiene amigos en la policía?- Tolliver preguntó.

- Claro.

- ¿Así que no le importa que el personal del hotel le cuente a sus compañeros lo que vieron?

- Por supuesto que no.

- Incluso cuando digan que le vieron sacar a un tipo del vestíbulo del hotel, ¿Mientras mi hermana no hacía nada de nada?

Hice que mis ojos se vieran grandes y llenos de lágrimas. Me veía frágil de todos modos, sin importar lo dura que fuera de verdad.

- Me pregunto quién recordarán que fuera violento, si a usted o a Harper.

- Maldita sea. Yo la estaba ayudando. - Rick Goldman nos miró como si él no pudiera creer que la gente como nosotros fuéramos caminando por la tierra sin ser juzgados. - ¡Vosotros!

- Aprecié su ayuda, hasta el momento en el que me insultó. –dije- Pero Clyde Nunley era una molestia, no un peligro. Ahora él está muerto, y yo no tuve nada que ver con eso. Ahora mismo estábamos con los Morgenstern, y escucharon la noticia mientras estábamos allí. Bastante inquietante.

- ¿Ellos les invitaron a su casa?- Esto, de nuevo, obtuvo una gran reacción.

Dije, - Algunas personas no nos tratan como si fuéramos un fraude y unos asesinos.

Levantó sus manos, como si yo hubiera pasado por encima de una frontera imaginaria. - Me rindo. - dijo.

Un poco de teatro en honor al antiguo Rickster.

- Ustedes dos no son mejores que los estafadores. - dijo – Me vuelve loco el no ser capaz de averiguar como lo hacen. Tenía razón sobre esas muertes, justo en el blanco. ¿Cómo consiguió los papeles con antelación? ¡Realmente quiero saber como lo hizo!

No tenía sentido convencer a alguien de no estaba dispuesto a escuchar.

- No se va a creer que soy de verdad, al menos no de momento. –dije - No tiene sentido hablar con usted. Además, la policía va a venir, y quiero darme una ducha antes de que lleguen aquí. – Eso no era cierto. Ya me había duchado. Sólo quería que Rick Goldman se fuera, de inmediato.

Capítulo 12



Manfred Bernardo nos llamó desde recepción a las tres, preguntando si podía subir. Sonreí mientras me imaginé lo que el personal del hotel estaría pensando de Manfred, con su cara metálica.

- Me pregunto lo que ocurrirá cuando pase a través de detectores de metales de los aeropuertos. - Le dije a Tolliver. Él había estado leyendo un libro de misterio de Robert Crais, uno de los primeros con Elvis Cole, y se había sonreído varias veces a sí mismo.

- No creo que eso sea un problema al que Manfred se enfrente a menudo.- dijo Tolliver, pero no como si le importara mucho.

Manfred disfrutaba tocando a las personas. Cuando respondí a la puerta, observé que tal vez fue era dos o tres centímetros más alto que yo, pero mientras yo notaba eso, él se inclinó para darme un beso en la mejilla.

Yo no le di uno a cambio, porque no me gustaban los besos casuales. Pero creo que yo sonreía mientras le decía de entrar.

- Hola, Tolliver,- dijo, mientras Tolliver se levantaba para estrecharle la mano. Tolliver sólo miró a Manfred un segundo. Manfred iba otra vez vestido todo negro, esta vez estaba metido dentro de unos pantalones de cuero, una enorme camiseta negra y una chaqueta de cuero. Él llevaba botas y una pequeña fortuna de plata en las manos, cara y cuello. Su pelo platino había sido retocado, y su perilla iba a juego. Me preguntaba si todo esto era por mí, o si Manfred quería verse simplemente bien.

- Por favor, siéntate. Espero que tu abuela esté bien. - Pregunté. Me senté en el sillón doble, esperando que Manfred se sentara en la silla junto a Tolliver, pero se sentó a mi lado.

- Ella no está muy bien. - dijo Manfred. Su sonrisa se desvaneció, y pude ver que estaba preocupado. - Ella tiene pesadillas sobre gente que está en tumbas en las que no deberían estar

- ¿Habéis visto las noticias? No sé cuánto de cerca vivís de Memphis, ¿Pero veis el telediario de Memphis de la noche?

- No vemos la televisión. - dijo Manfred simplemente. - La abuela piensa que interfiere con sus ondas cerebrales. Si quiero ver un programa, voy a casa de un amigo.

- Entonces vamos a mostrarte lo que un agente del FBI nos trajo hoy. - sugirió Tolliver, y después de haber encendido la televisión, metió la cinta.

Manfred observó silenciosamente. Me había cogido de la mano, cosa que era extraña, pero no parecía nada sexual. Parecía como si él estuviera tratando de conectar con algo que yo emanaba. La familia Bernardo debía de tener reuniones familiares muy interesantes si todos eran tan sensibles como Xylde y Manfred.

- No, nosotros somos los únicos. - dijo Manfred ausentemente, seguía centrado en la televisión. Sus numerosos anillos de plata estaban ya a temperatura ambiente desde que entró en el hotel.

Mis ojos se agrandaron por un momento, Tolliver me miró para preguntarme qué estaba mal, pero negué con la cabeza. Miró la mano de Manfred sobre la mía, y levantó sus cejas para preguntar si yo estaba incómoda. Negué con la cabeza, dejándole saber que eso no era un problema.

Después de la cinta se terminara, Manfred dijo - ¿El hombre de la tumba fue el hombre que os pidió que vinierais a hacer la demostración?

- Sí.- dije.

- Así que había un antiguo cementerio en primer lugar, cuando la iglesia estaba todavía abierta, ¿no?

Yo asentí. Los ojos de Manfred eran muy azules, y aunque estaban posados sobre mí, no me veían.

- ¿Y entonces la niña apareció allí?

- Así es.

- Entonces encontrasteis al hombre ayer por la noche, ¿Cuando estabais en el cementerio?

Me sobresalté, pero la mano de Manfred mantuvo la mía, suavemente pero con firmeza.

- Sí. - dijo Tolliver lentamente. - Lo encontramos ayer por la noche.

- Mi abuela estaba haciendo una lectura para ti, en el momento en que lo encontrasteis, y ella sabe que viste al visitante.

Manfred dijo. Tuve la incómoda sensación de que sus ojos rebuscaban a través de mí.

- ¿Visitantes? - pregunté.

- Así es como ella llama a los fantasmas. - dijo Manfred, y de repente volvió a ser un chico muy joven, cogido de la mano con una mujer que él pensaba que era atractiva, y dedicándole una gran sonrisa. La tachuela de su lengua me hizo un guiño. – La abuela utiliza su propia terminología.

Se trataba de un chico muy interesante. Parecía no tener mucha experiencia en el mundo y, sin embargo, sabía algunas cosas inesperadas. Tuve la sensación de que Manfred no se vería ni intimidado ni impresionado por la riqueza o la sofisticación.

- No soy un chico. - dijo, sonriendo, mirándome directamente a los ojos. Su tono sexual pareció como un rugido. - Soy definitivamente un hombre.

No sabía si estaba un poco excitada, o si quería echarme a correr gritando hacia mi habitación. Le sonreí.

- La abuela quería que te dijera que ibas a ver la primera tumba de Tabitha. -dijo- Yo no entendí eso cuando ella me dio el mensaje. Su cadera le molesta demasiado como para salir de casa hoy, así que me pidió que viniera a verte. A ella le gustan un montón, ya sabes. Ella quería avisarte. Cuida con la tumba.

Como había hecho en la cafetería, se inclinó y me besó la mano, asegurándose de que tuviera toda una gama de sensaciones por segunda vez. Él me miró desde su postura doblada. - ¿Esto te hace pensar, eh?- dijo suavemente.

- Pensar no es lo mismo que hacer. – dije de forma práctica.

- Todavía no. - dijo. Se levantó, estrechó la mano de Tolliver, y se fue tan rápido como había venido.

- ¿Qué ha sido todo eso? - Tolliver dijo, mirándome claramente con sospechas.

- Evidentemente, cuando está tocándote, puede leer tu mente, algo así. - dije, sintiéndome un poco incómoda ya que algunos de mis pensamientos habían sido bastante gráficos. - No sé si eso se aplica a la población en general, o solo a las personas que tienen algún tipo de talento psíquico, o lo que sea.

- Pero Xylda es la única que hace predicciones. - dijo Tolliver – Y ella ha tenido una hoy. Serás feliz en el momento del hielo, sea lo que sea eso, y que verás la tumba original de Tabitha.

- Creo que no quiero estar mucho más alrededor de Xylda. -dije - Y si lee las cartas por mí, no quiero saberlo. Me da escalofríos.

- ¿Y qué pasa con Manfred? ¿Quieres estar a su alrededor?- Al menos Tolliver sonreía cuando lo dijo.

- Oh. – dije con desprecio. - Sabes, él es algo más que un poco diferente. Es decir, no puedes evitar preguntarte cosas, cuando ves a alguien tan extremo...- No pude averiguar cómo terminar la frase.

Tolliver tuvo misericordia de mí. - Si yo conociera a una chica con muchos piercings, también me lo pensaría. –dijo.

- Bueno, es ya media tarde, y hemos tenido un día horrible. ¿Qué podemos hacer ahora para cambiarlo a un día divertido?

- Podría revisar las cuentas.

- Venga ya.

- Podríamos ver qué películas tienen los del servicio de habitaciones.

- Estoy harta de esta habitación, y quiero hacer algo más activo que ver una película.

- ¿Tienes una idea?

- Sí. ¡Vámonos a la orilla del río, en el parque, a correr!

- ¿Y qué pasa con los periodistas?

- Nos iremos a hurtadillas.

- Hace frío y parece que va a llover.

- Entonces, será mejor que corramos rápido.

Capítulo 13



Evitamos a los periodistas, pero no a la policía de Memphis. A los detectives Lacey y Young no les hizo mucha gracia nuestra elección de actividad cuando nos siguieron. Me preguntaba cuando íbamos a saber algo de ellos. Solo me sorprendía que no nos hubieran llamado al hotel para decirnos que fuéramos a comisaría.

Iban con sus cazadoras largas, sus guantes y sus bufandas. Lacey parecía cansado pero resignado. Young parecía resentida. Averiguamos al acercarnos corriendo que Young estaba resfriada. En el centro de su estrecho rostro, su nariz roja destacaba como la de un reno, y que tenía un pañuelo arrugado en la mano que no estaba ocupada con el paraguas.

- ¿Están locos?- gruñó ella. - ¡Corriendo por aquí en pantalón corto cuando hace este frío!- Hizo un vago gesto hacia mis pantalones. Estuve corriendo sin moverme del lugar un minuto, disminuyendo el paso gradualmente. Sentía frío y humedad, pero también me sentía mejor, como si el aire húmedo y frío hubiera alejado las telarañas de mi cabeza.

- Supongo que quieren hablar con nosotros acerca de algo. - Tolliver estaba haciendo algunos estiramientos, y vi que el detective Young tenía su mirada fija en su trasero. Lacey dijo rápidamente, - Sí, señora, por supuesto. ¿Quieren venir a la comisaría con nosotros? Por lo menos estaremos en un lugar seco y caliente.

- Yo no quiero ir a comisaría. - dije - ¿No hay una cafetería cerca de aquí? A menos que ustedes nos vayan a detener, ir a una cafetería sería mucho mejor. Quizás podamos tomar un chocolate caliente. - Yo estaba tentado a propósito a la detective Young, quién había estornudado varias veces seguidas mientras se limpiaba la nariz con el pañuelo.

- Hay un lugar en el Poplar. - le dijo a su compañero, que parecía indeciso. - ¿Recuerdas lo buenos que son sus pasteles? - dijo, en un intento de sobornarle.

Funcionó a la perfección.

Treinta minutos más tarde estábamos en un restaurante tan caliente que las ventanas estaban cubiertas de vapor, con un café delante de los hombres, y un chocolate caliente ante la detective Young y yo. Lacey estaba tan feliz como un cerdo revolcándose con un trozo de pastel con crema, y Young casi lloraba de alivio al estar en el interior.

- El Agente Koenig nos dijo que han escuchado las noticias sobre Nunley Clyde. - dijo, su voz sonaba nasal, pero humana.

Asentimos. - Vino a nuestra habitación esta mañana y nos lo dijo. - dije, queriendo ser lo más honesta posible. Siempre lo intento.

- Rick Goldman vino también a comisaría. - dijo Young, después de tragar. Parecía estar gozando. - Rick nos dijo que tuvieron un encuentro con Nunley en el vestíbulo de su hotel, Sra. Connelly.

- Sí, es cierto. Terminó con el Dr. Nunley siendo sacado a la fuerza por la puerta. A decir verdad, creo que el Dr. Nunley estaba borracho. Fue muy beligerante. – Esperaba verme tan franca y abierta como estaba tratando de ser.

- Usted no es la única persona que ha comentado eso. Podremos averiguar su nivel de alcohol en sangre. ¿Qué problema tenía con usted?- Young preguntó. Tal vez su medicación para el resfriado la volvía brusca, o tal vez sólo estaba cansada de hacer esto.

- Pensaba que de alguna manera, a pesar de todas sus precauciones, había conseguido los archivos y que había memorizado la causa de la muerte de todos los muertos. Goldman me acusó de lo mismo.

- ¿E hizo eso?

- No, no es necesario. Yo soy de verdad.

Hubo un momento de silencio, mientras los detectives, ya fuera porque lo estaban pensando o porque lo rechazaban como otra parte de mi actuación.

- ¿Salieron de nuevo ayer por la noche? - Young preguntó directamente. - ¿Después de que el Sr. Lang volviera de andar por la calle Beale?- El Detective Lacey dejó su tenedor en la mesa y nos dedicó una mirada que podría haber atravesado el acero.

- Sí, lo hicimos. - dijo Tolliver. Después de todo, habíamos pedido el coche. No había forma de negar eso.

- ¿A dónde fueron?

- Fuimos hasta Graceland. - dijo Tolliver. Yo parpadeé. ¡Qué buena mentira! Casi todos los turistas de Memphis iban a ver la casa de Elvis. Y puesto que le habíamos dicho a Koenig que habíamos dado una vuelta por Memphis, todo cuadraba. De hecho, habíamos buscado algo sobre Graceland en el portátil esta mañana después de que Koenig se fuera, por lo que al menos teníamos una idea de lo que deberíamos haber visto.

- ¿Por la noche?

- Sí, no teníamos otra cosa que hacer. Y no estábamos seguros de si alguna vez íbamos a volver aquí. Así que fuimos hasta Whitehaven, y pasamos por delante. Eso sí es impresionante. Tienen que gustarte mucho las puertas.

- ¿Y no van a regresar y verla a la luz del día, visitar la casa?

- Está enterrado allí ¿Verdad?- Pregunté.

- Uh... sí. Y Vernon y Gladys, su madre y su padre. Y Minnie May, su abuela.

- No. - Negué con la cabeza definitivamente. – Realmente no quiero hacer eso.

La detective Young se lamió los dientes. Parecía como si se sintiera algo mejor, ahora que estaba en un lugar caliente y se había tomado su chocolate. Su pelo corto marrón todavía parecía lacio y cansado, pero sus ojos mostraban una pizca de espíritu. Su compañero tenía esa mirada que tienen los hombres a los que les encanta en azúcar después de haberse tomado algo sabroso. Pero el pastel no le había hecho más inteligente.

- ¿Por qué no?- preguntó. - ¿Por qué no ir a ver el lugar en el que están enterrados?

- Sabes, me conecto con los cuerpos. Podría arruinarme un poco la experiencia Graceland. - Por otra parte, podría responder a ciertas preguntas. Tolliver me estaba mirando con aire divertido.

- Así que podrán comprender por qué solo pasamos por delante. - dijo Tolliver, retomando el hilo de la conversación. – Ya hemos paseado por la Pirámide y por la calle Beale. Por lo tanto, volvimos a nuestro hotel.

Me alegré de haber lavado mis zapatos esta mañana, y que la lavandería del hotel tuviera nuestros vaqueros.

- Y el del FBI fue a veros esta mañana. – dijo la detective Young. Me alegré de haberlo mencionado, ya que parecía que la detective Young lo sabía.

- Sí. - Él quería que supiéramos que se había encontrado un cuerpo en la tumba. Supongo que quería conocer nuestra reacción.

- ¿Y qué reacción obtuvo?

- Bueno, por supuesto, sentimos que Clyde Nunley hubiera sido asesinado, o que se hubiera caído dentro y se golpeará la cabeza, o lo que fuera que le pasó. Nunca es bueno escuchar que alguien ha muerto.- Aunque algunas personas es menos mal que otras. - Pero no es como si tuviéramos un motivo para querer matarlo.

- Usted podría haber estado un poco molesto, Sr. Lang, porque él maltratará a la Sra. Connelly. Especialmente en un lugar público. Especialmente ya que alguien tuvo que ayudarla, ya que no estaba allí.

Ooh. Golpe bajo. Pero pensaba que Tolliver podría enfrentarse a ella, y parecía estar aceptándolo, si su leve sonrisa era un buen indicador. - Harper puede cuidar de sí misma. - dijo, cosa que me complació. - Incluso si Goldman no hubiera estado allí, habría estado bien.

Dado que no había funcionado, Lacey intentó algo más. – El agente Koenig dice que quiere que obtengan una lectura del cuerpo de Nunley, y que le gustaría a usted acceder al cuerpo de Tabitha.

- Eso no es exactamente lo que dije. - aclaré- No fue mi idea. Él pensó que yo podría obtener algo más si probaba de nuevo, y yo dije que quizás fuera así. Por supuesto no quiero estar de nuevo cerca del cuerpo de la niña, pero si piensa que podría ser de ayuda, tendré que hacerlo.

- No tengo ni idea de lo que creer acerca de usted. - dijo Lacey, sus pequeños ojos azules me examinaron de nuevo por vigésimo quinta vez. - Nunca he conocido a nadie como usted, y le juro que no sé si es un fraude o un - simplemente no sé lo que eres.

- Muchas personas se sienten de esa manera. - dije, porque él parecía muy incómodo. - No se preocupe. Estoy acostumbrada.

- ¿Ustedes tienen hijos? - Preguntó la Detective Young repentinamente.

Tolliver y yo le miramos de forma inexpresiva.

- ¿Nosotros?- dijo, después de una larga pausa.

Ella pareció darse cuenta de que había metido la pata. - Lo siento, yo supuse que ustedes...

- Hemos vivido juntos desde que éramos adolescentes. - dije – El padre de Tolliver se casó con mi madre. Es como mi.... hermano. - Por primera vez, dudé un poco antes de decir esas palabras.

- Yo tengo dos. - dijo, era evidente que quería apartar el tema lo más rápido posible. - Tengo un niño y una niña. Si mi hijo desapareciera, me gustaría rebuscar bajo cada piedra para encontrarle. Hablaría con el diablo si tuviera que hacerlo. Les preguntaré a los Morgenstern qué piensan sobre que vea el cuerpo de nuevo. Veremos lo que dicen.

Me preguntaba lo que los dos policías dirían si les contara que había hablado con un fantasma la noche anterior. Me preguntaba qué tan rápido nos calificarían de charlatanes. Pensé de nuevo en la dura mano agarrando mi brazo, y tuve que cerrar los

ojos por un minuto. ¿Cómo era posible que el fantasma de Josiah Poundstone estuviera allí? Yo pensaba que tenía todo claro en mi mente, todo el asunto de vida después de la muerte, pero ahora me movía en un terreno inestable.

Observé que el tráfico fuera era denso, y el cielo estaba oscuro. Mientras habíamos estado sentados en el comedor con los dos detectives, la tarde había llegado a su fin. Tenía casi una necesidad irresistible de volver al cementerio para ver si el fantasma todavía estaba allí, lo que pretendía. ¿Qué hacían los fantasmas? ¿Estaban allí cuando un humano no estaba cerca? ¿Se materializaban cuando querían comunicarse, o siempre ...?

- Harper. - dijo Tolliver suavemente. - ¿Estás lista para irnos?

- Claro. - dije, volviendo a ponerme mi chaqueta apresuradamente. Los detectives se estaban levantando, con sus chaquetas abrochadas, y por sus expresiones, habían estado esperándome un cierto tiempo.

- Soñaba despierta. - dije- Lo siento. – Traté de parecer alerta y normal, pero eso no es siempre lo mejor, y no creo que tuviera mucho éxito. - Quizás nuestra carrera me ha cansado más de lo que pensaba.

Al haber dado una razón válida para explicar mi estado, los dos policías parecieron un poco más felices, aunque Lacey nunca sería mi mejor amigo. – Tiene que volver al hotel y descansar. - dijo. - No se metan en más problemas mientras estén en Memphis. Volveremos a verles cuando hayamos hablado con los Morgenstern.

- Bien, gracias. - dijo Tolliver. Después de que su coche se alejara, nosotros pagamos nuestra parte de la cuenta y nos fuimos del comedor. - ¿Qué fue todo eso?- Tolliver preguntó cuando estábamos en el coche tratando de girar a la izquierda para volver a la Cleveland.

Le conté las preguntas que me había estado haciendo a mí misma.

- Puedo ver porqué eso es interesante, y me gustaría saber las respuestas también. - dijo - Pero a partir de ahora, debes pensar cuando estés a salvo en la cama, o algo así. Tenías una expresión muy rara.

- ¿Me veía rara? - Le pregunté, extrañamente herida.

- No extraña – tipo fea. - dijo al instante. – Extraña tipo ‘no estoy en casa’.

- Oh. - dije.

Al fin, aproveché un agujero en el concurrido tráfico que se alejaba de la ciudad. Íbamos de nuevo hacia el río cuando hablé la siguiente vez. - ¿Sabes con quién me gustaría hablar de nuevo?

- ¿Con quién?

- Con Victor. Pero hablando de extrañamiento, sería muy extraño llamar para decirle que viniera a vernos.

- Si. De ninguna manera podemos hacer eso.

- ¿Crees ya que nos invitaron a comer, les podríamos invitar a comer en un restaurante?

Tolliver lo pensó. –Ahora están de luto, y probablemente tendrán todo tipo de arreglos que realizar. Además, ¿Qué motivo dirías? Sí, podríamos insistir en que les debemos una comida, pero ¿De qué íbamos a hablar? La única relación que tenemos con ellos es la muerte de su hija. Eso es justo no es suficiente para pasar una tarde, hermanita.

No me había llamado así desde hace mucho tiempo. Me preguntaba si los comentarios de Young también le habían afectado.

- Tal vez no. - admití - Pero mientras estemos atrapados aquí, y supongo que lo estamos... Hey, me pregunto qué pasaría si nos fuéramos. - Hubo un momento de silencio. – Probablemente nos llamarían para que volviéramos. - Llegué a la conclusión - hasta que se decidiera lo que le había pasado a Clyde Nunley. ¿Por qué le iban a matar? Es lo que no entiendo. Lo único que sabía era... ¿Qué es lo que sabía?

- ¿Cuál es la única conexión entre Clyde Nunley y Tabitha Morgenstern?- Tolliver preguntó. Me estaba definitivamente guiando hacia una conclusión. Odio cuando hace eso.

- Ellos compartieron una tumba.

- Quiero decir, además de eso.

- No hay ninguna conexión.

- Sí, la hay.

Ahora había casi una completa oscuridad, y las luces en los carriles de la dirección contraria eran como luciérnagas. Era mucho más fácil conducir por carreteras de una sola dirección. Empezó a llover de nuevo, y Tolliver puso en marcha nuestro limpiaparabrisas.

- Bueno, me rindo. - Levanté mis manos con exasperación. - ¿Cuál es la conexión?

- Tú.

Capítulo 14

Esto me golpeó como un saco de cemento.

- Así que estás diciendo que Clyde Nunley fue asesinado porque él conocía a la persona que me había recomendado para este pequeño trabajo en la universidad. - Sentí frío por todas partes. Quizás esté acostumbrada a la muerte, y sé mejor que nadie lo inevitable y normal que es, pero eso no significa que sea fácil sentir que has contribuido a ella. Es como aguanieve; si sabes que las condiciones atmosféricas son correctas, podría nevar, pero no tiene porqué gustarte.

- Eso es lo que pienso... y he pensado mucho sobre esto, ayer por la noche. Yo no podía aceptar la enorme coincidencia de que el cuerpo de Tabitha estuviera allí. Si no se trataba de una coincidencia, estábamos destinados a encontrarlo. Nos han utilizado. y la persona que lo hizo tenía que ser la misma persona que mató a Tabitha. A Clyde Nunley le pidieron que tú vinieras a este cementerio. Así que alguien debió de mencionarle tu nombre a Clyde Nunley. No sé si esa persona tiene algo en contra de Clyde, o simplemente hizo una sugerencia amistosa. 'Hey, como tienes esa clase de ciencias ocultas, y el cementerio al lado, vamos a llamar a la extraña mujer que dice que encuentra a los muertos para que le eche un vistazo'.

- ¿Entonces, piensas que Clyde se dio cuenta cuando encontré el cuerpo de Tabitha?

- Pienso que sí. O de lo contrario, no hubiera pensado que era una coincidencia igual que nosotros, supuso que quien fuera quién le dijo que te invitara a Memphis tenía que saber algo sobre la muerte de la chica. Solo porque era un imbécil no quiere decir que fuera tonto.

- Eso es cierto. - dije de forma ausente. - Bueno, creo que eso limita el campo, ¿verdad?

- ¿Cómo lo sabes?

- No podría ser Victor.

- ¿Por qué no? Apuesto a que está pre-inscrito en Bingham. Este es su último año en la escuela secundaria, ¿Verdad?

- Oh. Bueno, podría ser. Eso parece algo rebuscado, pero vale. Lo que yo estaba pensando - tanto Felicia como David fueron a Bingham. Y los abuelos Morgenstern,

Judy y Ben, seguramente conocen a mucha gente que fue allí, quizás ellos mismos, ya que viven aquí y pagaron la matrícula de David durante cuatro años. Apuesto que lo mismo puede decirse de Fred Hart.

Después de todo, los abuelos Morgenstern no eran tan viejos. - Judy tiene demasiado Parkinson para poder llevar a Tabitha a la tumba, pero su marido está bien de salud. - dije - Fred Hart parecía bastante fuerte también.- y hablando de Iona, hicimos “piedra, papel y tijera”. Como siempre, escogí mal, cosa que es graciosa si la piensas con atención. Si yo fuera realmente una psíquica, como me acusan de serlo tan a menudo, creo que podría ganar un juego tan simple como ese.

Marqué el número de Iona rápidamente. Iona Gorham (cuyo apellido de soltera era Howe) era la única hermana de mi madre. Estaba casada con Hank Gorham desde hace doce años, sin ningún fruto en su relación. Ella había hecho cargo de Mariella y de Gracie cuando mi madre y mi padrastro fueron a la cárcel, después de que la investigación sobre el secuestro Cameron sacara a la luz algunos de sus peores defectos como padres. Yo no podía decir nada sobre eso, porque era menor entonces. Me habían llevado a un hogar de acogida. Iona y Hank no me quisieron, cosa que supuse que estaba bien. A los diecisiete, pensaban que la vida junto a mi madre me habría estropeado irrevocablemente. Estuve el último año en la escuela secundaria, un año que fue agradable a pesar de mi destrozado sistema emocional. Por primera vez desde mi infancia, vivía en una casa limpia, con comidas regulares que no tenía que hacer yo misma. Podía hacer mis deberes en paz. Nadie hacía comentarios sugestivos, nadie tomaba drogas, y mis padres adoptivos eran simples, agradables, algo estrictos. Sabías dónde estabas. Tenían otros dos hijos de acogida, y nos llevamos bien si teníamos cuidado.

Tolliver, quien entonces tenía veinte, se trasladó con su hermano, Mark, así que estaba bien. Él venía tantas veces como podía, con la frecuencia que los Goodmans le permitían.

- ¿Hola?- La voz de hombre me hizo regresar a la realidad.

- Hank, hola, soy Harper. - dije, asegurándose de que mi voz era nivelada e invariable. Tenías que ser Suiza para hablar con Iona y Hank. Neutral, me dije varias veces. Neutral.

- Hola. - dijo, con una total falta de entusiasmo. - ¿Dónde estás, Harper?

- Estoy en Memphis, Hank, gracias por preguntar

- Supongo que Tolliver está contigo.

- Oh, claro. - dije, lo más alegre que pude. - Hace frío y hay mucha humedad aquí. ¿Y en Dallas?

- Oh, no nos podemos quejar. Hay unos quince grados
- Suena bien. Quisiera hablar con Mariella, si está, y después con Gracie.
- Iona ha ido a comprar. Voy a ver si puedo encontrar a las chicas.

Qué golpe de suerte. Puse el teléfono contra mi pecho mientras se lo decía a Tolliver. - La bruja mala no está.- Iona tiene un gran fondo de excusas para impedir que hablemos con las chicas. Hank no era tan ingenioso, ni tan despiadado.

- Hey. - dijo Mariella. Ella tenía nueve años ahora, y creaba un montón de problemas. Nunca me dije a mi misma que ella sería un ángel de haber vivido con nosotros, porque la conocía mejor. Durante los primeros años, Mariella y Gracie nunca habían tenido la atención y cuidado de nuestros padres quienes no estaban en sus cabales. No digo que mi madre y mi padrastro no las quisieran, pero no era el tipo de amor que les llevaría a ser responsables y estar sobrios. Al menos los mayores habíamos tenido eso una vez. Sabíamos lo que era correcto y adecuado. Sabíamos cómo debían ser los padres. Conocíamos las sábanas limpias y las comidas caseras, y ropas que solo nosotros habíamos llevado.

- Mariella, soy tu hermana. - dije, aunque, por supuesto, Hank le había dicho quien estaba al teléfono. - ¿Cómo os va? - Yo lo había intentado con mucho empeño, igual que Cameron y Tolliver. Incluso Mark dejaba comida de vez en cuando, cuando tenía dinero extra.

- Estoy en un equipo de baloncesto. - dijo Mariella- En el Y.

- Oh, eso es genial. - En realidad, lo era. Era la primera vez que Mariella me había dicho algo más aparte de un gruñido ronco. - ¿ya juegas, o solo practicas?

- Tenemos nuestro primer partido dentro de una semana. - dijo - Si estuvieras aquí, podrías venir.

Abrí los ojos ampliamente mirando a Tolliver, para hacerle saber que esta llamada no iba como siempre. - Nos encantaría. - dije- Tendremos que mirar nuestra agenda, pero nos encantaría ir a verte jugar. ¿Gracie juega también?

- No. Dice que es estúpido salir a sudar como un cerdo. Dice que a los chicos no les gustan las chicas que sudan. Dice que todos me van a llamar lesbi.

Escuché un sonido de exclamación proveniente de Hank en el fondo.

- Gracie se equivoca. - dije inmediatamente. - Ella simplemente no quiere jugar al baloncesto. Tal vez tú juegas mejor que ella, ¿Eh?

- Por supuesto. - dijo Mariella con orgullo. - Gracie no puede acercarse ni a diez metros de la canasta. Yo metí dos canastas en el último entrenamiento.

- Estoy segura de que hay algo que a Gracie se le dé bien. -dije, tratando de ser diplomática y, sin embargo, reforzando las cosas positivas que le estaban pasando a Mariella.

- Huh- , dijo Mariella evasivamente. - Bueno, es igual.

- ¿Os han hecho ya la fotografía de la escuela este año?

- Si. Deben estar a punto de llegar.

- Tendrás que guardarnos dos, ¿Vale? - dije – Una para que tu hermano Tolliver la lleve en su cartera, y una para mí.

- Muy bien. - dijo - Hey, Gracie se ha unido al coro.

- ¿En serio? ¿Está por ahí?

- Sí, ella viene hacia la cocina ahora mismo.- Sonido de movimiento.

- ¿Si?- Esta era Gracie, está bien. Gracie nos odiaba hasta el fondo.

- Gracie, me han dicho que te has unido al coro de la escuela.

- Sí, ¿Y?

- ¿Eses soprano o contralto?

- No lo sé. Solo canto la melodía.

- Vale, probablemente una soprano. Escucha, estábamos pensando en ir a ver jugar a Mariella. ¿Cree que podrías sentarte con nosotros si vamos?

- Bueno, quizás vaya con mis amigos. - Quienes veía todos los días en la escuela, y con quienes hablaba por teléfono la mitad de la noche, si lo que decía Iona era verdad.

- Sé que eso es muy importante. - dije, volviendo a ser Suiza, - Pero no nos vemos muy a menudo.

- Bueno, lo pensaré. - dijo sin mucho entusiasmo. - Estúpido baloncesto. Cuando corre por la pista, sus mejillas se mueven de arriba abajo, y parece un perro.

- Tienes que ser una buena hermana. - dije, quizás no tan neutral como deseaba. - Tienes que alegrarte por Mariella.

- ¿Por qué debería?

Bueno, ya no era neutral en absoluto. - Porque tienes mucha suerte de tener una hermana. - empecé, mi voz fuerte y me escuché y traté de calmarme. Respiré profundamente. - ¿Sabes por qué, Gracie? Porque es lo correcto. Te paso a tu hermano. - Le entregué el teléfono a Tolliver.

- Gracie, me gustaría escucharte cantar. - dijo Tolliver. Eso era lo correcto para decir, Gracie prometió averiguar cuando el coro iba a cantar por primera vez de forma que Tolliver y yo lo pudiéramos poner en el calendario. Luego, evidentemente, Gracie entregó el teléfono.

- Iona- , dijo Tolliver, con una mínima entonación agradable. - ¿Cómo van las cosas? ¿En serio? ¿La escuela ha llamado de nuevo? Bueno, ya sabes Gracie no es estúpida, por lo que debe de haber algún otro problema. Muy bien. ¿Cuándo va a hacerse el test? Es bueno que el estado lo vaya a pagar. Pero sabes que nosotros... - Él escuchó durante un tiempo. - Bueno, llámanos cuando tengas los resultados. Sabes que queremos saberlos.

Después de un par de minutos más escuchando esa rota conversación, me asombró cuando Tolliver finalmente colgó. - ¿Qué pasa? - Le pregunté.

- Un par de cosas. - dijo, frunciendo el ceño. - Eso ha sido casi una buena conversación con Iona. El profesor de Gracie cree que puede tener síndrome de déficit de atención. Recomendó que le hicieran unas pruebas, e Iona la llevará esta semana. El Estado lo pagará, evidentemente.

- No sé nada sobre eso. - dije, como si hubiera podido estar preparada para ello. - Vamos a tener que buscarlo en la red.

- Ella tendría que tomarse unos medicamentos si lo tiene, dijo Iona.

- ¿Cuáles son los efectos secundarios?

- Hay algunos, pero Iona se centraba más en los beneficios. Evidentemente, Gracie se ha portado bastante mal en la escuela, e Iona quiere algo de paz.

- Igual que todos. Sin embargo, los efectos secundarios...

Pasamos el resto de la noche mirando en Internet, leyendo artículos sobre el Trastorno de Déficit de Atención y sobre los medicamentos usados para tratarlo. Si esto parece demasiado raro o excesivo, pensad en esto: Tolliver, Cameron, y yo criamos a estas niñas desde su nacimiento. Mi madre había tratado de cuidarlas cuando eran bebés, pero si no hubiera sido por nosotros, Mariella y Gracie no habrían comido, o no hubieran sido cambiadas, ni hubieran aprendido a contar ni a leer. Cuando Cameron fue raptada, Mariella tenía sólo tres años y Gracie cinco. Habían ido a preescolar juntas unas pocas mañanas a la semana, porque las habíamos inscrito y le

habíamos dicho a mi madre que tenían que ir. Las llevábamos a preescolar antes de ir a nuestro propio colegio, y todo lo que mamá tenía que hacer era recogerlas, cosa que solía hacer si le dejábamos una nota.

Ahí estaba, recordando, cuando era la última cosa que quería hacer en el mundo.

- Basta de esto. - dijo Tolliver después de un tiempo, cuando nos pareció que sabíamos un poco sobre la enfermedad y los medicamentos usados para tratarla. – Aprenderemos más cuando sepamos si lo tiene o no.

Me sentía como si me estuviera ahogando. Yo no tenía ni idea de que hubiera tantas cosas que podían ir mal con el proceso de aprendizaje de un niño. ¿Qué pasaba antes con los niños, antes de que todas estas cosas fueran identificados, y un tratamiento establecido?

- Supongo que les etiquetaban de lentos o complicados. - dijo Tolliver. - Y ese era el final.

Eso me hizo sentirme triste por todos los niños que nunca habían tenido un juicio justo, porque sus problemas no eran comprendidos. Al mismo tiempo, habíamos leído dos artículos sobre como los padres sobre medicaban a sus hijos por esos mismos problemas, de forma que incluso los niños que solo tenían algún problema de personalidad recibían el mismo tratamiento y drogas. Era aterrador. Me preguntaba si alguna vez tendría valor para tener un hijo. No parecía muy probable. Para eso tendría que confiar completamente en mi compañero, para traer a un niño a este mundo. Y la única persona en la que confiaba tanto era mi hermano Tolliver.

Y la cosa más extraña sucedió mientras tuve ese pensamiento. El mundo pareció congelarse un minuto.

Era como que alguien hubiera encendido un interruptor gigante en mi cabeza. Tolliver se estaba girando para ir a su habitación, y yo me estaba levantado de la silla que había acercado a la mesa para poder mirar la pantalla del ordenador. Miré la espalda de Tolliver, y de repente el mundo colapsó, y a continuación, se reajustó de una forma nueva. Abrí la boca para decir algo, y luego la cerré. Yo no sabía lo que quería decirle. No quería realmente que se diera la vuelta.

Comenzó a girarse, y me fui corriendo hacia mi habitación.

Cerré la puerta detrás de mí y me incliné contra ella.

- ¿Harper? ¿Pasa algo? - Oí su voz ansiosa al otro lado de la puerta. Yo estaba con un ataque de pánico.

- ¡No!

- Pero sueñas como algo estuviera mal.

- ¡No! ¡No entres!

La voz de Tolliver sonó mucho más fría la siguiente vez que habló. - Muy bien: - Y se marchó, hacia su propia habitación, supuse.

Me deslicé hasta el suelo.

No sabía qué decirme a mí misma, cómo tratar a alguien tan idiota como yo. Estaba a punto de arruinar la única cosa que tenía en mi vida. Una palabra, una mala acción, y todo desaparecería. Estaría humillada para siempre, y no tendría nada.

Tuve un momento de debilidad en el que me pregunté si debía levantarme y afrontarlo sin más. Pero mi fuerte instinto de supervivencia rechazó la idea nada más apareció en mi cerebro. Si había sobrevivido a ser golpeada por un rayo, podría vivir con este nuevo conocimiento.

Él nunca debía saberlo. Me arrastré por el suelo hasta la cama, me levanté, junto a ella. Planeé la siguiente semana de mi vida durante unos pocos y dolorosos minutos, consternada por mi propio y monstruoso egoísmo. Mantener a Tolliver cerca de mí un minuto más era algo terrible.

Pero yo no podía dejarle ir, discutí para mis adentros. Si de repente yo le decía que se fuera, sabría que algo raro estaría sucediendo. No podía hacerlo. En una semana o algo así, hasta que pudiera averiguar qué era lo correcto para hacer. Hasta entonces, debía mantener mi compostura, vigilar cada una de mis acciones.

La vida, que parecía un lugar acolchado ante mí, de repente se había vuelto gris. Me tumbé en la cama del hotel, como lo había hecho en centenares de camas de hotel.

Miré al techo, hacia la luz de un bar de que entraba desde la ventana, la luz roja brillante del detector de humo. Intenté durante varias horas recolocar mi vida. Pero no sabía cómo hacerlo.

Capítulo 15



Era algo parecido a un zombi cuando salí de la habitación al día siguiente. Tolliver estaba tomándose el desayuno, y él vertió café en una taza para mí sin decir una palabra. Fui hasta la mesa con cautela, me hundí en la silla con un gran alivio, como si hubiera atravesado un campo de minas. Él levantó la vista del periódico y me miró horrorizado.

- ¿Estás enferma? – preguntó- Dios, te ves como algo que ha traído un gato dentro.

Eso realmente me hizo sentir mucho mejor. Si hubiera dicho algo dulce, hubiera perdido la compostura, le hubiera cogido y le hubiera toqueteado por toda la parte delantera.

- No he tenido una buena noche tenía una buena noche. - dije, con mucho cuidado.
- No he dormido.

- En serio. Podría notarlo. Será mejor que te pongas maquillaje.

- Gracias por el cumplido, Tolliver.

- Bueno, solo digo que, no queremos que el médico forense te confunda con un cadáver.

- Bueno, ya es suficiente. - De alguna manera, me sentí mucho mejor después de este intercambio.

Tolliver había estado leyendo el periódico y me lo pasó a mí. No iba a decir nada sobre mi extraño comportamiento de la noche anterior, al parecer. - No dice mucho acerca de Tabitha hoy. Supongo que se está enfriando el caso.

- Pasa con el tiempo. - Recogí mi taza de café con una mano temblorosa, logré acercar el borde de la taza a mis labios sin derramar nada. Tomé un largo sorbo, dejando la taza en la mesa con el mismo cuidado. Tolliver se había quedado con la sección de deportes, y estaba mirando una historia de baloncesto, por lo que no había sido testigo de mi embarazosa debilidad. Exhalé, sentí cierto alivio, y cogí firmemente la bebida. Vale, la cafeína era algo bueno. Tomé un cruasán de la cesta, sabía que lo iba a lamentar más tarde, y me lo comí entero en unos cuarenta y cinco segundos.

- Bien. - fue el único comentario de Tolliver. – Podrías necesitar algo de grasa corporal.

- Esta mañana eres como un saco lleno de elogios. - le dije agriamente. Me sentía mucho mejor ahora. De repente sentí una oleada de optimismo, incluso me sentía menos deprimida que la noche anterior. Había sido demasiado dramática, ¿verdad? Esto estaba bien. Estábamos bien. Todo sería igual.

Me comí otro cruasán. Incluso le puse mantequilla.

- ¿Vas a correr? - Tolliver preguntó suavemente.

- No. - dije.

- Hoy parece que estés de fiesta. ¡Cruasanes y nada de correr! ¿Cómo te va la pierna?

- Bien. Muy bien.

Hubo una larga pausa.

- Ayer por la noche actuaste de formar rara. - dijo.

- Ah. Tenía mucho en lo que pensar. - le dije vagamente, agitando el último trozo del cruasán para indicar la amplitud de mi pensamiento.

- Espero que funcionara. - dijo. - Me asustaste un poco.

- Lo siento. - dije, tratando de mantener mi voz la ligera y aireada. – Los ataques repentinos reflexivos hacen eso.

- Um-hum- . Él me miraba, sus ojos oscuros pensativos.

El teléfono sonó cuando volvió a mirar el periódico, y yo me acerqué para responder. De alguna forma su mano llegó antes que la mía, y me pregunté qué le pasaba. Estábamos siendo muy misteriosos uno con el otro últimamente.

- Tolliver Lang. - dijo.

- Muy bien. - dijo, después de un momento.

- ¿Dónde está eso?- preguntó después.

- Muy bien, estaremos allí en cuarenta y cinco minutos. - dijo, antes de cerrar el teléfono.

Él me miró, de alguna manera más dura y tristemente que antes.

- La familia ha dado permiso. - dijo. - Podemos ir a ver el cuerpo ahora mismo.

Me levanté y caminé hacia mi habitación para vestirse sin decir nada.

Cuando salí veinte minutos más tarde, yo estaba limpia y con ropa fresca, pero eso era todo lo que se podría decir. A pesar del consejo de Tolliver, no me puse maquillaje, y sólo había pasado un cepillo por mi pelo. Lo llevaba corto, ya que no podría haberme ocupado de una gran mata de pelo, algunos días; y hoy era definitivamente uno de esos días. Había sacado un jersey de la parte de arriba de la maleta, uno que era de color crema, un par de pantalones vaqueros que estaban encima, y los calcetines que estaban más cerca. Afortunadamente, sólo llevo cosas que combinan, porque de lo contrario parecería que me había vestido en la oscuridad.

Tolliver terminó a la par que yo, y me abrazó cuando salí, lista para marcharnos. Me sorprendí tanto que le devolví el abrazo un momento, sintiéndome agradecida, como siempre. Entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo, y me congelé, cada músculo de mi cuerpo se quedó tenso. Podía sentir como cambió cuando notó que algo andaba mal entre nosotros.

- ¿Qué he hecho?- preguntó, alejándose y mirándome. - ¿Qué te he hecho?

No podía mirarle a los ojos. - Nada. - murmuré. - Vamos a terminar con esto de una vez.

El coche estaba inmerso en un incómodo silencio mientras seguía las instrucciones que le habían dado a Tolliver. Antes de que tuviera tiempo para calmarme y prepararme mentalmente, llegamos a la morgue. Había tantos muertos dentro, y eran tan frescos, que las vibraciones eran intensas y fuertes. Cuando salí del coche, ya me sentía algo ligera. Sé que entramos, y sé que hablamos con unas pocas personas, pero más tarde no me acordé de nada. Cuando iba caminando por un pasillo el zumbido me recorría de la cabeza a los pies. Apenas podía observar mi entorno físico mientras andábamos detrás de una pesada y joven mujer que nos llevaba hacia el cuerpo que veníamos a ver. Su gran trasero se movía delante mí mientras caminaba, su cabello lacio y oscuro oscilando de un lado a otro. No se había molestado en maquillarse, la ropa era de tiendas de ahorro. Este debía de ser un trabajo que chupaba la esperanza de ti.

La joven llamó a una puerta que no parecía diferente de cualquiera de las otras puertas. Ella debió de escuchar la respuesta, ya que abrió la puerta y entramos. Un hombre de cabellos rubio con una bata de laboratorio dijo, - Hola. - Él estaba de pie contra la pared. Hubo dos camillas en la habitación. El bulto de una de ellos era mucho más grande que el de la otra. Tolliver jadeó y tosió por el olor. Incluso a través del pesado plástico que tapaba los cuerpos, el olor era penetrante.

Dije: - Tolliver, puedes irte. - pero sabía que no iba a hacerlo.

Me presenté a mí y a Tolliver.

- Dr. Lyle Hatton. - dijo el hombre. Era muy alto y desgarbado, y tenía un modo de mirar a través de sus gafas que era despectivo.

Su aversión y desprecio era algo que podía pasar por alto ante el zumbido abrumador.

Yo empecé a levantar el plástico para poder tocar el cuerpo de Tabitha directamente, pero Lyle Hatton dijo, - ¡Guantes!

Era molesto. Tenía una misión aquí, y las vibraciones eran tan fuertes que casi no pude comprender lo que quería. Al parecer, mi elección era o tocarla a través de la bolsa de plástico o con los guantes de plástico. Nunca había pensando en las barreras que había entre un cadáver y yo. El algodón hubiera sido mejor que el plástico para mi propósito, lo sabía instintivamente.

Pero no tenía esa opción. Por lo tanto, puse mi mano sobre la bolsa de plástico, en la zona en la que su corazón debería estar, por supuesto, la forma que había bajo la bolsa no era una forma plena, no después de dieciocho meses en la tierra. Inmediatamente, me metí en los últimos momentos de Tabitha: despertándose de una siesta. Ver un cojín azul, descendiendo. Sensación de... traición, incredulidad, horror, NO NO NO NO Mamá sálvame sálvame sálvame.

- Sálvame. - susurré. - Sálvame. - Yo no estaba tocándola ya. Tolliver tenía sus brazos a mí alrededor. Las lágrimas corrían por mi cara.

Puse mis brazos alrededor de Tolliver también, una peligrosa indulgencia, pero yo lo necesitaba. Miré hacia el hombre enmascarado bajo su bata de médico. - ¿Recogieron pruebas del cuerpo?- Le pregunté.

- Yo estaba allí. - dijo el Dr. Hatton cautelosamente.

- ¿Encontraron hilos en la nariz y la boca? De azul, deberían ser.

- Sí. - dijo, después de una pausa notable. - Sí, así es.

- Ahogada. - le dije. - Sin embargo, luchó hasta el final.

El Dr. Hatton hizo un movimiento brusco con la mano, como si él fuera a mostrarme algo, pero luego se detuvo a mitad de movimiento.

- ¿Qué es usted?- preguntó, como si estuviera hablando con algún tipo de híbrido interesante.

- Soy sólo una mujer que fue golpeada por un rayo. - le dije. - No nací como soy.

- Los rayos o te matan o no te recuperas nunca. - dijo el Dr. Hatton impaciencia.

- Puedo notar que nunca ha visto a una persona que haya tenido esta experiencia. - dije. – Ser golpeado con unos pocos miles de voltios, y unos pocos meses después venga a hablar conmigo sobre lo que es la vida.

- Si tantos voltios le pegan directamente, estás muerto. - dijo simplemente. – La gente suele sobrevivir a la descarga de energía que les golpea cerca.

No podía creer este tipo, argumentando conmigo sobre lo que me había sucedido a mí, mientras que el cuerpo de Tabitha estaba aquí entre nosotros.

- Sea lo que sea. - dije, y me enderecé para mostrarle a Tolliver estaba lista para irme. Era difícil apartar mis brazos de alrededor de él, pero lo hice, y él me soltó.

Fui hacia la segunda forma, la más grande. Cerré los ojos y puse la mano sobre el cuerpo.

Mis ojos se abrieron y vi al Dr. Hatton. - Este no es Clyde Nunley. - dije - Este es un joven que murió de heridas de cuchillo.

El Dr. Hatton me miró como si estuviera viendo un fantasma. - Tienes razón. - dijo, como si yo no estuviera de pie allí. - Tienes razón, Dios mío. Está bien. - dijo, con mucho cuidado, como si yo pudiera saltar sobre él. - Le llevaré ante el Dr. Nunley.

Tolliver estaba furioso con Lyle Hatton, y yo no estaba muy por detrás de él en eso. Pero yo estaba decidida a completar mi recado. Seguimos al médico por el pasillo hacia una habitación más grande, una sala fría, llena de cuerpos. No estaba ordenada; las camillas no estaban en fila. Por aquí y por allá asomaba un pie o una mano. El olor era único, un ramo de muerte. Las vibraciones de este lugar eran abrumadoras. Todos los muertos esperaban mi atención, desde una vieja mujer que había sido asesinada en su propia casa hasta un bebé que había fallecido de SIDA. Pero yo estaba aquí sólo para ver a un cadáver, y esta vez Lyle Hatton me condujo hasta él. Me mareaba estar rodeada de tantos muertos recientes, y me llevó un largo minuto poder centrarme en Clyde, luego lo vi todo de nuevo: la sorpresa, el golpe, la caída en la tumba. Asentí bruscamente hacia el Dr. Hatton cuando terminé, y me tambaleé lejos mientras dejaba de tocar al Dr. Clyde Nunley.

- ¿Puedes caminar?- Tolliver preguntó, en voz baja.

- Sí. - le dije.

- Espere. - dijo Lyle Hatton. Le miré interrogativa. La luz se reflejaba en sus gafas doradas. -Ya que está aquí, ¿puedo pedirle que haga una cosa más? Tenía razón acerca de los hilos de color azul. Usted sabía que le había mostrado el cuerpo equivocado. Tal vez usted me pueda ayudar con una cosa más.

Todo el mundo quiere algo gratis.

- ¿Qué necesita? - Le pregunté. Yo no estaba de humor para sutilezas.

- Este cuerpo de aquí... no pude determinar una causa de muerte para esta mujer. Ella estaba viviendo en casa con su hijo y su nuera, y desarrolló molestias de estómago. Quizás tuviera algunas cosas mal en ella, pero conocía a la pareja, y creo que hay algo sospechoso en su muerte. ¿Qué opina?

Aunque Hatton era un idiota, me gustaba poder ayudar a los muertos cuando tenía la oportunidad.

- Los análisis de tóxicos no muestran nada, en la autopsia tampoco apareció nada fuera de lo común. - dijo Hatton. - Perdió mucho peso y tenía varias molestias de estómago antes de la muerte - diarrea, náuseas, etc. - pero odiaba ir al médico y ella no se fue a un hospital hasta que fue demasiado tarde.

- ¿Esta? - Pregunté. Podía ver una mano pálida, a pesar de que no era el color del que debería ser. Cerré los ojos y toqué su mano con mi dedo, un simple contacto que Hatton no intentó bloquear.

- No intente esto conmigo. - dije, agotada. - Esta es una joven que murió de anemia aplásica².

El Dr. Hatton me miraba como si yo me hubiera crecido otra cabeza. Verificó la etiqueta. - Lo siento. - dijo, sonando sincero. - Realmente pensé que era ella. Esta es.- Comprobó dos veces la etiqueta del cuerpo que estaba al lado de la mujer joven.

Suspiré fuertemente. Toqué el envoltorio de plástico que rodeaba al cuerpo. Entrecerré los ojos. Si quería jugar, estaba dispuesta a ello.

- Cleona Chatsworth,- Gemí, - ¡Ven a mí!

Por la esquina de mi ojo, vi como Tolliver inclinaba su cabeza para ocultar su sonrisa. El Dr. Hatton estaba volviéndose todavía más pálido que ante, hasta el punto de parecer uno de sus clientes. Él jadeó. Yo había escuchado bien el nombre. Afortunadamente para mí, Cleona Chatsworth quería que alguien supiera lo que le había sucedido, lo quería mucho.

- Cleona fue envenenada. - susurré, mi mano libre hizo movimiento circular sobre el cadáver. Pensé que Hatton iba a desmayarse.

² Enfermedad en la que la médula ósea produce muy poca cantidad de los tres tipos de células sanguíneas. Una cantidad reducida de glóbulos rojos provoca disminución abrupta de la hemoglobina (proteína de los glóbulos rojos cuya función es transportar oxígeno a los tejidos del cuerpo). Una cantidad reducida de glóbulos blancos vuelve al paciente susceptible a las infecciones. Y una cantidad reducida de plaquetas puede hacer que la sangre no coagule adecuadamente.

- ¿Qué tengo que buscar?- gruñó él.

- Alguien le dio algo en el aliño de la ensalada. - Dije - Selenio.

Abrí mis ojos y dije: - Esta señora fue envenenada.

Lyle Hatton me miraba con ojos vidriosos.

- Nos vamos ya. - le dije a Tolliver, quien estaba mirando al doctor, con las manos en forma de puños.

Así que abandonamos la habitación, y volvimos hacia el largo pasillo. La joven nos había esperado en el pasillo, y tan silenciosamente como habíamos entrado, nos llevó de nuevo hacia el exterior. Me alegré profundamente de salir hacia el frío y gris día, respiré profundamente para librarme del aire de muerte. Tolliver y yo estuvimos mirando el denso tráfico de Madison tal vez cinco minutos, inhalando y exhalando, felices de estar fuera del edificio. El zumbido parecía muy intenso antes de que yo hubiera entrado, pero ahora solo era una sombra de lo que yo había sentido en el interior de esas paredes.

Cuando me sentí más como yo misma, dije: - No fue Diane quien la mató. Tabitha quería su madre.

Él absorbió eso. - Eso es bueno, entonces. - dijo. - Uno menos.

- No te rías de mí. - dije, aunque su boca no había hecho un solo movimiento. - Creo que al menos es un comienzo.

- Claro. - dijo. - Y no estoy haciendo ninguna broma.- Él se apoderó de mi brazo para que le mirara. - No sé cómo lo haces y te mantienes sana al mismo tiempo. Realmente, realmente te admiro.

Ese era el momento menos apropiado de que Tolliver fuera compasivo

- Quiero que averigüen quien es el asesino. - Comencé a caminar en el aparcamiento hacia nuestro coche. - En general, aceptar el hecho de asesinato de unas personas a otras personas. Esto es sólo una parte del mundo, supongo. Pero estoy realmente enojada con esto. Estoy muy, muy enojada.

- Ya has tratado con niños antes. - dijo Tolliver, en el sentido de que yo había leído sus muerte.

- Oh, seguro, he tratado con niños. Pero esto es diferente. No sé por qué. A lo mejor es la familia, aún esperan que se averiguar qué le pasó a ella, pensando que es uno de ellos quien lo hizo. Este solo acaba de empezar.

- Eso no es bueno. Te está desgarrando. No quiero que esto te ocurra.

- Bueno, yo tampoco. Pero no puedo parar esto, y no puedo decir quién lo hizo solo con tocarla. Y no podemos marcharnos por un tiempo, supongo.

- ¿Quieres marcharte?

Me estaba abrochando el cinturón de seguridad. - ¿Qué significa eso?- El tono de su voz me había puesto en guardia.

- Por lo general no puedes esperar a marcharte de la ciudad después de terminar con un cliente, pero no has dicho nada acerca de marcharnos desde hace un día o dos. ¿Quieres estar aquí? ¿Qué te atrae? ¿Manfred Bernardo? ¿O Joel Morgenstern? ¿O Seth Koenig? - Giró la llave en el contacto con una fuerza innecesaria. Claramente no quería mirarme.

- ¿Eh?- Yo le miraba como si hubiera empezado a hablar en sueco.

Entonces, mientras comprendí el sentido, me reí. Era demasiado irónico. La cosa era, que en los tiempos pasados podría haber tenido algún sentido su pregunta. Yo podría haber estado pensando en Manfred, o tener fantasías en secreto con Seth Koenig, o con Joel Morgenstern. Su cuerpo de luchador estaba fuerte y firme, también era un buen combustible para fantasías – Oohhh, ¡clávame en la moqueta Joel! Pero ser inmovilizada nunca había sido una de mis fantasías.

Y aunque nuestra diferencia de edad era mínima, consideraba a Manfred Bernardo como a un niño.

- Tolliver, lo decía en serio cuando dije que no me interesaba Joel. Además, su matrimonio parece feliz, y nunca he querido ser una adúltera. Pero Manfred, mmmm. - Me lamí mis labios. - Es diferente. No puedo evitar preguntarme qué habrá debajo de tanto cuero.

Tolliver me dedicó una mirada incrédula, vio que estaba sonriendo, y tuvo el buen sentido común de parecer avergonzado. - Bueno, vale, lo siento. - dijo. - La verdad es que estoy pasando por asuntos propios.

- ¿Qué?- Al instante yo estaba seria. - ¿Qué sucede?

- Felicia ha intensificado sus llamadas telefónicas. - dijo. Estábamos en un semáforo, y él me miró de forma constante.

- ¿A pesar de la forma en que actuó ayer? ¿Como si ella no te hubiera visto antes?

Él asintió. - Si. Ella me llama, como, cuatro veces ya desde que salimos del hotel.-

- ¿Seguro que no quieres que ella llame?- Estaba tratando de descifrar eso, porque Tolliver no me quería decir nada.

- Definitivamente no quiero que lo haga. Me has dicho a veces que sientes que los hombres salen contigo porque sienten que eres... diferente de otras mujeres.

Yo asentí.

- Bueno, así es como me siento. - La luz del semáforo cambió y volvió a poner sus ojos en el camino a seguir. - Nosotros nunca tuvimos mucho en común. Ella nunca actuó de manera afectuosa, o como si quisiera conocerme mejor. No puedo entender su constante forma de conectar ahora, otra vez. Y entonces cuando realmente me ve, actúa como si nunca hubiera estado conmigo. Y entonces ella me llama de nuevo.

- Lo hiciste con ella. Quizás ella realmente, ah, ¿disfrutó eso contigo?- Yo estaba tratando de no sonar demasiado cohibida. Este no era un tema de conversación frecuente entre nosotros. Ninguno de los dos éramos del tipo de besarnos y discutir. Era pegajoso. Y no era adecuado.

- A decir la verdad, solo era mediano. Era sólo... sexo. - dijo, con un encogimiento de hombros. Parecía sentir que había sido poco galán hacia una mujer con la que había estado en la cama. - Ella es una hermosa mujer, intensa y real. De hecho, tal vez un poco demasiado intensa. Y no muy interesada en hablar.

Traté de decir algo correcto. - ¿Cómo si ella te estuviera utilizando?- Dije, asegurándome de que no había una pizca de sonrisa en mi cara

- Exactamente. - dijo. - Entonces, creo que ya sé cómo se sienten las mujeres cuando un hombre sólo las utiliza para masturbarse dentro.

Eso era muy crudo, pero entendí exactamente lo que estaba diciendo. - ¿Y Felicia te llama todo el tiempo, ahora? - Es difícil de creer eso de la cohibida y elegante mujer joven que había conocido.

- Sí, después de no saber de ella durante meses y meses, está en frenesí.

¿Tal vez ver a Tolliver le había recordado lo bueno que había sido? ¿Tal vez había pasado un largo tiempo desde que había tenido relaciones sexuales, y ahí aparecía una pareja sexual cuya excelencia era un factor conocido, una pareja sexual que no le obligaría a hablar en su relación?

- ¿Cómo lo llevas?

- Al principio, pensé en hacerlo. - dijo, viéndose realmente avergonzado. - Quiero decir...

- El sexo es sexo. - dije, tratando de sonar comprensiva.

- Pero algo en ella me incomoda. - dijo. - Puedo tener relaciones sexuales con alguien a quien no, ah, tenga una relación, y disfrutar de ello. Pero al menos tenemos que gustarnos.

- ¿A ella no le gustas?- Estaba indecisa. Yo nunca había oído hablar a Tolliver así de una mujer, y tenía que decir, que estaba un poco preocupada.

- No sé. No estoy seguro de que ella me guste ahora.

- ¿Porque ella es impaciente?- No estaba segura de que me gustaran las implicaciones.

- No, no. Quiero decir, es halagador. – Se encogió de hombros. - No soy uno de esos tipos a los que sólo les gusta la mujer siempre y cuando está sea difícil de conseguir. Y no creo que las mujeres sean putas si admiten que quieren sexo. Es porque Felicia es tan...- Él falló, buscando las palabras adecuadas. Pero no pudo encontrarlas.

Por último dijo, - Ella es demasiado profunda para mí. Es como nadar en el océano, cuando estás acostumbrado a una piscina.

Eso fue brillante, y miré con admiración a Tolliver con cierta sorpresa. Él mismo se veía algo sorprendido.

No sabía qué decir, así que me refugié en un chiste. - Es todo culpa tuya, Tolliver,- dije. Me miró con escepticismo. - Eres tan malditamente magnético. No pueden vivir sin ti.

Puso los ojos en blanco. - Ya basta. - dijo.

Por lo tanto, dejamos de hablar del tema, pero no lo olvidé, y pensé en ello mientras observaba un partido de baloncesto en la ESPN. Él sabía que no desestimaba su preocupación, que la mantendría bajo mi piel hasta que tuviera una idea. Mientras tanto, me entraron ganas de leer. Me había quedado enganchada de una novela de misterio de Marjorie Allingham, Un tigre en el humo, y después de una página o dos estaba en la Inglaterra de hace décadas.

Cuando el teléfono de la habitación sonó, yo estaba simplemente irritada por tener que dejar mi libro. Yo estaba más cerca, por lo que respondí.

Una voz masculina dijo: - Oye, ¿podemos subir?

- ¿Quién es?

- Um. Lo siento. Soy Víctor, ¿Sabes? ¿Morgenstern?

Podía sentir como se arrugaba mi rostro. - ¿Quién es 'nosotros'?

- Mi amigo Barney y yo.

Yo cubrí el receptor y le transmití la petición a Tolliver. - Esto es raro. Quiero hablar con él, y viene a nuestra puerta. - le dije. Tolliver no estaba tan satisfecho. De hecho, se veía ligeramente exasperado. - Oh, está bien. - dijo. - Yo estaba pensando en salir a almorzar, tratar de tomar una barbacoa mientras estábamos aquí en Memphis. Pero vamos a ver lo que quiere. ¿Crees que solo quiere que su amigo te vea o algo así?

Yo me encogí de hombros, destapé el receptor, y le di al niño nuestro número de habitación. Después de unos minutos, hubo una llamada en la puerta.

Tolliver respondió, viéndose bastante sombrío e intimidatorio. En realidad, quizás solo era por la molestia de que le interrumpieran mientras miraba un partido, pero Tolliver es un hombre de aspecto duro, y cuando es infeliz, tiende a verse un poco peligroso. Si los dos jóvenes hubieran sido los perros, los pelos en su cuello se hubieran erizado. Como muchos adolescentes, Víctor y su amigo Barney eran extrañas combinaciones de tentación y algo agresivo.

Víctor llevaba una camisa de tela ajustada, lo que nos permitía ver cuánto había ido al gimnasio. No tenía el magnetismo de su padre, pero tenía un par de grandes ojos azules que casi atraían por igual. Su amigo rubio Barney era más alto, más delgado, pero seguían siendo un pedazo sustancial de hombres inmaduros. Ambos llevaban la chaqueta de la escuela, pantalones vaqueros, y Pumas. El polo de Víctor era verde con rayas blancas, y el Barney era de Ralph Lauren era dorado-marrón.

- Así que, eh, ¿Te va bien?- Víctor me preguntó. - Este es mi amigo Barney.

- Estoy bien, gracias. - le dije. - Barney, soy Harper Connelly. Este es mi hermano, Tolliver Lang.

- Oye. - dijo Barney. Nos miró furtivamente y, a continuación, miró sus zapatos. Él y Víctor estaban sentados juntos en el sillón doble, mientras que Tolliver y yo estábamos en las sillas.

- ¿Queréis algo de beber?- Les pregunté educadamente.

- ¡Oh, no, no gracias. Acabamos de tomar una Coca-Cola en el coche. – dijo Víctor

Hubo un pequeño silencio incómodo.

- Mira, amigo, quiero hablar con tu hermana. - dijo Víctor hacia Tolliver. Tenía puesta la expresión más varonil que pudo encontrar.

Mi boca tembló, a pesar de que traté de verme neutral.

- Adelante. - dijo Tolliver seriamente. - ¿Quieres que me vaya de la habitación?

- No, amigo,- dijo Víctor ansiosamente. Miró a su amigo Barney, que negó con su cabeza, para reforzar la negación de Víctor. - No hombre, quédate aquí.

Los adolescentes giraron su cabeza hacia mí. - Usted estuvo en Nashville, así que sabe lo malo que fue. - dijo. - Quiero decir, sabe que fue realmente horrible.

Yo asentí.

- Así que mi mamá, mi madrastra, estuvo algo rara un tiempo.

- ¿Rara cómo?- Me senté hacia delante, centrado mi atención en el joven. No del todo para mi sorpresa, Barney cogió la mano de Víctor. Víctor pareció asombrado, pero no porque su mano estuviera en la de otro hombre. Estaba sorprendido de que Barney se sintiera a gusto de hacer eso delante de nosotros. Se miraron uno al otro por un momento y, a continuación, Barney apretó los dedos de Víctor fuertemente.

- Ella...tomó pastillas, ¿sabes? Ella se enganchó. Felicia tenía que conducir hasta Nashville desde Memphis todo el tiempo para asegurarse de que la casa estaba bien.

- Eso debió de ser realmente difícil. - le dije, tratando de sonar suave y alentadora.

- Lo fue. - dijo simplemente. - Mis notas bajaron, y echaba de menos a mi hermana, fue muy malo. Mi padre intentó seguir trabajando, y mi madre se levantaba temprano para limpiar la casa y cocinar, o comer con amigos, pero estaba llorando todo el tiempo.

- La pérdida de un miembro de la familia hace que todo cambie. - dije, cosa que no tenía mucho sentido. No podría ni empezar a nombrar los cambios que la repentina ausencia de una hermana podría causar, noté. No tenía ni idea de a donde quería llegar Víctor con esto, pero cada vez tenía más curiosidad, la suficientemente como para mantener la conversación activa.

- Sí. - dijo simplemente. - Hubo muchos. - Parecía estar recomponiéndose a sí mismo. - ¿Sabe, esa mañana? La mañana en que desapareció.

- Um-hm. - le dije.

- Mi padre estaba en el vecindario. - dijo rápidamente. - Yo vi su coche a un par de manzanas de la casa.-

No me levanté y grité - ¡Oh Dios mío!- pero hice definitivamente un esfuerzo para permanecer en mi posición relajada. - ¿Ah sí?- Dije, muy tranquilamente.

- Sí, porque... quiero decir, yo fui al entrenamiento de tenis. - dijo Víctor. - Pero después de eso, un amigo que tenía en Nashville; quiero decir no era como Barney, pero tenía, eh, un amigo, y él y yo estuvimos juntos y, a continuación, necesité darme

una ducha, así que pensé en correr a casa, pero cuando pasé por la casa vi el coche de papá en un semáforo a dos manzanas antes, y pensé que quizás notara algo. Quiero decir, ¿Qué podría notar? Pero los padres, ya se sabe. - Víctor se encogió de hombros. - Así que volví a golpear pelotas al parque, me junté con algunos otros amigos que habían ido a jugar. El tribunal está a sólo diez minutos de casa e incluso aparqué en el mismo lugar cuando regresé, por lo que fue fácil decir que no me había marchado.

Ambos fuimos agitados por esta pequeña confesión.

- Por supuesto, no podía decir nada. - dijo Víctor.

- Veo que sería difícil hacerlo. - dijo Tolliver.

- Sí, ya sabe, una cosa llevaría a otra, y luego se lo tendría que decir. Sobre mí.

Y el mundo giraba en torno a Víctor, por supuesto. - Así pues, no lo saben aún. - le dije.

- ¡Oh, Dios, no!- Él y Barney se miraron mutuamente. - Papá y mamá se volverían locos.

- A mi mamá no le importa, y eso es increíble. - dijo Barney. Me alegré de confirmar que podía hablar.

Eso quería decir que los padres de Víctor no sabían que él había visto el coche, pero por supuesto, Víctor había interpretado mi pregunta a su manera.

- ¿Estás seguro de que era el coche de tu papá?- Tolliver preguntó. - ¿Absolutamente seguro?

- Sí, estoy seguro,- dijo Víctor, como si tuviera la espalda contra la pared y un ejército contra él. - Por supuesto, amigo. Conozco el coche de mi propio padre.

Yo nunca había oído a nadie llamar Tolliver 'amigo', e incluso en estas circunstancias, lo estaba disfrutando. - ¿Qué conduce?- Le pregunté a Víctor.

- Él tiene un Lexus híbrido,- dijo Víctor. - Un coche de color perla con el interior de color marfil. Estuvimos mirando la página web una semana antes de que lo comprara.

Bueno, eso era distintivo. No podía ser confundido con otros muchos coches, seguro. Yo era consciente de que sentía una amarga decepción, como si hubiera estado disfrutando de un espectáculo de perros y de pronto no me gustara más.

- Y nunca le preguntaste sobre eso. - le dije, y no pude mantener alejada la incredulidad de mi voz. - Estás diciendo tu papá podría haber raptado a tu hermana, y lo habías sabido todo el tiempo y, sin embargo, nunca se lo dijiste a nadie.

Víctor cambió a un color rojo profundo. Barney me miró con abierta hostilidad.

- Porque,- continué ya que no hablaba. - sabes que nos está diciendo que tu padre mintió acerca de donde estaba, y estás diciendo que casi con toda seguridad cogió a tu medio hermana, su hija, y la mató.

Él levantó su cabeza, y casi habló; su boca se movió; y pareció tan joven, tan perturbado, casi dolía forzarle así, pero yo tenía que hacerlo.

- Déjalo en paz. - dijo Barney. Sus grandes manos, suaves y sin cicatrices, se había tensado. - Vic ha pasado un infierno. Él sabe que su padre no pudo hacer eso. Sin embargo, vio el coche, y él no puede olvidar eso. No sabe como es.

En realidad, lo sabía, más o menos.

- Así que, Víctor, nos regalas esta información, ¿por qué? ¿Para qué nos sintamos perturbados, como tú?

El rostro de Víctor no podía haberse puesto más rojo, y él, obviamente, tuvo que excavar para buscar una razón por la que nos había contado esto después de más de un año de silencio. - Pensé. - dijo tristemente, - Pensé que usted sabe quién la mató. Pensé que sería capaz de verlo. No lo sé. Ya lo dije, también tendría que decir que estaba en casa cuando dije que no estaba... tenía miedo.

- ¿Cómo has sido capaz de vivir en la casa con él durante todos estos meses?- Le pregunté, por pura curiosidad.

- No le vi.- Víctor luchó para ver lo que quería decir. - Vi el coche. Yo no vi su cara, no hablé con él, solo vi el coche. Hay muchos Lexus en el mundo, como el de mi abuelo. Había muchos en ese barrio. Vivíamos en muy bonito barrio.

- Pero pareces convencido de que era tu padre.

- Simplemente porque estaba donde estaba. Tan cerca de nuestra casa. Y en ese momento, pensé, 'Ahí está papá.' Porque por supuesto, el abuelo estaba en Memphis, y estábamos en Nashville.

Tolliver se sentó bien en su silla y me dedicó una mirada interrogativa. ¿Qué se supone que vamos a hacer con esta información? Algo, una pequeña cosa, en aquel momento había convencido al chico de que estaba viendo el coche de su padre. No había duda de ello. Ahora, él decía que no había visto al conductor. ¿Había otros Lexus perlados? ¿Cerca, como Víctor también había señalado? Casi odiaba al muchacho por cargarnos con ese conocimiento inútil.

Víctor, sin embargo, parecía sentirse mejor ahora que nos había contado la historia. Pude ver por los pequeños movimientos de su cuerpo, que Víctor se estaba

preparando para marcharse con su novio al remolque. Me sentía enojada por eso, pero luché contra eso. Después de todo, yo no tenía ningún derecho a golpear a un niño hasta que fuera pulpa solo porque había revelado finalmente un secreto que debería haber contado de inmediato.

Un fuerte golpe seco en la puerta me hizo saltar. Los dos muchachos parecieron bastante ansiosos, y yo supe con seguridad que nadie de su familia sabía dónde estaba Víctor. Estaba empezando a pensar que nuestra suite era el hogar lejos del hogar para cualquiera remotamente conectado con la desaparición de Tabitha Morgenstern.

Tolliver miró por la mirilla, no era una precaución normal en él.

- David. - dijo brevemente. Victor y Barney se separaron como si su atracción interior hubiera sido cambiada a repulsión. En lugar de ser una pareja, se habían transformado en un par de adolescentes culpables, atrapados en algún lugar en el que no tenían motivos para estar, con un adulto que sin duda les regañaría. - ¿Debo dejar que entre?

- ¿Por qué no?- Dije, levantando mis manos en el aire.

David entró en la habitación, con sus ojos revisando las esquinas con recelo. Enfado estaba escrito en su cara cuando vi a su sobrino. - Víctor, ¿qué diablos estás haciendo aquí? - preguntó, la indignación prácticamente goteaba de su voz.

- Hola, David, que bueno es verte de nuevo. - dije, y David Morgenstern finalmente me miró y se puso rojo.

- Usted zorra ladrona. - dijo, y Tolliver le golpeó.

Capítulo 16



El golpe no fue premeditado. Tolliver simplemente tiró hacia atrás de su brazo y golpeó a David Morgenstern en el estómago tan fuerte como pudo. Mientras David se derrumbaba en la alfombra, asfixiándose y agarrando su estómago, Tolliver cerró la puerta para que nadie del pasillo pudiera observar la recuperación de nuestro invitado. Barney parecía asustado, y Víctor parecía sentir un millar de cosas diferentes - asombro, envidia, el enojo era el más presente.

Tolliver se frota la mano y media sonrisa. Pisó lejos para mostrarme que no tenía la intención de seguir golpeando a David.

- ¿Quiere algo en particular, Sr. Morgenstern, o solo ha venido para insultarnos? - Le pregunté mientras Víctor finalmente se arrodillaba junto a su tío para tratar de ayudar a David a levantarse.

- Te vi hablando con Víctor en la casa ayer,- dijo David, cuando pudo hablar. - Y entonces, cuando Víctor llegó hasta aquí...

- ¿Me has seguido? - Víctor preguntó incrédulo. - Yo no me lo puedo creer, tío David.

- Vigila tu lengua. - siseó el hombre que acababa de llamarme puta.

- ¿Así que decidió que tenía algún interés sexual por Víctor? - Dije, con lo que pensé que era una notable dignidad.

- Sólo quería estar seguro de que estaba bien. - protestó David. - Joel y Diane están tan metidos en lo de Tabitha, y Felicia se fue a trabajar, y mis padres están en casa... mi madre ha tenido un mal día... así que pensé que alguien debería estar vigilando lo que hacía Víctor. Ni debe estar de gente como tú.

- ¿Y pensó que insultándome caía dentro de la categoría de vigilar a Víctor?- Tolliver se había puesto de pie junto a mí, y tuve ganas de besar la mano que había golpeado a David.

- Pensé - comenzó, y luego se puso tan rojo que pensé su presión arterial había aumentado. Se aclaró la garganta, se inclinó más para poder apoyarse en la parte de atrás de una silla y comenzó de nuevo. - Pensé que los chicos habían subido aquí para...

Yo no iba a ayudarle a terminar. Tolliver y yo esperamos obviamente a que David terminara su frase. Barney y Víctor intercambiaron miradas que expresaban lo mala que era esa idea, y lo estúpido que había sido el tío David al seguirles hasta aquí. ¡Adultos!

- Pensé que iban a pasar el rato con vosotros dos, ya que piensan que sois guays. - dijo David débilmente, lo que era una gran mentira como una casa.

- Lo somos. -dije - ¿No es así, Tolliver?

- Claro. - dijo. Él acarició mi mano con una la suya magullada.

David finalmente se recuperó lo suficiente como para rodear de la silla y sentarse, aunque no se lo habíamos pedido.

- Tal vez podría decirnos por qué pensó que podría insultarnos, y que eso estaría bien. - Le pregunté, con mi voz dulce y suave.

- Lo siento. - dijo finalmente, justo cuando mi paciencia se estaba acabando. - Aunque no sé por qué tú hermano me ha golpeado.

- Él no es mi hermano, pero es mi mejor amigo. - le dije, ante mi propio asombro. - Y no le gusta cuando la gente me insulta. ¿No te gustaría golpear a alguien que llamara a Diane una zorra ladrona?

- Ella tuvo algunas llamadas telefónicas después de que Tabitha desapareciera. - dijo David inesperadamente. - La gente la llamó para todo tipo de cosas. Especialmente después de que saliera a la luz la historia de su pelea con Tabitha esa misma mañana. La gente puede ser tan cruel que no se lo creerían.

- En realidad, creo que lo haría. - dije.

Le llevó un minuto a David entender eso, pero cuando lo hizo, el rojo se extendió por su cara y hombros como una marea. - Bien, me siento muy mal ahora. - dijo. - Yo he hecho una cosa estúpida. Veo que Víctor está bien, que está con su mejor amigo, y que todo anda bien. Sé que he actuado como un idiota. Hola, Barney. - dijo David, un muy patético intento de recuperar su superioridad. - ¿Cómo estás, chico?

Barney se veía avergonzado. - Bien, Sr. Morgenstern. - dijo el chico. -¿Y usted?- Luego jadeó y reprimió una risa ahogada ante su pregunta automática.

- He estado mejor. - dijo David, un poco más tranquilo. - Víctor, ¿Por qué no vais Barney y tú a dar una vuelta? Tengo que hablar con la Srta. Connelly y el Sr. Lang.

- Vale, tío de David, si estás seguro de que estarás bien. - dijo Víctor, con falso interés.

David le dedicó una mirada fuerte que pensé que probablemente Víctor terminaría pagando por su momento de diversión, pero Víctor mantuvo su mirada seria bastante bien. - Vámonos Barney. - dijo. - Los adultos quieren hablar. - Ellos se volvieron a poner sus chaquetas y salieron de la habitación, sonriéndose mutuamente en secreto en cuando estuvieron lejos de la vista de David.

La puerta se cerró detrás de ellos con un golpe seco. Podríamos dejarla abierta, ya que había tanto tráfico de gente.

Tolliver y yo nos sentamos en el sillón doble y esperamos a que David empezara a hablar.

- Diana dijo que usted va a aceptar la recompensa por encontrar el cuerpo de Tabitha,- dijo David.

Esperamos.

- ¿Por qué no dicen algo?- preguntó, su temperamento era fuerte de nuevo. Justo cuando pensaba que el fuego se había extinguido, aparecía de nuevo.

- ¿Qué podríamos decir?- Dije.

- Están quitándole el dinero a mi hermano y a su mujer. –dijo David- Un dinero que necesitan.

- Yo también lo necesito. - señalé razonablemente. - Y me lo he ganado. Apuesto a que no todo el dinero provenía de Joel y Diane.

Se sorprendió. - Bueno, hubo donaciones. - dijo. – Una parte de Fred, y una gran parte de nuestros padres, por supuesto.

No podría haberme salido mejor ni aunque quisiera. - ¿Era tu padre especialmente cercano con Tabitha?

- Sí, lo era. - dijo David. Sus ojos azules parecían centrados en otro momento, y dijo - Mi padre es un gran tipo. Cuando él y mamá iban a Nashville para visitar a Diane y a Joel, papá se llevaba a Tabitha hasta los establos para sus clases de equitación. Iba a sus partidos de softball.

- ¿Tú madre iba con ellos?

- No. Estoy seguro de que ayer notó que ella estaba demasiado enferma para hacer eso. El Parkinson la está devorando. A veces iba hasta Nashville, pero a veces se quedaba solo en la casa de Diane. Le gusta mucho Diane. Por supuesto, le gustaba Whitney también.

- ¿Y tu padre tiene un Lexus como el de Joel?

- ¿Por qué me pregunta todo esto?

No podía creer que él me dijera tanto sin preguntar por qué. Tal vez David estaba solo dentro de su propia familia. Mientras le miraba, me preguntaba si de repente David era el motivo por el que Felicia se aferraba tan estrechamente a una familia que tenía tan poca relación con ella. Mi hermano estaba mirándome extrañamente, con una expresión que no pude leer.

- ¿Qué hace usted para ganarse la vida, David?- Tolliver preguntó. No hubiera pensado en eso diez minutos antes, había golpeado este tipo en el estómago como si quisiera ver salir su puño a través de la espalda.

- Yo trabajo en una empresa comercial. - dijo David. - En el departamento de publicidad.

Yo no sabía exactamente en qué consistiría un trabajo de este tipo, pero estaba segura de que David no tendría tanto dinero como su hermano Joel. Joel era un CPA con una gran empresa, y estaba, obviamente, haciendo bien en su trabajo si sus bienes de consumo eran un parámetro fiable. Y Joel no había tenido una esposa, sino dos, ambas hermosas, si la fotografía que había visto el día anterior en la casa no había sido retocada. Joel tenía un hijo y él había tenido una hija. Me preguntaba lo que David tenía. ¿Un montón de enorme envidia? ¿Celos?

- ¿Usted conduce el coche de su padre con frecuencia, David? - Le pregunté.

- ¿El Buick? ¿Por qué lo iba a hacer? - preguntó.

- Espere, dijo que tenía un Lexus.

- No yo no. Usted me preguntó si tenía un Lexus, y le pregunté por qué quería saberlo.

Entonces me acordé de que Tolliver dijo que había estado hablando con Fred sobre su coche. Lo había entendido mal. Víctor había dicho que su abuelo tenía un Lexus, pero no había especificado qué abuelo. Eso me hizo plantearme una serie de hipótesis, y obtuve el resultado habitual. Suposiciones que eran peligrosas.

Había estado mirando a David mientras yo pensaba, y él estaba ansioso. - ¿Qué le pasa? - preguntó. - Cometí un error en venir aquí, y me he disculpado. Me marcharé ya.

- ¿Realmente estaba siguiendo a Víctor?

- Nadie se preocupa por él. - dijo David. - Yo tenía que hacerlo.

Me di cuenta de que era otra respuesta que realmente no respondía a la pregunta: David Morgenstern era un especialista en eso, al parecer. - Me parece que todo el mundo dice que están cuidando a Víctor. Ciertamente Felicia lo hace, y usted ahora. Sus dos abuelos mencionaron su preocupación por él.

- Oh, Felicia habla mucho de Víctor. - dijo David amargamente. - Pero si me preguntan, creo que lo utilizara como excusa para seguir cerca de Joel... y de Diane.- Dijo el nombre de Diane con desgana, como si eso fuera a ocultar lo que estaba implicando.

Se trataba de una interesante reflexión, pero seguí mi camino. - ¿Están todos tan preocupados por Víctor porque hay motivos para pensar que tuvo algo que ver con lo que le pasó a su hermana?- Yo misma había considerado eso, mientras Víctor estaba sentado ante mí contándonos sus peores miedos, que él podría estar contando todo eso para encubrir su culpabilidad.

- Nos preguntamos... Hablé con Joel acerca de esto... Víctor es muy cerrado. Desaparece y luego no dice donde ha estado...Va con ese chico Barney, Barney y sus padres no son... no son cristianos, y van a una de las iglesias donde la gente usa sandalias en la misa. Se encierra en su habitación. Nos hemos preguntado si Víctor y ese chico están tomando drogas, pero sus notas son buenas. Está en el equipo de lucha libre, y es un muchacho fuerte, pero nos preocupa...

- Piensa que hay algo diferente y desconocido en Víctor. - le dije.

David asintió. - ¿Sabe usted lo qué es?- me preguntó con pocas palabras. - Después de todo, por alguna razón vino a hablar con usted. Si no vino para tener relaciones sexuales...

- Es impensable que viniera aquí por cualquier otra razón. - dije gravemente. - ¿Eso es todo?

David pareció de nuevo avergonzado.

- No tengo relaciones sexuales con adolescentes. - le dije. - Ni con uno, ni con dos a la vez. No estoy interesada en eso.

Como mantuve mi voz fría y nivelada, David no tenía combustible para alimentar su ira, y él dejó su propia preocupación. - Entonces, ¿por qué estaba Víctor aquí?

- Tendrá que preguntárselo a Víctor. - dije. Considerando que Víctor había pasado meses pensando que su padre había tenido algo que ver con la desaparición de Tabitha, era un ejemplo de salud mental. Él parecía tan aliviado al compartir la carga. También parecía feliz de poder decirle a alguien acerca de su orientación sexual. Víctor

necesitaba un terapeuta. No podía creer que no hubiera estado viendo uno. Lo pregunté.

- Oh, él fue por un tiempo a uno. - dijo David, ansioso por asegurarse de que se había hecho todo lo posible por el niño. - Pero Fred, es un hombre de la vieja escuela. Pensaba que Víctor debía asumirlo y continuar con su vida. Supongo que tal vez habló con Joel y Diane sobre su punto de vista, porque cuando Víctor se trasladó aquí desde Nashville, nunca fue a otro terapeuta. La verdad sea dicha, Víctor parece mucho mejor una vez que vino a Memphis.

- Así que Fred no quiere hablar con nadie. - le dije.

David pareció sorprendido. - No con un terapeuta. Es sólo un hombre anticuado, el tipo que piensa que necesitas guardar para ti mismo los problemas y dejar que el tiempo los cure.

Yo estaba lista para que David se fuera. De hecho, yo realmente no quería ver más a esta extensa familia. De hecho, deseaba no volver a oír nada sobre Tabitha Morgenstern. Ojalá nunca hubiera ido a la tumba de la esquina, pero no podía evitar pensar que me habían llevado hasta ella, de que me habían pedido que viniera a Memphis para encontrar a la niña, y que habíamos hecho exactamente lo que alguien quería que hiciéramos. Todo el tiempo, me habían manipulado.

- Adiós, David,- dijo Tolliver, y David en realidad pareció algo asustado de que estuviéramos listos para que se fuera.

- De nuevo,- comenzó mientras se puso de pie.

- Lo sé. Lo siento.- dije. Me sentía tan cansada que pensaba que mi carne iba a caerse de mis huesos. No era todavía la hora de dormir, y no pensaba que hubiera comido nada desde el desayuno.

Finalmente David fue hacia la puerta, y Tolliver dijo: - Nos traerán ahora la comida.- Llamó al servicio de habitaciones e hizo un pedido, y aunque habíamos llamado en un momento extraño, nuestra comida llegó rápidamente.

A medida que comíamos en silencio, pensé. Tenemos mucho tiempo para pensar, ya que pasamos tanto tiempo en la carretera. De alguna manera cuando estamos en una ciudad, cuando no estamos en movimiento, hacemos cualquier cosa menos pensar.

Volví a repasar todo lo que sabía.

Tabitha Morgenstern. Once años. Amada hija, por lo que yo podría decir, de padres judíos de clase alta. Secuestrada en Nashville, para terminar enterrada en un antiguo cementerio cristiano en Memphis. Ninguno de sus padres, según indicaban los

documentos, había sido detenido por nada. Su medio hermano mayor tampoco. Pero el medio hermano pensaba haber visto el coche de su padre cerca de la casa el día en que Tabitha había desaparecido.

Los abuelos de Tabitha vivían en Memphis, pero les visitaban con frecuencia en Nashville. Su abuelo y abuela Morgenstern parecían adorarla. De hecho, Víctor nos había dicho su abuelo la llevaba a menudo los lugares él mismo. ¿Tenía que sospechar que Ben Morgenstern había acosado a la chica? Suspiré. Tabitha tenía otra especie de abuelo, Fred Hart, que había permanecido cerca de su ex-yerno. Fred Hart, un antiguo alumno de Bingham, propietario de un Lexus perlado, como el que Víctor había visto en el barrio la mañana del secuestro. Víctor había asumido que estaba viendo a su padre, ya que hubiera sido razonable ver a su padre en ese lugar, ¿Pero y si había visto el Lexus de su abuelo?

Tabitha había un ex-tía, también, Felicia Hart, y un tío, David Morgenstern. Ambos habían ido a Bingham. David parecía molesto con los éxitos de su hermano, a pesar de que yo podía notar que también parecía cuidar a su sobrina. La atractiva Felicia parecía tener bastante apetito por el sexo masculino. No había nada malo en ello. También era muy protectora con su sobrino, y no había nada malo en ello tampoco.

Me froté la cara con ambas manos. Tenía que haber algo que pudiera extraer de toda esta información, algo que me ayudara a poner a Tabitha en paz. Estar callada con Tolliver, ahora que tenía tantos pensamientos que no debería tener, se estaba volviendo intolerable. Dejé mis manos sobre la mesa y miré hacia él. Él levantó la vista justo en ese momento, y nuestras miradas se encontraron. Dejó el tenedor en la mesa.

- ¿En qué estás pensando? - preguntó. Su voz era muy seria. - Sea lo que sea, creo que es mejor que me lo digas.

- No. - dije, igual de seria.

- Entonces ¿De qué estás dispuesta a hablar?

- Tenemos que averiguar quién hizo esto, y tenemos que marcharnos de este lugar. - le dije. El movimiento me traería alivio, estar de nuevo en la carretera. - ¿No te parece que una extraña coincidencia está completamente descartado?-

- Sí, debido a donde fue encontrado el cuerpo. - dijo Tolliver. - Es imposible que fuera un acto aleatorio.

- ¿Crees que estaba destinada a encontrar el cuerpo?

- Sí, creo que esa es la razón por la cual nos dijeron de venir.

- Entonces está relacionado con el asesinato de Nunley Clyde, porque conocía a la persona que le había sugerido que fuera yo.

- Tal vez. - dijo Tolliver lentamente, - la clave es encontrar los registros del cura.

Pensé en ello.

- Después de todo, fue el hallazgo de los registros lo que hizo que el St. Margaret fuera un buen lugar para una lectura. Se trataba de un experimento controlado.

- Claro. El Dr. Nunley tenía que saber si yo decía lo correcto o no, y tenía una manera de demostrarlo. Cosa que de normal no existe.

- Así que la pusieron allí para que yo la encontrara. Quizás meses atrás, cuando los registros se descubrieron. -me hice mi camino a través de mis pensamientos. - Alguien quería que ella fuera encontrada.

- Y ese alguien tiene que ser el asesino.

Pensé en eso, también.

- No. - dije al fin. - ¿A dónde llevaría eso?

Tolliver se sorprendió. - ¿Quién lo sabía y no dijo nada?

- Alguien que amabas. Haría lo que fuera, si el asesino fuera alguien que amaras.

- No sólo alguien a quien ames. Un miembro de tu familia.- La cara de Tolliver era muy sombría. - Tú madre o padre o esposo o esposa o hermana o hermano... esa es la única razón por la que lo ocultarías-

- Así que tenemos un par de caminos que seguir. - dije. - Podemos sentarnos aquí y esperar a que la policía busque la solución. Ellos probablemente la encontrarán, tarde o más temprano. O podemos buscar por nuestra cuenta.

- Tratemos de averiguar quién le dijo tu nombre a Clyde Nunley. - dijo Tolliver.

Capítulo 17



La Sra. Clyde Nunley no era judía. Era agresivamente cristiana. Había cruces y crucifijos en cada habitación de la casa Nunley, y un cuadro de un santo en cada pared. Anne Nunley era seca y delgada, y tenía pocos amigos. Ella se alegró incluso de vernos a nosotros.

Pensábamos que la viuda del profesor no estaría dispuesta a hablar, sobre todo después de ver todas esas cruces. Anne no quería hablar con otra esposa de un profesor de la facultad, o con un vecino, pero quería hablar con nosotros. Anne era una verdadera creyente del espiritismo.

He conocido a todo tipo de creyentes: cristianos, judíos, wiccan, ateos. No creo que haya conocido a un verdadero creyente islámico, porque creo que nunca he conocido a un seguidor del Islam. Lo que estoy tratando de decir es que la religión de base no parecen influir mucho en las creencias (o en falta de ellas) en las cosas que me atañen, que es cualquier tipo de contacto con los muertos. No pensarías que los ateos creen en que el espíritu sobrevive después de la muerte, pero algunos de ellos lo hacen. Es como si la gente simplemente no pudiera evitar creer en algo.

Anne Nunley, al parecer, era una agresiva y mística cristiana.

Después de aparecer en la puerta para saludarnos e invitarnos a entrar, Anne nos suplicó que tomáramos asiento. Sin preguntarnos, había traído una bandeja con café y galletas. Eran las diez de la mañana en aquel momento, y el día era mucho más brillante que los días anteriores. Hacía calor también, al menos más de diez grados. El sol atravesaba la antigua casa desde las ventanas orientadas al este. Casi tuve ganas de buscar una piedra y disfrutar como un lagarto.

Tolliver y yo miramos la llena bandeja de Anne puesta sobre la mesa de café que teníamos ante nosotros, y tomé eso como mera superación. Anne Nunley estaba decidida a ser la mejor viuda en el mundo. Y también pensaba que Anne Nunley estaba llenando así su vacío. La repentina e inesperada muerte de su marido había provocado una explosión en su cerebro.

- Dígame, ¿Cree usted que el espíritu de Clyde sigue el cementerio todavía?- preguntó de manera locuaz. - Quería que fuera enterrado en el campus, creo que estará bien. He llamado la junta que tiene bajo su cargo al St. Margaret. Creo que no estoy pidiendo mucho, ¿verdad? ¡Trabajó en Bingham durante diez años, murió allí, y fue enterrado allí prácticamente casi de todos modos!

Parpadeé. - Su espíritu no está en el cementerio. - le dije, respondiendo a su pregunta original. Mi simple declaración fue el desencadenante de una charla de cinco minutos de Anne sobre las creencias sobre la vida después de la muerte, la presencia de los fantasmas en el folclore irlandés (no, yo no recuerdo la forma en que eso entró en la conversación), y la certeza absoluta de que existían los espíritus. Desde luego, no iba a discutir sobre eso ni a favor ni en contra.

Tolliver sólo se sentó y escuchó. Anne no estaba interesada en él de todos modos, ella lo veía como si fuera una sombra en mi codo.

- Clyde no me fue fiel en absoluto. - dijo Anne, - y me ha costado mucho tiempo hacer frente a eso.

Ser sincero parecía ser la orden del día. - Siento que tuviera que soportar eso. - le dije cuidadosamente.

- Ya sabe, los hombres son unos cerdos. - dijo. - Cuando me casé con él, yo estaba segura de que todo sucedería de la forma en que se suponía. Nosotros no teníamos mucho dinero, porque después de todo, ser un profesor de universidad no es el trabajo más remunerado, pero creemos que tiene mucho respeto, porque tienes que ser inteligente para ser un profesor universitario, ¿No? Y él tenía un doctorado. Pensaba que tendríamos hijos, y que irían a Bingham gratis, y que crecerían y tendrían sus propios hijos aquí; esta casa es tan grande.

Era una casa grande, y decorada con muebles antiguos que se sospechaba había heredado de sus padres, o quizás de los de Clyde. Todo era pulido y pulcro, pero no fanáticamente. Todo era cómodo, y nada era caro. Era una buena casa en un antiguo barrio con grandes árboles que habían levantado las aceras. El gran pasillo que habíamos recorrido para entrar tenía dos grandes arcos abiertos a cada lado; habíamos llegado justo a la sala de estar. El otro arco revelaba otra habitación de buen tamaño que parecía ser la oficina casera de Clyde.

- Pero los niños no llegaron, y Clyde no quería hacerse una prueba, y no hay nada malo en mí. Pero él estaba viendo a otras mujeres. No estudiantes, ya sabes, al menos no mientras asistían a sus clases. Después de que se graduaban, ya sabes, las podía ver.

Explicó esto muy cuidadosamente, como si los detalles fueran importantes para mí.

- Entiendo. - dije. Y yo pensaba que tendríamos problemas para conseguir que hablar con nosotros. El problema iba a ser que se callara.

- Pero por supuesto, nunca conoció a la niña. - dijo. - El que estuviera en su tumba era solo una terrible... invasión. ¿Todavía sigue ella allí?

La súbita pregunta me tomó por sorpresa. - No. - dije. - Pero el hombre de la tumba, el original, aún está allí.

- Ah, entonces el Señor quiere que le ayude a descansar. - dijo.

- Creo que así es.

- ¿Por qué han venido a verme? ¿Necesita que esté ahí cuando lo hace?

Dado que no tenía ni idea de lo que podría hacer con el fantasma de Josiah Poundstone, o con su esencia, o lo que fuera, negué con la cabeza. - No, pero quería preguntarle sobre algunas cosas.

Ella fijó su mirada en mí. - Muy bien.

Sentí que me estaba aprovechando de una mujer que no estaba en su sano juicio. Pero aquí estaba yo, y ella estaba deseosa de hablar.

- ¿Su marido veía a Felicia Hart o David Morgenstern socialmente?

- Sí, de vez en cuando. - dijo, con un tono de sorpresa. - Y Clyde y Fred estaban en un comité juntos. Fred está muy involucrado con los asuntos de ex-alumnos, ya sabes. Su esposa también, antes de morir.

- ¿De qué murió ella?- Las mujeres de esta familia parecía tener muy mala suerte. La primera esposa de Joel había tenido cáncer, su madre tenía Parkinson, Tabitha había sido secuestrada... lo que me hacía preguntarme sobre el futuro de Felicia y de Diane.

- Ella tuvo un ataque cardíaco. - dijo Anne.

- Eso es terrible. - dije. Yo realmente no podía pensar en nada mejor que decir.

- Sí. – dijo ella - Pobre mujer. Sucedió cuando nadie estaba en casa, más o menos al mismo tiempo que Tabitha fue raptada. Ella se había ido cuando él la encontró. Qué familia tan triste.

- Sí, lo es.- Aunque esta familia parecía haber tenido muchas tragedias, en el caso de la señora Hart, tal vez un ataque al corazón era exactamente lo que había sido, y nada más siniestro.

- ¿Crees que Felicia estaba viendo a su marido?- Tolliver preguntó. Trató de mantener su voz suave y discreta para no detener la conversación, pero Anne le dedicó una fuerte mirada.

- Quizás. - dijo, y ahora su voz era fría y hostil. – Pero quizás no. No me dijo los nombres, y yo no quería saberlos. Felicia estuvo aquí una vez o dos para uno de nuestras fiestas. Solíamos dar fiestas antes.

Cosa que era demasiado difícil para mí de imaginar, Anne preparando la casa para una fiesta, tal vez pensando en cuál de las novias de su marido iban a venir a su casa. Clyde, supe instintivamente, se habría avergonzado de toda la parafernalia religiosa cristiana de su esposa, mientras que Anne nunca habría considerado la posibilidad de quitarla para una fiesta. Yo esperaba por su bien que no hubiera hecho comentarios, pero mis conocimientos sobre Clyde Nunley me convencieron de que habría estado hablando en secreto con sus invitados

- ¿Clyde podría haber hecho algo por Felicia si ella se lo hubiera pedido?

- Sí. - dijo Anne, vertiendo un poco más de café en mi taza. Tolliver había estado comiendo galletas en silencio, que eran del tipo que adoraba. – A Clyde le gustaba hacer favores a las personas, si eso les daba poder sobre ellos. Felicia era bonita y tiene un buen trabajo, es activa en el club de ex-alumnos, por lo que habría hecho lo que ella le pidiera. Siente que David Morgenstern no quiera ser más su amigo.

Noté que ella estaba hablando en presente ahora.

- ¿Sabe por qué no eran ya amigos?

- Clyde hizo algunos comentarios sobre que el sobrino de David no era adecuado para Bingham.- dijo Anne rápidamente. ¿Quizás había estimulantes en el café?

- ¿Podría saber por qué dijo eso? ¿Por qué pensó que Víctor no era apropiado para Bingham?

- Él había visto al niño con otro joven en un cine. - explicó Anne. - Estaba seguro de que ellos tenían, ya sabe, una relación. Gay. - dijo- Aunque por supuesto, no lo son. Gay. Están tristes, eso es lo que están.

Si Víctor estaba triste, no pensaba que su homosexualidad tuviera mucho que ver con eso.

- Por supuesto, eso hizo que David se enojara, y le dijo a Clyde que si le escuchaba decir algo más sobre Víctor, se aseguraría de que Clyde nunca abriera su boca de nuevo. Clyde estaba molesto, pero también lo sentía. David había sido amigo suyo, desde hace tiempo. Por lo tanto, también le habría hecho un favor a David, para recuperar su amistad.

¿Esta mujer tenía falsas esperanzas acerca de su marido? ¿Las necesitaba?

Anne había conseguido volver al tema original, como una paloma mensajera, cuando yo me había perdido. - Entonces. - dijo - Si me estás preguntando si estoy segura sobre Felicia, no, no lo estoy, y no quiero dar un juicio de valor.

Yo me mordí el labio, Tolliver y yo miramos en una dirección diferente. No sabía si Anne era una de las personas más crítica que había conocido, o simplemente realista, pero tuve un terrible impulso de reírme.

- ¿Ha terminado los arreglos del funeral?- Tolliver preguntó.

- Oh, sí, parte de las creencias de Clyde consistían en preparar con antelación los ritos funerarios. - dijo. - Él lo tiene todo escrito en alguna parte. Sólo tengo que encontrar el archivo. - Señaló hacia un archivador que había a través de la sala en la oficina casera de Clyde. - Está en alguna parte. Como era un profesor de antropología, conocía los rituales de la muerte, y pasó mucho tiempo escribiendo lo que él quería. La mayoría de los funerales implican ir a una iglesia. Y un cura de algún tipo. En un momento, Clyde quería que los ancianos del clan hicieran una reunión y una fiesta, para distribuir sus bienes.

- ¿Los ancianos del clan son...?

- Los profesores superiores a él en el departamento de antropología y sociología. - dijo Anne, como si fuera muy evidente.

- ¿Supongo que usted debería hacer la fiesta?

- Sí, maldición. Discúlpeme por el juramento. ¡Y tendría que dar todas sus pertenencias del despacho! ¡Como si alguien quisiera sus viejos lápices! Pero eso es lo que quería, la última vez que habló de ello. Tal vez, cambió de idea después de eso. Le gustaba jugar con las ideas.

Miré a través de la sala. El archivador y la mesa estaban con todos los cajones abiertos, los archivos esparcidos por aquí y por allí en el suelo. Por un loco momento, me pregunté si debía ofrecermelo para ayudar a buscar los documentos que contenían la última voluntad de Clyde para su funeral, pero decidí que era demasiado. No quería saber las instrucciones de Clyde sobre la disposición final de su cuerpo y posesiones

No podía pensar en otra cosa que preguntarle a Anne. Miré a Tolliver e hice un pequeño encogimiento de hombros, para mostrar que había terminado. Tolliver le dio las gracias por las galletas, y por el café y luego dijo - ¿Sabe usted quién le dijo a su marido que invitara a mi hermana a su curso?

- Oh, sí. - dijo. - Lo sé.

- ¿Quién fue?- Le pregunté, pensando que al menos íbamos a obtener algo al fin.

- Pues fui yo. - dijo simplemente. - Después de que Felicia la conociera en Nashville, ella habló de usted en una fiesta, y yo estaba muy interesada. Ella realmente creía en su poder. Así que leí sobre usted en internet, y pensé que por fin alguien sería capaz de darle a Clyde su propia medicina. Llevaba dando esa clase dos años, y le encantaba dejar expuestos a la gente que era un fraude, o al menos poco creíbles. No es que Clyde no estuviera de acuerdo con sus creencias; solo creía que nadie era capaz de hacer nada diferente. Pero, yo sabía que usted era real. Leí los artículos y he visto algunas imágenes. Ese día que encontró el cuerpo de la niña, estaba enfadado con usted. La noche en que murió, salió una vez, y luego regresó incluso más molesto y dijo que la había visto en su hotel.

Yo asentí.

- Después él hizo una llamada telefónica o dos con su teléfono móvil, y se marchó de nuevo. - dijo secamente - Me fui a dormir a mi habitación. Y entonces, nunca volvió a casa.

- Siento mucho su pérdida. - dije después de un momento, cuando vi que había dicho todo lo que quería decir. Pero yo no estaba segura de que ella estuviera mejor con Clyde Nunley que sin él.

Anne permaneció sentada mientras salimos. Estaba mirando sus manos, y toda su energía maníaca parecía haberse desvanecido, dejando paso a la melancolía. Ella negó con la cabeza cuando me ofrecí a llamar a un vecino o amigo para que viniera a verla. - Tengo que seguir buscando a través de los documentos de Clyde. - dijo. - Y Seth Koenig dijo que vendría más tarde. El agente federal.

Ambos estuvimos en silencio durante unos minutos después de entrar al coche.

- Era cruel con ella. - dijo Tolliver. - Seguramente ella estará mejor sola.

- Oh, sí, Clyde era escoria. - le dije. - Pero de todos modos le echaré de menos.

No podía ver ningún futuro maravilloso para Anne Nunley, pero tendría que poner eso en el archivo de las cuestiones en las que no podía hacer nada al respecto. A medida que avanzábamos, mentalmente me imaginé un futuro para la viuda, en el que en el funeral de Clyde conocía a un médico maravilloso que tenía una debilidad por las mujeres delgadas y necesitadas que vivían en grandes casas confortables. Quela ayudaría para recuperar su salud emocional. Ellos nunca habían fiestas.

Me sentí mucho mejor después de eso.

Capítulo 18



Aprendimos mucho sobre el profesor a partir de nuestra charla con la viuda, pero no estaba segura de que lo que habíamos aprendido fuera útil para esclarecer su asesinato. No es que me importara mucho quién había matado a Nunley - pero sí me importaba quién había matado a Tabitha.

Echaban un partido de baloncesto que quería ver en Texas. Quería ser libre para ir a verlo. Yo quería buscar una casa en Texas, una casa que no estuviera demasiado lejos de donde vivían mis hermanas. Así que quería librarme de esta situación, tanto por el bien de los Morgenstern como por el mío.

Tolliver estaba fuera dándole propina al aparcacoches mientras yo iba hacia el vestíbulo del Cleveland. Estaba tan perdido en mis pensamientos que ni siquiera vi a Fred Hart, hasta que me llamó por mi nombre.

- ¡Srta. Connelly!, ¡Srta. Connelly! – Su fuerte voz sureña me hizo volver al presente, aunque no me alegró mucho. Tal vez la mirada que le dediqué no fue muy amigable, ya que se detuvo en seco.

- ¿Necesitaba verme?- Le pregunté, cosa que era una pregunta estúpida, pero yo tenía que decir algo.

- Sí, siento molestarla. - dijo - Joel y Diane me pidieron que le entregara algo a usted en nombre del Fondo de Encuentra Tabitha.

Me tomó unos segundos comprender lo que estaba diciendo, y para entonces Tolliver me había cogido y había estrechado la mano del Sr. Hart. De pie en medio del vestíbulo no parecía ser un buen lugar para tener una conversación. Le sugerí Sr. Hart que subiera a nuestra habitación con nosotros. Él no tenía muchas ganas de aceptar, pero vino después de nosotros hacia el ascensor.

La cercanía me hizo ser consciente de que el Sr. Hart había estado bebiendo bourbon. Intenté no hacer una mueca mientras el olor demasiado familiar me atravesaba la garganta, y vi la que cara de Tolliver estaba tensa. El padre de Tolliver había sido un gran aficionado al bourbon. Ambos odiábamos el bourbon.

- Supongo que ustedes dos se reunieron antes con mi hija. - dijo el Sr. Hart. En la superficie pulida del ascensor pude ver su reflejo, miré al hombre que parecía envejecer por segundos. Fred Hart se veía triste y gris.

- Sí. - dije. - Tolliver salió con ella un tiempo.

No sé qué demonios me hizo añadir eso, pero creo que era que sentía molesta con Fred Hart, dada su reticencia a venir a nuestra habitación. Decidí que era porque él pensaba que había algo desagradable acerca de nosotros y malo, y quería devolvérselo. Esa fue algo estúpido.

- ¿Lo hizo? Felicia está tan centrada en su trabajo... - su voz se apagó. Debería haber terminado la frase diciendo 'me alegro que encontrara tiempo para salir' con 'casi no tiene tiempo para nada más'. Esas eran las palabras que tendrían sentido. Pero era como si su corazón hubiera desistido antes de poder completar su pensamiento. Ambos tratamos de no vernos sorprendidos.

Cuando finalmente entramos en la habitación, yo, por mi parte, estaba pensando que tal vez deberíamos llamar a un taxi para el hombre, y no dejar que se fuera conduciendo a casa. Yo estaba muy preocupada. Me había parecido un buen tipo en el terrible almuerzo de los Morgenstern, muy serio y triste, cierto, pero también cuidadoso y reflexivo. ¿Qué le habría sucedido a Fred Hart?

- Sr. Lang, Srta. Connelly. - dijo solemnemente, de pie en medio de nuestra pequeño salón temporal. - Joel me pidió que les diera esto. - Sacó un sobre de su bolsillo interior de la chaqueta y me lo entregó a mí.

Miré el sobre blanco un momento antes de abrirlo. No había manera de hacer esto que no pareciera incómodo. El sobre contenía un cheque por valor de cuarenta mil dólares. Era la recompensa por encontrar el cuerpo de Tabitha. Este dinero sumado a lo que teníamos ahorrado, seríamos capaces de comprar una casa. Mis ojos se llenaron de lágrimas. No había querido ganarlo así, pero me alegraba tenerlo

- Usted está muy afectada, lo puedo ver,- dijo el Sr. Hart, sonaba bastante afectado también. - Tal vez no quiera aceptar esto, Srta. Connelly, pero hizo el trabajo y se lo merece.

Quería aceptarlo, y tenía toda la intención de aceptarlo. Me lo merecía. Pero de alguna manera sus palabras me avergonzaron, y me sentí enferma repentinamente.

Para mi horror, vi como una lágrima bajaba por la mejilla de Fred Hart.

- ¿Sr. Hart?- Dije, con una pequeña voz. Yo no estaba cualificada para hacer frente a un hombre llorando, sobre todo porque no sabía el desencadenante de esas lágrimas.

Se sentó pesadamente en la silla más cercana, que era una de las sillas de la sala. Tolliver se sentó en la otra, con su rostro ilegible, y yo me senté en el borde del sillón

doble. Acabábamos de tener una conversación muy extraña con Anne Nunley, y ahora parecía que íbamos a tener una con Fred Hart.

Por supuesto, el alcohol desempeñó un papel importante en la conducta emocional de Fred Hart.

- ¿Cómo están Joel y Diana?- Le pregunté, otra cosa estúpido para decir. Estaba tratando de desviar el tema, ya que no tenía ni idea de qué hacer.

- Gracias a dios, están bien. - dijo. - Diane es una buena chica. No me imaginé que fuera a casarse, era difícil que alguien ocupara el lugar de Whitney. Diane nunca debería haberse casado con él. Nunca debería haber dejado que Whitney se casara con él. Estaba fuera de su alcance, y yo lo sabía.

- ¿Qué quiere decir? ¿Era malo con Whitney?

- ¡Oh, no, él la amaba! Era bueno con ella, y adoraba a Víctor, aunque no le comprende en absoluto. Eso pasa mucho con los padres e hijos, pero... y con padres e hijas, también.

- ¿Dice que Joel no comprendía a Tabitha?

Me miró con la cara todavía húmeda, pero ahora también estaba impaciente. – No, por supuesto que no. Nadie ‘comprende’ a una chica de esa edad, especialmente ella misma. No, lo que digo es... no importa lo que diga.

Mi corazón estaba latiendo rápidamente con ansiedad. Sentí que estábamos cerca, tan cerca, de comprender lo que había sucedido en la casa de los Morgenstern esa mañana de primavera.

- ¿Está usted diciendo que Joel acosaba a Tabitha?

Yo supe que había cometido un terrible error cuando su cara se apagó.

- ¡Qué terrible sugerencia! Abominable. Estoy seguro de que ve muchas cosas así en su trabajo, pero eso no sucedía en nuestra familia, jovencita.

No estaba seguro de lo que quería decir cuando dijo ‘mi trabajo’ y no estaba segura de que Fred lo supiera tampoco, pero la cosa era, que ahora estaba molesto conmigo, y se lo tomaba en serio.

- Sin embargo algo horrible ocurrió en su familia. - dije, tan silenciosa y suave como un copo de nieve cayendo.

Su rostro se arrugó un minuto, como un pañuelo de papel. - Sí. - aceptó - Sí, sí.- Se puso de pie. - Me tengo que ir.

- ¿Seguro que está bien para conducir?- Tolliver preguntó, con la voz más neutral posible.

- En realidad, no lo creo.- admitió Fred, ante mi sorpresa. Creo que no había escuchado nunca a un hombre admitir que era incapaz de conducir, y había visto decenas de hombres en muchos estados de embriaguez. Todos pensaban que podían conducir un coche o un camión o un barco.

- Le llevaré a casa en su coche, tú síguenos. - dijo Tolliver.

Yo asentí. No me alegraba especialmente tener que sacar el coche del garaje del hotel, pero no venía nada más que pudiera hacer. Guardé el ordenador portátil de Tolliver dentro de la funda mientras Tolliver llamaba abajo para pedir nuestros coches. Cogimos al Sr. Hart entre los dos, y fuimos hacia el ascensor. Nos seguía diciendo lo mucho que apreciaba nuestra ayuda, y lo mucho que sentía haberse enfadado conmigo.

No podía descifrar al abuelo de Victor. Finalmente dejé de intentarlo. Era obvio que este hombre estaba pasando por un dolor intenso, y el peso de eso le estaba aplastando. ¿Pero por qué Fred Hart? Si el angustiado hubiera sido Joel, lo hubiera comprendido mejor. Después de todo, era su hija la que estaba muerta, y su familia entera estaba bajo sospecha, y su mujer estaba a punto de dar a luz en circunstancias poco felices.

Con cierta dificultad, y algo de ayuda del botones, conseguimos meter al hombre en el asiento del pasajero de su coche. Conducía un Lexus híbrido, igual que el de su yerno, e incluso bajo esas circunstancias pude leer la alegría de Tolliver por poder conducir un coche así. Me sonreí a mi misma mientras iba hacia nuestro coche, que era muy humilde si hacías una comparación entre ambos.

Fred le daba indicaciones a Tolliver, aunque cada vez hablaba menos y menos y pareció preparado para dormirse. Seguí a Tolliver hacia el este, de nuevo, esta vez pasamos cerca de las residencias de Bingham. Giramos tantas veces que tenía miedo de pensar cómo íbamos a salir de allí cuando dejáramos a Fred en su casa.

Cuando Tolliver aparcó en un camino que daba a una gran casa, traté de no parecer impresionada por la obvia riqueza de la zona. La casa de Fred Hard había sido construida hace unos veinticinco años. El vecindario entero parecía ser de la misma época; las casas parecía bastante modernas, pero los árboles eran altos y grandes y todos los jardines parece bien cuidados.

Lo que me sorprendía por lo tanto era que todas estas casas habían tomado esteroides. Ninguna de ellas tenía menos de cuatro dormitorios, y eso sólo sería el comienzo. Me imaginaba que cada una de ellos costaría como un millón,

probablemente mucho más; este no era el tipo de lugar que tenía previsto ver con Tolliver cuando empezáramos la caza de la casa. Puse el coche dentro del garaje múltiple, en el que cabían dos coches más, además del Lexus y del nuestro. Además de ser lo suficientemente grande para contener cuatro familias del tercer mundo, el garaje tenía un gran armario en el extremo derecho que debía servir como almacén de herramientas. Y no había ni una sola mancha de aceite.

Salí para ayudar a Tolliver, que estaba teniendo problemas para conseguir sacar a Fred fuera del coche.

- Él casi se desmayó durante el camino. - explicó Tolliver. - Por lo menos ya me había dado las instrucciones. Espero que la llave funcione. Si estamos en la casa equivocada, tendremos un problema.- Los dos nos reímos, pero no demasiado alegremente. Yo no quería tener que hablar con la policía de nuevo, por el motivo que fuera.

Tolliver me dio un llavero que había extraído del bolsillo de Fred, y mientras él volvía a tratar de sacar a Fred del coche me apresuré hacia+ la puerta. La segunda llave que metí, giró, la alarma, si es que tenían, no estaba puesta, porque nada empezó a sonar cuando Tolliver y yo entramos con el hombre en la casa. Yo avancé para encontrar el mejor lugar para dejarle. Tuve que pararme y mirar. Yo pensaba que la casa de los Morgenstern era tan bonita y grande, pero esta casa era abrumadora. La cocina por la que habíamos entrado era enorme, simplemente enorme. De allí pasé a la habitación familiar o la sala de estar. Yo no sabía cómo lo llamaban. Tenía vigas en el techo, una enorme chimenea, y muchos sillones.

- Si hubiera crecido aquí, creo que hubiera podido ser cualquier cosa que quisiera. - dije, sorprendida.

- ¿Adónde vamos?- Tolliver preguntó con impaciencia, no tenía el estado de ánimo adecuado para escuchar reflexiones sociológicas. Obligué a mis pies a moverse. El dormitorio principal, descubrí, estaba abajo, cosa que fue un gran alivio. Juntos, Tolliver y yo pusimos a Fred en la cama doble, le quitamos el abrigo y los zapatos, y lo cubrimos con una suave manta que habían sido arrojados ingeniosamente sobre la parte trasera de un enorme sillón de cuero... delante de la chimenea del dormitorio principal había más sillones. Yo no sabía quién se iba a sentar ahí, ya que parecía que Fred vivía solo. Supuse que cerca habría un armario y un baño con bañera. Abrí la puerta del armario, y a continuación la del baño. Sí. Todo eso y mucho más.

- ¡Cuidado!- una voz dijo desde la cama, y me giré, asustada.

Fred Hart se había despertado para avisar a Tolliver. Había cogido a Tolliver del brazo mientras Tolliver estaba tratando de ponerle cómodo.

- Usted tiene que tener cuidado. Le digo la verdad. Simplemente no sabemos lo que pasó... - dijo el hombre mayor, y luego él se desmayó de nuevo.

- Sé que ha bebido demasiado. - murmuró.

Tolliver colgó la chaqueta de Fred y miró a su alrededor para ver si teníamos que hacer otra cosa. -Eso es todo. - dijo. - Vamos a irnos. Siento como si fuera allanamiento, no pertenecemos aquí.

Yo me reí. Dejamos la habitación, y al hombre durmiendo, y comenzamos a ir hacia la cocina. Tuve que pararme, mientras atravesábamos la habitación familiar. Era tan bonita, todos los colores marrones oscuros y cobrizo con toques de azul brillante aquí y allá. Suspiré, y me puso a mirar por la ventana hacia el enorme patio trasero. Estaba un poco sorprendida que no hubiera una piscina. Decidí que la ausencia de ella se debía a que a Fred le gustaba la jardinería.

Cuando Ben Morgenstern me dijo que a Fred le gustaba ocuparse del jardín, no me había imaginado algo así. El alto muro de ladrillo rojo que rodeaba el patio estaba cubierto de viñedos, cuidadosamente podados. Alrededor de esa pared había flores y arbustos y, probablemente, bulbos que florecerían en primavera y verano. Aparte de esto, había grupos de arbustos y flores, como los grupos de mesas y sillas que había en el interior de la habitación familiar. Los arbustos eran altos y gruesos. Había un par de macetas que se veían más recientes, ya que el ladrillo parecía más brillante y las plantas más pequeñas. Yo estaba viendo este jardín en noviembre, cuando no era época de flores, pero me impresionó profundamente. Quizás esta era la razón por la que Fred había mantenido una casa así después de la muerte de su esposa e hija.

En una mesa de hierro forjado a un lado del patio junto a la ventana, vi unos guantes de jardinería, un tipo de regadera y un sombrero. Estas cosas estaban puestas con precisión, y un periódico doblado junto a ellos con la fecha de hoy indicaba que Fred había estado trabajando en su jardín esta misma mañana.

Apoyada contra la mesa había una pala, cubierta de tierra. ¿Plantando flores en noviembre? Que entusiasta era. Me preguntaba por qué dejaría la pala sucia, cuando todo lo demás estaba tan limpio. Quizás había querido continuar más tarde.

Yo no sabía mucho más sobre la jardinería que sobre astrofísica. Me encogí de hombros. Quizás noviembre era un buen momento para remover la tierra de forma que se aireara todo el invierno, o algo así. A mi derecha, justo donde la pared de ladrillo se encontraba con la pared del garaje, había una puerta de madera. Estaba puesta allí para Fred pudiera ocuparse de su jardín y dejar las herramientas en el garaje, supuse.

Tolliver estaba utilizando nuestro teléfono móvil. - Oye, Felicia. - dijo. - Soy Tolliver. No me gusta dejar este mensaje en tu máquina, pero creo que será mejor que te diga que tu padre está en casa, y que le vendría bien algo de compañía. Estaba algo enfermo cuando vino a vernos al Cleveland, por lo que lo traje a casa. Parecía muy molesto por algo. Está dormido en este momento. - Y cerrando el teléfono, Tolliver concluyó su mensaje sin decir adiós.

- Buena idea. - le dije. - Ella podría venir para ver como está. Me pregunto si se ven muy a menudo, según como están las cosas. Es un largo viaje desde aquí hasta el centro, y aparentemente ella tiene un trabajo muy complicado. - Mi voz se apagó. Debería cállame.

Tolliver me miró sin expresión. No quería hablar de Felicia. Vale. Lo entendía.

Una última mirada alrededor me hizo sentir más huérfana que nunca, como uno sacado de una novela de Dickens. Salimos por la cocina, cerramos la puerta detrás de nosotros. Teniendo en cuenta el clima frío, no es demasiado sorprendente que no hubiéramos visto un alma mientras salíamos del garaje e íbamos hasta el final de la calle para girar a la derecha, para volver a un territorio más familiar.

Tuvimos que parar en un Walgreen para comprar algunas cosas, y llenamos el depósito de gasolina mientras pensábamos en nuestras cosas. Nos habíamos cansado de llamar al servicio de habitaciones, así que fuimos a cenar a un restaurante de comida rápida. Fue un simple placer, hacer algo tan regular y normal. El teléfono móvil no sonó, y no había mensajes en recepción cuando volvimos finalmente al Cleveland. El día había pasado rápidamente.

- Sabes, ahora que tenemos el cheque, ¿Crees que la policía realmente nos necesitará?- pregunté. - No creo. Ya sé que no tenemos nada que hacer hasta la próxima semana, pero podríamos irnos de Memphis. Quedarnos en algún lugar más barato. Quizás ir a Texas para ver el partido de baloncesto de Mariella.

- Deberíamos permanecer aquí un día o dos más. - dijo Tolliver. - Para ver cómo van las cosas.

Me mordí el labio. Me gustaría darle un gran bocado a Felicia Hart, a quien culpaba de la preferencia de Tolliver para quedarse. La perra estaba arrastrando a Tolliver con ella, lo sabía. Ahora que había visto la casa en la que había crecido, yo estaba segura. Las mujeres como esas no tienen relaciones con hombres como él, no en la vida real. Él negaba tener ningún vínculo afectivo con ella, pero aquí estábamos.

Entonces sonó el teléfono. Tolliver trató de responder a la ligera, pero pude ver que estaba tenso.

- Hey. - dijo. - Felicia... oh, ¿Cómo está? ¿Que el qué? Bueno, iré.

Escuchó durante unos segundos. Esperaba infeliz, desconcertado.

Podría matarla.

- Pero... - Tolliver tapó el micrófono. Me miró, con la cara oscura y turbia. - Ella quiere que regresemos a la casa de Fred. - dijo. - Ella dice que tiene algunas preguntas que quiere hacernos acerca de su estado y lo que sucedió hoy.

- Él llegó aquí borracho y lo llevamos a su casa. - le dije. - ¿Qué más hay que saber? Puedes decirle eso por teléfono. Le vas a decir eso por teléfono.

- Ella parece muy insistente. - dijo.

- No quiero ir. Si quieres hablar con ella, vete tú.

- Harper no está aquí. - dijo al teléfono. - No. Ella está en una cita. ¿Qué importa con quién este? Muy bien. Estaré allí en un rato.- Terminó la llamada, y se fue a su habitación para coger su abrigo, sin decirme una palabra.

Hice una mueca en el espejo de la puerta.

- Toma, quédate con el teléfono. - Él lo arrojó sobre la mesa. - Llamaré desde la casa si tengo que decirte algo. Volveré pronto. - dijo Tolliver brevemente, y se fue.

La habitación se sintió muy vacía cuando la puerta se cerró detrás de él.

No solía hacerlo, pero lloré durante unos minutos. Entonces me lavé la cara, me soné la nariz, y me desplomé sobre el sillón doble, con la cabeza vacía y el corazón dolorido.

Nos habían pasado demasiadas cosas en los últimos días.

Me acordé de cuando yo busqué a Tabitha Morgenstern la primera vez. Recordé el sentimiento de la familia Morgenstern, la sensación de que no podía sentir nada nuevo, nada esencial.

Se habían recuperado, mucho. Habían comenzado una nueva vida. Se habían mudado a una nueva ciudad, restablecido los vínculos con la familia de Joel que nunca habían sido débiles, ya que Nashville y Memphis no estaban tan lejos uno del otro. Víctor había comenzado a ir a una nueva escuela y había encontrado un nuevo amigo, Joel había empezado a trabajar de nuevo, Diane había creado una hermosa casa.

Ahora, ¿Qué pasaría? Por supuesto, Diane daría a luz, y quizás este bebé les ayudaría a sanar. Tal vez saber lo que le había sucedido a Tabitha también. Con el tiempo, tal vez Víctor sería capaz de compartir su gran secreto con sus padres y, posiblemente, le entenderían.

Debía de ser difícil tener un padre como Joel, después de todo. Era... asombroso. Incluso si él me dejaba indiferente, podía ver que era hermoso, podía ver que era brillante, podía ver que las mujeres lo adoraban. También había visto que amaba a una mujer en particular, la amaba con devoción, pero si no fuera inmune a él quizás no lo hubiera notado. Me preguntaba cuantas veces habría tenido que rechazar invitaciones de mujeres, cuántas miradas ardientes había dejado pasar sencillamente porque parecía ignorante de su propia atracción

Traté de recordar lo que Fred, el primer suegro de Joel, había dicho acerca de Joel esa mañana. ¿Algo sobre el matrimonio de Whitney y Joel? Había dicho algo como, 'yo nunca debería haber dejado que Whitney se casara con él'. Estaba fuera de su alcance.' Él también dijo que Diane no debería haberse casado con Joel. Fred ¿Por qué pensaba eso? Joel obviamente adoraba a Diane.

Me senté en el suelo para hacer ejercicios de pierna, pensando todo el tiempo. ¿Qué había de malo con Joel, para que Fred no aprobara su matrimonio con Whitney Hart? ¿Acaso Fred sabía algo malo acerca de Joel, o acaso había sido un mal matrimonio? Pero todos los comentarios que había oído y leído acerca del primer matrimonio de Joel habían hecho hincapié en lo cercanos que eran, y en cómo se le había roto el corazón al morir Whitney. Y entonces, pasados menos de dos años, se había casado con Diane. Parecían una buena pareja también, al menos hasta donde yo sabía. El secuestro de Tabitha habría roto un matrimonio débil, ¿No? Yo había leído en varios lugares que la muerte de un niño a menudo separa a las parejas, por una multitud de razones.

Teniendo en cuenta la pelea que Diane había tenido con su hija antes de que Tabitha desapareciera, muchos maridos en el lugar de Joel hubieran encontrado motivos para culpar a Diane, asumirían que la pelea tenía todo que ver con la desaparición de Tabitha. Sin embargo, Joel era un hombre fiel; Diane probablemente nunca había pensado en dejar a Joel. Porque las mujeres amaban a Joel.

Las mujeres amaban a Joel. Fred Hart tenía un Lexus, al igual que Joel.

Me senté. Miré hacia la nada, pensando concienzudamente.

Capítulo 19



Tuve suerte de recordad donde estaba la casa de Fred Hart, porque el taxista no conocía el barrio. Me dejó a una manzana de distancia, y le pagué el equivalente a una pequeña fortuna. Ralentizó, probablemente ansioso de volver al mundo que conocía. Yo llevaba ropa oscura y tenía puesta la capucha de mi chaqueta, un precio muy razonable que hay que pagar bajo el clima frío. Yo también me había puesto los guantes. Lejos de las arterias principales, la noche todavía seguía en silencio. Estábamos en los suburbios, y cada alma estaba encerrada en esta fría noche. Las enormes chimeneas sacaban humo, los hornos estaban llenos de buena comida, agua caliente, calefacción para las miles de duchas y bañeras. Nada faltaba, en el interior, para una perfecta comodidad de la gente que habitaba estas casas.

Y, sin embargo, Fred había perdido a su esposa y una hija, y una nieta. Nada podía evitar que la tragedia visitara tu casa. El ángel de la muerte no pasaba por alto, dejándote indemne, sin importar cuán grande fuera su casa.

Me deslicé hasta el garaje al lado de la casa. Nuestro coche estaba allí, el coche de Fred, y otro coche que debía pertenecer a Felicia. Yo fui en silencio hacia la puerta de madera que había en la pared de ladrillo. Giré muy cuidadosamente el manillar. Cerrado. *Hijodeputa.*

Miré la pared de ladrillo. Tenía un agujero, parte de un diseño abierto entre los ladrillos. Respiré profundamente. Metí mi pie en un agujero y me elevé hacia arriba. No funcionó la primera vez. La pierna débil no aguantó. Así que puse el pie en el suelo, y con mi boca cerrada con determinación, lo intenté de nuevo. Esta vez toqué la parte superior de la pared con ambas manos. Me incorporé mientras pasaba mi pierna derecha, y por algún milagro aparecí la parte superior de la pared. Yo estaba muy cerca de la puerta, que formaba un ángulo entre la casa y la pared, y yo sólo era visible desde la sala de estar si alguien estuviera mirando por la ventana. Estaba oscuro, y en esta parte de la pared no estaba iluminada por la luz interior. Me quedé muy quieta, tratando de calmar el martilleo de mi corazón. Respiré profundamente. Luego otra vez.

Me arriesgué a moverme para ver que había debajo de mí en la pared. Iba a ser complicado saber lo que había debajo, además de vegetación. Supuse que tendría que dejarme caer en los rosales y que pasara lo que tuviera que pasar.

De hecho, mi aterrizaje me dolió más a mí que a las rosas. Un grueso tallo central me arañó salvajemente el muslo, y estaba seguro de que había desgarrado mis pantalones y la piel que había debajo. Y yo no podía hacer ni un sonido. Me mordí el

labio mientras salía de entre los arbustos. Después de un segundo para recomponerme y dejar que mi muslo dejara de palpar, me salí de la tierra blanda, pasando por el césped. El suelo estaba húmedo debido a la lluvia de los últimos días, y sabía que estaba manchada de barro. Me agaché y fui hacia el enorme ventanal. Las luces del interior estaban encendidas.

Felicia estaba de espaldas a mí, gracias a Dios. Ella estaba ante Tolliver, quién tenía las manos levantadas.

Eso no era bueno.

Eso quería decir que Felicia tenía un arma en la mano.

También era malo que Felicia estuviera cubierta de sangre. Ella llevaba un pantalón blanco y un suéter de color verde oscuro, y los pantalones estaban llenos de manchas oscuras – era más difícil de verlo en el jersey.

Había una puerta corredera en la ventana de vidrio, pero no sabía si estaba cerrada o no. Si Fred había estado en el jardín por la mañana, podría haberla dejado abierta. O podría haberla cerrado antes de ir hacia nuestro hotel a llevarnos la recompensa. No había pensado en comprobarlo antes.

Estaba cerrada. Por supuesto, estaba cerrada

- ¿Por qué no me ama a mí?- ella gritó, su voz era tan fuerte que podía escucharla claramente a través del vidrio. - ¿Por qué diablos no me quiere?

Ella no hablaba de su padre. Hablaba de Joel, por supuesto. Esto era todo por Joel.

- Ellos te culparán. - dijo. – Ellos te culparán de esto, y yo tendré otra oportunidad. – Y levantó la pistola en su mano.

Incluso si yo hubiera estado en condiciones de entrar en la habitación, habría una silla y una mesa entre ella y yo. No había nada entre Felicia y Tolliver. Vi lo que tenía que hacer. Saqué uno de los ladrillos del borde. Lo escondí bajo mi brazo mientras marcaba 911. Cuando respondió una voz, dije - Soy Harper Connelly, estoy en la casa de Fred Hart, 2022 de Springsong Valley. Felicia Hart está a punto de dispararme.- Después dejé el teléfono en el suelo, muy suavemente. Me puse de pie y miré directamente a Tolliver a los ojos. Él me miraba por encima del hombro de Felicia, con su cara llena de horror. Sacudió la cabeza, un pequeño movimiento que era una advertencia para mí.

- Felicia.- Grité y golpeé el vidrio lo más fuerte que pude con el ladrillo. Una red de grietas empezó a emanar desde el punto de impacto.

El gran ruido la asustó, y se giró y disparó sin vacilar.

Vi como Tolliver se lanzó sobre su espalda mientras el vidrio se rompía ante mí. Sentí la bala pasar junto a mi oreja. La escuché.

Vi el vidrio romperse, y pensé que iba a caer encima de mí y me iba a cortar en rodajas.

Fragmentos de vidrio me rozaron la mejilla, y sentí la sangre comenzar a fluir hacia mi cuello mientras retrocedía hacia la mesa del patio. Antes de taparme los ojos, vi como Tolliver apuntaba con la mano extendida hacia Felicia y como le golpeó con la culata de en la cabeza.

Sólo una vez.

Después yo estaba bajo la mesa, y había trozos de cristal que me rodeaban y cubrían la parte superior de la mesa, y me temblaba todo.

Tolliver abrió la puerta desde el interior y luego me preguntó si estaba bien. Me llevó hacia la casa, en la cocina cogió un paño y comenzó a limpiarme la cara. Había pequeños trozos de cristal en los cortes mi cara, y dolía un poco, pero traté de aguantar. Entonces escuchamos las sirenas de la policía y, a continuación me abrazó. Y todo se terminó.

Los médicos estaban haciendo las cosas dolorosas en mi mejilla. Estaba n quitando los fragmentos de vidrio, y hacía daño, pero no tanto como lo hubiera hecho el fallido disparo. Ella había dicho eso varias veces, y cada vez yo había asentido, aunque con menos entusiasmo en cada repetición.

La policía de Germantown amablemente había dejado a los detectives Lacey y Young ir hasta la escena del crimen, y todos fueron a escuchar la historia de Tolliver. Había explicado la parte de la visita de Fred Hart esta mañana, y su embriaguez.

Luego habló de la llamada telefónica de Felicia.

- Ella dijo que quería hablar conmigo aquí, que quería saber todos los detalles sobre la visita de su padre, y así sucesivamente. Pensé que quería verme de nuevo, porque habíamos tenido una... estuvimos juntos un par de veces. Ella me había estado llamando constantemente desde entonces. Creo que estaba tratando de mantenernos vigilados a Harper y a mí, para saber dónde estábamos en el caso de que nos necesitara de nuevo. Cosa que así fue.

- ¿Para qué la necesitaba ella?- Brittany Young preguntó. Había sido interrumpida en alguna tarea del hogar. Su pelo necesitaba un cepillado, y ella llevaba una sudadera y Reeboks.

- Necesitaba encontrar a Tabitha.- Tolliver cogió mi mano y traté de sonreír.

- Estás diciendo que ella confesó haberla secuestrado. - dijo el detective Lacey.

- Sí, ella lo hizo. Sabía que Tabitha se subiría al coche con ella. Pidió prestado el Lexus de su padre, para que nadie se viera su propio coche. Pensó que alguien podría verlo e informar de ello, y que Joel sería sospechoso; pero sabía que él tenía coartada porque le había llamado al trabajo esa mañana y sabía que estaría allí. Pensaba que si Diane sospechaba de Joel, se separarían; o que quizás Joel sospecharía de Diane. Felicia pensaba que quizá la tensión de toda este asunto terminaría con el matrimonio, aun cuando no sospecharan de ellos. Además, a ella no le gustaba Tabitha. A su juicio, la niña tenía un trato preferencial sobre su propio sobrino, Víctor. Y no podía matar sin más a Diana, para dejarse paso. Eso no había funcionado cuando su hermana murió.

- ¿Está diciendo que tuvo algo que ver con la muerte de Whitney?

- No veo cómo podría haber causado el cáncer de Whitney. Pero eso le abrió la puerta a ella, pensó. Ella trató de conquistar a Joel después de que su hermana muriera. Ella venía desde Memphis a Nashville a menudo, ella era muy buena con Víctor, como una madre podría ser, ella se ofreció a pasar un tiempo para ayudar a Joel.

- Pero no mordió el anzuelo. – dijo Young.

- No mordió. -dijo mi hermano- Así que Felicia creó este plan, trabajó en él mucho tiempo. Llevó a Tabitha a esta casa, la ahogó en este sillón.

Y luego reconocí los cojines. Los cojines de color azul. No era de extrañar que me hubieran llamado tanto la atención esta tarde. Yo no había estado escuchando mis campanas interiores, que habían estado sonando.

- Y después Felicia enterró a Tabitha en este jardín, envuelta en una bolsa de plástico negro. Su padre estaba poniendo una nueva maceta, y Felicia puso el cuerpo ahí, en el fondo.

- ¿Por qué decidió sacarlo?

- Una estrategia no había funcionado. Y Diane se quedó embarazada, cosa que fue como una estaca en el corazón de Felicia. Era hora de agitar las cosas de nuevo. Ella tenía su as en la manga, a mi hermana. Probablemente, lo que desencadenó todo el plan fue el descubrimiento de los registros que el párroco había dejado. Conocía a Clyde Nunley, ella sabía que haría casi cualquier cosa si le trabajaba bien. Así que le convenció para que invitara a Harper a la universidad, y ella esperó a que su padre estuviera fuera de la ciudad para desenterrar a su sobrina. Esto fue tal vez hace tres meses, ella no fue muy clara.

- Y su padre la pilló en mitad del proceso. El no sabía qué hacer. Esta era la única hija que le quedaba. Así que hizo lo que ella le pidió. La ayudó a llevar la bolsa al cementerio de St. Margaret. Volvieron a enterrar a Tabitha.

Me estremecí, y Tolliver apretó mi mano más fuerte. La médica terminó de trabajar en mi cara y me puso un vendaje sobre el peor corte. El resto estaban empapados con antiséptico. Ella me escribió algunas instrucciones y sacudió su cabeza. - Eres afortunada. - dijo tal vez por duodécima vez, y yo asentí. - Van a salir mucho mejor parados que la mujer que le disparó.

Felicia estaba en urgencias mientras le revisaban la cabeza.

Su padre estaba de camino a la morgue. Felicia le había matado de todas las formas que una hija puede matar a su madre. Todos estos meses, sabía lo que su hija había hecho. Me sorprendía que hubiera aguantado tanto tiempo. Tres meses llenos de días en una solitaria casa, pensando en lo que era capaz de hacer Felicia. Me estremecí solo de imaginarlo

- Entonces, ¿Qué más le dijo?- Lacey preguntó. Él llevaba jeans y una camisa de vaquero, con un encaje de perlas en lugar de botones. Llevaba también botas de vaquero, aunque no sabía cómo había visto debajo de su tripa para poder ponérselas.

- Ella dijo que planeaba culparme de la muerte de su padre. Había mantenido la pala que había usado para cavar en la tumba del cementerio de St. Margaret. Hoy la dejó en el patio trasero, porque todavía tenía tierra del cementerio. Cuando le dije que su padre estaba aquí desmayado, vino corriendo y le golpeó con la pala. Supuso que estaba a punto de derrumbarse. Después de que estuviera muerto, planeó culparme de su asesinato, y a él del de Tabitha.

- ¿Por qué matarías tú a Fred Hart?

- Estoy seguro de que ella hubiera pensado en algo. - dijo Tolliver cansado. - Después de todo, si un hombre como yo, mata a un hombre como Fred Hart, no creo que se hagan demasiadas preguntas. Hubiera tirado sus ropas sangrientas. Tal vez si no hubiera podido mancharme de sangre de forma que pareciera natural, me hubiera disparado, diría que me había visto en la casa después de que matara a su padre. ¿A quién hubieran creído?

A la policía no le gustó eso. Pero yo pensaba que mi hermano estaba diciendo la verdad.

- Con quién Felicia no contó fue con Harper. - dijo Tolliver, me besó en la mejilla. - Nunca he estado más feliz de ver a nadie en mi vida, cuando te vi aparecer en la ventana.

- ¿Vino aquí sin un arma ni nada?- preguntó uno de los policías.

- No me gustan. - le dije. - Nunca hemos tenido un arma.

Él se encogió de hombros, como si yo fuera estúpida, y quizás lo era.

Pero si yo hubiera tenido una pistola, hubiera disparado a Felicia hasta que no me quedaran balas. Pero ahora, ella estaba viva para ir a juicio por todas las cosas que había hecho. Estaba muy satisfecha por eso.

Capítulo 20



- Te ves como si te hubiera atacado un gato. – dijo Victor.

Yo sólo le miraba.

- Vale, no tiene gracia. - dijo. - Estoy muy nervioso.

Yo empecé a decirle que nosotros también, pero decidí que no sería una declaración muy tranquilizadora. Y Victor realmente necesitaba calmarse.

Me imaginé que podría ayudar a Víctor tener su mente fuera de su situación familiar y, al mismo tiempo, ampliar sus horizontes un poco, así que le pregunté si quería venir al cementerio para ver como ayudaba al fantasma de Josiah Poundstone. Lamenté haberlo dicho al instante. Víctor estaba un poco excitado, aunque él parecía encantado de que se lo pidiera. Me dio un fuerte abrazo, que me sorprendió mucho y que causó que Manfred levantara las cejas.

Yo no sabía nada acerca de cómo ayudar a un fantasma. Así que había llamado a Xylde Bernardo, y Manfred la había traído. Manfred, resplandeciente vestido de cuero negro y plata, me había saludado con un beso. Había estrechado la mano de Víctor durante casi demasiado tiempo. Pensé que estaba tratando de obtener una lectura, no que tratara de flirtear con él. Manfred no era tan abierto. Al menos, eso pensaba.

Xylde miraba alrededor del cementerio. - Háblame de él. - dijo.

Le expliqué lo que vi y sentí aquella noche a Xylde, que parecía alerta y atenta.

- Por lo tanto, su cuerpo está aquí, y también lo está su alma. Murió de envenenamiento de sangre, ¿Piensas? Corte por un cuchillo, hecho en una pelea.

- Sí. En realidad, fue asesinado. No sabía quién le había apuñalado, pero sospechaba que había sido su amado hermano. - le dije, porque era algo que yo sabía.
- Creía que la lápida podía indicar culpabilidad. Por supuesto, podía significar solamente que su hermano le amaba mucho. Pero supongo que no importaba. Lo que realmente importaba era que el fantasma de Josiah estaba inquieto, porque se pregunta por qué había tenido que morir, y por qué su tumba era perturbada tan a menudo.

- Por lo tanto, quieres que su espíritu sea liberado.

Ni siquiera quería considerar qué otras opciones podría ofrecerme Xylde. - Sí, eso es lo que queremos.

- Vale. - Xylida dijo enigmáticamente. - ¿Lo sientes aquí ahora?

Era otra noche fría, pero al menos era clara y no llovía. El viejo cementerio se sentía tan aterrador como la otra vez que vinimos en la oscuridad. Los sonidos silenciados de la ciudad, el terreno irregular, pero por lo menos la tumba abierta había sido tapada. Lo habíamos comprobado de día, con el sol brillando.

Me puse de nuevo sobre la tumba tan usada y me incliné hacia abajo. Sentí la presencia de Josiah Poundstone no sólo por debajo de mí, pero también a mi alrededor. - Sí. - le dije. - Está aquí.- Víctor se estremeció y miró a su alrededor como si él esperara que una turbia figura blanca apareciera.

Miré mi reloj. Teníamos que avanzar. No deberíamos estar aquí precisamente.

Yo pensé en llamar a la universidad para pedir permiso, pero me imaginé que era algo que nunca nos darían. Quería terminar con esto marcharnos antes de que vinieran los de seguridad de la universidad.

Siguiendo las indicaciones de Xylida, rodeamos la tumba que había contenido el cuerpo de Tabitha. Formamos un estrecho círculo alrededor de ella, y unimos nuestras manos. La pequeña mano de Manfred me agarraba fuerte, y sus muchos anillos de plata presionaban mi carne. Víctor tenía un agarre mucho más ligero sobre mi mano derecha.

Xylida comenzó diciendo algo en un idioma que no entendía. Ni siquiera sabía si Xylida lo entendía. Pero fue efectivo, fuera lo que fuera, porque una niebla se formó delante de mí, entre mí y Xylida, y en la niebla pude ver una cara. Era un rostro que nunc había visto en movimiento, animado.

- Jesús. - susurró Manfred, y - Nombre de Dios. - dijo Víctor.

Yo no estaba asustada. - Gracias. - le dije. - Gracias, Josiah.- Él me salvó de caer en la tumba, después de todo. - Nadie va a molestarte de nuevo. Todo el mundo que conocías ya ha muerto hace tiempo. Tu también tienes que irte.

Pensé que sonrió.

- No busques justicia, busca la paz. - dijo Xylida, y el rostro vaciló. Los ojos se dirigieron confusos a Xylida. Y luego vi como se dispersaba y desaparecía. Víctor jadeó y yo sabía que él estaba llorando mientras Josías hacía su salida definitiva. El rostro perdía su claridad, se hizo menos claro y, a continuación, poco a poco se dispersó. En cinco minutos, no había más niebla. Y el aire era claro.

Y el cementerio se sentía vacía del todo, salvo por nosotros.

No podría explicarle esto a nadie, nunca.

Yo nunca había creído en algo como esto. Las almas, las conocía; las había visto y sentido. Pero nunca había visto a una de más de cien años, una que había sido tan fuerte como para manifestarse físicamente. Josiah Poundstone debía de haber sido un hombre muy vital, quizás uno de esos hombres que encantaban a todo el mundo, como Joel Morgenstern. Ver al fantasma me cambió. Tal vez nos cambió a todos esa noche.

Me preguntaba qué habría dicho Fred Hart si yo le hubiera preguntado - ¿Qué ves en tu jardín por la noche?

El detective Lacey me dijo algo interesante. Que Clyde Nunley realmente había solicitado que le enterraran en el St. Margaret, diciendo que él había querido mucho la universidad y que quería estar en sus tierras para siempre. Pensé que esto era increíble, y pensé que Bingham estuviera de acuerdo con este proceso era todavía más sorprendente. El detective Lacey no tenía ninguna información sobre el tipo de misa que habían hecho, y realmente no quería preguntar.

Felicia tenía tan mala opinión de Clyde Nunley que su muerte le parecía sólo incidental. El detective Lacey, que había desarrollado un poco de respeto hacia mí, me dijo que Felicia confesó haberle asesinado casi por casualidad. Era secundario, una nota a pie de página en su gran plan. - Comenzó a actuar como si tuviera derechos sobre mí. - había dicho. Sospechaba que trataba de chantajearla; dejar a Anne y casarse con Felicia para subir en la escala social. Tal vez le dijo que podría decirle a la policía quién le había sugerido que me llamara para que fuera a 'leer' al cementerio. Si hubiera comprendido su carácter, hubiera sabido que estaba firmando su sentencia de muerte.

Felicia se había acostado con otros hombres sólo como parte de su gran diseño. Había seducido a Tolliver para poder seguirnos el rastro cuando necesitó que Clyde me llamara. Fue sólo un extra para ella cuando Anne se interesó en mí y se lo sugirió también a Clyde cuando él estaba hablando de los archivos del cura que había encontrado en la universidad. Felicia había estado con Clyde para tener acceso al contenido de su curso, para que estuviera segura de que me llevaba allí. Ella no pensaba que tener relaciones con Clyde o con Tolliver pudiera afectar a su amor por Joel, que era mucho más puro y fino.

Los medios de comunicación no podían ocultar el frenesí para obtener la historia, justo en el momento en que Diane dio a luz. Joel nos llamó para decírnoslo, y le enviamos un pequeño regalo, aunque no estábamos seguros de a Diane le complacería aceptarlo. Nos sentíamos obligados. De alguna manera, se habían casado, aunque Diane descubrió que era por culpa de su amor por Joel por lo que su hija había muerto. Diane era evidentemente una mujer de gran corazón que podía ver que nada de esto era por culpa de Joel.

En el juicio, Joel negó firmemente haberle dado ánimos de cualquier tipo a Felicia, a pesar de todo lo que dijo su abogado. Tuvimos que estar allí una parte del juicio, y fue tan desagradable como se pueda imaginar. Por supuesto, las mujeres del jurado amaban a Joel, y yo estaba bastante segura de que Felicia sería condenada culpable de todos los cargos. La policía había obtenido algunas pruebas forenses que confirmaban algunos puntos de la historia que Felicia le había contado a Tolliver.

Rick Goldman obtuvo muchos trabajos a pesar de su pequeño papel desempeñado en todo esto. Goldman tenía una manera de hacer de un grano una montaña, y su reputación como detective privado se disparó. Él nos envió una carta acompañada de un folleto y una tarjeta de visita con su dirección de página web incluida.

Seth Koenig renunció a ser agente del FBI ese año y pasó a ser investigador privado. Se especializa en la búsqueda de niños desaparecidos. Él nos ha enviado un folleto con una tarjeta de visita adjunta. Él no tiene un sitio web, todavía.

Hasta el momento, Tolliver no ha vuelto a hablar de Felicia. Espero que no la amara, no creo que lo hiciera. Si había algo que necesitara decir, algún día lo diría.

Conseguimos ir al partido de baloncesto de Mariella, y su equipo ganó. Ella metió dos canastas y fue elevada a alturas increíbles por este triunfo. Incluso estaba feliz de pasar con nosotros toda una tarde. Gracie cantó para nosotros, y logramos no fruncir el ceño. Iona y Hank se portaron civilmente, cosa que era lo mejor que habíamos conseguido nunca.

A veces, Manfred me llama. Siempre mantenemos conversaciones corta y burlas. Me cuenta cosas de las obras de su abuela, y me cuenta los tatuajes y piercings que añade a su colección.

- Creo que él está haciendo eso simplemente por tener una razón para hablar contigo. - dijo Tolliver una noche en Tucson.

- Él es un chico enamorado. - le dije.

- Lo sabes. Él es un hombre, y se preocupa por ti. Tal vez a un nivel superficial. Pero te admira.

- Lo sé. - le dije con contricción. – Pero Manfred no está en la parte alta de mi lista.

- Algún día. - dijo Tolliver, y se detuvo. Un nudo se formó en mi vientre. - Algún día conocerás a alguien, y no querrás pasar más tiempo en la carretera conmigo.

- Entonces, tú también encontrarás a alguien. - dije. - Cualquiera sería afortunada de tenerte.

Se rió.

Después de eso, condujimos un buen rato en el silencio.

-=FIN=-

